



demós vuelta la página ...

Una novela romántica de segundas oportunidades

Aranza Wood

Demos vuelta la página...

Una novela romántica de segundas oportunidades

Aranza Wood

Copyright © 2019 Aranza Wood
Todos los derechos reservados

Contenido

<u>CAPÍTULO 1</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>
<u>CAPÍTULO 16</u>
<u>CAPÍTULO 17</u>
<u>CAPÍTULO 18</u>
<u>CAPÍTULO 19</u>
<u>CAPÍTULO 20</u>
<u>CAPÍTULO 21</u>
<u>CAPÍTULO 22</u>
<u>CAPÍTULO 23</u>
<u>CAPÍTULO 24</u>
<u>CAPÍTULO 25</u>
<u>CAPÍTULO 26</u>
<u>CAPÍTULO 27</u>
<u>CAPÍTULO 28</u>
<u>CAPÍTULO 29</u>
<u>CAPÍTULO 30</u>
<u>CAPÍTULO 31</u>
<u>CAPÍTULO 32</u>
<u>CAPÍTULO 33</u>
<u>CAPÍTULO 34</u>
<u>CAPÍTULO 35</u>

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO 1

ROMAN

Había estado mirando la pantalla de mi ordenador durante demasiado tiempo. Las letras del correo electrónico que redacté estaban empezando a fusionarse, creando pequeñas formas borrosas que hacían que mis ojos se sintieran como si fueran derritiendo de mi cerebro.

Con un gemido, alargué la mano y presioné el botón de la parte inferior del monitor de la computadora. La pantalla se volvió negra y empujé mi silla desde mi escritorio para pasar ambas manos por mi cara y frotarme los ojos.

Había sido un día largo.

Anex Publishing se había expandido en los últimos seis meses, y como su encargado de relaciones públicas, de repente me sentí abrumado con mucho más trabajo del que estaba acostumbrado. Me estaba ahogando en un crisol de nuevos escritores, haciendo todo lo que podía para que su trabajo fuera notado.

Naturalmente, toda mi dura labor había valido la pena porque nadie era mejor, en esta ocupación, que yo. Por eso Anex me pagaba tan bien y tenía una de las oficinas más grandes de la compañía.

Yo era irremplazable.

Miré mi reloj y me estremecí al darme cuenta de que aún me quedaba una hora antes de poder volver a casa para pasar la noche. Ya no me interesaba tanto mirar la pantalla de la computadora, así que fui a la torre de manuscritos apilados en la esquina superior derecha de mi escritorio y tomé el primero.

Era un libro nuevo que la compañía había recogido de un escritor primerizo a quien me habían asignado. Una vez que leyera su libro, trabajaría en la preparación de una campaña de marketing con él, donde programaríamos comunicados de prensa, firmas de libros, giras y, si teníamos suerte, unas cuantas entrevistas con algunos grandes nombres para que su trabajo realmente saliera a la luz.

Ni siquiera había leído la primera página, cuando un golpe en la puerta me interrumpió. Le pedí que entrara.

Mi puerta se abrió, y Emil Ward, director de Recursos Humanos de Anex, asomó su cabeza a mi oficina. Me mostró una sonrisa diabólica, movió las

cejas y me preguntó. —¿Estás ocupado, Roman?

Puse el manuscrito en la parte superior de la pila, me recosté en mi asiento y pateé con los pies el escritorio. —Nunca demasiado ocupado para ti, Emil. Entra.

Cerró la puerta tras entrar y se sentó frente a mí. Parecía demasiado grande en la silla, que parecía desaparecer bajo él. Su traje de color marrón estaba en desacuerdo con la pared gris detrás suyo, forrado en estanterías llenas de novelas de autores con los que había trabajado.

Desabrochó los botones de su chaqueta de traje, la abrió y echó un vistazo al montón de escritos que había en mi escritorio. —¿Te estás quedando atrás?

Agité la cabeza. —No. Esta es mi nueva normalidad.

—¡Jesús!. Necesitan contratar a otro de ustedes si quieren estar al día con sus fechas de publicación y eventos.

Me encogí de hombros. —Estoy bien con ser el único en relaciones públicas por ahora. Más dinero para mí. Mejores tratos para los escritores.

Emil acarició su suave barbilla. —La sangre fresca puede ser algo bueno. Lo mantiene interesante. Y si tienes suerte, te encontrarás trabajando junto a alguien que es fácil de llevar.

Le arqueé una ceja. —Emil. Sabes que eres el Director de Recursos Humanos, ¿verdad?

Se rio y dejó que su mano cayese de su barbilla. —Por supuesto que sí. Pero eres un territorio seguro con el que puedo hablar abiertamente. Tuve suerte, hombre. Realmente fui afortunado. Me conseguí un asistente.

—¿Felicitaciones? —Pregunté, en lugar de afirmar. No querría un asistente. A mis ojos, eran más problemáticos de lo que valían. Yo era perfectamente competente en el cumplimiento de los deberes de mi trabajo por mi cuenta. Tener un asistente significaba tener a alguien para delegar. Eso no me interesaba. Ni siquiera un poquito.

Él se inclinó hacia atrás y agarró sus manos por detrás de su cabeza, entrelazando sus gruesos dedos. Me dio una sonrisa arrogante y torcida, y en este ángulo, su segunda barbilla emergió. —Felicidades, es cierto. Es muy guapa, Roman. Te lo estoy diciendo. Cuando la veas, sabrás de lo que estoy hablando. Un culo que ni te imaginas.

—¿Por qué hiciste carrera en Recursos Humanos, Emil? Estarías mejor preparado para, no sé, literalmente cualquier otra cosa.

Se encogió de hombros. —Me gusta ayudar a la gente.

—Y objetivarlos.

—¿Como si tú no fueras un jugador? No me vengas con eso, Roman. Sé qué clase de hombre eres cuando no estás en esta oficina. Las mujeres acuden a ti como si fueran abejorros y tú estuvieras bañado en miel.

—No puedo evitar ser rudo, guapo y encantador como el infierno.

—Y un mujeriego —dijo.

—¿Hay alguna una diferencia? —Mirándolo muy fijo, Pregunté. Yo no era el asesino que a Emil le gustaba fingir que era. Al menos, no en la medida en que él creía, de todos modos. En el instituto, yo había sido un jugador. Demonios, yo había sido más que un jugador. Pero esos hábitos no duraron mucho después de la graduación. Aunque las mujeres seguían siendo mi pasatiempo favorito, y las modernas aplicaciones de citas de hoy en día hacían que fuera realmente fácil conectarse con ellas. Bueno 'conectar' era un término suelto' Engancharse' era más exacto. Las chicas que conocí en línea siempre fueron un gran momento hasta que las llevé a casa y se enteraron de cuánto dinero tenía. Entonces se acabó la fiesta, y todo se volvió menos divertido porque querían atraparame, inmovilizarme y casarse con mi trasero.

Ya lo había hecho una vez. Ahora sabía que no lo haría nunca más Ya me dolió bastante la primera vez.

Emil se rio y agitó la cabeza hacia mí. —Su nombre es Vera. Tiene 26 años. Es positivo, hombre. Todo tu trabajo será mucho más divertido.

Me arrugué la nariz. —Pobre chica.

—Mi pobre pene, más bien. Y mis pelotas. He estado caminando todo el día con mi miembro tieso por culpa de esa chica.

Agité la cabeza. —Por favor, detente. No necesitaba saber eso.

—No seas marica. No puedes decirme que nunca has tenido pelotas azules en el trabajo.

—Me alegro de que estés aquí —le dije—. Necesito reportar un comportamiento increíblemente inapropiado en el trabajo.

Frunció el ceño. —¿Quién te está molestando?

Puse los ojos en blanco. —Lo estás haciendo, idiota.

Se rio. —Claro, me pondré serio. De todos modos, debería presentártela. Tal vez puedas trabajar con su suave lengua y ser su compañero.

Agité la cabeza. —Estamos en el trabajo, hombre. No un club nocturno. Ubícate, Emil. En serio. Déjala hacer su trabajo sin ser acosada.

Se encogió de hombros. —No le he dicho nada.

—Tendría que ser tan tonta como un poste para perderse las espeluznantes vibraciones que estás emitiendo.

—¿Espeluznantes? —preguntó.

Me pasé la mano por la cara y agité la cabeza. —Por su bien, espero que sea ascendida muy rápido.

—Técnicamente soy su jefe, así que eso depende de mí. —dijo con una mirada arrogante.

—Eres un imbécil —le dije—. Espero testificar en su juicio. Contra ti, debo añadir. —Emil sonrió y agregó—. De acuerdo, entendido.

Mi teléfono celular sonó, evitándome seguir con esta horrible conversación. Lo saqué de mi bolsillo y miré la pantalla. No reconocí el número.

Mientras respondía a la llamada, levanté un dedo hacia Emil, pidiendo un momento. Asintió, llevó sus manos sobre su estómago y esperó. Puse la llamada en el altavoz. —Soy Roman Sanders de Anex Publishing. ¿En qué puedo ayudarle?

—Roman. Soy Darrel, quiero decir, el Sr. Johnson de la secundaria Baker. El director de tu banda.

—¿Banda? —Emil prácticamente chillaba. Se encorvó hacia adelante, y sus nudillos se volvieron blancos mientras agarraba los brazos de su silla. Sus ojos anchos y encantados me miraban asombrados. Supuse que no me tomaba por el tipo de la banda, especialmente no con mi reputación de conquistador de mujeres.

—Sr. Johnson —dije, inclinándome sobre el altavoz. Era raro llamar a un viejo profesor de cualquier otra manera que no fuera por lo que se les llamaba a ellos cuando eras estudiante. El Sr. Johnson me había pedido una y otra vez que lo llamara Darrel después de graduarme, pero me pareció mal.

—Roman, me alegro de haber podido comunicarme contigo. No estaba seguro de que tuvieras el mismo número después de ser un pez gordo en Anex.

Me reí. —¿Pez gordo? Eso es un poco exagerado —Dije.

—Tan humilde como siempre. Escucha. Me retiro este año.

—Mierda —contesté con alegría en la voz—. ¡Ya era hora!

El Sr. Johnson se rio de la misma manera que solía hacerlo. Me lo imaginaba, con el bigote gris temblando sobre su labio mientras echaba la cabeza hacia atrás y se reía. —De hecho lo es. Voy a tener una fiesta mañana por la noche. Esperaba que pudieras venir. Entiendo si no puedes, pero sería un placer verte. Después de todo, es un aviso tardío.

¿Una fiesta de jubilación? Eso me sonó como el Día del Destino. Toda la gente que conocía y que no había visto en años estaría allí. Gente que me odiaba.

—Sí, creo que puedo ir —dije. No quería enfrentarme como si no me importara. El Sr. Johnson había sido una influencia muy positiva en mis años de adolescencia.

—Excelente —dijo—. Te enviaré los detalles. Sólo he contactado a mis estudiantes favoritos, así que no es una velada tan grande. —¿Nos vemos mañana?

—Hasta mañana. —Asentí con la cabeza, y luego colgamos el teléfono.

Emil seguía mirándome con los ojos muy abiertos y una sonrisa maliciosa. —¿Banda? —preguntó de nuevo, aún más incrédulo que la primera vez.

Suspiré y me senté en mi silla. —Sí. Ahora lárgate de aquí. Tengo trabajo que hacer.

Se levantó, agitando la cabeza y riéndose para sí mismo. Se dirigió a la puerta, la abrió y se detuvo para mirarme. —Déjame adivinar. ¿Tocaste la flauta?

—Vete a la mierda. —Le solté.

Su sonrisa se amplió. —¿Pandero?

—Vete.

—Ah. ¡Lo tengo! ¿Armónica?

Señalé a la puerta. —Ve a trabajar en tu inevitable demanda y déjame en paz. —Emil se frotó las manos—. No necesitas decírmelo dos veces.

Agité la cabeza mientras cerraba la puerta tras él y me dejó en paz para reanudar mis últimas labores del día.

Pero el trabajo era escurridizo. Mi mente estaba inundada de pensamientos sobre esa fiesta de jubilación de mañana por la noche, lo que me impidió entrar en el manuscrito que estaba tratando de leer para mi cliente.

El Sr. Johnson había dicho que sólo invitaba a sus estudiantes favoritos. Eso significaba que lo más probable es que no asistiéramos muchos de nosotros. No más de veinte o treinta.

También significaba que ella estaría allí. Julieta Jenkins.

La chica que todavía vagaba en mis pensamientos hasta el día de hoy, a pesar de no haberla visto durante más de media década. Era la que tenía mi corazón envuelto en su dedo meñique y ni siquiera lo sabía.

Ella, que se dio cuenta de que era demasiado buena para mí y se fue de mi vida sin mirar atrás.

Después de todo, lo que había pasado entre la secundaria y ahora, sabía una cosa con certeza: no estaba preparado para volver a verla. Especialmente no en las próximas 24 horas.

CAPÍTULO 2

JULIETA

El tiempo no importaba porque pasaba todo el día delante de mi ordenador. Necesitaba terminar este capítulo. Lo había estado posponiendo durante días, no, eso era mentira. Semanas. Todo porque tenía miedo de escribir sobre sexo.

Agitaba la cabeza mientras preparaba mi cafetera para beber mi tercera taza del día. Cuando empezó a llover, mi pequeña cocina se llenó con el aroma de los ricos granos de café. Se me hizo agua la boca y observé mi nevera, que estaba casi totalmente vacía. Empujé un par de condimentos fuera del camino y me agaché para mirar en las profundidades de donde se suponía que vivía la comida.

No encontré nada, así que me mudé al congelador, que no era mucho mejor. Tomé los dos trozos de pan de centeno y los puse en la tostadora. Para cuando saltaron y fueron untados con mantequilla, mi café estaba listo.

Fui y me senté en mi lugar favorito en mi pequeño estudio: mi rincón de lectura.

No era realmente un rincón. Era sólo un banco que había colocado frente a la ventana de mi dormitorio; algo que siempre había soñado que sería en mi primer apartamento. Sin embargo, no podía permitirme uno con tantos lujos. Demonios, ni siquiera con un dormitorio. Mi espacio servía de sala de estar y mi cama se doblaba convirtiéndose en un sofá durante el día. Bueno..., cuando la gente venía. De lo contrario, se quedaría como una cama sin hacer.

Mi tostada tenía un poco de quemadura de congelador, pero era comida, y tenía hambre, así que la comí de todos modos. Luego tomé un sorbo de café mientras miraba por la ventana al ajetreo de la gente de abajo en la calle principal.

En la mayoría de las ciudades, la calle principal suele estar inundada de peatones, ocupando todo el espacio posible en las amplias y bien cuidadas aceras. Se rompen con intersecciones, semáforos y pequeños hombres que le dicen a la gente cuándo caminar y cuándo no caminar. Está bloqueado por coches, taxis y autobuses.

La calle principal en mi pequeña ciudad natal de Bar Harbor, era muy diferente. Las cosas estaban tranquilas. El ajetreo allí se definía como más de

cinco personas en la acera, debajo de mi estudio en el tercer piso. Las aceras no estaban bien cuidadas. De hecho, se hundían, crecían y se agrietaban por todas partes. Uno siempre tenía que estar atento a dónde poner los pies cuando caminaba. Los árboles plantados cada veinte pies más o menos en cajas de jardín en la acera, estaban tomando el control, una pulgada a la vez, sus raíces se abrían bajo el pavimento y agrietando el cemento en un buen radio de tres pies alrededor de cada árbol en flor.

Pero era un lugar hermoso. Los edificios eran todos viejos y en perfecto estado. Bar Harbor ganó mucho dinero con el turismo, por lo que mantener la invitación del pueblo era prioridad para la ciudad. La calle bajaba hasta el Océano Atlántico, que se abría en un azul profundo y centelleante hacia el horizonte.

No tenía un dormitorio, pero tenía una vista espectacular que no abandonaría por nada del mundo. Era el refugio de un escritor allí.

Justo debajo de mi apartamento había una cafetería que servía todo tipo de bebidas espectaculares. Actualmente, el especial era Pumpkin Spice, ya que era a mediados de octubre. Todas las hojas alrededor de la ciudad habían cambiado de amarillo brillante a naranja intenso, y algunas se habían vuelto rojas y marrones oscuras. Ellas estarían todas en el suelo pronto, y Halloween estaría sobre nosotros. Entonces la ciudad se transformaría en un país de las maravillas navideñas y se llenaría de nieve y parpadearía con las luces del arco iris.

No había nada mejor que Bar Harbor en invierno.

Al menos, esa era mi opinión. Me gustaba la calidez de todo eso. Sentarme en mi asiento de ventana de bricolaje, ver la nieve caer y a los niños jugar en los bancos de nieve. También ver a las parejas caminando de la mano mientras tomaban sus chocolates calientes.

Terminé mi último bocado de pan tostado y puse mi laptop en mi regazo. La abrí y miré la amenazante página en blanco.

Me mordí el labio inferior. —Sólo escribe la maldita cosa —me murmuré a mí misma—. Es sólo sexo. No es gran cosa. Y no hay nadie aquí para juzgarte. —Aun así, las palabras no llegaron. Cerré los ojos y gemí.

—Vamos, Julieta. Sólo porque no te hayas acostado en dos años con nadie, no significa que tus personajes no puedan divertirse un poco.

Miré la página en blanco durante otros cinco minutos. Y luego pasaron otros cinco, y otros..., hasta que me encontré todavía parpadeando en mi pantalla después de casi cuarenta y cinco minutos.

Agitaba la cabeza. —Si apesta, puedes borrarlo. —Y ese era todo el permiso que necesitaba. En el peor de los casos, lo seleccionaría y le daría a ese glorioso, pero inconstante botón Borrar, y podría fingir que no me había metido en la madriguera del coito ficticio.

—Nota para mí misma —dije, pellizcando suavemente mi lengua entre mis labios mientras empezaba a escribir. —No lo llares coito. No es tan sexy.

Tomas no esperó a que ella cerrara la puerta. Se movió rápidamente, levantándola en sus brazos y empujándola hacia atrás, hasta que sus omóplatos golpearon la pared. La inmovilizó allí, su aliento mezclándose entre ellos mientras se miraban con necesidad.

—No he hecho esto en mucho tiempo —susurró ella.

Tomas mojó su barbilla, mordiéndole los labios. —¿Me estás pidiendo que lo tome con calma?

Ella tembló cuando él la agarró con más fuerza, chupándose los labios y saboreándolo con la lengua, agitó la cabeza. —No, yo sólo...

—¿Sólo qué? —Tomas ronroneó, arrastrando sus labios a lo largo de su garganta y por el costado de su cuello hasta su oreja. Su aliento era caliente en la piel de ella, y la hacía temblar dejándola con piel de gallina. Qué contradicción.

Tartamudeó para intentar responderle, pero sus palabras le fallaron. Estaba demasiado cerca. Todas ellas inundaron sus sentidos, preguntándose cómo demonios llegaron allí. Sólo fue una cena, un trago. Y de repente estaba atrapada en la pared por el hombre más sexy que había visto. Y la estaba desnudando con los ojos. Ciertamente segura de ello.

—¿Tú qué, gatita? —preguntó cuándo ella no hablaba.

—No sé cómo hacer esto. —Sus palabras salieron de ella con una prisa sin aliento. Ella dijo la verdad. Hacía tanto tiempo que no la habían tocado así, y estaba completamente abrumada por la repentina intimidad.

Abrumada, pero no asustada. Conmocionada, pero no preocupada.

Estaba excitada. Caliente. Necesitada. Dolorosa.

Tomas le sonrió. —Entonces déjame refrescarte la memoria, Yulia. Empiezas con un beso. —La besó profundamente. Su lengua se deslizó entre los labios de la chica y exploró su boca mientras ella empujaba contra su pecho, no para detenerlo, sino para evitar que cediera demasiado rápido. Si ella no mostraba moderación, podría convertirse en un charco de veneno en sus manos. Y eso sería vergonzoso.

Después de besarla, le puso un dedo debajo de la barbilla y la hizo

mirarlo. —Luego te desnudas. Tómate tu tiempo.

—¿Por qué? —Respiró. Yulia no intentaba ser difícil. Ella sólo quería escuchar su voz profunda y sexy, diciéndole qué hacer, el mayor tiempo posible. Para siempre.

Tomas se rio mientras se agachaba y abría el botón de sus vaqueros. Deslizó la cremallera hacia abajo, una cresta de metal a la vez, hasta que un trozo de su ropa interior de encaje rosa fue expuesto. Luego deslizó su mano entre la tela vaquera. El encaje le puso una ventosa en su vagina. —Porque la anticipación es la mitad de la diversión. Y quiero tomarme mi tiempo. Quiero saborearte.

—Maldita sea —gruñí, cerrando el portátil con una bofetada.

Mis bragas estaban empapadas.

No esperaba que mi propia escritura me excitara, pero cosas más locas habían sucedido. Había escrito una escena en la que un helado estaba implicado y salí de mi apartamento sólo para ir a la heladería a pedir dos bolas de pralinés y crema, un sabor que ni siquiera me gustaba mucho.

Sin embargo, este fue un juego estúpido totalmente diferente al de un antojo de helado. Esto era un antojo sexual. —Oh, basta, Julieta. Esto es una tontería. No estás teniendo un antojo sexual por el amor de Dios. —Como escritora, yo paso mucho tiempo sola. En aislamiento. Por lo tanto, hablaba mucho conmigo misma.

—Una taza de agua te curará enseguida. —Fui a la cocina, llené un vaso de agua, me lo tragué todo, y rápidamente apreté mis rodillas mientras mis entrañas se retorcían. Necesitaba una liberación. Al menos no me había molestado en ordenar la cama hoy.

Me caí sobre ella, levanté el culo para bajarme los pantalones y las bragas. Rodé hacia un lado para sacar mi vibrador del cajón de mi mesita de noche. Era un juguetito azul polvo con acento de cromo, no más largo que mi dedo. Era estrecha en el centro y más ancha en los extremos, como una pajarita, y su principal característica de venta: era impermeable. Mi vibrador y yo habíamos pasado muchas buenas noches en la bañera de este apartamento, que también resultó ser la principal característica de venta de este lugar.

Abro las piernas lo más que puedo con los pantalones alrededor de las rodillas. Luego me agaché y descubrí lo mojado que estaba. Gloriosamente humedecido. Brillaba en mis dedos y era completamente transparente y resbaladizo. Eso era bueno. Presioné el pequeño botón en el extremo del vibrador, y se encendió con un suave zumbido. Me mojé los labios y bajé el

juguete entre las piernas.

Cuando tocó mi clítoris, grité sorprendida y me estremecí. Era tan sensible, todo por una pequeña escena de ficción que se me había ocurrido. Necesitaba tener sexo tanto como Yulia. Pobre de ella. Pobre de mí. Mi vagina había estado sola durante mucho, mucho tiempo. La traté bien, por supuesto, pero no podía reemplazar la forma en que un hombre me podría hacer sentir. Suspiré con placer cuando el vibrador tocó ese punto dulce. Lo enrollé suavemente sobre mi clítoris, y mis músculos se convirtieron en sopa. Me hundí más profundamente en mi colchón, los ojos cerrados, la cara inundada por la luz del sol que corría a través de la ventana, arqueé mi espalda y enrosqué mis dedos de los pies con deleite.

Entonces sonó mi teléfono.

Grité de vergüenza y corrí hasta el borde de la cama para arrancar el teléfono de la mesita de noche. Sentí que mis cejas se arrastraban una hacia la otra en mi frente. Antes de responder, hice algunas respiraciones profundas para estabilizar mi respiración.

Luego me lo llevé a la oreja. —¿Sr. Johnson? Hola.

—¡Julieta! Hola. ¿Cómo está mi estudiante favorita?

Me sonrió el recuerdo de haber estado sentada en su clase de banda mientras él dirigía la percusión. —Estoy genial —dije.

Acabo de llegar a un clímax hace cinco segundos. ¿Cuánto mejor podría ser?

—Me alegra oírlo. Me preguntaba si, por casualidad, tenías libre mañana por la noche. Finalmente me voy a retirar, y hay una reunión para celebrar. Me encantaría que pudieras estar allí.

Me lo tragué. —Retiro, ¿eh? Ya era hora.

—Eso me han dicho.

—Allí estaré, Sr. Johnson. Gracias por pensar en mí.

—¡Fantástico! Te enviaré los detalles en breve. ¿Y Julieta?

—¿Sí? —dije

—Espero que sigas escribiendo.

Sentí que mis mejillas se ponían rosadas. —Si, en eso estoy.

CAPÍTULO 3

ROMAN

Otro golpe en la puerta de mi oficina. Maldita sea. —Adelante.

La puerta se abrió, y Jake Miller, el Gerente de Cuentas del departamento de ventas, se deslizó hacia adentro. Dejó la puerta abierta cuando cruzó los brazos sobre su pecho y asintió al reloj de mi pared por encima de la ventana. —¿Listo para salir de aquí?

Me puse de pie, recogí los papeles sueltos del manuscrito que estaba hojeando, y lo llevé a la esquina de mi escritorio. —Sí. Antes de que Emil se entere de que sigo aquí e intente acorralarme para presentarme a un nuevo asistente.

Puso sus ojos lo más abiertos posibles. —¿También te ha hablado de Vera? —Asentí con la cabeza. —Me dijo más que suficiente.

—Lo mismo.

—Es una serpiente —le dije.

—La chica no pasará del lunes —dijo Jake.

—Mi dinero lo pongo al viernes.

—¿Quieres apostar? —Preguntó, ladeando la cabeza—. ¿El perdedor compra bebidas en Stoney's?

Tomé mi chaqueta de cuero del gancho al lado de la puerta y me encogí de hombros. —Estás en el aire. ¿Quieres elegir otro día? ¿O quieres quedarte con el lunes? Eso sólo me da un día más. —Dije

—Me quedo con el lunes. No podrías durar ocho horas enteras trabajando tan de cerca con Emil. Y sin tener tetas.

—Buen punto —dije cuando salimos al pasillo. No pude evitar mirar hacia todos lados, atrás y adelante hacia marketing, las ventas, luego a las relaciones interiores, donde estaba la oficina de Emil. Su puerta estaba cerrada. Tal vez se había ido a casa por la noche.

Jake me pilló comprobando y se rio. Cayó en un paso detrás de mí, me agarró de los hombros y me apretó con fuerza, sacudiéndome hacia adelante y hacia atrás, poniendo mi paso en un torpe traspie. —No seas tan tonto. —Se rio—. Emil se fue a casa a las cuatro y media. Lo vi salir.

—Gracias a Dios. —Dije.

Él se encogió de hombros. —No es tan malo. Entretenimiento gratuito al menos. Tengo un niño de cinco años. No necesito más distracción que eso.

Sonrió. —¿Cómo está Max, por cierto? Hace tiempo que no veo a ese Pecas.

—Han pasado cinco días —dije simplemente—. Y no lo llames Pecas.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros. —No me gusta.

—Bueno, a mí sí, y soy el genial tío Jake. Puedo llamarlo como quiera.

—Es un apodo de mierda.

—Ayudará a construir su carácter.

Arqueeé una ceja. —¿Cómo que te llamaran Chatarra, en la secundaria, te ayudó a construir el carácter?

Jake dejó de caminar, y sus manos se cayeron de mis hombros. —Amigo, eso fue un golpe bajo. Y las dos cosas son muy diferentes.

—Claro que sí. Pero sigue llamando a mi hijo Pecas, y yo te llamaré Chatarra. Tú decides.

—Idiota —murmuró. Mientras yo abría la puerta de la oficina principal para salir al vestíbulo donde estaban los ascensores. Presioné el botón, y en tanto esperábamos, la puerta se abrió, detrás de nosotros había una mujer con el pelo gris y puntiagudo, se apresuró a subir. Darlyn.

Era una agente que trabajaba muy de cerca de Anex Publishing, y estaba un poco chiflada; por lo menos era una estupenda chiflada.

Ella usaba faldas de tobillo que fluían en una variedad de colores y patrones. Sus botas se clavaban en el dobladillo de la falda, y tenía una blusa blanca suelta metida en la cintura asegurada con un grueso cinturón de cuero. Parecía que pertenecía a otra época. O a otro mundo. Tal vez ambas cosas.

Las gafas de Darlyn eran moradas y de ojos de gato, y sus grandes ojos azules parecían aún más grandes detrás de los lentes. Sus delgados dedos albergaban un anillo cada uno, con joyas y piedras y colores de oro y plata. Ella levantó su mano cuando el ascensor se abrió, y yo se la sostuve.

Los tres entramos, y tan pronto como las puertas se cerraron, Darlyn me sonrió con una gran sonrisa. —Encantado de verte, Roman.

—Yo también —dije educadamente.

—Esperaba encontrarme contigo hoy. Tengo un escritor en la manga. Una mujer joven con una voz brillante y una habilidad extraña para contar el tipo de historias que cambian a la gente. Y ella ni siquiera lo sabe. Súper encantadora. Un sueño de relaciones públicas, diría yo.

Esto estaba fuera del elemento de Jake, así que simplemente miró hacia atrás y hacia adelante entre el agente y yo mientras hablábamos.

—¿Asumo que hay una razón por la que me estás hablando de ella? —Le pregunté.

Darlyn empujó sus anteojos más arriba de su nariz y me miró. —Claro que sí, por supuesto. Creo que necesitas conocerla.

—Confío en tu juicio, Darlyn. Me reuniré con ella. Sólo dame una hora y un lugar.

—Oh, excelente —gritó Darlyn, extendiendo la mano y estrechando la suya. —Te encantará. Simplemente lo sé. Es un poco distante al principio, pero estoy segura de que podrás trabajar con eso. Después de todo, le sacaste a esa arpía de Monic Munrray su caparazón.

Me reí. —No fue una hazaña fácil, Darlyn. Si estás empeñando a otra chica testaruda como esa sobre mí, podría retirarme. Mi carga de trabajo se está volviendo obscena.

—No, no, ella es dulce. De verdad.

—Está bien —dije. —Confío en ti.

—Me pondré en contacto con ella y te diré dónde puedes conocerla la semana que viene. ¿Suena bien? —Asentí con la cabeza. —Suena genial.

Nuestra conversación terminó cuando el ascensor golpeó la planta baja. Darlyn apretó mi mano antes de salir del ascensor como una mariposa, sus faldas ondeando a su alrededor mientras corría hacia la acera.

Jake metió sus manos en sus bolsillos mientras cruzábamos el vestíbulo y salíamos bajo el fresco sol de octubre. —Esa mujer siempre tiene prisa cada vez que la veo.

—Está ocupada. —Dije.

—Eso parece. —Nos detuvimos en la acera. Mi auto estaba estacionado unos cuantos lugares a la izquierda, mientras que el de Jake estaba unos pocos a la derecha. Tiró del cuello de su chaqueta más cerca de su garganta mientras una brisa hacía estallar la calle. —¿Cuál es tu plan ahora?

—Tengo que ir a recoger a Max. Está en la piscina

—Todavía en esas clases de natación, ¿eh?

Asentí con la cabeza. —Sí, le encanta. Y estoy feliz por ello. Todos los niños deberían saber nadar para que no se conviertan en adolescentes como tú.

—¿Qué diablos tenía de malo el tipo de adolescente que yo era? —preguntó a la defensiva.

—Tú eras de los que se sentaban en su toalla trabajando en su bronceado,

mientras el resto de nosotros arrastrábamos a las chicas al agua. Porque eso te asustaba.

—No tenía miedo —dijo. Su voz era tan rígida como antes.

Esnifé. —Correcto. Seguro que no lo estabas. De todos modos, mi hijo no se lo perderá por temerle al agua.

—Que te jodan a ti también —dijo Jake, levantando la barbilla. —¿Algún otro plan para el fin de semana?

—Sí, en realidad. Llamó el Sr. Johnson. Ya sabes, el director de la banda en Baker High.

—Lo recuerdo.

—Va a tener una fiesta de jubilación mañana por la noche.

—¿Oh?

—¿Quieres unirte? —Le pregunté.

Él frunció los labios. —No lo sé. ¿Te dio un acompañante, o estás tratando de evitar ir por tu cuenta porque temes que Julieta esté allí?

—No tengo...

—¿Miedo? —preguntó Jake, arqueando una ceja. —Vaya, vaya, cómo han cambiado las cosas. Puede que le tenga miedo al agua, pero nunca le he tenido miedo a una chica.

—Me odia a muerte

—¿Y qué? —preguntó.

Me encogí de hombros. —Sería incómodo. No quiero volver a encontrarme con ella después de todo este tiempo sin refuerzos.

Sonrió. —Suenas como si aún tuvieras diecisiete años.

Me froté la nuca y suspiré. —Escucha. No nos quedaremos mucho tiempo. Pero, ¿vienes conmigo? Te debo una.

—No lo sé, Roman. En realidad no es lo mío. Ni siquiera conocía tan bien al Sr. Johnson. No querrá que me presente sin invitación.

—Wilma probablemente estará allí. —Jake parpadeó.

Le señalé con el dedo acusador, pero mi tono era de buen humor. —Podrás decirme que no, pero ambos sabemos que te gusta la hermana de Julieta.

Él miró a sus pies. —Bien. Yo iré. Pero si ella no está allí, me voy temprano

—Está bien —dije.

Si Wilma no estaba allí, eso significaba que Julieta tampoco estaría, y yo me encontraría a salvo. Sólo necesitaba a Jake conmigo como apoyo. Podría manejar cualquier otra bola curva. Pero no mi ex-novia.

Me dio una palmada en el hombro antes de volver a su auto. —Te veré mañana. Saluda a Max de mi parte.

—Lo haré —dije, y luego fui a mi auto, un elegante Mercedes negro. Me subí, encendí el motor y me alejé de la acera para dirigirme a la piscina, donde la lección de Max terminaba en los siguientes cinco minutos. Tuve el tiempo justo para estar allí.

Llegué a la piscina cuando terminó la clase y la chica detrás del mostrador me hizo un gesto con la mano. Corté el pasillo entre los vestuarios masculino y femenino y salí al borde de la piscina para lecciones y entrenamiento. Vi la clase de Max en el extremo poco profundo, saliendo del agua. La instructora se inclinó y le dijo algo a cada uno de ellos antes de que se apresuraran por el costado de la piscina hasta los cubículos a mi izquierda, donde estaban sus mudas de ropa.

Max fue el último en salir. Él le dijo algo a la instructora y ella sonrió. Luego bajó a lo largo de la piscina hacia mí, sus pies descalzos golpeando el hormigón mojado.

Me recordó a mí. —Hola, papá.

—Oye, muchacho —dije, poniendo mi mano encima de su cabeza mojada y ensuciando su cabello castaño. —¿Cómo estuvo? ¿Te divertiste?

Él asintió y se escabulló de debajo de mi mano, golpeándola juguetonamente mientras nos dirigíamos a los cubículos. —Sí. La Srta. Hicks dijo que lo hice bien hoy.

—¿Qué le dijiste a ella?

—Que ella también lo hizo bien.

Me reí. —Por supuesto que sí.

Max se inclinó frente a los cubículos y sacó su bolso. Lo colgó sobre un hombro y casi se derrumbó hacia atrás con el peso del mismo. Lo estabilicé y traté de no reírme. Era un poco más pequeño que la mayoría de los niños de su edad. Con el tiempo crecería a su tamaño, pero hasta entonces, era un poco doloroso para él.

Antes de que se metiera en el vestuario, lo llamé. Me miró, con sus ojos marrones grandes y redondos. —¿Sí, papá?

—Vas a tener que pasar la noche con tu abuelo. ¿Te parece bien? Tengo un evento de última hora al que tengo que ir.

Max asintió. —Me gusta estar con mi abuelo.

—Muy bien, adelante entonces. —Asentí al vestuario y él entró.

Suspiré. Por supuesto que le gustaba estar con su abuelo. Mi padre estaba

forrado en dinero y le dio a Max todo lo que quería. Lo cual, para un niño de cinco años, era glorioso.

Pero cuando creciera, se daría cuenta de que habrían: condiciones, expectativas, y críticas.

CAPÍTULO 4

JULIETA

Mi hermana Wilma vivía en una casa adosada de dos dormitorios en la calle principal de la ciudad. Estaba a unos veinte minutos caminando de mi apartamento. La noche se había vuelto tan fría que me puse una chaqueta hinchada y botas de montaña y me fui caminando. Hacía mucho frío, y el viento no ayudó. Probablemente tendría que pedirle que me llevara a casa más tarde.

La casa era vieja, casi tan vieja como mi edificio de apartamentos. Un conjunto de escaleras conducía a una puerta principal con pintura blanca descascarada. Una aldaba de oro colgaba debajo de la mirilla. Toqué el timbre y escuché a Wilma llamarme para que entrara.

Abrí la puerta y me apresuré a cerrarla, mientras el sonido distintivo de las patas de gato en la madera dura del pasillo se acercaba.

El gato naranja de Wilma, Mufasa, siempre buscaba la oportunidad de escapar. Se las había arreglado para escabullirse una o dos veces, lo que significaba que Wilma y yo estábamos condenadas a pasar el resto de la noche persiguiendo su culo naranja por toda la ciudad. Hacía demasiado frío para tales travesuras, y yo operaba por un principio básico que había estado tratando de convencer a mi hermana para que lo practicara: si él quiere estar afuera, déjenlo estar afuera. Aprendería muy rápidamente que Bar Harbor era el hogar de mucha vida silvestre y que no estaba en la cima de la cadena alimenticia.

Wilma odiaba esta forma de pensar, por supuesto. Ella era una amante de los animales de principio a fin y siempre lo había sido.

Al crecer, teníamos mucho dinero y una casa grande. Donde llegaron buenas oportunidades para que las criaturas hicieran un hogar. Ella salvó ratones y los crio por su cuenta, manteniéndolos en secreto de nuestros padres. Alimentó a los gatos salvajes de la propiedad y les dejaba tazones de leche durante la noche. Convenció a nuestra madre de que le comprara un hámster para una Navidad. Guardaba peces y ranas, y cuando era muy joven, tenía un par de cangrejos ermitaños. Ni siquiera una amante de los animales llegó a definir su obsesión.

Me agaché y le di a Mufasa un rasguño bajo la barbilla. —Hola, grandulón

—dije. Era un gato grande. Su vientre casi tocaba el suelo cuando caminaba, y cuando corría, se le oía venir desde el otro lado de la casa. El tabby naranja cerró los ojos y levantó la cara hasta el techo para disfrutar de los arañazos de su barbilla. —Eres tan malcriado. Sí, lo eres.

Wilma asomó su cabeza a la vuelta de la esquina hacia el pasillo. Su pelo rubio se le cayó por encima del hombro y me sonrió. —Oye, ¿te acercaste? ¡Hace mucho frío ahí fuera!

Asentí con la cabeza y me metí el pelo detrás de las orejas. —Lo sé. No puedo sentir mi nariz. Subestimé la temperatura aparentemente. —Mufasa empezó a ronronear y a tejer entre los tobillos cuando me levanté y me quité la chaqueta para colgarla con los otros abrigos y bufandas de Wilma. Me quité las botas y me uní a ella en la cocina.

Olía a canela y jarabe de arce. —¿Qué diablos estás haciendo, Wilma? Huele tan bien aquí.

Abrió la estufa para que me dejara mirar dentro. —Un guiso de ñame. Se ve bien, ¿verdad? Encontré la receta en Internet y retoqué un par de cosas. Espero que resulte. Nunca lo he hecho antes.

—Si sabe la mitad de bien de lo que huele, estoy segura de que será delicioso —le dije—. Siempre has sido buena en la cocina.

—Lo intento. ¿Quieres un vaso de vino? Tengo un pinot grigio o un merlot.

—Merlot —dije con decisión.

Ella se dedicó a descorchar el vino, y luego nos sirvió una copa a cada uno. Me pasó una y nos sentamos en su sala de estar mientras la cazuela seguía cocinándose.

Me gustó mucho la casa de Wilma. Era una elegancia destartada sin intención de serlo, y los tonos fríos y brillantes daban al lugar una vibración relajante y tranquila. Ella había roto algunos artículos de decoración con temas de otoño, incluyendo algunas almohadas anaranjadas, velas perfumadas con calabazas y un tazón de maíz de caramelo que había colocado en el centro de su mesa de café.

—Se ve muy bien aquí.

—Gracias. Es un trabajo en progreso, pero finalmente estoy empezando a sentirme como en casa aquí. ¿Cómo está tu casa?

Me encogí de hombros. —Sigue igual. Muy pequeña. —sonreí

—Te lo repito, tienes que tener una mascota. Te hará sentir más a gusto allí para tener algo esperándote. O para hacerte compañía mientras escribes.

Arrugué la nariz. —No quiero recoger la mierda de nada.

Wilma me puso los ojos en blanco. —Pero la recompensa emocional que obtienes por amar a un animal vale la pena, Julieta! No estoy mintiendo. Quiero decir, claro, limpiar la caja de arena no es mi parte favorita del día, pero acurrucarse antes de acostarse con un buen libro con Mufasa sí lo es. Y no puedo tener uno sin el otro.

La miré fijamente. —No voy a tener un gato

—¿Un perro entonces?

Agité la cabeza.

Wilma suspiró. —¿Es un buen momento para decirte que tengo otro gato?

—¿En serio?

Asintió. Ella sonreía de oreja a oreja. —Es un tabby negro. Sólo tiene tres meses

—¿Dónde diablos está?

—Es un poco asustadizo, así que no estoy del todo segura. Pero después de que hayas estado aquí un rato, podría venir a revisarte. Es muy amistoso, muy tímido. No creo que venga de un hogar muy agradable.

—¿Pero es un gato doméstico? Eso es bueno.

—Sí. No voy a traer un gato salvaje a mi casa de alquiler. Eso sería una tontería.

Tomé un sorbo de vino. —Tal vez consiga una nueva planta en vez de una mascota. O la próxima vez que vea una araña, la atraparé bajo un vaso y la meteré en un terrario. ¿Qué te parece?

—Eso no cuenta.

Me reí. Y Wilma también. Mientras continuábamos bebiendo nuestro vino, Mufasa se movía entre nuestros pies, deteniéndose para frotarse en nuestras pantorrillas. No me gustaba el hecho de que cada vez que venía a casa de mi hermana, me iba con pelo de gato anaranjado incrustado en mi ropa. Pero era un pequeño precio a pagar por visitarla, y yo sabía cuánta alegría le daba a sus animales. Nunca querría que ella los dejara.

—Voy a ver cómo están los boniatos —dijo Wilma mientras se ponía de pie.

Seguí a mi hermana mayor a la cocina, donde descubrió que las batatas estaban listas. La ayudé a preparar una ensalada de jardín, y en diez minutos estábamos sentadas en la mesa de su cocina para disfrutar de nuestra comida.

Estaba delicioso, y se lo dije.

—Gracias —dijo ella—. Puedes llevarte algo a casa para comer mañana si quieres. Tengo demasiado para mí sola.

—Eres igual que mamá.

—Lo sé. Se me pegó en grande. No puedo evitarlo, pero quiero alimentar a todo el mundo todo el tiempo

—Bueno, no diré que no a la comida gratis. Especialmente la comida así de buena.

Terminamos de comer, y cuando nuestras barrigas estaban llenas, nos inclinamos hacia atrás para terminar nuestras copas de vino. Wilma me miró sobre el borde de su vaso mientras drenaba los dos últimos bocados. Cuando lo dejó, se golpeó los labios. —¿Cómo va el libro?

Me encogí de hombros. —Se está yendo.

—Eso no suena prometedor.

—Ya sabes cómo es esto. La mayoría de los días son una lucha. Hoy ha sido un día nuevo para mí. Tuve que escribir una escena de sexo.

—Oh —dijo, sus cejas bailando sobre su frente. —¿Cómo te fue con eso?

—Terrible. Bueno. No demasiado terrible, supongo. Podría mantener la escena en el libro. Me sentí como una idiota escribiéndolo.

—¿Por qué? El sexo es normal. Todos lo hacemos. Bueno, la mayoría de nosotros.

Me incliné hacia adelante y bajé mi voz a un susurro, aunque éramos las únicas en toda la casa. —Lo sé, pero no lo he hecho en mucho tiempo. Sentí como si estuviera escribiendo sobre algo extranjero. Algo con lo que no tengo experiencia.

—Si quieres, puedo leértelo y darte consejos

—Eso no es lo que quiero —dije simplemente.

Wilma se rio. —Escucha, eres una buena escritora, Julieta. Apuesto a que la escena es genial, y estás siendo demasiado dura contigo misma. Ya sabes, es una especie de movimiento de tu firma.

—¿Qué es?

—Hacer algo brillantemente y luego tratarlo como si fuera basura. Heredé las habilidades culinarias de mamá. Tú heredaste sus dudas.

—¿Qué suerte tengo. ¿Quieres cambiar?

—No

Las dos nos reímos.

Mi hermana se levantó y fue a su nevera, donde sacó un pequeño plato con envoltorio de papel sobre él. Ella lo trajo y lo puso entre nosotras. —Hice bollos de crema

—Me mimas.

Se encogió de hombros. —Me gusta.

Quitó la envoltura de papel, y ambas nos pusimos un bollo, perfectamente frío y bañado en chocolate, en la boca. Sonreí mientras la crema en el medio escapaba de las comisuras de los labios de Wilma. Ambas estallamos en un ataque de risas. Se limpió las comisuras de los labios con los pulgares, y tuve que apartar la vista para mantener la compostura, de lo contrario mi comida también se filtraría.

Después de un segundo y tercer bollo, le dije a Wilma que el Sr. Johnson me había llamado antes y que me había invitado a su fiesta de jubilación.

—¿Todavía no se ha retirado? —preguntó Wilma con dudas.

Agité la cabeza. —Creo que lo intentó hace dos años, pero cedió. No estaba listo para parar. Y ahora que va a dar una fiesta, creo que podemos asumir que esto es todo. No más Sr. Johnson en la Secundaria Baker.

—¿Y por qué me estás contando esto? ¿Quieres que vaya contigo o algo? —Asentí con la cabeza. —Si no fuera mucha molestia.

—Oh vamos, Julieta. Sabes que ese no es mi tipo de cosas. No conoceré a nadie allí.

—Pero eres encantadora, bonita y divertida. Harás amigos de inmediato. Te necesito ahí conmigo.

—¿Por qué? —preguntó.

Suspiré. —Porque. Soy mala en este tipo de cosas. Y no quiero seguir teniendo las mismas conversaciones con la gente sobre mi libro, el mismo libro en el que he estado trabajando durante años y que nadie piensa que voy a publicar.

—¿A quién le importa lo que piensen?

Agité la cabeza. —Me importa un bledo, pero no quiero seguir teniendo las mismas charlas. Y que me digan que no me preocupe, que algún día llegaré allí y que tengo talento. Lo he superado.

Suspiró. —Bien. Iré contigo. Pero no me quedaré hasta tarde.

—Eso está bien. Gracias, Wilma. En serio. Te lo agradezco.

Me miró a los ojos y buscó otro bocado de crema. —Cualquier cosa por mi hermanita.

CAPÍTULO 5

ROMAN

—Max, se suponía que estaríamos en casa del abuelo hace 15 minutos. Vamos. Trabaja conmigo un poco aquí. ¿Dónde viste tus botas por última vez?

Me miró desde donde estaba sentado en el banco de la puerta principal, moviendo sus pies colgando hacia adelante y hacia atrás. —No recuerdo — dijo inocentemente.

—Lo sé, pero inténtalo. ¿Los dejaste en la escuela?

Max agitó la cabeza. —No. No se me permiten usarlos en el aula. Y me los pongo cuando me voy. ¿Te acuerdas? Zapatos de interior y de exterior.

—Por supuesto. Bueno, ¿dónde los usaste por última vez?

—En la Escuela.

Justo donde empezamos. Traté de no suspirar de exasperación. —¿Y estás seguro de que no te los pusiste en tu habitación?

Se encogió de hombros. —Tal vez.

—De acuerdo. Vamos. Echemos un vistazo más a tu dormitorio. Si no están ahí, tendrás que usar tus zapatillas.

—El abuelo dijo que hacía demasiado frío para las zapatillas cuando me llevó a la piscina ayer.

—Sí. Bueno, el abuelo dice muchas cosas. Mientras tengas los calcetines puestos, estarás bien. —No estaba de humor para lidiar con las elevadas opiniones de mi padre sobre el calzado de mi hijo.

Subí las escaleras con Max, todo el tiempo estuvo pisándome los talones. Corrió alrededor de mis piernas cuando llegamos al rellano del segundo piso, luego siguió apresurado hacia su habitación. Lo seguí y miré a mi alrededor.

Las botas no eran obvias, lo que significaba que estaban en uno de los dos lugares. —Tú revisa el armario y yo revisaré debajo de la cama —dije.

Max asintió con la cabeza y abrió las puertas de su armario. Me puse de rodillas en la alfombra. Puse mi mejilla a ras del suelo y miré por debajo de la cama azul marino. —¡Ah, hah! Aquí están, Max. Salgamos rápido ahora.

Los dos nos apresuramos a bajar, donde él saltó de nuevo al banco, y yo me apresuré a atarle las botas. Si no hubiéramos estado atrasados, Max lo habría hecho él mismo, o si fuéramos a ir a otro lugar que no fuera el de mi padre.

Una vez que el niño se puso las botas y el abrigo, salimos corriendo al coche. Le abroché el cinturón de seguridad en el asiento trasero y me puse al volante. Salí del camino de entrada y me dirigí fuera de la ciudad a la comunidad costera de Maine, donde estaba la propiedad de mi padre.

Sólo nos llevó diez minutos llegar allí, y estábamos cerca de la puerta eléctrica demasiado pronto. Ingresé mi contraseña personal, que había sido la misma desde mi primer año de secundaria, y la puerta se abrió, lo que me permitió conducir mi auto a través de la serpenteante entrada a la mansión que estaba atrás en el Atlántico.

Es magnífico. Nadie puede negar eso. Pero también había sido una jaula para mí en mi adolescencia que había estado desesperado por escapar. Si alguna vez atrapaba a mi padre presionando a mi hijo como solía hacerlo conmigo, tendría un gran problema en mis manos. Él niño amaba a su abuelo, y mi padre lo amaba también, pero de ninguna manera iba a dejar que mi papá hundiera sus garras demasiado críticas en mi hijo.

Aparqué el coche y dejé salir a Max. Luego nos acercamos a la puerta principal y golpeé. La actual ama de llaves abrió la puerta. Era una mujer regordeta, de mediana edad, con pecas y pelo castaño rizado. Tenía una sonrisa dulce, y saludó a Max antes de saludarme. Yo estaba de acuerdo con eso.

La ahuyentó mi padre cuando bajó por la escalera de caracol. Estaba vestido con pantalones negros y un suéter gris oscuro de manga larga. Puede o no haber sido cachemir. Decidí que no me importaba.

Max salió corriendo a través de la gran entrada de mármol hacia mi padre, quien se arrodilló y abrazó a su nieto en un saludo afectuoso. Susurró algo al oído de Max, y mi hijo salió disparado por el pasillo como un cohete, diciéndome adiós por encima del hombro en su camino. La casa de mi padre siempre fue divertida para Max.

Mi padre vino y me saludó en la puerta. —Llegas tarde.

—Lo sé. El tiempo se me escapó.

—Es curioso lo mucho que eso tiende a pasar contigo, Roman.

Me encogí de hombros y metí las manos en los bolsillos. —¿Cómo has estado, papá?

—Bien. Bastante bien. Me mantengo ocupado.

—Espero no molestarte necesitando que cuides a Max esta noche.

Mi padre agitó la cabeza y frunció el ceño. Aparecieron arrugas en las comisuras de su boca y sus ojos. Su pelo gris estaba liso hacia atrás sin un

mechón fuera de lugar. Se veía igual que siempre. Genial. Como todo hombre de mucho dinero. —No me estás molestando en absoluto, hijo mío. Sabes que me encanta pasar el tiempo con mi pequeño.

—Gracias, papá. Te lo agradezco.

—¿Seguro que no quieres quedarte a cenar? Leslie ha estado cocinando lentamente un asado toda la tarde.

—No puedo, papá. El Sr. Johnsons celebrará algo muy...

—Importante. Sí, ya lo sé. Pero en realidad, hay mejores cosas que podrías estar haciendo, ¿verdad? Como tener una comida con tu familia. O trabajando en descubrir a tu próximo gran escritor. Anex es un buen lugar para ti, Roman, pero a este paso, siempre estarás bajo mi sombra. Necesitas hacer algo grande, y la grandeza no se logra en las cenas de los pueblos pequeños con los viejos maestros de la escuela secundaria. Comencé la compañía como mi legado, pero ahora, a medida que envejezco, quiero que sea tuya.

Y así empezó. Siempre traté de olvidar el hecho de que mi cínico padre también era mi jefe, pero nunca dudó en recordármelo.

Agité la cabeza. —Sé que piensas que noches como ésta son indulgentes — dije, eligiendo cuidadosamente mis palabras. —Pero a veces, tienes que sacrificar tiempo por la gente que te importa. El Sr. Johnson me ayudó mucho en la secundaria. Me gustaría celebrar junto a él, este gran momento.

Mi padre asintió con la cabeza, pero pude ver el desdén en sus profundos ojos marrones. —Muy bien. Trata de no conversar con cualquiera que pueda, ya sabes, ver una oportunidad en ti.

—Papá, nadie allí estará buscando una limosna.

—¿Incluso si Julieta está? —preguntó.

Parpadeé. No me lo esperaba, pero debería haberlo hecho. Definitivamente debería haberlo hecho. Mi padre no era el fan número uno de Julieta. —Ella no estará allí, papá. No te preocupes por eso.

—Bueno, si lo está, ten cuidado. No es buena para ti. Nunca lo fue. Nunca lo será. Y sé que tienes debilidad por ella.

—Papá...

—Los hombres no podemos evitarlo a veces. Ella es una cosa bonita. Eso es seguro. Pero, sólo quiere lo que puede obtener de ti.

—Muy bien —dije con demasiada brusquedad. —Tengo que irme. Si no, llegaré tarde.

—Ya llegas tarde.

—Adiós, papá. Gracias de nuevo. Volveré por la mañana para recoger a

Max.

Recogí a Jake en su casa. Estaba de pie en la acera con la barbilla metida en el cuello de su chaqueta negra de estilo militar. Cayó en el asiento del pasajero con un resoplido y encendió la calefacción mientras me miraba con el ceño fruncido. —Hace mucho frío ahí afuera, imbécil.

—¿Por qué es mi culpa? —Le pregunté.

—Porque te he estado esperando por quince minutos. —Agité la cabeza. — Bueno, tú tomaste esa decisión, no yo.

Condujimos en silencio hasta el café que el Sr. Johnson había reservado para su evento de jubilación. Era una cafetería de día y un pub de noche, y yo había estado allí muchas veces antes. Estacionamos el auto en la acera y fuimos al pequeño café.

Nos recibieron con el aroma de vainilla y nuez moscada. Y algo picante. La gente estaba dando vueltas, charlando entre ellos, y vi al Sr. Johnson en el rincón más alejado, una cerveza en una mano y su teléfono en la otra.

Jake se puso en fila en el bar para pedir una copa a cada uno, mientras yo cortaba a través de la multitud para reunirme con mi antiguo director de la banda. Estaba hablando con dos mujeres jóvenes cuando llegué detrás de él y puse una mano sobre su hombro.

Se dio la vuelta, y su cara se iluminó cuando me vio. —¡Roman! —lloró antes de abrazarme con sus brazos. No estaba preparado para ello, pero lo abracé y le di una palmada en la espalda. —Me alegro de verle, Sr. Johnson. Se ve muy bien.

—Al igual que tú, hijo mío. Joven y en forma como siempre. ¿Cómo está ese muchacho tuyo?

—Max es buen chico. Pasará la noche con su abuelo.

Los ojos del Sr. Johnson brillaron. Estaba seguro de que recordaba lo tensa que era mi relación con mi padre. Sin embargo, él no dijo nada, y yo estaba agradecido por ello. —Me alegra oír eso. ¿Y es el Sr. Miller al que veo en el bar?

Me di la vuelta para mirar a Jake, que estaba pidiendo nuestras cervezas. Asentí con la cabeza. —Claro que lo es. Me sorprende que lo recuerde. No era un chico de la banda.

—Bueno, tú tampoco en realidad.

Me sonreí. —Cierto. —Atrapé a otro par de personas de mi edad entrando en el café. No los reconocí, pero llamaron la atención del Sr. Johnson y saludaron. Empezaron a entrar y le di unas palmaditas, al director de la banda,

en el hombro. —Mézclese y charle con sus invitados. Mientras estaré por aquí, asegurándome de que mi amigo no rompa nada.

Él sonrió. —Haz eso. Vendré a buscarte más tarde.

Me alejé y me reuní con Jake, que había encontrado una mesa para los dos. Él sorbió la espuma de la parte superior de su cerveza mientras yo recogía la mía, luego asintió al Sr. Johnson. —Parecía feliz de verte. Lo que es extraño. Porque no recuerdo que le gustaras mucho a ningún profesor de la secundaria Baker.

Me encogí de hombros. —El Sr. Johnson era diferente.

—Quizás él vio más allá de tu mala actitud y tus pobres habilidades sociales

—Sí, exactamente. También sabía quién era mi padre.

—Ah. Eso ayudó. Bueno. Al Sr. Johnson, entonces. —Él levantó su cerveza en un brindis.

Levanté mi vaso también, y cuando me incliné la hacia atrás para beber, vi por el rabillo del ojo un poco de cabello marrón. Dejé la cerveza sin beber. Jake empezó a intentarlo conmigo, pero no podía verlo ni oírlo. Yo estaba perdido totalmente.

Era ella. Julieta acababa de entrar por la puerta principal.

Su largo cabello castaño estaba suelto y había sido arrastrado por todas partes por una ráfaga de viento. Estaba sacando sus mechones de su brillo de labios y pestañas. Ella miró a su alrededor, no me vio, y sonrió al ver al Sr. Johnson. Dios mío, era aún más hermosa de lo que había sido en ese entonces.

Jake agitó su mano frente a mi cara, y yo la aparté del camino con una bofetada.

—¿Por qué diablos estás tan obsesionado? —preguntó. Siguió mi mirada. —Oh. Claro.

Julieta tenía unos jeans ajustados a la piel que mostraban sus piernas largas, muslos fuertes y caderas curvas. Su mitad superior estaba envuelta en una bufanda gruesa y una chaqueta negra hinchada.

Una rubia bonita entró por detrás de ella. Doble golpe. —Wilma —respiró Jake.

Y, así de fácil, mi amigo y yo volvimos a la secundaria. Mi cuerpo vibraba de adrenalina y sabía una cosa: no me iba de ese lugar hasta que hablara con ella.

CAPÍTULO 6

JULIETA

Tan pronto como entramos en el café, me golpearon los poderosos olores de nuez moscada, canela y algo más que no pude ubicar. Wilma venía detrás de mí y me dio un codazo en la espalda, animándome a mover el culo en lugar de pararme frente a la puerta como un ciervo en los faros, mirando a toda la gente del lugar.

Así que avancé. Rodé alrededor de una pareja que estaban justo delante de mí, y Wilma se agarró de la parte trasera de mi chaqueta para que no nos separáramos. Ella sabía que no me iba bien con las multitudes.

Nos dirigimos al bar, donde sabía que podía conseguir coraje con algún tipo de líquido. En el camino, nos interrumpió una cara vieja, amigable y arrugada, con el bigote gris más magnífico que jamás había visto.

—¡Sr. Johnson! —Lloré, dándole a mi viejo director de banda un gran abrazo.

Se rio y me abrazó. —Me alegro de verte, Julieta. Muchas gracias por venir.

—No me lo perdería por nada del mundo. Retirarse es algo importante, especialmente para usted. El hombre que no podía renunciar.

Volvió a reír y agitó la cabeza ante mí. —No estaba listo hasta ahora. La idea de no ir a trabajar todos los días me asustaba. Sin embargo, me da una sensación de alivio. Bueno, más o menos. Me quedo en casa y empiezo a revisar la lista de cosas que hacer en el hogar en compañía de mi esposa.

—Al menos el invierno está a la vuelta de la esquina, y puede retrasar dichas tareas hasta la primavera —le respondí. —No conoces a mi esposa —dijo sonriendo. —Bromeo. Ella es tan dulce como lo es una adicta al trabajo. Prefiero hacer algo que la haga feliz, que seguir trabajando día tras día. Los niños ya no son tan buenos como antes.

—Culpo a los padres —dije.

Se dio un golpecito en el costado de la cabeza con el dedo índice, justo en la sien. —Al igual que yo, querida. —Agarré la mano de Wilma y la puse a mi lado. —¿Recuerda a mi hermana mayor Wilma?

—Wilma, sí, por supuesto que sí. ¿Cómo estás? —El Sr. Johnson extendió

la mano a mi hermana.

Ella sonrió. —Estoy bien, gracias. Estoy dedicada a la crianza de animales maltratados, y trabajo en una clínica veterinaria.

—¿Qué haces allí? —preguntó con curiosidad. —Soy técnico veterinario.

El Sr. Johnson asintió. —Muy bonito. Recuerdo cuánto amabas a los animales. De hecho, si mal no recuerdo, fuiste tú quien empezó la petición para acabar con las disecciones de ranas en Biología.

Wilma se volvió de un tono rosa casi fluorescente. —Hmm. Sí. Lo recuerda bien.

La sonrisa del Sr. Johnson se amplió. —Ah, sí. Tenías fuego dentro de ti, Wilma. Eso me gustaba. No me sorprendió en absoluto saber que Julieta era tu hermana menor.

—¿Qué se supone que significa eso? —Le pregunté.

El Sr. Johnson nos dio a las dos una sonrisa sabia. —Son muy parecidas, las dos. Es un cumplido.

Wilma y yo intercambiamos una mirada, y yo fui la primera en hablar. —Supongo que aquí es donde decimos gracias

El Sr. Johnson se acarició el bigote. —No es necesario. Vayan a buscar algo de beber. Tengo que despedirme un rato más, y luego hacer un anuncio.

—¿Un anuncio? —Pregunté, husmeando para obtener más detalles.

—Sí, estoy muy emocionado. Ustedes dos busquen un asiento después de ordenar algo para beber. Les daré unos minutos.

Pasó entre nosotras, y volvimos al bar, donde nos pusimos a la fila detrás de un tipo que llevaba una camisa de cuadros escoceses. Wilma me dio un codazo en las costillas. —Tienes razón. Es genial.

—Lo sé. Siempre lo fue.

—No quise decir como, suave y genial. Más bien es un buen tipo

—Pfft —escupí. —Es ambas cosas, y lo sabes. —Esperamos hasta que estuvimos al frente de la barra, y luego cada una de nosotras ordenó una copa de vino tinto. Encontramos una mesa alta, después de eso, y mientras el Sr. Johnson se dirigía a la plataforma elevada en la esquina de la barra, encogí de hombros en mi chaqueta y la colgué sobre el respaldo de mi silla. Me deslicé en mi asiento y pasé los dedos por mi cabello mientras mi viejo director de banda tomaba el micrófono de su puesto y se dirigió a los invitados.

—Gracias a todos por venir. Significa mucho para mí que estén todos aquí. Hacía mucho tiempo que no veía sus caras mirándome así. Todo se siente un poco surrealista, para ser honesto con ustedes. Parece que fue ayer cuando

acepté el trabajo de director de banda en Baker High. Y estoy contento de haberlo hecho. Los conocí a todos a través de ese trabajo maravilloso, a veces increíblemente frustrante. Los adolescentes sólo pueden ser tan entrañables, y algunos de ellos dan ganas de meter su cabeza en el microondas, si saben a lo que me refiero.

Todos se rieron. Wilma golpeteó, suave, mi pie con su bota por debajo de la mesa. —Tienes razón. Es un buen tipo. —Le guiñé el ojo. —Lo sé.

El Sr. Johnson continuó. —Muchos de ustedes me han preguntado esta noche cuáles son mis planes ahora que estoy retirado. Y les he dicho, a la mayoría, que mi esposa tiene una lista de quehaceres hogareños lo suficientemente larga como para mantenerme ocupado hasta que me muera. Estoy agradecido por eso. Me mantiene joven. Pero también tengo otro proyecto en marcha del que me gustaría hablarles ahora mismo. Estoy empezando mi propio programa de educación musical para los jóvenes de Bar Harbor.

Me senté un poco más derecha. De repente, algo brillante se iluminó dentro de mí con sus palabras. Esa fue una idea brillante, y justo el tipo de cosas que deseaba hacer cuando era niña.

El Sr. Johnson continuó explicando dónde iba a empezar su negocio y cuáles eran sus planes al respecto. Pero cuando entró en los detalles, oí que Wilma respiraba agudamente a mi lado.

La miré. Estaba mirando por encima de mi hombro derecho en el bar. Estaba llena de miedo. No debí haberme dado la vuelta. Pero lo hice. Lentamente. Me retorcí en mi silla hasta que miré donde ella miraba, y mis ojos se encontraron con un par de ojos marrones oscuros. Roman Sanders. Le entrecerré los ojos. Y me sonrió, carajo.

Fue esa misma maldita sonrisa la que me metió en problemas con él la primera vez. Esa sonrisa torcida, encantadora como el infierno que hizo que mis rodillas se debilitaran y mi corazón se agitara.

Tenía una cerveza en una mano. Levantó la otra en una pequeña ola. No le devolví el saludo. Continué frunciendo el ceño hasta que me dolía la frente, luego me di la vuelta y traté de distraerme con lo que el Sr. Johnson estaba diciendo. Pero sus palabras entraron por un oído y salieron por el otro. Todo en lo que podía pensar era en el hecho de que Roman estaba detrás de mí. —Oh, demonios, no —escuché a Wilma murmurar. —¿Qué? —pregunté bruscamente.

—Jake también está aquí.

Me enfadé. —¿A quién le importa un bledo Jake!

—Están viniendo hacia nosotras.

Mis ojos se abrieron de par en par. —No, no lo están. Dime que no están viniendo. No puedo levantarme e irme todavía. Acabamos de llegar. Eso sería tan grosero y...

Me interrumpió cuando Roman apareció en mi lado derecho. Sacó una silla y se hundió en ella. Se movía de la misma manera que antes, como si cada movimiento fuera sin esfuerzo. Tenía una extraña gracia que no hacía más que realzar su belleza.

Sabía que era extraño llamar a un hombre hermoso, pero era difícil encontrar un adjetivo mejor para captar la esencia de Roman Sanders. Habían otras palabras para describir su naturaleza, claro, pero ninguna de ellas se ajustaba a su apariencia.

Era astuto. Encantador. Espontáneo. Grosero. Imprudente. Y, desafortunadamente, hermoso.

Tenía grandes ojos marrones en los que una chica podía perder su alma. Su afilada, cincelada y cuadrada mandíbula estaba sombreada con rastros negros que le llevaban a su melena de grueso pelo negro. Sus pómulos estaban altos y angulados hacia abajo, dándole una mirada melancólica que era un absoluto gotero de bragas.

Él descansó sus antebrazos sobre la mesa después de dejar su cerveza. Su atención estaba en el Sr. Johnson, que estaba terminando su discurso. Tan pronto como el ahora ex director de la banda terminó y la sala aplaudió, Roman me dirigió su oscura mirada.

—Hola, Jenkins.

—Sanders —dije secamente. Traté de parecer lo más desinteresada posible mientras sorbía mi vino y miraba a todas partes menos en él.

Roman todavía me miraba cuando Jake se sentó al otro lado de Wilma. —Hola, Wilma. Ha pasado un tiempo.

—Hola, Jake —dijo ella. Tenía una maldita sonrisa en los labios.

Le fruncí el ceño y ella reorganizó sus rasgos para que coincidieran con mi humor amargo.

Roman aclaró su garganta. —Pensé que había una posibilidad de que me encontrara contigo aquí. Me alegro de verte. ¿Cómo has estado?

—Ya sabes —dije antes de beber los últimos cuatro sorbos de mi vino. Él me parpadeó sorprendido mientras arrastraba la palma de mi mano a través de mi boca. —Este es un momento tan divertido. Wilma y yo estábamos a punto de irnos. Temprano por la mañana tenemos mucho qué hacer.

—¿Seguro que no pueden quedarse quince minutos o algo así? Sólo para ponerme al día.

—Oh, estoy segura, debemos irnos —dije.

Se encogió de hombros. —Muy bien. ¿Tienes un camino seguro a casa? — Le miré con mala cara. —He tomado una copa de vino. Estaré bien. — respondí.

—Sólo me aseguraba —dijo. Luego levantó su cerveza y tomó un trago. — Nos vemos por ahí.

No dije adiós. Agarré mi chaqueta del respaldo de mi silla y tomé la mano de Wilma. Todavía le estaba haciendo ojitos a Jake, quien le hizo una ola de disgustos y enfurruñado mientras yo la arrastraba de la mesa y hacia la puerta.

—¿No quieres despedirte del Sr. Johnson? —preguntó Wilma.

—Lo llamaré por la mañana y le diré que ha surgido algo. Él lo entenderá. Quiero llamarlo de todos modos. Me perdí todo su discurso por culpa de ese imbécil.

Salimos a la acera. Me puse la chaqueta y empecé a temblar casi instantáneamente.

Wilma se mordió el labio inferior. —Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que viste Roman. ¿Quizás no es el mismo tipo que solía ser? La gente cambia después de la secundaria, Julieta. Lo estás subestimando.

—No me importa —dije. Wilma suspiró y miró de un lado a otro de la calle. —¿Deberíamos empezar a caminar entonces?

Empezamos nuestra caminata las cuatro cuerdas de regreso, donde Wilma había estacionado su auto. Ella rompió el silencio cuando estábamos casi de vuelta.

—Jake se veía bien.

—Wilma, no empieces. Por favor? —Se encogió de hombros. —¿Qué?

—Tú y Jake. Nunca podría funcionar. Tiene problemas con un. —P” mayúscula.

—Eres una escritora. Pensé que no se suponía que usaras clichés como ese.

Cerré mis ojos, suspiré y dejé de caminar. —Y tú eres una mujer inteligente. No se supone que te gusten tipos como Jake Miller. Mantente alejada, Wilma. En serio.

—Relájate —murmuró. —Todo lo que dije fue que el tipo se ve bien. Y para que conste, también Roman

—Lo sé. —Suspiré. —Es enloquecedor.

CAPÍTULO 7

ROMAN

Cuando llegué a la entrada de la casa de mi padre a las nueve y cuarto de la mañana del domingo, la puerta principal se abrió antes de que tuviera la oportunidad de salir de mi auto.

Max salió corriendo por la puerta. Apenas llegué a una rodilla cuando me alcanzó y me saludó con sus brazos sobre los hombros. Me paré con él, abrazándolo con fuerza.

—Hola. —Sonreí, arrojándolo un poco para poder poner mi brazo debajo de él. —Sabes, te estás haciendo demasiado grande para esto. Pronto, no podré llevarte en brazos.

—Dices eso cada vez.

Me reí. —Sé que lo hago. Y un día, será verdad

—Pero hoy no —dijo Max alegremente.

—No, hoy no.

Mi padre apareció en la puerta. Llevaba su túnica de color rojo oscuro, cosida con hilo de oro, y tenía una taza de café humeante en una mano. Era una visión muy familiar. Me recordó a mi infancia, con bata y todo.

—Buenos días, papá —dije saludando mientras caminaba hacia la puerta con Max todavía en mis brazos.

—Es un poco mayor para ser llevado en los brazos, ¿no crees? —preguntó mi padre, ladeando un poco la cabeza hacia un lado.

Mi padre sería incapaz de guardarse sus opiniones para sí mismo. Me encogí de hombros. —No lo he visto desde anoche. Y no seré capaz de hacer esto para siempre.

—Claro que puedes, papá —dijo Max, apretando sus puños en el cuello de mi chaqueta.

Le sonreí. —Te lo recordaré cuando tengas quince años y te avergonzarás completamente de mí.

—Nunca me avergonzaría de ti —dijo Max frunciendo el ceño. —Hmm. Eso es lo que tú dices.

Mi padre aclaró su garganta para dirigir mi atención hacia él. —¿Cómo estuvo tu noche?

—Bien, en realidad. Mejor de lo que esperaba. Resulta que el Sr. Johnson no se está retirando. Planea abrir un centro de educación musical aquí en la ciudad para jóvenes que no tienen acceso a un programa de música en su escuela. Muy buena idea, creo. Especialmente hoy en día.

—Es música —dijo secamente mi padre. Suspiré. —Sí, me doy cuenta de eso.

—Deberían tener un equipo de fútbol libre. Algo que realmente ayude a los niños y les da mejores herramientas para el mundo real. Tocar el clarinete sólo puede llevarte hasta cierto punto.

Como siempre, mi padre no entendió. Decidí que no valía la pena discutir, así que cambié de marcha. —Gracias por cuidar a Max. ¿Lo pasaron bien?

Mi pregunta estaba dirigida a mi hijo, pero mi padre lo golpeó con su respuesta. —Eso hicimos. La cena asada fue maravillosa, luego jugamos unos juegos de mesa y nos fuimos a dormir temprano.

Max asintió. —Fue divertido, papá.

—Bien —dije. —Ahora deberíamos irnos a casa. Tengo trabajo que hacer, y tú, hombrecito, necesitas un baño. Puedo olerte desde aquí.

Max se rio mientras le hacía cosquillas en las costillas.

Mi padre agitó la cabeza ante nuestra estupidez. —Muy bien. Ustedes dos, fuera de aquí. Tengo que hacer algunas llamadas de negocios también. Debo hablar con Darlyn para encontrar nuevos escritores. Las cosas se están poniendo viejas.

—Oh, ya encontró una, en realidad. Tengo una reunión con ella la semana que viene. Darlyn dijo que la chica promete. Mucho talento y una persona fácil de comercializar, según me comentó.

—Ella suele saber de lo que está hablando. Tómate esto en serio, Roman. No más fiestas como la de anoche. No te llevarán a ninguna parte. Tienes que comprometerte a hacer de esa escritora una estrella. Necesitas tracción.

—Papá, sé lo que hago.

—¿En serio? Porque las fiestas de jubilación para alguien con quien no has hablado en años parecen una pérdida de tiempo. Tu trabajo debe ser tu máxima prioridad.

Le entrecerré los ojos. —No lo es.

Mi padre parecía que le había dicho que había tomado heroína recreativa. —¿Cómo que no lo es?

Sentí una oleada de orgullo al engañarlo para que hiciera la pregunta. Me ajusté el brazo a Max otra vez y miré a mi hijo antes de decirle. —Max es mi

máxima prioridad. La compañía y nuestros escritores siempre estarán en segundo lugar. Todo viene después de eso.

Mi padre se puso tenso y luego tomó un sorbo de café. Sospeché que sólo lo hizo para tratar de parecer un poco más casual y menos sorprendido. Me encantaba verlo de tal modo. Era un acontecimiento raro, así que cuando ocurrió, lo saboreé como el último bocado de mi delicia favorita.

—Nos vemos pronto —le dije.

Mi padre asintió con la cabeza. —Si esa escritora tiene tanto talento como dice Darlyn, asegúrate de cerrar el trato, Roman. Es importante. —Él sonrió. —Adiós, Max.

—¡Adiós, abuelo! —Max le gritó por encima del hombro cuando caminé y lo llevé de vuelta al auto. Lo puse en su asiento en la parte de atrás, y salimos de la entrada. Mi padre ya había desaparecido dentro cuando llegamos a la puerta.

Max se echó una siesta de diez minutos mientras nos íbamos a casa. Volvió en sí cuando aparcamos en la entrada y lo dejé salir del coche. Caminó a mi lado hasta la puerta, y una vez que se abrió, se apresuró a pasar junto a mí.

Le ayudé a quitarse la chaqueta y las botas, luego subimos las escaleras, directo a darle un baño caliente. Mientras esperábamos a que la bañera se llenara, Max se sentó en la cornisa. —¿Cómo estuvo tu fiesta anoche, papá?

—Fue divertido.

—¿Había un castillo inflable?

Me reí. —No. No había castillo inflable. —Estaba un poco decepcionad. —¿Había pastel por lo menos?

Agité la cabeza. —No. Tampoco hay pastel. —Max frunció el ceño. —¿Qué hiciste entonces?

—Bueno —dije, apoyándome en la pared del baño y cruzando los brazos sobre mi pecho. —Hablé con algunas personas con las que solía pasar mucho tiempo cuando era joven. Y me tomé un trago con el tío Jake.

—Eso no suena como una fiesta.

Asentí con la cabeza. —Las fiestas de adultos son mucho menos divertidas que las de niños

—No habría ido. —Me reí. —Tal vez yo tampoco debería haberlo hecho, pero fue agradable ver a gente que no me di cuenta de que echaba de menos.

“¿Cómo quién?

Me encogí de hombros. —Amigos del instituto

—Oh —dijo Max. —¿Por qué ya no los ves?

Suspiré. —La vida se complica cuando te haces mayor, Max. Y todos estamos muy ocupados. La gente va en diferentes direcciones.

—¿Por qué? —preguntó. —Porque no a todos nos gustan las mismas cosas. —Max inclinó la cabeza hacia un lado pensando. —¿Como si al abuelo le gustaran los puros y a ti no?

—Exactamente.

La bañera estaba llena y rebosante de burbujas. Cerré el grifo y metí la mano para asegurarme de que tenía la temperatura adecuada. Asintiendo con la cabeza, confirmé que estaba listo. Mi hijo se desnudó y se subió a la bañera, yo lo dejé para que jugara con sus juguetes en el agua y se lavara. Le encantaba la hora del baño, como a todo niño a los cinco años, disfrutaba de su tiempo a solas. No me opuse. A veces me pedía que me quedara con él, pero la mayor parte del tiempo quería jugar en paz con su submarino de juguete, y se quedaba allí hasta que se le acabaran las burbujas.

Le dije que fuera a buscarme cuando terminara.

Bajé las escaleras, abrí las persianas de mi oficina y abrí mi laptop mientras me sentaba en mi escritorio. Tenía más de una docena de correos electrónicos nuevos, y uno de ellos era de Darlyn. Lo abrí y lo leí.

Había hecho planes para que me reuniera con la nueva autora mañana por la noche para cenar. Una vez más, me vería obligado a pedirle a mi padre que cuidara de Max, y otra vez, él lo usaría como una oportunidad para criticarme. Suspiré, sabiendo que no había forma de evitarlo. Tal vez en unos años, yo no estaría haciendo lo mismo, y no tendría que depender de otras personas para que cuiden a mi hijo mientras yo me ocupo de los negocios. Quizás Darlyn había adjuntado un documento con información sobre la joven escritora. Pasé el ratón por encima, a punto de hacer clic, cuando Max entró en la oficina todo envuelto en su peluda bata azul. Su pelo castaño oscuro parecía tan negro como el mío cuando estaba mojado.

—¿Papá?

—¿Sí, muchacho?

—¿Podemos ir al cine hoy?

—Una película, ¿eh? —Le pregunté. Había pasado un tiempo desde que Max y yo no salíamos o hacíamos algo juntos. Una película podría ser divertida. —Claro. Déjame enviar este email rápidamente, y nos iremos. ¿Puedes vestirme mientras lo hago?

Max asintió con entusiasmo. —¡Sí, lo haré y seré rápido!

—Bien —dijo, una sonrisa que me tiraba de los labios mientras mi hijo se

giraba y salía corriendo de mi oficina. Escuché sus pies en las escaleras mientras corría a su habitación para prepararse.

Tenía unos tres minutos antes de que volviera a bajar y exigiera que nos fuéramos lo antes posible. Todavía tenía que ponerme la chaqueta y los zapatos. La paciencia de un niño de cinco años antes de ir al cine era básicamente inexistente.

Le respondí a Darlyn y le confirmé que estaría allí para la cena de mañana por la noche para conocer a la nueva talentosa. Mentalmente me dije que leyera el documento y la información sobre la escritora antes de la cena.

Cerré mi portátil, bajé por el pasillo hasta la puerta principal, donde me puse las botas y me encogí de hombros con la chaqueta de cuero. El sol estaba empezando a atravesar las nubes cuando Max regresó abajo, todo sonrisas y listo para salir, excepto que tenía la camisa al revés.

Rápidamente rectificamos eso, luego salimos y nos subimos al auto.

—Me gustaría mucho ver esa nueva película de terror que se estrenó. ¿El de los fantasmas y esas cosas? ¿Qué te parece? —dije. Los ojos del niño se abrieron de par en par mientras lo miraba por el espejo retrovisor. —Si eso es lo que realmente quieres ver... —dijo nervioso, y calló.

Me reí. —Sólo estoy bromeando contigo, muchacho.

—¡Papá! —Él gimió juguetonamente.

—Max —le devolví la llamada de atención, mostrándole una mirada tonta.

El pequeño sonrió y yo me alegré de que pasáramos el resto del día juntos, sólo nosotros dos.

CAPÍTULO 8

JULIETA

Grité y arranqué la mano del sofá cama cuando me apreté el dedo entre el marco de metal mientras trataba de doblarlo en un sofá. Sacudí mi mano, mi dedo latiendo de dolor, luego me lo llevé a mi boca para chuparlo. Maldito sofá cama de un estudio.

Cuando me recuperé un poco, retomé mi tarea de doblar la cama en un sofá. Una vez que tuve éxito, coloqué las almohadas apropiadamente y eché un vistazo rápido alrededor de mi pequeño apartamento. Estaba limpio. Bueno, más o menos limpio.

Mis habilidades de ama de llaves palidecían en comparación con las de Wilma. Le encantaba una casa ordenada, al igual que a nuestra madre, y se movía sin parar para encontrar dónde las cosas se veían mejor y qué complementaba con qué.

Yo, por otro lado, dejé que mi casa se convirtiera en lo que fuera. Había almohadas por todas partes, así como posavasos que no encajaban entre sí para proteger mis muebles, de madera muy viejos, de la media docena de tazas de café que tomaba diariamente. Había plantas medio muertas en muchas esquinas, así como velas quemadas y marcos polvorientos. Pero era mi hogar. Y me gustaba mi pequeño refugio.

Tratar de competir con Wilma fue una tontería. Y a ella le importaba un bleo.

Mi hermana venía en cualquier momento, y siempre me puse paranoica de que se sintiera incómoda en mi espacio. Cada vez que se lo planteaba, me aseguraba que me estaba volviendo loca. A ella le gustaba mi apartamento tal como estaba, y aunque no lo hiciera, no debería importar, siempre y cuando a mí me gustara.

Pero como la mayoría de la sociedad, era débil, todavía sentía que me estaban juzgando.

Cuando el temporizador se apagó en la estufa, el timbre de mi puerta sonó al mismo tiempo. Era Wilma, le contesté, mientras presionaba el botón del intercomunicador, conectado a la puerta principal del edificio de apartamentos. La luz del intercomunicador se puso verde, lo que me demostró

que ella había logrado entrar.

Entonces corrí al horno, abrí la puerta y miré la comida que estaba preparando. Agarré mis guantes de horno y saqué la bandeja de brie horneado.

Olía divino, y se veía delicioso. Era mucho más bonito que las cosas que normalmente preparaba.

Extendía una capa de mermelada de albaricoque por encima y la rociaba con pimienta de cayena y algunas cebollas salteadas. Luego horneé la rueda de queso brie con rebanadas de baguette colocadas alrededor de los bordes.

Wilma llamó a mi puerta principal. —¡Entra! —Grité. Entró y cerró la puerta con llave. Ella se detuvo oliendo tal delicia mientras yo sacaba mis guantes para horno y los colgaba de nuevo en el gancho al lado de la estufa. —¿Cocinaste? —preguntó.

Puse mis manos sobre mis caderas, asumiendo una pose de Superman, y asentí. —Puedes apostar tu culo a que sí. Creo que 'cocinar' es una exageración, pero asfixié un poco de queso con gelatina y lo horneé.

Wilma se acercó y miró. —Esto se ve increíble. —Su estómago gruñó y se rio. —Me muero de hambre. Pensé que íbamos a pedir algo...

Me encogí de hombros. —Todavía podemos si esto no termina sabiendo tan bien como parece.

—Oh, será delicioso. Estoy segura de ello. Es queso. —Ella tenía razón, por supuesto. Era difícil hacer queso menos que delicioso.

—Dejemos que se enfríe un par de minutos —le dije—. Tengo vino blanco frío, un par de cervezas o si prefieres sólo agua.

—Vino, obviamente —dijo Wilma mientras se quitaba la chaqueta y los zapatos. Los puso junto al mostrador de la cocina, y sirvió una copa de vino a cada una. El rojo hubiera sido mejor con el queso, pero no se me ocurrió nada esta noche, por mucho que lo intentara.

En cinco minutos, estábamos sentadas en almohadas y sobre mi mesa de café esparciendo queso brie derretido sobre nuestras rebanadas de baguette perfectamente horneadas. Era exquisito, muy rico y exactamente lo que esperaba.

Wilma masticó, tragó su primer pedazo con un sorbo de vino, e instantáneamente entró a comer un segundo pedazo de pan. —Julieta. En serio, esto es tan bueno.

—Gracias, me alegro de que haya resultado. No estaba segura

—Es maravilloso.

—¿Cómo estuvo tu día? —Le pregunté.

Ella haciendo muecas me miró. Su boca estaba llena de nuevo, así que la cubrió con su mano mientras hablaba. —Muy bien. Mamá me llamó. ¿También te llamó a ti? —Agité la cabeza. —No, ¿qué pasa?

—Necesita un poco de dinero extra para la medicación de papá por la presión arterial. Tiene que renovar su receta y, he allí, el precio subió de nuevo.

—Gran Farmacia. —Suspiré. —Bastardos.

—Sí, tengo un poco de dinero extra que puedo tirarles, pero no mucho.

—Llamaré a mamá mañana. Podría tener un gran día de pago en camino. —

Respondí

Las cejas de mi hermana se arrastraron hasta la línea del cabello. —¿Oh? ¿Qué clase de día de pago podría ser ese? ¿Está relacionado con la escritura?

Asentí con la cabeza. En el pasado, cada vez que ganaba dinero decente, no tenía nada que ver con mi verdadera pasión, porque era difícil hacer buen dinero con la escritura. —Darlyn me consiguió una reunión con un representante de relaciones públicas de Anex Publishing.

—Oh mierda, ¿en serio?

Asentí con la cabeza. —Sí. Mañana cenaré con él para hablar de la posibilidad de firmar un acuerdo. Creo que, tal vez, sólo tal vez, puede que haya conseguido algo realmente bueno. Dinero de verdad, Wilma. El tipo de dinero que realmente podría ayudar a mamá y papá y quizás hacer un gran cambio. Puede que no tengan que vivir de cheque en cheque si puedo evitarlo.

—Julieta —dijo mi hermana lentamente. —Esta es tu victoria. No se lo tires todo a mamá y papá de inmediato.

—No se lo voy a tirar a nadie.

Ella se mojó los labios. —Lo siento. Eso no es lo que quise decir.

—¿Qué quisiste decir? —Pregunté, tomando un sorbo de vino.

Nuestros padres habían perdido mucho dinero cuando estábamos más jóvenes. Antes de la crisis, éramos una familia muy, muy acomodada. Vivíamos en una casa de cinco habitaciones con vista al mar. Teníamos un comedor formal y una sala de estar, así como una sala familiar, donde a menudo nos sentábamos juntos y veíamos películas. Mi infancia fue ideal, feliz y segura, pero cuando Wilma y yo éramos adolescentes, algo sucedió dentro de la compañía de mi padre.

Algo malo. De lo que aún no ha hablado con nosotras hasta el día de hoy.

Mi padre tomó medidas para enfrentarse a un jefe que no era apto para dirigir la empresa, luego se sintió avergonzado por ello y fue expulsado de su

carrera. Lo perdimos todo. Nuestro hogar. Nuestros coches. Todas nuestras posesiones. Tuvimos que empezar de cero.

Vivimos en el motel Harbor Maine durante tres meses antes de que pudiéramos encontrar una suite en el sótano con el alquiler que podíamos pagar.

Mi madre volvió a trabajar y mi padre encontró a alguien que estaba dispuesto a contratarlo. Consiguió un trabajo en contabilidad para una pequeña empresa, y mi mamá trabajaba en una tienda de regalos. Ella había sido una madre que se quedaba en casa y no tenía profesión u oficio. Bueno, al menos en el papel, no lo tenía. Pero siendo realistas, encajaría bien en cualquier trabajo. Era competente, una aprendiz rápida, una brillante multitarea y una ingeniosa solucionadora de problemas. Como la mayoría de las buenas madres, tenía que serlo.

El gran cambio de estilo de vida había sido más que difícil. Wilma y yo ya no podíamos participar en actividades extracurriculares después de la escuela porque nuestros padres no podían pagarlo. Y tuvimos que conseguir trabajos de medio tiempo mientras estábamos en la secundaria, lo cual no fue terrible, pero nunca había sido parte del plan. Crecer rico hizo que ninguna de las dos pensara realmente en incorporarse al mundo laboral tan joven. Para ser honesta, no había pensado entrar en él en absoluto.

Las cosas eran más difíciles ahora, pero todavía estaban bien. Mis padres eran buenas personas que hacían todo lo que podían para llegar a fin de mes. La salud comprometida de mi padre no ayudó, así que Wilma y yo hicimos todo lo posible para apoyarlos. Porque eso haría una familia unida.

Wilma se puso de espaldas sobre su almohada y cruzó las piernas por debajo de sí misma. —Todo lo que quería decir es que mamá y papá necesitan ayuda, seguro, pero no querrían que te preocuparas demasiado. Especialmente si es dinero lo que vas a ganar con tu libro. Este es tu éxito, y deberías celebrarlo, no darlo todo en cuanto esté en tu cuenta bancaria.

—Sé que me estás cuidando, Wilma, pero no tienes que hacerlo. Puedo tomar mis propias decisiones.

—Soy tu hermana mayor —dijo—. No puedo evitarlo, pero quiero cuidarte.

—Estamos hablando de mamá y papá. Tendremos nuestro descanso, Wilma. No te preocupes. No siempre será así. Creo que tal vez este sea un escalón para que empecemos a ganar dinero de verdad de nuevo. ¿Quién iba a pensar que vendría de mis escritos?

—Yo —dijo simplemente Wilma.

Sonreí. —Y aprecio tu apoyo. Siempre lo he hecho. Has estado conmigo desde el principio.

—Y hasta el final —dijo ella, levantando su copa de vino. Me reí. —Me gusta el estilo dramático.

—Pensé que te gustaba. —Ella guiñó el ojo, pero su alegre expresión vaciló después de tomar un sorbo de vino.

Extendí más queso brie en un trozo de pan y la miré. —Siempre he estado orgullosa de nuestra familia —dije.

Wilma no dijo nada mientras buscaba otro trozo de baguette.

—Demuestra nuestra resistencia y nuestra fuerza. No creo que muchas familias puedan permanecer unidas de la forma en que lo hicimos nosotros. Después de que papá fue rechazado, todos nos dedicamos a la tarea de sobrevivir. Y lo hicimos. Claro, ha sido duro, pero no ha sido malo. No lo sé. —Suspiré, recostada en mi sofá. —Me gusta la lucha.

Ella asintió. —Pero sería bueno si estuviera detrás de nosotras.

Miré a mi hermana. Tal vez las cosas habían sido más difíciles para ella como hermana mayor. Quería preguntárselo, pero mantuve la boca cerrada. Era algo de lo que sabía que no le gustaba hablar en profundidad. Era un tema delicado para ella.

Así que cambié el tema a algo un poco más ligero. —¿Sigues pensando en Jake?

Wilma casi se ahoga con su pan. Una vez que tosió y se golpeó el pecho un par de veces, me miró irónicamente. —Tal vez.

Me reí, y ella también. El resto de la noche fue absorbida por conversaciones más ligeras y muchas risas. Incluso charlas sobre lo guapo que era Jake.

CAPÍTULO 9

ROMAN

Aunque mi padre ya no venía a Anex, se las arreglaba para pasar sin anunciarse al menos una vez a la semana para mantener a todos los empleados alerta.

Cuando vino el lunes por la tarde, yo estaba en medio de una conferencia telefónica con uno de los escritores que habíamos adquirido el año pasado y una gran cadena de distribución de libros. Mi padre se detuvo en la puerta y le hice señas para que entrara. Él era el dueño, y a pesar de que yo deseaba poder decirle que se fuera a caminar hasta que terminara la llamada, yo sabía que no podía hacer tal cosa. Así que hice un buen show en la llamada mientras él miraba y escuchaba, sin duda sobre analizaba cada palabra que salía de mi boca.

La llamada terminó después de unos quince minutos, y cuando colgué el teléfono, mi padre cruzó una pierna sobre la otra y se ajustó la chaqueta gris de su traje. —Eso sonaba prometedor —dijo con frialdad.

—Lo era.

Esperó a que yo lo explicara. Cuando me quedé mudo, él echó su mirada alrededor de la oficina. —Me gusta lo que has hecho con el lugar. Es mucho más..., simple.

La oficina solía ser de mi padre cuando se hizo cargo de la empresa y triplicó su crecimiento en los dos primeros años de su reinado. Cuando se sentó en esta silla, la habitación estaba mucho más ornamentada. Lo había llenado de librerías de roble cereza oscuro y las había abastecido de elegantes libros viejos con encuadernaciones de cuero y títulos de oro apretados en las espinas. El escritorio en sí había sido la misma madera rica, lo había mantenido relativamente ordenado, excepto por su escultura de jade y su placa de oro.

También había tenido alfombras por todo el suelo, y la chimenea detrás del escritorio siempre estaba encendida. Todavía no la había usado en los cinco años que había sido mi oficina, y no planeaba volver a encenderla. Por el bien de la autoestima. Y para probar que no me parecía en nada a mi padre.

No compartía sus gustos caros ni su completa falta de empatía por sus

compañeros de trabajo. También manejé mejor a mis escritores, porque sabía que sin ellos, este negocio se desmoronaría.

El hecho de que yo había mantenido sus números durante mi primer año en esta posición nunca fue discutido. Jamás hablamos de que la compañía tenía más volumen de ventas ahora que él no trabajaba en la oficina, y nuestras ventas eran mejores que nunca.

—No puedo concentrarme cuando hay demasiadas cosas por ahí —le dije.

Asintió a sabiendas y apretó las puntas de los dedos. —Diferentes estilos para diferentes personas, supongo.

—Supongo —hice eco. —¿Qué te trae por aquí?

—Quería hablarte de la cena que tienes planeada para esta noche con esta nueva escritora.

—¿Qué pasa con eso? —Le pregunté.

—¿Estás preparado?

¿Qué clase de pregunta era esa? Por supuesto, estaba preparado. Bueno, más o menos. Todavía no había llegado a leer el archivo de la escritora. Diablos, ni siquiera sabía su nombre. Pero todas esas fueron cosas menores. Podría leerlo rápidamente antes de ir al restaurante, cuando el tiempo lo permita. —Sí, estoy preparado.

—¿Cuál es tu estrategia? —preguntó.

—¿En serio, papá? ¿Estrategia? Estoy adquiriendo un autor, no elaborando planes de batalla. —Mi padre me miró fijamente. —Así que vas a improvisar.

—Yo no he dicho eso.

Se veía aún menos impresionado de lo que estaba cuando dijo que mi oficina era simple. —Escucha, Roman, tienes que empezar a tomar esto en serio. No sé cuántas veces puedo seguir teniendo esta conversación contigo. ¿No quieres tener éxito aquí? Tu completa falta de autodisciplina me confunde.

Arqueé una ceja. —Creo que estás malinterpretando mi estilo de negocios. —Frunció el ceño. —No sabía que tuvieras uno.

Suspiré y me pellizqué el puente de la nariz. Esta fue una situación de pérdida. Podría seguir empujando hacia atrás y darle labio, o podría conceder, dejar que diga lo que vino a decir aquí, y seguir con el resto de mi día. —¿Qué quieres que haga esta noche?

Mi padre se sentó un poco más derecho. Esto era exactamente lo que él esperaba. Una audiencia receptiva. —Bueno, si fuera yo, me aseguraría de no liderar con dinero. De hecho, ni siquiera lo discutiría. Los escritores son criaturas nerviosas. Es poco probable que ella pregunte sobre el pago siempre

y cuando sigas adelante con la conversación. Puedes ser intimidante cuando quieres, Roman. Te sugiero que lo uses a tu favor para que esta escritora no esté sobre pagada.

Típica mierda.

—Habla de la compañía con ella. Hazle ver que está tomando la decisión correcta alineando su marca con nosotros. Podemos representarla adecuadamente. Sabemos lo que se vende y lo que no, y podemos guiarla sin esfuerzo a través de su nueva carrera como escritora. Ella no ha firmado con otra editorial antes, ¿verdad?

—No que yo sepa —le dije.

—¿Así que puede que no sea tan fresca como Darlyn dijo?

—No. No importa. No ha firmado con nadie. Seríamos su primer contrato.

Asintió con la cabeza. —Muy bien. Entonces es aún menos probable que pregunte por el dinero.

—A menos que tenga cerebro. Y algo de valor.

Mi padre me estudió. —Naturalmente. Pero tú conoces este negocio mejor que ella.

No he dicho nada. No tenía planes de aprovecharme de esta nueva escritora ni de nadie. Ella no tenía idea de lo afortunada que era de que fuera yo el que se sentara al otro lado de la mesa en lugar de mi padre. Él le ofrecería cinco centavos y ella no se daría cuenta hasta que llegara a casa, sintiéndose conmocionada y desorientada, como si acabara de atravesar un campo minado.

No iba a hacerle eso a ella ni a otro escritor. Al igual que la chimenea de la oficina, yo era diferente a él. Muy diferente.

—¿Hay algo más, papá?

Mi padre se acarició la barbilla antes de sacudir la cabeza. —No, supongo que eso es todo por ahora. ¿Me mantendrás informado de cómo va todo?

—Por supuesto.

—Excelente —dijo, poniéndose de pie y arreglándose la chaqueta una vez más. —Recuerda. Deja la charla de dinero fuera de la mesa. Deslúmbra la con tus otras herramientas. —Me hizo un gesto a mí. En otras palabras, quería que la cautivara con mi buen aspecto y encanto. Decidí no decir nada mientras se dirigía a la puerta. Cuando la abrió, Jake estaba del otro lado. Los dos compartieron un apretón de manos incómodo, y cuando mi padre se fue, él se quedó tieso en la puerta.

—Puedes entrar —le dije.

Entró y cerró la puerta tras él. —En una escala del uno al diez, ¿qué tan

terrible fue eso?

—¿Diez siendo terrible?

Jake asintió y se paró detrás de la silla que mi padre acababa de dejar vacante, agarrando el respaldo. —Un diez fácil.

Él se rio y bajó la cabeza. —Lo vi venir y no tuve la oportunidad de advertirte. ¿Te estaba dando una obra por obra de lo que deberías y no deberías hacer esta noche con el nuevo talento de Darlyn?

—Sí. ¿Cómo lo supiste?

—Tu padre podría ser uno de los hombres más predecibles del planeta.

Me levanté y junté mis cosas en una pila ordenada antes de alejarme del escritorio. Me puse mi chaqueta de cuero mientras Jake se enderezaba. —Sí, siempre es un imbécil. —Dije.

—Sí, un culo consistente. Eso tiene que contar para algo. Siempre sabes lo que vas a conseguir

—Cierto.

Salimos juntos. En el ascensor, Jake me miró. —Sabes, si consigues a este escritor, tu padre probablemente estará orgulloso, aunque no lo diga.

Me reí y agité la cabeza. —Mi padre no estaría orgulloso si duplicara los ingresos de la compañía al final de la semana.

Jake tragó, pareciendo incómodo.

Lo miré sin ansiedad. —No te preocupes, hombre. Dejé de intentar hacer feliz a ese viejo pedo hace mucho tiempo

—Deberías llamarlo así en su cara. Apuesto a que eso haría el truco y le sacaría una sonrisa.

Me reí cuando se abrieron las puertas del ascensor y cruzamos el vestíbulo. —Sí. Tal vez si estoy en mi lecho de muerte, lo intentaré para ahorrarme la miseria de una muerte larga. Me asfixiaría con una almohada o algo así.

—O te inyectaría oxígeno en la sangre.

Asentí con la cabeza. —Ah, sí. Mucho más en línea con su carácter. Buena decisión.

—Esta es una conversación estúpida sobre tu padre, Roman. —Me encogí de hombros. —Las familias están llenas de mierda a veces. Es lo que es.

Salimos por la puerta principal y tomamos el aire fresco de la tarde. Él asintió hacia mí. —Bueno, buena suerte con esa nueva escritora. Estoy seguro de que todo saldrá bien y tú la enrollarás. En el peor de los casos, sonrío mucho. Sabes que a las chicas les encanta cuando sonrío.

Levanté las cejas. —Basta ya.

Jake se rio. —A veces no puedo evitarlo. Es demasiado fácil.

—Lárgate. Te lo contaré todo mañana.

Él se volvió y saludó por encima de su hombro. Me gritó. —Buena suerte” una última vez antes de desaparecer dentro de su coche, dejándome subir a mi Mercedes y dirigirme a ocho cuadras hasta el pequeño restaurante en el que Darlyn había organizado nuestra reunión.

Era un lugar pequeño que servía comida fresca, cultivada localmente y que por lo general sólo era frecuentada por los lugareños. La luz era suave y cálida mientras la oscuridad se instalaba en el exterior. Las lámparas de la calle parpadeaban cuando un camarero me llevó a mi mesa y puso el menú de bebidas frente a mí.

Consideré pedir una botella de vino, pero pensé que podría ser exagerado. Así que le pedí que trajera agua helada. Después de todo, era una reunión de negocios. La puse en el banco junto a mí. Luego puse mis antebrazos sobre la mesa y junté mis manos. Y esperé.

Odiaba este tipo de reuniones. Eran situaciones de alta presión. Los escritores siempre estaban nerviosos, y nunca pude sentirme bien con ellos porque lo trataban como una entrevista de trabajo, y tuvieran que impresionarme. Me importaba un bledo cuáles eran sus calificaciones. Si pudieran escribir un buen libro, me interesaba más. Todo lo que quería saber era un poco sobre ellos para poder hacerlos comercializables.

Básicamente, todo lo que buscaba era a alguien a quien le importara una mierda y estuviera dispuesto a cooperar.

Fue sorprendente cuántos escritores no eran así.

Suspiré y me froté la nuca. Me dolía sentarme y mirar fijamente a una computadora todo el día. Estaba ansioso por volver a casa con Max. Le he echado de menos. Un día entero lejos de él apestaba, y lo más probable es que para cuando llegara a casa, mi papá ya lo hubiera acostado, así que no lo vería hasta la mañana siguiente.

Ser un padre soltero que trabaja, podría ser muy complicado a veces.

Levanté la vista cuando oí una voz familiar que saludaba a la anfitriona en la puerta principal, luego me di cuenta de que esta noche iba a tener un viaje lleno de baches.

Julietta acababa de entrar. Llevaba pantalones negros ajustados, un top verde oscuro y una chaqueta de cuero negro perfectamente ajustada con cremalleras doradas. Su pelo castaño fue arrancado de su cara en un bollo desordenado. Hebras sueltas colgaban alrededor de su cara.

Sonrió al camarero que fue a recibirla para llevarla a su mesa.
Era la mía. Qué gran sorpresa me tragué.

CAPÍTULO 10

JULIETA

El camarero que me llevó a mi mesa fue increíblemente amable. Me acompañó a través de una fila de mesas y se detuvo en una cabina. Cuando se hizo a un lado y me dio un gesto para que me sentara, miré y dije en voz alta. —Maldición.

Roman estaba sentado en la cabina, y definitivamente me oyó maldecir. La comisura de su boca se rizó con una sonrisa mientras miraba hacia la mesa.

—Oh,” tartamudeé, sintiéndome como un idiota. —¿Esto es un error?

El camarero me parpadeó. —No lo creo. Su reserva estaba bajo el nombre de Miss Darlyn, ¿correcto? —Asentí con la cabeza. —Entonces esta es su mesa.

Hice una mueca de dolor, me aparté y me metí en la cabina frente a Roman, que ahora había levantado la vista para dar las gracias al servidor. Luego me hizo un gesto con la cabeza. —¿Quieres algo de beber? ¿Vino? ¿Un cóctel?

—Vino —le dije rápidamente con una sonrisa al camarero. Necesitaba algo que me ayudara a superar esta importante reunión. ¿Cómo tuve tan mala suerte de que fuera Roman Sanders sentado frente a mí? No tenía idea de cuánto poder sobre mí tenía en sus manos. Sus manos grandes y fuertes. Me lo tragué.

El camarero tomó nuestro pedido de vino y nos dejó en paz. Instantáneamente deseé que regresara cuando Roman volviera su mirada morena sobre mí. —Bueno —dijo con voz grave. —Esto fue inesperado.

—¿Lo fue? —Le pregunté.

Asintió con la cabeza. —Me siento como un tonto confesando esto, pero nunca llegué a leer los datos que Darlyn me envió. Probablemente algo bueno, dadas las circunstancias.

—¿Por qué, podrías haberme abandonado? —pregunté, entrecerrando los ojos.

Se rio. —No, pero podría haberme sentido obligado a advertirte que sería yo con quién te reunirías, y te conozco. Habrías cancelado más rápido de lo que podría decir 'Jenskins'“.

Me quejé. Tenía más que un poco de razón.

—Yo, por ejemplo, estoy feliz de que seas tú —dijo—. Ahora tenemos que

ponernos al día, y no puedes huir como el sábado por la noche.

—No me escapé —le dije en seguida.

—¿Ah, no? Entonces, ¿cómo lo llamarías?

Levanté la barbilla. —Tuve que irme. Eso es todo.

—Correcto. Tenías que hacerlo.

Me mordí el interior de la mejilla. Había tantas cosas sarcásticas que quería decir ahora, pero no podía. Necesitaba esto. Mis padres necesitaban el dinero. Así que reprimí mi réplica, respiré hondo y me relajé. —¿Cómo estás, Roman?

Parecía más que un poco sorprendido por mi cambio de conducta, pero no dijo nada al respecto. En vez de eso, siguió adelante sin problemas. Todo lo que hizo Roman Sanders fue suave. —Estoy bien. Me alegra saber que sigues escribiendo.

—Por supuesto que sí —le dije—. ¿Qué significa eso?

—Nada —enmendé rápidamente. Cállate, Julieta. ¡Sólo cállate! No podría arruinar esto. Obviamente, se alegró de que yo siguiera escribiendo. Con suerte iba a ganar un montón de dinero de mi libro si las cosas iban bien.

—Te ves bien, Julieta.

Mi respuesta inicial fue decirle que se emborrachara. Era una reunión de negocios. No debería estar diciendo nada sobre cómo me veía. Me recompuse y puse mi cara de mujer de negocios. —Roman, estoy aquí para hablar de trabajo. Mantengamos esto profesionalmente. Lo que pasó entre nosotros fue hace mucho, mucho tiempo.

—¿Qué hice?

—Sólo no.... me hagas cumplidos.

Él resopló. —Muy bien. Para que conste, felicito a mucha gente. Le dije a Jake que se veía bien esta mañana.

—Bien por él.

El camarero regresó con la botella de vino. La descorchó y vertió un poco en mi vaso al gusto. No me molesté en arremolinarlo ni en olerlo. Bebí, puse el vaso sobre la mesa y asentí. —Es bueno. Más, por favor.

Roman me sonrió todo el tiempo. Maldito sea. Esperó en silencio mientras su vaso de vino estaba lleno, y cuando el joven nos pidió que tomáramos nuestras órdenes, le dijimos que necesitábamos un par de minutos más. Ninguno de los dos había abierto el menú todavía.

El camarero se fue, y Roman tomó su copa de vino, bebió un sorbo y me vigiló por encima del borde. —¿Algo que te gustaría decir? —Le pregunté.

Me miró en forma sarcástica. —No, en absoluto. No sería profesional.

Lo miré con ira. Observó fijamente hacia atrás, su expresión era tranquila. Casi humorístico. Se estaba metiendo conmigo.

Me sentí como si estuviéramos en la secundaria otra vez.

¿Cómo había navegado por las aguas turbias que eran las de Roman Sanders cuando era una niña? Cierto.

Honestidad. Transparencia. Tuve que apelar a sus emociones. Si le quedara alguna todavía.

Me cuadré de hombros. Aquí va nada. —Escucha, Roman. Sé que esto es raro. No es lo que ninguno de nosotros esperaba. Pero esto no cambia nada para mí. Todavía quiero el trabajo, de verdad. Podría ser la gran oportunidad que he estado buscando.

—Estoy de acuerdo —dijo con calma.

Asentí con la cabeza. —Bien. Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Podemos seguir con esta reunión? como posibles compañeros de trabajo, en lugar de pelear entre ex?

Tomó otro sorbo de vino. —Sí.

—Bien. Porque realmente quiero este trabajo. Más que nada. Wilma y yo hemos estado luchando para evitar que nuestros padres se vayan a la bancarrota, y mi papá ya no puede pagar sus propios medicamentos. ¿Serás honesto conmigo? ¿Podría esto cambiar las cosas para mí? ¿A lo grande? ¿O fue Darlyn sólo soplando humo en mi trasero?

Roman me estudió. Sus ojos marrones parpadeaban entre los míos, y levantó una mano para rascar el oscuro rastrojo que tenía en la mandíbula. —No estaba soplando humo.

Me encorvé un poco hacia adelante con alivio. —Gracias a Dios.

—¿Quieres saber los detalles de lo que implicaría? —Asentí con la cabeza. —Sí. Por favor.

Roman abrió la boca para hablar, y luego agitó la cabeza. Deslizó mi menú hacia mí. —Pongamos primero nuestras órdenes. Entonces podemos ir al grano. Me muero de hambre y pretendo aprovecharme de la tarjeta de crédito de la compañía. Tú también deberías hacerlo.

—No necesitas decírmelo dos veces —dije, abriendo mi menú y escaneando las páginas.

Él pareció decidirse rápidamente. Cerró su menú y se inclinó hacia atrás, donde se sentó tranquilamente esperándome. Eso me recordó a los viejos tiempos.

Le eché un vistazo. Me estaba sonriendo. Volví a mirar el menú mientras le preguntaba qué estaba pidiendo. Entonces levanté una mano. —Espera. Déjame adivinar. ¿El filete de solomillo?

Sonrió. —Naturalmente.

Agité la cabeza. —Tan predecible.

—¿Qué estás decidiendo? ¿Pasta o... pasta? —Le di una mirada oscura.

Roman echó la cabeza hacia atrás y se rio. El sonido me atravesó como una corriente eléctrica, haciendo cosquillas en mi interior y haciendo que algo se moviera por debajo de mi vientre. Algo que me recordó cómo me sentía cuando escribía la escena de sexo en mi novela. Oh diablos. Roman me meneó las cejas. —¿Tenía razón?

Cerré el menú y crucé los brazos por debajo de los pechos. —Tal vez.

Cuando el camarero regresó, pidió su filete, y yo pedí mi pasta. Ninguno de nosotros dijo una palabra más sobre nuestras elecciones de comida, y Roman me miró a los ojos cuando empezó a darme detalles sobre el trabajo.

—No te voy a engañar, Julieta. Voy a ser honesto. Nos vendría bien tu talento. Darlyn te apoya y nunca nos ha llevado por mal camino. Y sé lo hábil que eres. No tengo ninguna duda de que firmar contigo sería una buena decisión y sin riesgos para la compañía. Podrías trabajar desde casa, pero tendrías que asistir a una reunión semanal todos los lunes. A la mayoría de los escritores les gusta. Los saca un poco de su caparazón y les da la oportunidad de conocer gente nueva en la industria. Nunca se sabe qué tipo de conexiones podrías hacer.

—¿Tendré plazos?

—Si los necesitas, sí.

—¿Necesitarlos? —Le pregunté.

Roman asintió. —Si tú puede auto motivarte y hacerte responsable de no perder fechas clave, no tendremos que hacerlas cumplir. Pero si necesita la estructura de otra persona que le proporcione plazos, nosotros también podemos hacerlo. Lo que mejor se adapte a su proceso.

Me gustó cómo sonaba eso. —Los plazos de entrega serían probablemente una buena idea. Al menos mientras empezamos.

Roman sonrió. Era una sonrisa maravillosa. —Está bien.

—¿Puedo preguntar algo que pueda parecer como... no sé, grosero? —Se rio—. Por favor, hazlo.

—¿Valdrá la pena el pago?

Roman se acercó. —Sí. Siempre y cuando sepas cuánto pedir.

Parpadeé. —No tengo ni idea de cuánto pedir. Espera. ¿Pido lo que creo que valgo? —Asintió con la cabeza.

—Oh. —Agité la cabeza. No tenía ni idea de qué tipo de valor en dólares se debería poner en mi cabeza o en mi trabajo. —No sé qué suena justo. Nunca he hecho esto antes.

—Cualquier cosa menos de ochenta se estaría subestimando. —Ladeé la cabeza. ¿"Ochenta"?

—Mil —dijo.

Mi cerebro explotó. Presioné mis manos contra la mesa y me incliné hacia adelante. —¿Ochenta mil dólares? —Pregunté con una voz apenas por encima de un susurro.

Mi conmoción debió de estar escrita en toda mi cara porque volvió a reírse mientras asentía con la cabeza. —Sí, yo pediría más si fuera tú. Pero no voy a decirte cuánto. Tienes que decidir eso por ti misma. No le digas a mi padre que te dije nada de esto. Encontraría una forma de hacer que me despidan.

—No diré una palabra —dijo. Mi mente estaba tambaleándose. Esa cantidad de dinero podría ayudar a arreglar la situación económica de mi mamá y mi papá. Especialmente si se convirtió en una especie de cheque de pago regular. Todo lo que necesitaba hacer, en teoría, era seguir escribiendo libros. Libros que Anex quería vender.

—Pareces abrumada —dijo Roman. —¿Estás bien?

Asentí lentamente. —Sí. Sólo estoy... sorprendida, eso es todo. No esperaba esto. Es tan...

—Es lo que te mereces, Julieta. Eres una excelente escritora. Siempre lo he sabido. Sé que no hay riesgo contigo. Vale la pena el alto precio.

Eso podría haber sido lo más bonito que me había dicho Roman. Y no se me ocurrió nada más que decirle, además de un muy débil. —Gracias.

—¿Necesitas tiempo para pensarlo?

Asentí con la cabeza. —Te lo haré saber al final de la semana.

—Bueno. A mí me parece bien. Por cierto, Darlyn te va a presionar para que firmes con nosotros.

—Lo sé.

Mientras hablábamos de Darlyn y de la agencia editorial, llegó nuestra comida. Comíamos y hablábamos de trabajo y sólo de trabajo. No me estaba zambullendo en nuestra historia. No en ese momento. Y esperaba que nunca.

Para cuando terminamos de comer y Roman puso su tarjeta de crédito sobre la mesa, eran las nueve en punto. Y tuve mucho en lo que pensar.

Él me acompañó y se ofreció a llevarme a casa después de pagar. Me negué y dije que tenía mi propio camino a casa. Lo vi subir a su brillante auto negro y alejarse. Entonces empecé a caminar, mi cabeza dando vueltas.

Si aceptaba la oferta de publicar bajo Anex, estaría de acuerdo en trabajar junto a Roman Sanders por quién sabe cuánto tiempo. No estaba segura de poder manejar eso mental o emocionalmente. O soportarlo físicamente. Mis pezones ya estaban forzando mi sostén, y mis bragas estaban mojadas. Iba a ser responsable de varias cargas de ropa sucia a la semana si esto seguía así.

CAPÍTULO 11

ROMAN

El martes por la mañana volví temprano al trabajo, lo que apestaba porque me había despertado con una erección después de soñar con Julieta, y no había tenido la oportunidad de, bueno, ocuparme de ello.

Sentado detrás de mi escritorio era más irritante que de costumbre.

Cuando alguien llamó a mi puerta por cuarta vez esa mañana, gemí y cerré los ojos. Pensé en decirles que se fueran. Tenía mucho trabajo que hacer y no mucho tiempo para hacerlo. No tenía ningún interés en quedarme hasta tarde para hacer las cosas. Quería pasar la noche con mi hijo. Max me había dicho esta mañana antes de la escuela que me echaba de menos, y yo también lo extrañaba mucho, aunque sólo habían pasado veinticuatro horas.

Pero el trabajo era trabajo, y yo sabía que no podía apartar a alguien de mi puerta. —Sí, pasa. —Jake metió la cabeza.

Suspiré aliviado. —Oh, gracias a Dios que eres tú. Entra y cierra la puerta. —Terminé de escribir el correo electrónico que estaba a punto de enviar cuando Jake tomó asiento. Una vez que presioné enviar, lo miré. —¿Qué pasa?

—Quería saber cómo te fue en la reunión de anoche.

—Se... fue.

—¿Qué significa eso? —preguntó con curiosidad. —Significa que la escritora era Julieta.

Él se inclinó hacia adelante. ¿"Jenkins. —Sí. Ella misma.

—¿Qué demonios, hombre? ¿Qué hiciste? —Me encogí de hombros. —Le di el trabajo

—¿De verdad?

—Sí. ¿Por qué no?

—Porque es tu ex-novia y te odia tanto como tu padre la odia a ella. —Aclaré mi garganta y me moví en mi asiento. —Todos son buenos puntos.

—Pero no lo suficiente para que la rechaces, aparentemente.

Jake no sabía la información personal que Julieta había compartido conmigo durante la cena. Su familia necesitaba dinero. No iba a correr por ahí difundiendo esa noticia como un reguero de pólvora. No es que pensara que él abusaría de la información, pero no quería traicionar su confianza. Las

emisiones monetarias eran, y deberían ser siempre, privadas. Especialmente cuando se trataba de otra persona, no tuyas.

La reunión con Julieta anoche había estado en primera línea en mi mente toda la mañana. No pude evitar pensar en los eventos de la cena una y otra vez. Me preguntaba si había dicho algo malo. Tenía tendencia a hacer eso, especialmente en lo que respecta a ella.

Cuando me metí demasiado profundo en la madriguera del conejo, me las arreglé para salir recordando a mi crítico interior, que Julieta no era el tipo de mujer que mantenía la boca cerrada si se sentía ofendida. Me lo habría dicho si algo de lo que hiciera la hubiera molestado.

Al menos, la Julieta que yo conocía lo habría hecho.

Estaba bastante seguro de que no había cambiado tanto. Ella todavía era tan ingeniosa e inteligente como siempre lo había sido; y tan hermosa. Sentarse con ella durante la cena casi se había sentido como en los viejos tiempos, cuando la vida no era tan complicada, y todo lo que nos preocupaba era si podíamos o no conseguir una entrada para la proyección nocturna de cualquier película que se hubiera estrenado en el teatro local ese fin de semana.

Echaba mucho de menos los días más simples. El dormir hasta tarde y tener a alguien a quien abrazar por la mañana. Extrañaba las tardes perezosas y compartir una ducha caliente con una mujer.

Jake tamborileó sus dedos sobre la mesa.

—Es una buena escritora —le dije, dándome cuenta de que me había vuelto loco con mis propios pensamientos sobre Julieta. —Siempre lo ha sido. Nunca supe que ella quería seguir en eso, pero oye, si quiere meterse con nosotros, no voy a rechazarla. Tengo un buen presentimiento sobre ella. Podría ser la estrella de la fuga que necesitamos. Y nosotros podríamos ser su oportunidad de triunfar en esta industria. Es igual de bueno para ambas partes.

—Amigo, tu papá la odia.

—Por razones estúpidas —dije.

—Sean cuales sean sus razones, son las tuyas, y son válidas en su mente. Y él dirige el espectáculo. ¿O lo has olvidado?

Le fruncí el ceño. —No, no lo he olvidado.

—¿Estás seguro? Porque parece que lo hubieras hecho. Tu padre se volvería loco si supiera que Julieta era la escritora que Darlyn quería contratar. Te despediría, Roman.

Levanté mis hombros. —Tal vez.

Agitó la cabeza hacia mí. —Bueno, está claro que lo has pensado bien. —

Lo miré fijamente. —No te preocupes por mí. Puedo manejar a mi padre.

Jake se frotó las sienes. —Sólo espero que quieras contratarla por las razones correctas. No porque, ya sabes, ustedes dos tuvieron una historia. Ella no tiene ningún interés en ti. No después de la secundaria. Asegúrate de mantener eso en primer plano.

Asentí con la cabeza. —Gracias por el recordatorio.

—Lo siento, es que...

Otro golpe en la puerta. Hijo de perra. —¿Qué?

La puerta se abrió y mi padre caminó hacia adentro. Hoy, llevaba un traje azul marino con corbata negra y bolsillo cuadrado. Estaba demasiado vestido para la oficina, pero no tenía sentido señalarlo.

Mi papá asintió secamente a Jake y se enfrentó a mí. —¿Cómo te fue anoche? He estado esperando que me llamas.

—Salió bien. No llamé porque aún no tengo una respuesta. Quiere pensarlo. Es una gran decisión para ella, y no esperaba una oferta tan pronto.

Mi padre frunció el ceño. —¿No te mordió enseguida?

—No.

Jake estaba mirando hacia atrás y hacia adelante entre nosotros. Se levantó lentamente, como si tratara de evitar que viéramos su marco de 1,80 metros de altura avanzando hacia la puerta. —Me voy a ir. Tengo mucho trabajo que hacer. Hablamos luego, Roman. Sr. Sanders. —Asintió educadamente a mi padre.

Mi papá ignoró a Jake y permaneció mudo hasta que la puerta de mi oficina se cerró detrás de mi amigo. Cuando estábamos solos, volvió a hablar. —¿Te dijo por qué necesita pensarlo?

—No

—¿No preguntaste? ¿Cómo puedes superar sus objeciones si no sabes cuáles son?

—Está nerviosa, papá. Confía en mí. Sé lo que estoy haciendo. Ella firmará.

Mi padre suspiró y agitó la cabeza. —A veces me preocupas, Roman. Si no está mordiendo, tienes que tirar de ella. No le des ninguna razón para decir que no. Llévala a pasear por la ciudad por una noche. Muéstrale el estilo de vida que podría tener si trabajara con nosotros.

—Ella creció aquí. No creo que...

—¿Muéstrale! —insistió mi padre.

Me eché hacia atrás. —Muy bien. Si insistes. —Si mi padre tuviera alguna idea de que me estaba diciendo que llevara a Julieta Jenkins a Bar Harbor,

habría tenido una apoplejía allí mismo en mi oficina. Hubiera sido casi una forma adecuada para que muriera en su antigua oficina. La gente solía decirle que este trabajo lo mataría un día con lo duro que trabajaba.

—Insisto —dijo.

—Está bien —dije otra vez. Estábamos al borde de la pelea, y como hombre adulto, no tenía ningún interés en pelear con mi padre de esta manera.

Se sentó. Gemía hacia adentro mientras él agarraba sus manos sobre mi escritorio. —¿Parece tan prometedora como Darlyn la hizo creer? ¿Crees que podría haber dinero de verdad allí?

—Mi padre, siempre está en la línea de fondo. —Sí —dije. —Ella es muy prometedora.

—Bien. Odiaría pensar que estás perdiendo el tiempo con una escritora débil al que Darlyn ha arrancado a la multitud.

—Sabes que ella no es así. Sabe muy bien lo que hace. —Se encogió de hombros. —Nunca se puede ser demasiado precavido.

—La precaución es innecesaria. Esa mujer es una buena profesional, nunca nos ha dirigido mal. Nunca le ha costado dinero a esta compañía. Es una persona honesta, y conoce el negocio mejor que nadie.

—Nadie —dijo mi padre, chasqueándose la lengua.

Me obligué a no poner los ojos en blanco. —Además de ti —dije.

Me sonrió con suficiencia y se sentó un poco más derecho. —Así me gusta más. Probablemente debería dejar de molestarte. Me imagino que tienes un trabajo importante que hacer.

Probablemente hubiera preferido decir que esperaba que yo tuviera un trabajo importante que hacer, pero ni siquiera él tuvo el valor de ser tan directo.

Me paré cuando él lo hizo también, y lo acompañé hasta mi puerta. —Gracias por venir, papá. Como dije, te mantendré informado de cómo van las cosas.

—Sólo asegúrate de hacerle pasar un buen rato, Roman. Ella no debería tener ninguna razón para decir que no. Y siempre has sido bueno para convencer a la gente a tu favor. Especialmente las damas.

—Papá —le advertí. Eso fue empujar las cosas.

Se rio y me agarró del hombro, sacudiéndome de esa manera áspera, pero paternal que solía hacer. —Todo de buen humor, hijo. No te pongas nervioso por eso. —Me dio una palmadita en la mejilla; bueno, como que la abofeteó de una manera casi afectuosa. Todavía me ardía.

Luego se dirigió hacia el vestíbulo. Vi a la gente salir de sus oficinas, haciendo sus negocios habituales, y cuando lo vieron venir, se metieron de nuevo en las profundidades de sus lugares seguros y esperaron a que se fuera.

Desearía tener ese lujo. Pero me encontraría sin importar dónde enterraba mi cabeza en la arena. Y él lo haría parecer fácil.

CAPÍTULO 12

JULIETA

Tomas corrió su pulgar a lo largo de la línea de su mandíbula mientras la estudiaba. Se sonrojó y miró su regazo.

—¿Por qué me miras así?

Él sonrió, y su corazón tembló. Tenía el tipo de sonrisa que hacía que una niña se debilitara en las rodillas; una sonrisa que gritaba que él era el elegido. El que se lleva a casa con mamá y papá, para cocinar, para adorar mientras estás de rodillas con la boca abierta, listo para él.

—¿No se me permite admirar tu belleza? —preguntó Tomas después de un rato. Ella tragó cuando el calor se elevó dentro de sí misma. —Basta.

—No puedo.

—Esfuézate más.

Él sonrió con suficiencia. —¿Y si no quiero?

—No siempre se trata de lo que quieres, Roman.

Miré fijamente mi pantalla y el pequeño cursor parpadeante al final de la última palabra que había escrito. Roman.

¿Cómo demonios ha pasado eso? ¿Había cambiado el nombre de Tomas por el de Roman? Cerré mi portátil con una bofetada y lo miré con el ceño fruncido como si fuera culpa suya.

No necesitaba este tipo de mierda ahora. Estaba tratando de terminar este maldito libro, y de repente, cada vez que cerraba los ojos para imaginarme mi gran ventaja masculina, el interior de mis párpados era asaltado con destellos de Roman sentado frente a mí en la mesa de la cena anoche. Todo en él había sido perfecto. Su rastrojo estaba casi afeitado, oscuro y áspero de una manera limpia. Se le había quitado el cabello de la frente por descuido, enmarcando su cara y sus ojos castaños. El traje que llevaba puesto halagaba su cuerpo atlético, y había sido difícil sentarse frente a él e imaginarlo como nada más que mi posible empleador. No cuando mi cuerpo quería mucho más de él.

Aparentemente, lo quería lo suficiente como para que apareciera en mi libro. Mi precioso y maravilloso libro que me pertenecía a mí y a nadie más. Lo había manchado sin siquiera mover un dedo.

Todo porque no podía mantenerlo fuera de mi pensamiento.

Dejé salir un gemido frustrado y me puse de pie para acolchar mi apartamento. Encendí un par de velas y respiré profundamente mientras el rico aroma de canela llenaba mi lugar. A veces, las velas eran todo lo que una chica necesitaba para enderezar su cabeza de nuevo. ¿A quién estaba engañando? Todavía pensaba en Roman.

Sólo soñar en estar debajo de él, acorralada por sus poderosos brazos, sostenida por sus piernas a ambos lados de las mías mientras se agachaba con agónica lentitud para morderme los labios y bañarme en dulces y suaves besos.

Agité la cabeza. —Contrólate, Julieta. Esto se está volviendo ridículo.

Un zumbido de mi intercomunicador fue el alivio de mis pensamientos que necesitaba. Me apresuré y mantuve apretado el botón. —Sube, Wilma.

Esperé a que se encendiera la luz verde antes de soltar el timbre y abrir mi puerta principal para que ella pudiera entrar. Luego me serví un vaso de agua helada. Corté un limón y dejé caer un trozo en el vaso, y preparé otro para ella.

Luego me senté en el mostrador de mi cocina y lo sorbí con delicadeza. El hielo me cortó los labios, y por un segundo fingí que era Roman.

Iba a ser mi muerte. No podía entender cómo mi mente estaba tan consumida con él cuando realmente resentía todo lo que había hecho él. Ya lo había superado. Había cerrado ese capítulo de mi vida y seguí adelante sin mirar atrás durante años, y ahora de repente aquí estaba yo, empujada de nuevo a su vida, deseando poder volver a cómo eran las cosas la semana pasada. Cuando Roman Sanders era lo último en lo que pensaba. Cuando mi cuerpo no estaba adolorido por su toque.

Mi puerta se abrió, y levanté la vista cuando Wilma entró. Estaba envuelta en un grueso suéter verde y una bufanda negra. Se lo dejó puesto mientras venía y se paró en el borde del mostrador. Tomó un sorbo de agua y se estremeció. —Hace un frío espantoso ahí afuera.

—El otoño está aquí —dije.

Ella asintió. —¿Cómo te fue anoche? He estado pensando en ello todo el día, y me está volviendo loca.

—No salió como yo quería —confesé. Wilma frunció el ceño. —Oh. ¿Qué significa eso?

Suspiré. —Significa que la editorial es la compañía de Roman.

—¿Sanders? —preguntó.

Asentí con la cabeza. —Tú lo sabes.

—Oh. Mierda. —Se cayó en el taburete a mi lado. —Lo siento, Julieta. Pero surgirán otras oportunidades. No puedes dejar que ese imbécil arrogante determine si vas a ser o no una escritora que publique libros. Puedes...

—Wilma —dije, levantando una mano y sonriéndole. Aprecié su disposición instantánea a hablar mal de Roman. —No me rechazó. Quiere que firme.

Mi hermana parecía tan sorprendida como yo cuando vi a Roman sentado en esa cabina anoche. —¿Lo hizo?

—Sí, y en términos de negocios, fue bien. Podría ganar mucho dinero. Dinero que cambiaría las cosas completamente para mamá y papá. Y para nosotras.

Se movió en su silla, que crujió suavemente debajo de ella. —Deberías estar pensando en cómo podría cambiar las cosas para ti. El resto de nosotros resolveremos las cosas.

Agité la cabeza, pero no hice ningún comentario. Wilma siempre venía desde el punto de vista de que mi dinero era mi dinero, y yo debía gastarlo de manera que beneficiara mi vida. Siempre lo veía como algo que compartiría con la gente que amaba y que lo necesitaba. No importa lo que pasara.

—¿Puede decirme de qué cantidad de dinero estamos hablando? —preguntó. —Entiendo si quieres guardártelo para ti, pero no puedo evitarlo. Tengo curiosidad.

—Ochenta mil.

Sus ojos se abrieron de par en par. —Mierda

—Mínimo —dije.

—¡Mierda!

Asentí con la cabeza. —Lo sé. Creo que estaba de mi lado. Me dio un consejo que probablemente no debería y me dijo que pidiera más dinero que eso. Creo que si su padre supiera que me lo dijo, le entregarían la cabeza de Roman en bandeja de plata.

—Suena como su padre —dijo con tristeza.

—Me da hasta este fin de la semana para tomar mi decisión.

—¿Y? —preguntó Wilma con entusiasmo. —¿Sabes lo que quieres hacer? —Agité la cabeza. —No tengo la menor idea.

—¿Has hecho una lista de los pro y los contra?

Me reí. —No, Wilma. No lo he hecho. Esto parece demasiado grande para ser resuelto con una lista de pro y contra.

—Nada es demasiado grande para una lista así. Deberías escribir una más

tarde. Te ayudará a ver las cosas más objetivamente. Por ejemplo, por un lado, estarías ganando una tonelada de dinero. Pero por otro lado...

—Estaría trabajando con Roman Sanders. —Wilma hizo una mueca de dolor. —Sí, exactamente.

Lloriqué y bajé la cabeza. —No sé qué voy a hacer.

—¿Confías en él?

Me encontré con su ojo. Era una buena pregunta. —No lo sé.

—Bueno, la buena noticia es que no tienes que tenerlo todo resuelto ahora mismo. Es aún martes. Tienes mucho tiempo antes de tomar una decisión.

—Sí, supongo.

—¿Quieres una opinión o no?

Me mojé los labios. No estaba segura de si quería saber lo que ella diría. No quería que la opinión de alguien más arruinara mi decisión. No quería culparla por presionarme si esto resultaba ser un error. Pero si aceptaba el trabajo, no sería su error si las cosas salieran mal. Sería mío, y lo sabía. Sabía el riesgo de abrir una comunicación entre Roman y yo. Aunque mantuviéramos una relación estrictamente profesional, las cosas se pondrían difíciles. Y complicadas. Muy complicadas.

—Claro —dije. —¿Qué harías tú, Wilma? —No dudó en responder. —Aceptaría el trabajo.

—¿Así de fácil?

Ella asintió. —Sí. Escúchame. Este es tu sueño. Esto es todo lo que has querido desde que eras una niña pequeña y mamá te compró tu primer cuaderno de Hilroy. Tienes la chance de darle a esta cosa una oportunidad real. Puedes mantenerte a ti misma escribiendo. Esta es literalmente la clase de mierda sobre la que escribías en tu diario cuando tenías dieciséis años.

Entrecerré los ojos ante ella. —¿Leíste mi diario?

—¿No leíste el mío? —preguntó Wilma con escepticismo. —Ese no es el punto.

Ella se rio y agitó la cabeza ante mí. —Creo que alejarse de esto es un error, Julieta. Podrías estar dejando pasar una oportunidad increíble. ¿Y para qué? ¿Para ahorrarte la incomodidad de trabajar con un ex de secundaria? Déjame enfatizar la palabra secundaria. Ha pasado mucho tiempo. Los dos son personas diferentes. No hay razón para que no puedas hacer que esto funcione.

—Tienes razón —dije. —Por supuesto que tienes razón.

—Entonces, ¿aceptarás el trabajo?

Me detuve. No, aún no estaba convencida. Todavía tenía que pensarlo.

Odiaba lo desconocido. —Todavía necesito un poco más de tiempo.

Wilma se rio y se resbaló de su taburete. —Bueno, tienes tiempo. Pero piensa en lo que te dije. Tengo que ir a orinar. ¿Deberíamos pedir pizza?

—Claro. Llamaré y pediré. ¿Qué es lo que quieres?

—Hawaiano.

Arrugué la nariz. —Asqueroso.

—Tú eres asquerosa. —Dijo, sacándome la lengua mientras se dirigía por el pasillo hacia mi baño.

Yo también saqué la lengua y ella se rio mientras cerraba la puerta del baño.

Estaba escaneando el menú de pizza en línea cuando mi teléfono empezó a zumbear en mi mano. No reconocí el número, al principio, consideré ignorar la llamada. Pero respondí de todos modos.

—¿Hola? —Le pregunté. —¿Julieta?

—Sí

—Soy Roman.

—Oh.

Se rio. Su risa era tan sexy por teléfono como en persona. —Trata de no parecer tan emocionada. Escucha. Mi jefe me ha dicho que te saque de la ciudad hasta que aceptes el trabajo.

—¿No eres el jefe? —pregunté con curiosidad. —¿No te gustaría saberlo?

Me mordí el interior de la mejilla. —No estoy interesada en pasar tiempo juntos en la ciudad. Sin ánimo de ofender. Crecí aquí. Sé de qué se trata todo esto.

—Entiendo que esto puede aburrirte, Jenkins, pero voy a tener que insistir.

Entrecerré los ojos. Maldito sea. ¿Quién se creía que era. —Insiste todo lo que quieras. No estoy interesada. Lo siento.

—Estaré en tu apartamento mañana a las nueve de la mañana. Vístete en capas

—Roman, yo...,

—Nueve en punto, Julieta. Es parte del trato, ¿de acuerdo?

Tomé un hilo suelto en la rodilla de mis jeans mientras fruncía el ceño tan fuerte que me dolía la frente. —Bien. Pero no esperes que sea una linda y alegre cita para que vayas de un lado a otro de la ciudad.

Roman se rio de nuevo. —Nunca esperarías eso.

Bastardo.

CAPÍTULO 13

ROMAN

El edificio de apartamentos de Julieta estaba encima de una de las antiguas cafeterías de la calle principal. Había un letrero en la acera que decía. —Lattes de calabaza a mitad de precio después de las 2 de la tarde. —La mayoría de las mesas parecían estar ocupadas en el interior, y me preguntaba si la gente se deleitaba con los dulces de la temporada actual. Me pareció demasiado para mí. Las calabazas eran para el pastel y nada más.

Llegar temprano era mi modus operandi, y había estado estacionado en la acera debajo de la entrada del apartamento de Julieta durante quince minutos. Le envié un mensaje de texto a las nueve menos cinco, y ella me contestó diciendo que bajaría en un momento.

Tomó más tiempo que. —un momento.

Me senté y esperé, viendo a la gente entrar y salir de la pequeña cafetería por otros veintitrés minutos. Cuando salió por la puerta y caminó con confianza por la acera, mantuvo la barbilla en alto. El bolso negro que llevaba estaba colgado sobre el codo, lo que le daba el aspecto de una joven bastante engreída. Pero sabía que estaba lejos de ser una engreída. Sólo quería hacerme pasar un mal rato. No podría culparla por eso. Todo lo que hice durante la secundaria fue hacerle pasar un mal rato. O no hay tiempo. Eso fue más preciso.

Me incliné y le abrí la puerta. Julieta se deslizó en el asiento del pasajero y dejó su bolso en el suelo entre los pies. Se abrochó el cinturón de seguridad en la parte delantera y lo colocó en el lugar entre sus pechos, empujando la tela de su abrigo verde oscuro cerca de ella.

Era difícil no mirar la hinchazón de su pecho. Bastante duro. —Llegas tarde —dije.

Se encogió de hombros. —Así es como soy.

—Me alegra que hayas escuchado y vestido apropiadamente.

Mi advertencia sobre vestirse en capas había sido escuchada. Llevaba un par de vaqueros oscuros con un poco de angustia en los muslos y en las rodillas. Las botas de combate que llevaba puestas vendrían muy bien para las actividades que había planeado para hoy, y su chaqueta estaba muy bien

arreglada sobre un grueso jersey de cuello de tortuga gris. Su bolso era bastante grande y abultado a los lados, así que asumí que tenía otras cosas ahí, por si acaso. Julieta era una mujer que vino preparada. —No quería estar más incómoda de lo absolutamente necesario —dijo.

Me reí mientras me deslizaba en primera y me alejaba de la acera. —Así que, realmente lo decías en serio cuando dijiste que no ibas a ser una cita alegre.

Me miró por primera vez desde que subió al auto. Su expresión era fría, tranquila e increíblemente impasible. Transmitió muchos de sus pensamientos que juro que podía oír en mi propia mente: *No puedo creer que esté atrapada en el auto con este imbécil. ¿De verdad cree que está siendo gracioso ahora? ¿Por qué demonios esperaría que estuviera tan alegre? ¿En serio sólo han pasado dos minutos desde que me subí a este auto? Este va a ser el día más largo de la historia.*

No dijo ninguna de esas cosas como esperaba que dijera. En cambio, dijo. —Soy una persona honesta, Roman. A diferencia de otras personas.

Nos pusimos en fila detrás de los otros coches en la calle, y me preparé rumbo para salir de la ciudad. Julieta suspiró y cruzó una pierna sobre la otra. —¿Adónde me llevas?

—Ya verás.

Volvió a suspirar, como si su paciencia ya estuviera agotada. —No me gusta lo desconocido. O sorpresas. ¿Puedes decírmelo? Se supone que es una cita profesional, ¿no?

Hizo un comentario bastante decente. Supuse que no había nada malo en hacerle saber cómo íbamos a pasar el primero de muchos días juntos. Yo, por supuesto, omitiría la parte de los días. —Vamos al lago.

Ella frunció el ceño. —Hace mucho frío.

—Es un clima perfecto para el piragüismo. He empacado un termo de café y tengo una bolsa de bocadillos. Remaremos hasta el medio del lago y disfrutaremos de la serenidad.

Julieta miró fijamente el parabrisas. —Espero que te des cuenta de que el remo no va a ser una cosa de nosotros. Va a ser una cosa tuya. Me tomaré el café, mientras remas.

Me sonreí. Esa era la Julieta que recordaba. —Eso me parece justo.

Pasamos el resto del viaje en silencio. Yo estaba acostumbrado a hablar mucho, sobre todo porque cuando estaba con Max, él era un charlatán entusiasta, especialmente en el coche. Había mucho que ver fuera de las

ventanas, y como un niño de cinco años con la capacidad de atención de una ardilla, la conversación variaba desde un perro en la acera hasta la basura en la calle y los zapatos raros en el hombre que estaba parado en la esquina de la intersección.

Con Julieta, era diferente. El silencio era cómodo. Pero no había forma de saber si ella sentía lo mismo. Me preguntaba si odiaba el silencio. ¿Lo interpretó de manera diferente? ¿Le pareció incómodo e irritante?

Tal vez debería haberme sentido de la misma manera, pero fue como si estuviera sentado con un viejo amigo y estuviéramos contentos. Pero dudaba de que estuviera a gusto. Le eché un vistazo. Sus manos descansaban ligeramente en su regazo, y su rostro se apartó de mí mientras miraba por la ventana del pasajero. Habíamos dejado la ciudad y ahora estaba conduciendo por un camino donde a lo largo del borde de la acera se veían árboles altos que se inclinaban sobre la carretera como una marquesina construida por la naturaleza. Las hojas estaban amarillentas. Muchas ya habían caído, y unas pocas cayeron cuando pasamos por debajo de aquellos árboles, deslizándose suavemente por el aire en un patrón zigzagueante para aterrizar adelante y ser arrastrados hacia un lado cuando pasé por debajo en mi Mercedes.

—¿Es el otoño tu estación favorita? —Le dije. La pregunta salió de mí antes de que pensara mucho en ello. Julieta no miró, pero asintió. —Sí.

Cuando éramos adolescentes, ella coleccionaba hojas. Recuerdo que la acompañé a casa desde la escuela, y me llevó una eternidad porque se detuvo a recoger las hojas. Las llevaba por los tallos, dejándolas colgar de sus dedos, señalando hacia la acera con sus puntas crujientes. Las prensaba en libros y las usaba para hacer arte. Al menos, eso fue lo que dijo que hizo. Nunca la vi hacerlo.

Pasamos otros quince minutos tranquilos en el coche antes de llegar a Eagle Lake.

No había ni una sola alma a la vista. Justo lo que esperaba. Aparqué el coche, y ambos salimos. Julieta agarró el cuello de su chaqueta, la cerró alrededor de su garganta, y la llevó al hombro. —Hace mucho frío —refunfuñó. Abrí el maletero del coche. —Por suerte para ti, vine preparado” Saqué dos mantas de lana, así como la bolsa de bocadillos y café caliente que había traído. Me colgué la bolsa por encima del hombro y le di a Julieta las mantas. Luego caminamos hasta la pequeña cabaña de madera en la playa. Allí, hablamos con un caballero corpulento con barba larga y peluda sobre el alquiler de una canoa. Él y su compañero de trabajo, que parecía ser su hijo

adolescente, arrastraron una de las canoas hasta la costa para nosotros después de que les dejara un billete de cien dólares en el mostrador.

Nos dijeron adiós, y dejé todo en la canoa. Julieta tenía las manos en las caderas y estaba mirando hacia abajo en el bote. —¿Quieres llevarme ahí en esta cosa?. —Asentí con la cabeza. Ella frunció los labios. —Pero hace mucho frío. Y si nos mojamos...

—No nos mojaremos —dije.

La mirada que me dio fue de pura desconfianza, pero puso su bolso en la canoa de todos modos. Le dije que subiera, y lo hizo. Se sentó en uno de los bancos de adentro mientras yo empujaba hacia el agua. Me las arreglé para saltar después de mojarme un poco los dedos de los pies. Luego tomé las palas, me senté y empecé a remar hasta la mitad del lago.

Miré a Julieta mientras remaba. Su cabeza giraba de izquierda a derecha como si estuviera en un pivote. Sus ojos estaban muy abiertos, brillantes y maravillados al absorber el hermoso paisaje que nos rodeaba.

Eagle Lake era un lugar hermoso para estar, especialmente en esta época del año. El agua estaba increíblemente tranquila. Casi parecía vidrio, reflejando el azul brillante del cielo despejado del otoño, las hojas naranjas, rojas y amarillas de los árboles que parecían abrazar las afueras del lago. Era algo como surrealista, como si estuviéramos en el plató de una película o dentro de un cuadro.

—Esto es encantador —dijo Julieta. Su voz era suave y apreciaba el esplendor natural que nos rodeaba. —No esperaba ser gratamente sorprendida por nada hoy. Pero Eagle Lake en otoño es un cambio de juego.

—Pensé que te gustaría. —Me puse la bolsa en el regazo y saqué el termo de café. Había empacado dos tazas de hojalata, serví en ellas y le di a Julieta una.

La miró fijamente, la levantó hasta la nariz y respiró profundamente. —¿Hay crema de caramelo en esto?

Asentí con la cabeza. —Espero que sea así como aún te gusta.

—En ocasiones especiales —dijo antes de tomar un sorbo. Me gustó la forma en que el café acariciaba la línea suave de su labio superior. —Bueno, esta podría ser una ocasión especial si decides firmar con Anex. Podríamos celebrarlo. —Dije lentamente

Ella sonrió. —No tientes a la suerte, Sanders. Todavía tengo mucho en qué pensar. Una buena taza de café no es suficiente para cambiar de opinión.

Me reí. —Un hombre puede esperar.

—Pero te lo agradezco. Esto es sorprendentemente agradable.

Muchos comentarios inteligentes pasaron por mi mente, pero me los guardé para mí. Estaba tratando de hacer las paces. Así que mantuve los labios sellados mientras sacaba más cosas de mi bolso: panecillos y bollos de mi panadería favorita de la ciudad.

La sonrisa de Julieta se amplió cuando le di un panecillo de chocolate blanco y arándano. —Gracias

—De nada” Respondí

Al igual que en el coche, un agradable silencio nos envolvía. La vi comer, como lo hice también con mi bollo de arándanos. Comía tan delicadamente como antes. Sus mordiscos eran pequeños, masticaba delicada y lentamente. Le tomó tres veces más tiempo comer su panecillo que a mí comer el mío. Cuando terminó, dobló el envoltorio de la magdalena en un triángulo pequeño y ordenado mientras yo empezaba a remar una vez más.

Ella se recostó en el extremo opuesto de la canoa. Sus brazos estaban cubiertos por los bordes, y cerró los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás para mostrar su cara al sol. Vi cómo se expandía su pecho mientras respiraba profundamente. Parecía satisfecha.

No quería estropear el momento. Así que seguí remando y remando hasta que me dolían los brazos. Una sonrisa jugó en las esquinas de sus labios mientras yo me quedaba quieto y tomaba la misma posición que ella. A pesar de que el aire era frío, el sol era tan cálido como en verano, y se sentía muy bien en mi piel.

—¿Te duelen los brazos, campeón?

Abrí un ojo y la miré. —¿A mí? Nunca.

—Por favor —se mofó mientras se sentaba recta. Se movió demasiado rápido. La canoa se balanceó salvajemente hacia un lado. Julieta soltó un grito de sorpresa y agarró un borde mientras las ondas de agua se extendían alrededor de nuestro pequeño bote. Su pánico hizo que se moviera hacia el otro lado aún más dramáticamente.

Me desplegué para estabilizarnos y equilibrar nuestro peso. Julieta me miró, con los ojos muy abiertos, mientras yo hacía todo lo que estaba en mi mano para no reírme de ella.

—Quieto ahí —le dije—. Hace demasiado frío para nadar.

Sonrió nerviosamente, y su agarre en los costados de la canoa la relajó. — Lo siento. Soy un poco torpe

—Está bien.

Masticó la parte interior de su mejilla antes de volver a inclinarse hacia atrás y mirar al cielo. —Es agradable aquí afuera. Lejos de toda la locura.

—Lo es —estuve de acuerdo. —A veces vengo aquí con Max. Se aburre muy rápido, por supuesto, pero aun así me gusta venir aquí. No hay ninguna distracción. Sólo el silencio y mucho aire limpio.

—Siento haberte hecho pasar un mal rato y haberme portado como una estúpida esta mañana.

—No te preocupes —le dije.

—Definitivamente lo era.

Sonreí. —Me lo merecía.

—Cierto. —Ella siempre me hacía reír. Me rasguñé la mandíbula y los rastrojos que crecían allí. —¿Es un buen momento para decirte que también tengo planes para mañana?. —Levantó las cejas. —¿Qué?

Asentí con la cabeza. —Te recogeré a las nueve en punto. Voy a mostrarte una parte de la ciudad que nunca has visto antes.

—¿Y cómo te propones hacer eso? —preguntó ella. Ahora podía oír una nota de curiosidad en su voz. Ese tono de enojo condescendiente se había ido.

Me incliné hacia atrás en mi esquina una vez más y junté mis manos detrás de mi cabeza. —Ya verás, Jenkins. Ya lo verás.

CAPÍTULO 14

JULIETA

Mi piel picaba de calor. No el tipo de calor que uno siente en un clima húmedo o tropical, donde su exterior se siente tan abrumadoramente caliente y húmedo como su interior, sino el tipo de calor seco, calor que provoca una respuesta física. Una respuesta como pezones tensos, falta de aliento, un dolor debajo de mi vientre, una boca repentinamente húmeda, y una vagina aún más húmeda.

Tragué y parpadeé para abrir los ojos. Estaba sola, tumbada de espaldas en una cama que no era mía, pero tampoco era la de alguien que conocía. Era una cama con dosel de cuatro pilares. Del marco de arriba colgaban cortinas blancas que soplaban suavemente con una brisa que no podía sentir, pero que deseaba poder hacerlo. Podría liberarme de este calor. Este calor salvaje, desesperado e incomprensible.

Olía a sal, jazmín y lavanda. Casi como una playa. Y mi boca sabía a menta. Me pasé la lengua por encima de los dientes y luego por los labios.

¿Dónde estaba yo? ¿Y por qué mi cuerpo se sentía así? Me miré a mí misma y descubrí que estaba desnuda. Estaba tendida sobre la cama, y las sábanas habían sido puestas a un lado para mostrar mi desnudez. Miré alrededor, buscando a alguien, pero no había nadie.

Deseaba tanto que alguien estuviera allí. Necesitaba que alguien viniera a tocarme. Para apagar este fuego con las manos, la lengua y un pene.

Sí. Eso era exactamente lo que necesitaba. Esperé, pero estaba impaciente. Sólo duré unos minutos antes de llegar a la conclusión de que esperar no tenía sentido cuando yo misma podía ocuparme de las cosas. Me puse cómoda y me agaché entre las piernas, donde mis dedos se deslizaban con facilidad a través de la resbaladiza humedad. Me sonreí a mí misma mientras trazaba mi apertura y luego mi clítoris.

Ojalá tuviera mi vibrador aquí, dondequiera que estuviera. Quería esos impulsos rápidos e implacables en mi clítoris. Lo resolvería todo. Estaba segura de que si lo usaba, el calor pasaría, y me sentiría normal de nuevo. Sólo necesitaba esa liberación. Así que Mierda. De repente, una voz rompió el silencio. —Julieta. —La voz era profunda, masculina y sexy. Me hizo temblar.

Apreté la mandíbula y busqué a mí alrededor la fuente de la voz. Lo vi parado al final de la cama. Me estaba observando. No fue perturbador. Era como si lo hubiera estado esperando, y él a mí, todas las estrellas se habían alineado perfectamente para este momento en el tiempo. Para que nos reunamos.

Era alto, con la piel bronceada y los músculos cincelados. También estaba desnudo. Los hombros anchos dieron paso a los brazos musculosos. Sus antebrazos estaban cubiertos de venas, y había más venas debajo de su ombligo, hasta el enorme pene entre sus piernas.

El dolor dentro de mí empeoró. Lloriqueé. —Julieta —dijo de nuevo. —Por favor —respiré.

No se movió. Se quedó dónde estaba, con los brazos colgando a los costados y su miembro curvándose hasta casi tocar la parte inferior de su vientre. Miré a lo largo de su torso; abdominales, pecho, garganta. Cabello oscuro se elevó desde su asta, alrededor de su ombligo, y hacia su pecho. Pero no pude ver su cara. Podía ver la afilada línea de su oscura mandíbula, pero luego el resto de su cara desapareció en las sombras proyectadas por los postes de la cama y las cortinas que se balanceaban suavemente.

Sus músculos estaban espasmódicos. Su cara no importaba. Todo lo que importaba era que él estaba allí, yo estaba también, y lo necesitaba.

Me froté para él, manteniendo mis piernas abiertas para que pudiera mirar. No dijo nada, pero pude sentir el peso de su mirada sobre mí.

No tardó mucho en agacharse y agarrar su pene con una mano. Empezó a acariciarse lentamente mientras me veía jugar con mi vagina.

Mi clítoris estaba más sensible que nunca. Al pasar las yemas de los dedos por encima, sentí que estaba a punto de reventar. Me mordí la lengua con fuerza mientras me acercaba cada vez más al orgasmo.

Luego caminó por el costado de la cama. Vino y se paró a mi lado, aún masturbándose. Rodé hasta el lado de la cama. Extendió la mano y me agarró un puñado de cabello. Lo usó como palanca para guiarme a su gran pene, que juro que crecía a cada segundo. Me mojé los labios, abrí lo más que pude mi boca y me lo metí dentro. Gimió mientras me empujaba a lo largo de su cuerpo, obligándome a llevármelo todo. Una vez me amordazaba, pero me mantuve firme, con las manos en los puños. Me quejé alrededor de su cintura. La vibración debe haber sido maravillosa porque él gimió de nuevo y me sacó de él antes de hacerme subir y bajar su miembro.

Una de sus manos soltó mi cabello. Él apretó su agarre con la otra mientras

agachaba la mano y me separaba las rodillas. Subió su mano por dentro de mi muslo derecho y se detuvo cuando llegó a mi centro. Me ahuecó la vagina y me empujó hacia abajo con la palma de su mano.

Me quejé de nuevo. Esta vez fue más suave. Más dulce. —Sí —gruñó sobre mí. Su voz era ronca. —Más profundo.

Me sujetó. Cerré los ojos para disfrutar. La punta de su longitud estaba dura en la parte de atrás de mi garganta. Presioné mi lengua contra el fondo de su fuste y fruncí mis mejillas.

Puso su mano en mi clítoris. Lametazos calientes de placer corrieron a través de mí. Me quejé. Dejó que su mano bajara más, donde me metió un dedo dentro.

Toda la tensión y el calor acumulados explotaron repentinamente, disparándose hacia afuera como una explosión salvaje de euforia.

Mi grito fue amortiguado por su pene. Se metió más dentro de mí, en mi boca y su mano en mi vagina. Me derretí en el colchón y me quedé sin fuerzas mientras mis músculos temblaban. Me cogió el cabello, pero me soltó la vagina, pasando su mano por mi mejilla y por mi garganta.

No me tomó mucho tiempo recuperarme. Pronto, yo tenía hambre de más, y él debe haber sentido esto porque me dio la vuelta con las manos.

—Quédate donde estás —dijo por detrás de mí.

Pero luego puso su mano entre mis omóplatos. Empujó hacia abajo, con fuerza. Me vi obligada a poner el pecho y la mejilla sobre la cama. Me envolvió un brazo debajo de las caderas y levantó mi mitad inferior en el aire. Luego me mordió el trasero. Grité. Me sostuvo y besó el lugar que acababa de morder. ¿Por qué demonios se sintió tan bien?

Prácticamente ronroneé mientras me daba una palmada en el culo y luego corría su mano de vuelta a mi parte más íntima. Podía oír lo mojado que estaba mientras me frotaba.

Luego se metió entre mis piernas, forzándolas a separarse más, y presionó la punta de su verga contra mi humedad.

—Oh mierda. —Inspiré profundamente y agarré las sábanas que había debajo de mí, apretándolas y cerrando los ojos. Él empujó. No cedió.

Me mordí el labio inferior y me hizo una mueca de dolor mientras me estiraba. Luego, cuando tuve toda su longitud enterrada dentro de mí hasta la empuñadura, me relajé. Tomó mis caderas y suavemente comenzó a entrar y salir de mí. A un ritmo constante. Suspiré con placer mientras él se tomaba su tiempo para darme una paliza.

Pronto, yo estaba rebotando en su pene. Yo quería más. Quería que fuera rudo. Para tomar lo que quería. Lo miré por encima del hombro. —Cógeme.

Los músculos de sus brazos se abultaron mientras se aferraba a mí. Se detuvo, y yo esperé. Su agarre sobre mis caderas fue tan fuerte hasta que me apretó la carne. Lo disfruté y moví las caderas. Su miembro se metió en mis paredes.

—Sí —me quejé.

Luego me cogió en serio. Duro y profundo y rápido, una y otra vez, hasta que yo estaba débil en sus manos, construyendo otro orgasmo.

Se acercó y me frotó el clítoris. Vine al instante. Temblaba, temblaba y chillaba. Me empujó la cara contra la cama, amortiguando mis gritos.

Cuando me dejó levantarme, me dio la vuelta sobre mi espalda. Abrí las piernas y observé cómo se inclinaba sobre mí, dejando las sombras en el borde de la cama.

—Roman —susurré. Por supuesto, era él.

Se inclinó sobre mí, poniendo sus manos a cada lado de mi cabeza mientras se arrodillaba entre mis piernas. Las enganché alrededor de su cintura mientras descansaba su verga sobre mi vagina. Siempre la provocación. Levanté mis caderas, rogándole que me cogiera. Necesitaba más. No podría ser así, vacío. Era insoportable.

Me sonrió antes de empujar sus caderas hacia adelante para volver a entrar. Luego bajó, descansando sobre sus codos. Me acarició la mejilla y trazó mi mandíbula con sus dedos. —Así es como debería haber sido siempre —dijo.

Sus labios sellaron los míos, y su lengua se clavó en mi boca. Me aferré a él mientras me metía su pene dentro y fuera de mí.

—Esto es un sueño —susurré. —Eso no importa.

Lo miré fijamente, a sus ojos oscuros. Ojos que me habían visto más de lo que yo quería que me vieran. —¿Por qué?

Roman me dio un dulce beso. Y luego otro. —Porque me quieres, Jenkins. Me quieres mucho.

Me senté en la cama y aspiré un aliento de pánico. Mi corazón palpitaba alocadamente, y presioné la punta de mis dedos contra mi garganta, sintiendo mi palpitante pulso. Gotas de sudor cubrían mi cuerpo y habían empapado mis sábanas.

—Qué asco —murmuré, tirando de la manta y rodando hasta el borde de la cama. Me puse de pie. Mi piso de madera era agradablemente frío con los pies descalzos. Mis bragas estaban empapadas. —Maldita sea. —Miré el techo.

Todavía estaba oscuro en mi habitación, probablemente no más tarde de las dos o tres de la mañana. Y ahí estaba yo, de pie junto a mi cama, tratando de apartar mis pensamientos de que Roman Sanders me hiciera mierda el cerebro.

Las palabras que había dicho en mi sueño me helaron. He dicho SUEÑO, si sólo eso fue.

Dijo: Me quieres mucho.

Agité la cabeza. —No. No, no es verdad. Estás bien. Estás bien. Sólo estás.... un poco privada de intimidad sexual. Puedes encargarte de esto tú sola.

Me acolché alrededor de la cama y abrí el cajón de mi mesita de noche para sacar el vibrador. No había nada malo en ocuparme de las cosas yo misma. Aunque sabía, en el fondo, que mi vibrador no podía reemplazar la conexión emocional que había sentido con Roman en el sueño. La lujuria. La intimidad.

Seguramente, no necesitaba eso. En realidad, no. Podría conseguirlo por mi cuenta. Tuve que hacerlo. Porque si cediera, estaría abriendo una nueva lata de gusanos, el tipo con los que no podía lidiar. Gusanos del tamaño de Roman Sanders.

Me desplomé de nuevo en mi cama con un suspiro y puse un brazo sobre mi frente. Tener a Roman de vuelta en mi vida iba a ser un problema, sin importar cómo lo viera. Me perseguía en mis sueños, así como en mis horas de vigilia. Me encontré mirándolo, pensando cosas sucias más de una vez en los últimos días. Y eso fue lo mejor. Sólo habían pasado un par de días.

—Estás jodida, Jenkins. Totalmente jodida.

CAPÍTULO 15

ROMAN

Julieta me estaba esperando en la acera el jueves por la mañana. Estaba más que sorprendido. Esperaba que me hiciera esperar de nuevo. Había estado planeando ir a su apartamento y forzarla a apresurarse.

Me sentía un tanto decepcionado de no haber podido subir y echar un vistazo. Tenía curiosidad por saber cómo vivía. Quería ver con mis propios ojos dónde se acurrucaba para dormir por la noche. Donde ella escribía. Donde ella leía.

Le abrí la puerta del coche y entró. El clima era un poco más cálido que ayer, y ella se había vestido con eso en mente. Llevaba una chaqueta vaquera oscura. Debajo había un botón negro que ella había dejado abierto. Y después de eso, una camiseta roja. Un collar de oro le guiñó el ojo a la garganta y le hizo juego con los sementales de sus oídos. Su cabello estaba recogido en la parte superior de su cabeza en un bollo desordenado. Hebras sueltas colgaban alrededor de sus mejillas y sobre su frente. Una estaba atrapada en su pestaña, y yo la miré mientras ella miraba hacia abajo para abrocharse el cinturón de seguridad.

—Así que,” dijo ella, mirándome mientras la hebilla hacía clic. —¿A dónde me llevas hoy? —Agité la cabeza. —No voy a estropear la sorpresa esta vez. Tendrás que esperar y ver.

Salí al tráfico. —¿Ya has desayunado? —Ella asintió. —Sí, pero temprano. Alrededor de las seis.

—¿Seis? —Le pregunté, horrorizado. —¿Por qué diablos te has levantado tan temprano?

Ella me guiñó el ojo. Sus pestañas eran largas y oscuras. —Me levanto a las cinco y media los días de semana. Escribo mejor por la mañana. Así que me despierto, me estiro un poco, me ducho y escribo. Tomé un pedazo de pan tostado y una taza de café.

—Eso no es suficiente comida —dije simplemente. Se encogió de hombros. —Podría comer de nuevo.

—Bien. Me muero de hambre. —No estaba mintiendo. Dormí sin parar esta mañana, algo que nunca hice. Con pánico, me levanté de la cama y me

apresuré a despertar a Max. No era un niño madrugador. Y dudaba de que realmente lo fueran. O los adolescentes, para el caso. Tomó algún tiempo para que se levantara, se vistiera y se preparara para la escuela. Había preparado un desayuno rápido, pero no había tenido tiempo de cocinar algo. Pero no fue tan malo. Ahora tendría que desayunar con Julieta.

La llevé a uno de mis lugares favoritos de la ciudad. Era un viejo restaurante retro justo enfrente del océano. El puerto se extendía fuera de la ventana de la cabina en la que nos sentaba el camarero.

Julieta y yo pedimos una taza de café y luego miramos nuestros menús. Ella decidió lo que quería con relativa rapidez, así que dobló su menú y lo deslizó hasta el borde de la mesa. Todavía estaba examinando mis opciones, así que ella descansó la barbilla en su mano y miró fijamente el agua azul centelleante que había al otro lado de la calle.

No quería perder ni un minuto más mirando fotos de huevos y tostadas cuando tenía a una hermosa mujer sentada frente a mí, así que cerré el menú y me conformé con el desayuno especial. —Nunca pasa de moda, ¿eh?

Sus ojos color avellana se dirigieron hacia mí, y sus labios se rizaron en una sonrisa somnolienta. —No, jamás pasa de moda.

—¿Un lugar con vistas? Bonito.

Ella abrió la boca para decir algo, pero el camarero regresó con nuestros cafés, y una mala actitud. —¿Ya saben lo que ordenarán? —preguntó.

Miré a Julieta para que ordenara primero. Ella sonrió al camarero. —Sólo quiero el sartén vegetariano, por favor. Sin hongos

—¿Sin hongos? —Ella asintió. —Sí.

—¿Está segura? —preguntó él. Se inclinó hacia un lado, sacando la cadera. Todo lo que le faltaba era un chicle en el que podía golpear sus labios y soplar en una burbuja odiosa mientras esperaba.

Julieta me miró. Pude ver que intentaba no reírse. —Sí. Bastante segura.

El camarero suspiró y anotó la orden en su libreta. Luego me miró expectante. Cuando me abrió los ojos con impaciencia, hice mi pedido. Él lo escribió, recogió nuestros menús y se enfurruñó.

—Alguien echó mierda en su cereal esta mañana —dijo Julieta en voz baja.

Esnifé en mi taza de café y tuve que golpear mi puño en mi pecho para aclarar mi garganta. Ella se reía de mí todo el tiempo.

—No digas esas cosas cuando estoy bebiendo.

Se encogió de hombros. —Lo siento. No intentaba ahogarte en tu propio café. Pero en serio, ¿Cuál es su problema?

Agité la cabeza. —El mal servicio al cliente le quitará muchas entradas a este lugar. La atención apesta.

Julieta envolvió ambas manos alrededor de su taza de café con leche y tomó un sorbo. Como ayer, su labio superior se arrugó. Se veía tan linda.

Ella dejó su café. —Por eso quiero ser escritora. Así que puedo esconderme en mi casa y evitar a la gente a toda costa. Hasta que llegaste tú e insististe en que saliera a hacer cosas contigo.

—Son sólo negocios. No puedes hacer crecer una plataforma de autor exitosa sin salir de tu apartamento. —Ella asintió. —Lo sé.

—Bien. Eso significa que estamos en la misma página

—Más o menos —dijo ella.

—No te hagas la tímida.

—No lo hago —dijo, con una pequeña sonrisa. —Creo que 'la misma página' significaría que estoy lista para firmar e ir con todo esto. Pero aún no lo estoy. Así que, no estamos en la misma página.

Siempre le gustó hacerse la difícil.

Hablamos un rato más, y me preguntó sobre Anex y lo grande que había crecido en los últimos años. Bromeamos sobre Darlyn y reflexionamos sobre lo loco que era que ella fuera la responsable de que volviéramos a estar juntos de esta manera.

—Es realmente asombroso que hayamos logrado evitarnos durante tanto tiempo en un pueblo como éste —dijo Julieta después de que el camarero nos dejara la comida.

—No te he estado evitando.

Se encogió de hombros. —No. Supongo que sólo uno de nosotros ha estado evitando. Pero aun así. ¿Pensaste que nos pudiéramos encontrar en algún momento?

—Ahora corremos en círculos diferentes —le dije—. Creo que eso tiene algo que ver.

No quería señalar las diferencias evidentes entre nuestros estilos de vida que lo hicieron de esta manera. Sus padres lo habían perdido todo mientras mi padre subía los escalones de la riqueza y el éxito. Después de nuestra separación, pasaron muchas cosas que hicieron de nuestras vidas diferentes. Así era.

Ella concurría a las partes de la ciudad que yo no frecuentaba. Eso era todo lo que había que hacer.

Extendí jalea en mi tostada, comí un bocado y la vi espolvorear su sartén

con pimienta. Me aclaré la garganta. —Puedes decirme si no es asunto mío, Julieta, pero he querido preguntarte algo durante todo este tiempo

Me miró mientras colocaba el pimentero en el centro de la mesa. Lo recogí y le puse un toque a mis huevos demasiado fáciles.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Cómo están tus padres?

Julieta se detuvo con el tenedor a la mitad de la boca. Estaba cargada de papas fritas, cebollas, pimientos verdes y rojos, y tofu.

—Lo siento —dije inmediatamente. —No debería haber preguntado. No es asunto mío. Yo sólo... siempre me gustaron tus padres. Son buena gente.

Ella dejó su tenedor y asintió. —Está todo bien. No me importa que preguntes. —Se quedó callada por un minuto, y no la presioné. Su padre, al perder su trabajo, la había golpeado duro cuando éramos jóvenes. Incluso entonces, cuando yo era un imbécil arrogante que sólo me preocupaba por mí mismo, lo sentí por ella. Julieta y su familia perdieron todo en cuestión de semanas. La culpa con la que su padre debió haber luchado era incomprensible para mí, y el peso de la culpa era mucho más intenso ahora que yo mismo era padre.

No tenía ni idea de lo que haría si eso me pasara a mí y de repente fuera incapaz de proporcionarle a Max el mismo estilo de vida que él tiene ahora. Si todo se desmoronara, ¿qué haría?

Estoy seguro de que no iría a ver a mi padre. Eso simplemente no era una opción. Tendría que empezar de nuevo, al igual que el padre de Julieta y toda su familia se vieron obligados a hacerlo.

Ella respiró hondo y no me miró a los ojos cuando respondió. —Las cosas son difíciles. Mejoraron por un tiempo. Unos pocos años, tal vez. Parecía que todo se estaba poniendo bien y que se habían recuperado un poco. Pero mi padre se está haciendo viejo. Su salud está comprometida, y el costo de los medicamentos es ridículo. Están muy apretados. Wilma y yo estamos...”Se quebró y agitó la cabeza. Había decidido no decirme nada más. Eso estuvo bien.

Finalmente me miró. —¿Y tu padre? ¿Cómo está él?. —Me llené la cara con un par de mordiscos de papas fritas antes de contestar. —Es exactamente igual que antes. Agrio. Gruñón. Empeñado en vigilar todo lo que hago con mi vida.

Ella sonrió. —Y dime... ¿Cómo está tu hijo?

—Sorprendentemente genial.

—Eso es bueno.

Asentí con la cabeza. —Sí. Max no tiene ni idea de que su abuelo es un idiota

—Las alegrías de la infancia.

—Sí. Delirio.

Julieta agitó la cabeza y se rio suavemente. —Yo no lo llamaría así. Es como Santa Claus. Preservar la inocencia es importante. Eso es todo lo que estás haciendo.

Me sentí bien al oírla decir eso. Sus palabras validaron algo dentro de mí. —¿Puedo preguntarte algo personal ahora, Roman?

Me encogí de hombros. —Claro.

—¿Y la madre de Max? ¿Alguna vez te casaste con ella?

Asentí con la cabeza. —Sí. Según el acuerdo de mi padre y su intromisión, por supuesto.

—¿Dónde está ella?

—Ella falleció.

Julieta se alejó. —Oh, Roman. Lo siento mucho. No debí haber...

Levanté una mano para detenerla. —No te preocupes por eso. Fue hace mucho tiempo. —Se mojó los labios. —¿Tienes una foto de su hijo?

Asentí con la cabeza y saqué el teléfono. Max era el fondo de pantalla de mi cerradura y de inicio. Le di la vuelta al teléfono y se lo pasé por encima de la mesa. Se inclinó hacia adelante y sonrió ante la brillante imagen de mi hijo del verano pasado.

Estaba en la arena en Eagle Lake. Detrás de él estaba el castillo de arena que él y yo habíamos construido durante las dos horas previas a la película. Llevaba puesto su traje de baño naranja de neón y su sombrero de ala ancha a juego para protegerse del sol. Tenía los ojos cerrados y sonreía tanto que se le hincharon las mejillas para duplicar su tamaño.

—Es absolutamente adorable —dijo Julieta. —Sí, lo es. —Me reí. Me devolvió el teléfono. Sonreí a la foto de mi hijo antes de guardarlo en el bolsillo.

—¿Dónde está nuestro camarero? —preguntó ella, mirando por el restaurante. —Probablemente tomando una siesta en el baño de empleados.

Julieta echó la cabeza hacia atrás y se rio. Eso fue algo digno de ver. Sus mejillas enrojecieron de color rosa, y sus ojos cerrados. Era, sin duda, la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Cuando se recuperó de su risa, abrió su bolso y se puso un poco de brillo de labios. No tenía ni idea de lo tortuoso que era para mí ver eso. Puso el tubo de brillo de nuevo en su bolso y

miró alrededor del restaurante. —¿Estás ansiosa por salir de aquí o algo así, Jenkins?

Me miró por el rabillo del ojo. Entonces sonrió. —Tengo un poco de curiosidad por saber qué tienes planeado para el resto del día.

Me froté las manos. —Te va a encantar.

—Eso espero —musitó ella.

Agité la cabeza. —Confiado.

Julieta metió los cabellos sueltos detrás de sus orejas. No pude evitar pensar que el lenguaje corporal de todo esto era un poco tímido. Nervioso. Casi coqueta. No te adelantes, Roman.

CAPÍTULO 16

JULIETA

A pesar de que le pedí una respuesta todo el tiempo que esperábamos nuestra cuenta en el restaurante, Roman se negó a confesarme lo que haríamos el resto de la tarde. Sentí como que quisiera arrancarle los dientes.

Tiré mi bolso una vez que entramos en el coche y empezó a conducir por la costa. Era un día soleado y luminoso, como ayer, y estaba agradecida de que hiciera un poco más de calor. No había tenido que abrigarme tanto, y el frío no se filtró a través de mi ropa para cortarme la piel.

El viaje no fue largo. Tomó un giro a la derecha después de unos quince minutos y se detuvo en el estacionamiento del club de yates Harbor Maine.

Puso su Mercedes en el parque y me miró, con una sonrisa diabólica en los labios.

Miré incrédula a mi alrededor. —No estoy lo suficientemente bien vestida para poner un pie en ese lugar. Es todo derecho, de alto perfil, idiotas ricos ahí dentro. Así que, no es lo mío, Roman. Por favor. Vayamos a otro lado.

Se rio y agitó la cabeza antes de acercarse y apretar el botón de mi cinturón de seguridad. Se liberó. —No. No vamos a entrar. No te preocupes. No quiero entrar allí tampoco.

—Oh. ¿Entonces qué...?

—Sólo espera —dijo. Luego se bajó del auto, dio la vuelta al vecindario y me abrió la puerta. Me ofreció su mano.

Me quedé mirando su palma hacia arriba. Hace unos días, no habría aceptado su ayuda. De hecho, habría tenido que resistirme a escupir en su mano por despecho. Pero hoy, las cosas eran diferentes. Había estado pelando las capas de Roman Sanders y había descubierto que debajo de su exterior áspero, guapo y playboy, se había convertido en un tipo muy agradable. Y en un hombre muy sexy, de habla suave y poderoso.

Tomé su mano, y él me guio hasta mis pies. Cerró la puerta del coche y no me soltó la mano mientras se giraba y empezaba a caminar hacia el club de yates.

Sólo empecé a resistir cuando estábamos a unos quince pies de la puerta principal.

Roman me miró. —No vamos a entrar. Te lo prometo. ¿No confías en mí? —La respuesta corta fue no, no confiaba en él.

—Quiero que firmes un acuerdo con Anex —dijo—. No voy a hacer nada que te haga sentir incómoda. Lo juro.

Apreté los dientes, pero asentí con la cabeza. Me puse detrás de él una vez más y me sentí aliviada cuando nos dirigimos hacia el lado del edificio, en lugar de atravesarlo. Por otro lado, emergieron sobre una cubierta de madera que conducía a una pasarela de muelle flotante. La cruzamos, y el agua chapoteaba en los bordes, estallando y burbujeando. Fue relajante.

Él me acompañó por el largo muelle hasta el borde de la marina. Nos detuvimos al final, donde un elegante barco estaba atracado. Las escaleras estaban bajas, o como quiera que se llamaran, y Roman puso su mano en la parte baja de mi espalda para guiarme hacia adelante. Pensó mejor en su colocación y subió la mano más alta. Me sonreí a mí misma y subí las escaleras.

El yate era la cosa más lujosa que había visto en mi vida, y con diferencia, en la que había estado. Las superficies eran todas brillantes y blancas. Un salón al aire libre se instaló en la parte trasera del barco, al igual que un jacuzzi y un bar.

Me volví hacia Roman mientras él bajaba las escaleras. —¿Un yate? ¿En serio? —Sonrió como un niño y asintió. —Sí.

Abrí muy bien mis ojos con asombro, pero no pude resistir mi propia sonrisa. —Esto es demasiado, ¿lo sabías? No tengo ningún interés en convertirme en una de estas personas.

—Define qué quieres decir con: estas personas. —Hice un gesto a mi alrededor. —El tipo de gente que pasa los fines de semana en un barco como éste. Que llevan diamantes a la playa. Que se despierta con su café ya hecho, por otra persona, y una copa de champán en su mesita de noche.

—¿La gente realmente hace eso?

—¿Cómo voy a saberlo? —Le pregunté.

Roman todavía me sonreía. Se estaba divirtiendo demasiado para mi gusto. Cuando tomó mi mano y me llevó a la cima del barco, las mariposas empezaron a revolotear en mi estómago. Tenía la intención de conducir esa maldita cosa. —Roman —dije nerviosamente.

—Relájate. He hecho esto docenas de veces. No hay nada que hacer, en realidad.

Confié en él. Por alguna extraña razón, confié en él. Me dijo que me sentara

en los bancos de felpa al lado del volante, y me senté, cruzando una pierna sobre la otra y observando cómo conducía el enorme yate fuera del muelle, hacia mar abierto.

No podía quitarle los ojos de encima. Sus antebrazos se flexionaron mientras giraba la rueda, y miró a la extensión de azul que tenía ante él, sus ojos se iluminaron de aventura. Recordé esa mirada demasiado bien.

Sentada me impacientaba. Me levanté y me paré a su lado. —¿Por qué me sacas así? Se siente como si estuvieras gastando mucho dinero y recursos en mí. Un escritora novata. No puedo valer la pena...

—Darlyn dice que lo vales. Eso es todo lo que necesito saber. Además, sé lo mucho que siempre has querido hacer esto.

Fruncí el ceño. —¿Hacer esto? —Nunca antes había dicho que quería ir en un yate. Incluso si se me presentara la opción en algún hermoso lugar tropical por un multimillonario que quisiera mimarme por un día, sospechaba que yo era una de esas chicas que diría que no. Me quedaba en la playa, en mi toalla cubierta de arena, leyendo mi libro.

Ese era mi ritmo.

—Lo siento, Roman, pero no me importa el yate. Quiero decir, es bonito, seguro, pero es un poco demasiado.... No lo sé. Odio mis gustos.

Se rio. —El yate no. Las ballenas.

—¿Perdón?

Asintió hacia el mar abierto que teníamos ante nosotros. —Ballenas. Recuerdo que siempre hablabas de querer salir al océano para ver las ballenas. Sugerí que hiciéramos la gira un día, pero me rechazaste. ¿Te acuerdas?

—No quería estar atrapada en un yate, o lo que fuera, con un montón de turistas. Sí, lo recuerdo. —Asintió con la cabeza. —Bueno, esto funciona entonces, ¿no? Nada de turistas.

Hasta donde yo sé, tampoco había ballenas.

Navegamos sobre el agua durante una buena media hora antes de volver a la cubierta inferior. En la mesa de la parte trasera, vi un cubo de hielo y una botella de champán. Junto a eso había también una pequeña botella de jugo de naranja.

Observé, perplejo, como Roman nos preparó a cada uno una mimosa. Me dio una y me cogió la sonrisa. —¿De qué te ríes?

—Esto —dije simplemente. —¿Qué pasa con eso?

—Es todo tan.... mucho.

—Sí. Bueno, Anex realmente quiere que firmes, así que están haciendo todo lo posible.

—Anex, ¿eh? —Le pregunté, escéptica. Si hiciera una apuesta, apostaría que Anex no tiene nada que ver con el hecho de que estemos en un yate a 15 millas de la costa bajo el sol de otoño.

Roman sorbió su mimosa para evitar responderme. Tomé mi trago y caminé hasta el borde, donde me paré y miré hacia el océano. Las olas se agitaban al costado del yate, que se movía tan suavemente que apenas podía sentirlo. Supuse que eso era una ventaja de tener un yate tan grande.

Él caminó y se paró a mi lado. Ninguno de los dos dijo nada mientras mirábamos hacia el océano. El agua estaba oscura aquí. Impenetrable. Profunda. Me tranquilizó.

Siempre me había encantado el mar, y vivir a pocos metros de la playa era lo mejor de vivir en Bar Harbor. Estar aquí fuera, donde estaba tan quieto, respirando el aire crujiente y salado, fue un momento glorioso para mí.

—Ahí —dijo Roman, de repente extendiendo la mano y agarrándome el hombro.

Miré a través del agua, siguiendo la línea de sus ojos, hasta que vi lo que él estaba mirando: una ballena. Una gran ráfaga de aire sopló de su respiradero. El agua salpicó, y en su estela llegó la cresta de la espalda y el lento ascenso de su historia.

—Oh,” respiré. Ninguna otra palabra parecía hacerle justicia. No es que oh lo hiciera, pero fue lo que se me escapó de la boca.

—Y allí —dijo Roman, señalando ahora a nuestra derecha. Surgió otra ballena.

Pronto, fuimos rodeados por toda una manada de ellas mientras subían a tomar aire.

Era lo más espectacular que había visto en mi vida. Me salieron lágrimas en los ojos y me puse de espaldas a Roman mientras observábamos a las magníficas criaturas. No quería que me viera llorar. Esto había sido algo que mi padre había prometido que me llevaría a hacer algún día, cuando todavía teníamos dinero y oportunidades.

Pero entonces todo se había desmoronado, y el avistamiento de ballenas se había convertido en algo que me imaginé que haría algún día. Nunca pensé que podría ser hoy, y con Roman.

—Gracias —susurré. —No puedo creer que recordaras esto.

Él no dijo nada. Se paró a mi lado, todavía mirando a las ballenas mientras

rompían la superficie del agua.

Nos quedamos así durante media hora más. Ninguno de los dos dijo una palabra. Sólo observamos y nos empapamos de la naturaleza en todo su esplendor.

Roman fue y se preparó en el costado del yate, plantando sus manos en la ancha barandilla. Lo estudié desde atrás, mirando la anchura de sus hombros, su cintura estrecha y sus largas piernas. Admiraba su perfil, agudo, elegante y guapo. Su mandíbula era más oscura con rastrojos, más aún de lo que había sido ayer. Le quedaba muy bien.

Me miró por encima del hombro y me pilló mirándolo fijamente. —Tengo una cosa más en el expediente para mañana —dijo.

Me sonrojé y miré mis pies. —¿Oh? —Él sonrió. —Me gustaría que conocieras a Max.

Miré bruscamente hacia arriba. —¿Qué? Por qué? No, no creo que sea una buena idea, Roman.

—Lo es. Confía en mí. No voy a presentarte como novia ni nada de eso. No habrá ninguna expectativa atada a esto. Sólo me gustaría que él te conociera. Eso es todo. Y que tú lo conozcas.

Me miró a los ojos. Su mirada oscura era intensa. Me lo tragué. —Está bien.

—¿Estás segura? —preguntó. —No quiero que lo hagas si no te sientes cómoda con ello.

Agité la cabeza. —Está bien. Me gustará conocerlo” Estaba diciendo la verdad. Tenía curiosidad por conocer la versión en miniatura del hombre que estaba ante mí. Si Max se parecía en algo a su padre, iba a derretir los corazones de las niñas en todas partes. Esperaba, por el bien de las chicas que conocería, que Roman criara a su hijo para que las tratara mejor que a mí cuando estábamos en la escuela secundaria.

Como alguien a quien sólo podía llamar cuando su primera y segunda opción estaban ocupadas. Como una idea tardía.

Mirándolo ahora, era extraño pensar en él como ese chico joven, tonto e ignorante. Era tan diferente de lo que recordaba. Ahora era amable. Sabio, gentil y considerado. No podía ver nada de cuando era más joven en él, hasta que sonrió, por supuesto.

Su sonrisa seguía siendo esa diabólica y encantadora que me había atado a él, desde el primer momento. Maldito sea él y su sonrisa.

CAPÍTULO 17

ROMAN

Estaba despierto antes de que sonara mi alarma a las siete de la mañana del viernes. Sólo sonó dos veces antes de que lo silenciara y moviera mis piernas sobre el costado de la cama. Mientras bostezaba, llevé mis brazos sobre mi cabeza, estirándome y rompiéndome la espalda antes de ponerme de pie.

Iba a ser un buen día. Podía sentirlo en mis huesos. Me puse un par de pantalones de chándal y me acolché los pies descalzos por el pasillo hasta el dormitorio de Max. La puerta del dormitorio crujió cuando la abrí. El pequeño estaba durmiendo de espaldas a mí, de cara a la pared. Podía oír su respiración profunda mientras estaba en la puerta.

Me sonreí. Momentos como este fueron los más destacados de mi día. Me permití quedarme allí un par de minutos más, antes de caminar hasta su cama y sentarme en el borde. Agité su hombro suavemente hasta que gimió y volvió en sí.

—Buenos días, muchacho —dije en voz baja.

—Buenos días —murmuró Max, aún medio dormido. Sus ojos estaban cerrados cuando se giró sobre su espalda y bostezó.

—¿Cómo has dormido?

—Bien —dijo—. ¿Algún sueño genial?

El niño se frotó los ojos y luchó por abrirlos. Cuando finalmente se las arregló, me miraba a través de las rendijas. —No, no me acuerdo.

Le di una palmadita en la espalda. —Bueno, es hora de levantarse. Vamos. Vamos.

—Cinco minutos más.

—No. ¡Chop chop! —Aplaudí con las manos juntas.

Max hizo una mueca de dolor y trató de acercar sus cobertores bajo su barbilla. Tomé un puñado de ellos para mantener las mantas en su lugar.

—Papá —se quejó.

—Max —me quejé burlonamente.

Mi hijo frunció el ceño. Sin embargo, no podía evitar reírse. Se rio y yo también, y se apoyó sobre sus codos.

Le asentí con la cabeza. —¿Qué te parece si hoy te tomas el día libre de la

escuela?

—¿En serio? —preguntó incrédulo.

—Oh, ahora estás despierto, ¿eh? —Me reí. —Sí, tengo una amiga con la que pasaré el día hoy. Pensé que sería divertido si venías. ¿Te gustaría eso?

Max se empujó más arriba de la cama para acurrucarse en sus almohadas. Asintió con la cabeza. —Sí. Por favor.

—Muy bien. Bueno, entonces levántate. Me voy a duchar. Prepárate. Desayunaremos y luego nos iremos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Max cuando me levanté y caminé hacia la puerta.

Hice una pausa en el marco de la puerta. —Pensé que sería divertido ir al Festival de Acción de Gracias

Eso era todo lo que él necesitaba oír. Se levantó de la cama y salió corriendo de la habitación para ir al baño. Cerró de golpe la puerta tras él, y yo sabía que iba a pasar por su propia rutina matutina. Me reí al pasar y llamé a la puerta del baño. —No olvides cepillarte los dientes, Max

—¡No lo olvidaré!

Caminé por el pasillo y entré en mi propio baño, donde me duché con agua caliente. Me envolví en una toalla y estudié mi reflejo en el espejo. Mi barbilla casi se consideraría una barba pronto. Tal vez dentro de otros cuatro o cinco días. Pensé en afeitarme. Una línea de la mandíbula lisa era siempre la opción más profesional. Pero me gustaba tener vello facial durante los meses más fríos. Me acaricié la mandíbula y decidí dejarlo por ahora. Puedo afeitarme mañana.

Una vez que estaba listo y vestido para el día, me dirigí hacia abajo. Max me encontró en la cocina y preparé el desayuno. Él comió apresuradamente, después ayudó a limpiar los platos. Luego nos pusimos las chaquetas, las botas y nos subimos al auto. Salí de la entrada y me dirigí al apartamento de Julieta en Main Street.

No estaba afuera esta mañana como ayer, así que le envié un mensaje de texto cuando aparqué en mi lugar habitual en la acera. Me devolvió el mensaje de inmediato, diciendo que bajaría enseguida.

Max se sentó en el asiento trasero. —¿Quién es Julieta?

—Es una vieja amiga de la escuela. Hemos estado saliendo porque estoy tratando de convencerla de que trabaje conmigo

—¿Por qué?

Siempre con e. —por qué. —Sonreí y miré a mi hijo por el espejo

retrovisor. —Bueno, escribe muy buenos libros. Y, como sabes, mi trabajo es ayudar a los escritores a vender sus libros. Así que, ella y yo hacemos un buen equipo, y podemos ayudarnos mutuamente.

—¿Por qué tienes que convencerla?. —Fruncí el ceño. ¿Cómo podía decirle a mi hijo que no quería trabajar conmigo porque la había tratado como a un felpudo en la escuela secundaria? Suspiré. —No está segura de que mi compañía sea la adecuada para ella.

—Oh, puedo ayudar.

—No, Max. —Me reí. —No hay problema. Nada de charlas de negocios hoy. Sólo diversión, ¿de acuerdo? —El pequeño asintió. —De acuerdo.

Julieta salió por la puerta del apartamento. Me incliné, abrí la puerta de mi coche y respiré el aroma de su perfume floral cuando entró a mi lado.

Me sonrió con una sonrisa brillante antes de girar en su asiento para mirar hacia atrás a mi hijo. —Hola, Max —dijo ella, un poco sin aliento. Debe haber bajado las escaleras con prisa. —He oído hablar mucho de ti. Soy Julieta.

—Hola —dijo Max un poco tímido.

Ella sonrió. —Te pareces a tu padre. Es asombroso

—La gente me dice eso todo el tiempo —dijo Max.

—Porque es verdad. Gracias por dejarme ir contigo y con tu padre hoy. Estoy muy emocionada. No he ido al Festival de Acción de Gracias en, bueno, al menos seis años.

—¿Seis años? —Max y yo preguntamos al unísono.

Julieta asintió con la cabeza y miró hacia atrás y hacia adelante entre nosotros dos. —Sí. ¿Por qué? ¿Ustedes dos van más a menudo que eso?

—Todos los años —le dije.

Mi hijo estaba asintiendo en el asiento trasero. —Sí. Conseguimos sidra, pastel, jugamos y ganamos premios. —Ella sonrió. —Suena divertido.

—Lo es —dije. —Entonces, ¿por qué estamos sentados hablando de ello? ¡Vamos!

El Festival de Acción de Gracias se estableció en un parque cerca de la playa. El lado del parque de diversiones consumía todo el estacionamiento del lado este con su noria, posavasos, cabinas de juego, camiones de comida y paseos para niños. El parque de césped contaba con puestos de venta de joyas, bufandas y todo tipo de accesorios. Algunos vendían velas, cerámica, perfumes y lociones caseras, sombreros, también guantes de invierno, tarros de albañil rellenos de ingredientes para sopas, adornos para árboles de

Navidad, productos horneados y muchas otras cosas. Era el sueño húmedo de un consumidor, y ocurría todos los años justo a tiempo para las compras navideñas.

Julietta caminó por todas las cabinas con un leve interés. Nunca nos pidió que paráramos para poder ver algo. Incluso cuando la veía mirando y me ofrecía a detenernos para que pudiera mirar, sacudía la cabeza e insistía en que siguiéramos adelante.

—Ya sabes, Max es un niño paciente —le dije después de la tercera o cuarta vez que la vi mirar algo que ella claramente pensó que era agradable. —Encontraré algo que hacer si quieres parar y ver un par de cosas.

Ella agitó la cabeza. —No, está bien. Tal vez el año que viene, después de que haga una fortuna con este libro

—Muy bien. ¿Qué tal si vamos a dar una vuelta entonces? Y consigues algunos de esos pasteles de embudo cubiertos de azúcar. He estado pensando en ellos toda la mañana.

—¡Sí! —Max se emocionó antes de salir corriendo como un niño salvaje hacia la entrada de las atracciones.

Ella me sonrió y metió las manos en los bolsillos de su suéter. —Max es un buen chico, Roman. Es muy inteligente, dulce, y divertido.

—¿Como yo?

Se rio de mí. —Ya quisieras.

—Es un buen chico. Tengo suerte. —Le ofrecí mi codo mientras caminaba sobre la hierba desigual. Me sorprendió cuando deslizó su brazo a través del mío. Tenerla tan cerca fue agradable. Cómodo. Familiar.

Seguimos a Max a través de la puerta y entramos en el parque de atracciones. Se dirigió a una de las cabalgatas de spinning. Era un pulpo negro con una jaula colgando de cada tentáculo. Las jaulas giraban y giraban mientras las patas giraban en un amplio círculo al ritmo de la caótica música de feria de carnaval.

Mi hijo se aferró a la valla que separaba al público de la atracción, y cuando llegamos, nos miró. Su cara estaba encendida de emoción. —¿Puedo ir en este paseo, papá?

—Siempre y cuando pases el requisito de altura —dije. Caminamos alrededor de la valla hasta la línea. Los tres caímos detrás de otras familias y adolescentes que esperaban su turno. No tuvimos que esperar mucho antes de llegar al frente de la fila. Max era afortunadamente dos pulgadas más alto que la altura necesaria. Habría estropeado todo el día si no hubiera pasado. Ser

más bajo que casi todos los demás niños de su edad ya era bastante duro. No necesitaba que se lo recordaran cuando estábamos fuera, tratando de divertirnos.

La puerta se cerró al comenzar el viaje. Nosotros seríamos los siguientes.

Mientras veíamos a todos los que estaban en la fila delante de nosotros atados y preparados para la salida, Max miró a Julieta. —¿Quieres sentarte conmigo?

Ella parpadeó. Se veía positivamente horrorizada. —Oh. Um. En realidad no hago paseos, Max. Lo siento mucho. Iba a mirar por allí. ¿Quizás tomar algunas fotos para que puedas tenerlas para más tarde?

El niño agitó la cabeza. —¡No! ¡Ven conmigo! Será divertido. Lo prometo. —Ella me miró implorando ayuda. Me reí y levanté las manos. —No me mires a mí. Esta es tu decisión. —Suspiró y se mordió el labio inferior. Sus hombros se desplomaron cuando se volvió hacia mi hijo. —Está bien. Pero si vomito, es tu culpa. ¿Lo entiendes?. —Max asintió.

El viaje comenzó. Julieta observó la máquina de principio a fin. Estaba retorciéndose las manos cuando el operador abrió la puerta y nos dejó pasar. Me senté en una de las jaulas frente a ella y Max, vi cómo se abrochaban sus cinturones. Escuché su risa nerviosa y mi pequeño le aseguró que todo estaría bien. Ella y yo nos miramos a los ojos.

—¿Estás bien, Jenkins? —Le grité.

Asintió. Su cara estaba pálida y sus nudillos blancos mientras agarraba la barra sentada en su regazo. Ella no estaba muy bien. Pero seguía simulando y jugando como si todo estuviera normal. Eso me gustó. Me gustó mucho.

CAPÍTULO 18

JULIETA

Las mejillas de Max eran de color rosa brillante mientras me miraba con una gran sonrisa. —No tengas miedo —dijo—. ¡Los paseos son divertidos! Y seguros. Papá no me dejaría subir si no fueran así.

Forcé mi boca a sonreír apropiadamente. Se sentía más como una mueca. Yo no hice paseos. Nunca los hice. Odiaba los giros, la sensación de caerse, y los dos eran la definición de la mayoría de las cabalgatas. —Gracias, Max. Sé que es seguro.

—¿Entonces por qué tienes miedo?

Niños. De alguna manera se las arreglaban para ver las cosas de una manera tan simple. Desearía poder racionalizar esto conmigo misma de la forma en que Max lo hacía. —Los paseos siempre me han asustado.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta sentir que no tengo el control. —Max ladeó la cabeza. —¿No tienes el control?

La última pareja llegó a jaula vacía en el tentáculo de pulpo opuesto a nosotros. Vi al operador de la atracción cerrar la barra en su regazo y caminar hacia los controles de la cerca metálica. La gente se reunía a lo largo de los bordes para observar a sus hijos.

Iba a tener que hacer todo lo posible para no gritar como una niña.

Max tomó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos. —Es una máquina. Él lo controla. —Señaló al operador de la atracción. —Y es un experto, como diría papá. No te preocupes.

Le apreté la mano. —Eres un chico listo, ¿lo sabías? —El pequeño asintió. —Papá me lo dice todo el tiempo.

—Tu padre también es muy listo —le dije.

Miré a través de nosotros a Roman. Su jaula se alejó cuando el coche empezó a moverse.

Ojalá pudiera verlo. Estaba seguro de que me reconfortaría con su sonrisa tranquilizadora.

Pero si pudiera verlo, eso significaría que él podría verme a mí. Y si perdiera la compostura con esta maldita cosa, nunca me dejaría vivirla. Eso,

en sí mismo, era una motivación para no gritar.

Nuestra jaula dio una gran sacudida cuando el viaje se aceleró. Fue sólo cuestión de unos quince segundos antes de que realmente estuviéramos corriendo alrededor de la base de la carrera. Me aseguré de no apretar la mano de Max demasiado fuerte mientras se reía con gran deleite a mi lado. Ambos fuimos presionados al exterior de la jaula por el impulso, y me alegró haberme sentado en el exterior. Si no, estaría aplastando al hijo de Roman.

El trato estaría definitivamente fuera de la mesa entonces.

Las patas del pulpo empezaron a subir y bajar una tras otra. Cuando el nuestro se disparó hacia arriba, emití un grito de sorpresa. Max gritó con emoción y levantó su mano libre. —¡Es divertido, Julieta! ¿Ves? ¡Diversión!

Me distraje de mi miedo mirando a Max. Estaba rebosante de alegría. Qué cosa tan maravillosa, ser un niño. Cada vez que el vehículo se balanceaba hacia arriba, levantaba los pies del suelo con paneles metálicos. Nos caíamos de espaldas y él se levantaba un poco del asiento en un esfuerzo por conseguir la mayor emoción posible. Estaba segura de que su padre le había enseñado ese truco.

Cuando el viaje alcanzó su máxima intensidad, vi a Roman observándonos desde su jaula. Estaba perfectamente con las manos apoyadas en la barra sobre los muslos. Nos estaba sonriendo.

Quería saludar con la mano, pero no me atrevía a soltar la de Max ni la barra que tenía delante. Me aferré a mi vida hasta que el viaje se detuvo por completo. Entonces la barra se levantó de nuestros regazos, y fuimos liberados de nuestra jaula.

El suelo era una cosa firme y maravillosa bajo mis pies.

Roman nos encontró en la puerta y la mantuvo abierta para mí y para Max. Caminamos a través, y él se quedó atrás para mantenerla abierta para el resto de la gente que se bajaba del vehículo. Una vez que todos terminaron, se encontró con nosotros y jugueteó con Max. —¿Fue divertido?

—¡Sí!

Roman me guiñó un ojo. —Me alegro de ver que lo lograste sin tener un ataque al corazón.

—Apenas —respiré.

Él se rio y le extendió la mano a Max, quien se la llevó. —Vamos a comer algo. Me muero de hambre.

—¿Pasteles de embudo? —Max sugirió. —Pasteles de embudo. —Roman asintió.

Caminamos por el parque hacia la sección que fue instalada con camiones de comida y tiendas de campaña. Olía a perritos calientes, algodón de azúcar y, en el extremo este, mini magdalenas. En otras palabras, olía a azúcar.

Tuvimos que alinear una sola fila y acercarnos más al mostrador para ordenar. Roman insistió en comprar, y compró tres de ellos. No fue una espera larga, y en cuestión de minutos, estábamos deambulando por la sección de juegos mientras nos llenábamos la cara con los sabrosos bocados.

Max nos miró. Sus mejillas estaban hinchadas como una ardilla por la cantidad de pastel en su boca. —¿Podemos jugar un juego? —murmuró.

Apenas podía entender lo que decía, pero Roman parecía capaz de interpretar sus palabras sin esfuerzo. —Claro. Tú eliges.

El niño nos llevó a un puesto donde se tiraban bolsas de frijoles a un montón de tuberías. Max y yo fracasamos miserablemente. No esperaba tirar nada. El pequeño se sintió un poco decepcionado cuando su última bolsa de frijoles se quedó corta, y Roman lo animó golpeando todas las tuberías con su último lanzamiento. Max pudo elegir un premio y optó por un sombrero de copa de rayas verdes lima y negras que usaba mientras caminábamos por las otras cabinas de juego.

Roman estaba haciendo todo lo posible. Jugamos todos los juegos que le interesaban a su hijo. Le encantaban todos, especialmente a cualquier cosa que implicara tirar o derribar. Roman parecía sobresalir en aquellos juegos, y me deleitaba ver a Max vigilar a su padre. Su ídolo. Su relación fue reconfortante, y si era honesta conmigo misma, estaba cambiando mi punto de vista sobre el hombre que tenía ante mí.

Sanders no era quien yo creía que era. Él había cambiado. Crecido. Se había convertido en un hombre respetable.

Él me sorprendió observándolo mientras se inclinaba sobre Max y le ayudaba a apuntar un dardo a la pared de un globo en una de las cabinas. El joven que operaba la cabina estaba mirando con una sonrisa de satisfacción. Estaba claramente seguro de que el pequeño fallaría.

Roman le enseñó a Max a lanzar el dardo y le hizo practicar. —Separa un poco más tus pies —dijo mientras cuadraba los hombros del niño. —Aquí tienes. Sí. Así. Ahora, cierra el ojo. El otro ojo. Bien. Apunta más alto que donde quieres que vaya tu dardo porque se arqueará en su trayecto. —Roman navegó con su mano por el aire frente a Max. El niño asintió. —De acuerdo.

—No te apures. Tómate tu tiempo. Tienes muchos lanzamientos.

Me paré y vi el momento en que padre e hijo se desarrollaban. Sabía que

estaba sonriendo. Quería parar, pero no podía controlar la sonrisa que estiraba mis mejillas. La vista era demasiado buena y pura para no disfrutarla.

Roman me sonrió. Me sonrojé furiosamente y miré mis pies.

Max dejó volar el dardo. Se arqueó, como le dijo su papá, pero no llegó a la pared trasera. Max gimió y dio un pisotón. —¡Apesto en esto!

—No, no te rindas, muchacho. Nadie es bueno en esto la primera vez que lo intenta. O el décimo. O centésimo. Se necesita mucha práctica. Intentémoslo de nuevo.

El chico que trabajaba en la cabina suspiró y se quitó el cabello de la frente. Se cruzó de brazos y me miró perezosamente. —¿Quiere lanzar dardos, señora?

Agité la cabeza. —No. Gracias.

—Haz lo que quieras.

Roman guio a Max a su posición de nuevo, y cuando el dardo dejó las yemas de los dedos del niño, lo vi navegar por el aire y perforar un globo rosa caliente en la tercera fila desde abajo.

Él lanzó sus brazos al aire y lanzó un grito de victoria. Su hijo saltó arriba y abajo en el lugar, aplaudiendo juntos y riéndose alegremente cuando Roman lo levantó y se giró en un círculo para celebrar.

El joven que trabajaba en la cabina sacó el dardo de la pared, agarró un pequeño juguete de peluche y se lo dio a Max, quien se lo metió en el pecho cuando Roman lo puso de nuevo en el suelo.

Entonces el pequeño se acercó a mí.

—¡Buen trabajo, Max! —Dije excitada. —Eso fue increíble.

—Gracias. —Sonrió y miró el juguete en sus manos. Era un perrito de peluche con enormes ojos azules. Él me lo levantó. —Lo gané para ti.

Mi corazón se derritió. —¿Lo hiciste? —Asintió con la cabeza.

Tomé el juguete y pasé mis pulgares sobre el suave pelaje. —Max. Eso es muy dulce de tu parte. Gracias. Me encanta...

—De nada —dijo con una sonrisa. Luego se fue en la dirección opuesta, gritando por nosotros para seguirlo. Quería dar más vueltas.

Roman me esperó, y caminamos lado a lado después de Max, que sólo corría un poco más adelante y luego se daba la vuelta y esperaba a que nos pusiéramos al día. Roman mantuvo sus ojos en su hijo todo el tiempo.

—Veo lo que estás haciendo —dije. —¿Qué?

—Estás usando a tu hijo para que firme con Anex

Se rio y metió las manos en los bolsillos. —¿Y qué si lo estoy? ¿Está

funcionando? —Fruncí los labios mientras miraba al perro de peluche. —Más de lo que yo pensaba.

Sonrió de forma orgullosa. —Es difícil resistirse a un chico con encanto como Max. Lo entiendo. Es por eso que consigue lo que quiere.

—Eres un buen padre, Roman. Honestamente.

Roman me miró. Toda la alegría y el juego desaparecieron en sus ojos y fueron reemplazados por la seriedad. —Gracias.

Caminamos un poco en silencio. Max se puso en la fila para un viaje que giraba en círculos estrechos. No me iba a subir a esa. Si lo hiciera, estaría vomitando mis tripas en poco tiempo. Se lo dije a Roman, y dijo que iría a esta con Max.

Antes de que fuera a reunirse con su hijo, le agarré la muñeca. —Roman

—¿Sí?

—¿Cómo falleció la madre de Max?

Él se endureció. Se recuperó suavemente, pero tenía un tono de voz que no había visto antes. —No es algo de lo que me guste hablar.

—Lo siento. Entiendo. Yo sólo... No, no importa. No debí haber preguntado

—Está bien —dijo. Pero algo estaba mal. Y no estuvo bien que preguntara tal cosa.

Me di cuenta de que todavía estaba sujetando su muñeca y la solté. Me metí un mechón de cabello detrás de la oreja nerviosamente y miré hacia abajo a mis pies. —Lo siento —dije otra vez.

—No lo sientas. Hey. —Extendió la mano y puso dos dedos bajo mi barbilla, levantando mi cara para mirarme a los ojos. El contacto íntimo hizo que mi cuerpo respondiera de manera inapropiada, como lo había hecho en mi sueño la otra noche. —Está todo bien. En serio.

Asentí con la cabeza.

—¿Quieres compensarme? —preguntó. —¿Cómo?

—Ven a una fiesta en la oficina de Anex mañana por la noche. Es una cosa de Acción de Gracias. Es muy divertido. Puedes llevar a Wilma.

—Oh, Roman. No creo que sea una buena idea. No he tomado mi decisión, y no quiero que la gente piense que me estoy aprovechando de este tratamiento real.

Agitó la cabeza. —No te preocupes por eso. Habrá un montón de gente. No pensarán nada de ello. Confía en mí. Será divertido. Tú y Wilma se mezclarán. ¿Qué dices?

Fruncí el ceño, aún insegura.

—Vamos, Julieta. Sabes que quieres ver cómo es la oficina. Es una manera perfecta de sumergir los dedos de los pies y sentir el lugar. Me quedaré contigo todo el tiempo.

Me mojé los labios. —Muy bien. Bien. Pero esto no significa que haya decidido firmar.

—Por supuesto que no. Ahora, sostén mi chaqueta, ¿quieres? Estoy a punto de arrepentirme de haberme comido todo ese maldito pastel. No se lo digas a Max, pero yo también odio las vueltas.

CAPÍTULO 19

ROMAN

La fiesta de Acción de Gracias de la oficina se celebraba todos los años en la sala de conferencias de abajo, justo al lado del vestíbulo.

Lo llamábamos. —Sala de conferencias —pero eso no era del todo exacto. Era más bien un salón de eventos, perfectamente acondicionado para albergar una pista de baile, un escenario, un buffet y casi dos docenas de mesas redondas donde los empleados se sentaban con sus invitados para disfrutar de su comida y sus bebidas.

También había un bar abierto contra la pared, donde se servían cócteles. Una botella de vino tinto y blanco se acomodaba en cada mesa y era reemplazada por el personal del catering cuando estaban vacías. Los manteles blancos cubrían todas las mesas, con fundas a juego. Los acentos naranjas y rojos, junto con un poco de oro, dieron calidez a la habitación, que de otro modo sería fría, para enfatizar el tema del Día de Acción de Gracias.

Estaba caminando con ron y coca, conversando con mis compañeros de trabajo cuando llegó Jake. Estaba bien vestido con un traje azul oscuro y una camisa negra con botones debajo. Me saludó con una palmadita en el hombro, y fuimos al bar a buscar un trago.

El bar estaba siendo atendido por un joven rubio con tatuajes en ambos brazos. Su camisa blanca estaba enrollada hasta los codos, mostrando su tinta, y su cabello estaba liso hacia atrás, lejos de su frente. Las mujeres habían acudido en masa a su alrededor para ver cómo lanzaba martinis y hacía un poco de barman con estilo. Estaba impresionado.

—Sólo quiero un maldito trago, no un espectáculo —refunfuñó Jake.

—Alguien se despertó en el lado equivocado de la cama esta mañana —le dije.

Agitó la cabeza. —No, estoy bien. Sólo tengo hambre. Y necesito un trago. —Se aclaró la garganta para llamar la atención del camarero. Pero no funcionó. —Aquí es donde una bonita sonrisa y unos labios rojos y gruesos serían muy útiles.

Le puse los ojos en blanco y luego levanté la mano para saludar al camarero. Me vio y se encontró con mi mirada. —¿Qué es lo que quieres? —

Le pregunté a mi amigo. —Lo mismo que tú, está bien.

Apunté a mi vaso. El camarero asintió con la cabeza y empezó a verter ron en un vaso de hielo. —Gracias —refunfuñó Jake.

—Yo tampoco tenía pintalabios. —Me reí. —¿Quién lo hubiera pensado?

Una vez que él tuvo su bebida en la mano, su estado de ánimo mejoró. —¿Quieres sentarte antes de que la horda se haga cargo?

Agité la cabeza. —Quiero quedarme cerca de la puerta. Julieta llegará en cualquier momento, y no quiero que tenga que entrar sola en este manicomio. Ya fue lo suficientemente difícil para conseguir que aceptara venir.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Julieta va a venir a esta cosa?

—Sí, me sorprendió tanto como a ti. Y creo que va a traer a Wilma.

Dejó de sorber su bebida. —¿Me estás molestando o hablas en serio?

—¿Mentiría sobre Wilma? —Le pregunté, sonriendo.

—No lo sé. Te gusta hacerme pasar un mal rato dondequiera que veas una vacante.

Me reí. Eso era cierto. Tomarle el pelo a Jake era uno de mis pasatiempos favoritos. —Por una vez, no te estoy molestando. Pero tampoco estoy seguro de que Wilma vaya a venir. Así que no te emociones demasiado, o se te pondrán las pelotas azules.

—Ja, ja —dijo secamente.

Me siguió a través de la creciente multitud hasta las puertas. Vestidos de colores brillantes se agitaban a nuestro alrededor a medida que avanzábamos. Las mujeres me sonreían. Algunas, las conocí en la oficina. A otras, no lo sé. Asumí que eran amigas o familiares de mis compañeros de trabajo. Sin embargo, sus sonrisas y el bateo de sus pestañas no tuvieron ningún efecto en mí. Estaba esperando a Julieta.

Me quedé junto a las puertas, tratando de verme lo más casual posible mientras tomaba mi bebida. Me metí una mano en el bolsillo mientras mi amigo miraba por todo el lugar. —Supongo que tu padre no vendrá este año.

Agité la cabeza. —Oh, Dios no. ¿Crees que habría invitado a Julieta si supiera que vendría?

—No. Te despediría. —Dijo él.

—Exactamente —dije. —Su ausencia probablemente explica este resultado, también. Nunca había visto tanta gente en esta cosa antes.

—¿Crees que tu padre sabe que todos aquí lo odian?

Me encogí de hombros. —Probablemente. No le importa un bledo. De hecho, creo que le gusta tener la reputación que tiene.

—No creo que estés equivocado —dijo.

—Creo que la única persona en el planeta a la que le gusta mi padre es Max. —Sonrió. —Bueno, el pequeño no sabe lo que hace. Sin ofender.

—No me ofende —le dije. Estaba a punto de desahogarme con Jake acerca de lo duro que mi papá me estaba montando para contratar a la nueva escritora, aunque él no sabía que ella era Julieta, pero me detuve cuando mi ojo la vio entrando por la puerta principal. Mi aliento se enganchó en mi garganta. Se veía impresionante. Su cabello estaba suelto y en suaves rizos que descansaban sobre sus desnudos hombros. El vestido que llevaba abrazaba sus curvas desde la garganta hasta la rodilla. Era negro, de encaje y caliente como el infierno, sin dejar de ser lo suficientemente sofisticado como para vestirse para una fiesta como esta. Mi parte favorita del conjunto era la chaqueta de cuero que llevaba sobre los hombros. Maldita sea, era sexy.

Julieta miró de un lado a otro, sin duda buscándome, mientras Wilma caminaba detrás de ella.

Jake casi gimotea como un perro a mi lado. Le eché un vistazo. —Pon tus cosas en orden, hombre. Y cierra la boca. Ninguna mujer va a ir por un idiota babeante y pegote.

Él cerró la boca con una bofetada y se puso de pie un poco más derecho. —Tienes razón. Vamos a saludar. —Me enderecé la chaqueta del traje y caminamos hacia ellas. Mientras la saludaba, un servidor llevaba una bandeja de champán para ofrecerles. La sonrisa que puso en sus labios fue forzada. Me di cuenta. Ella tomó una copa y también lo hizo Wilma. El servidor se cayó justo cuando Jake y yo nos acercamos. —Te ves hermosa —le dije. Me dio una sonrisa de labios apretados que era un poco más genuina que la que ella le había ofrecido al servidor. En mi opinión, este fue un paso en la dirección correcta. —Gracias. Tú también te ves muy bien. —Me hizo un gesto a mí y a mi traje negro.

Levanté la barbilla. —¿Halagos? Interesante. Esta vez sonrió con seriedad, y la vista me calentó por dentro.

—Wilma. —Asentí saludando a la hermana de Julieta. —Gracias por venir. Espero que no estuvieras tan en contra como lo estaba ella.

Wilma miró alrededor del lugar, evitando intencionalmente mirar a Jake. —Ya me conoces. Cualquier excusa para objetar no sirvió.

Julieta miró a su hermana, diciendo. —Sólo accediste a venir porque te dije que había un bar abierto. —Wilma hizo un gesto con la mano con desdén. —Detalles, son sólo detalles.

Jake se adelantó, llamando la atención de Wilma sobre él. —¿Puedo llevarte al bar y traerte un trago? Les daremos la oportunidad de hablar de negocios antes de que empiece la noche.

Wilma se mojó los labios, y por un momento, pensé que podría rechazar su oferta. Pero Jake fue persistente, y extendió su mano. Ella lo tomó, le dio a Julieta una sonrisa nerviosa, y dejó que él la guiara de regreso a través de la multitud hasta el bar. Me preguntaba si le iría mejor con un trago con ella a su lado. Llevaba pintalabios rojo, después de todo.

Julieta ajustó las mangas de su vestido. Estaba incómoda. Pude verlo escrito en ella. Había hecho toda esta escena cuando estaba creciendo, y no parecía extrañarla. —Me alegro de que hayas venido —le dije.

Respiró hondo mientras miraba alrededor del lugar. El bar. La pista de baile. Las mesas y sus elegantes adornos. —Gracias por invitarme. No esperaba tanto brillo y glamour.

—Sí, esta gente no sabe que el significado de menos es más.

—Aparentemente no.

Le ofrecí mi codo. —Déjame mostrarte el lugar. Tal vez te consiga algo de comida. Entonces podemos encontrar un sitio para sentarnos.

—Muy bien —dijo ella, pasando su brazo por el mío. Me dejó hacer una visita guiada por todo el sector. Evité presentarla a la gente porque sabía que estaba muy incómoda. Esto estaba lejos de su zona de confort, y podía ver las ruedas girando en su cabeza. Probablemente deseaba haberse quedado en casa, en vez de pasar la noche socializando con estos payasos ricos. Pero no todos eran así. Si ella tomaba el trabajo y pasaba un poco de tiempo con nosotros, se daría cuenta de que la mayoría de los empleados de Anex eran buenas personas.

Vi a Emil en el bar pidiendo chupitos de tequila y puse una mueca de dolor. Era una de las excepciones. No es un gran tipo, pero es fácil de evitar.

Caminamos a lo largo de la mesa del buffet. Julieta tomó un pequeño plato y recogió un surtido de cosas para que las compartiéramos. Algunos pasteles, pan, queso, rollitos primavera y un par de aperitivos más. Encontramos asiento y una mesa redonda en una de las esquinas lejos del buffet, el bar y la pista de baile y pusimos el plato de comida entre nosotros.

—Así que, si no estuvieras aquí esta noche, ¿qué estarías haciendo? —Le pregunté. Se encogió de hombros. —Probablemente escribiendo, leyendo o viendo una película

—Todos ellos suenan como un mejor momento que este.

Su risita sonaba sorprendida. —Pensé que te gustaban este tipo de cosas.

Me metí un rollo primavera en la boca. Después de limpiarme los labios con una servilleta, dije. —No lo odio. Pero preferiría estar en casa con Max. Desgraciadamente, esta es la naturaleza del trabajo a veces.

—Vacaciones —dijo a sabiendas. —Tú lo sabes.

Ella suspiró y se recostó en su silla. Sus ojos vagaban por todo el lugar y se detuvieron en Jake y Wilma, que estaban sentados en otra mesa conversando profundamente. Me perdí mirándola fijamente, a la plenitud de su labio inferior y el ángulo agudo del arco de su cupido. Sus labios eran tan malditamente deseosos de besar, y casi podía recordar cómo se sentía cuando la besaba. Casi.

—¿Quieres salir de aquí un rato? —Le pregunté.

Julieta se volvió hacia mí. —¿Dónde?

—¿Puedo mostrarte la oficina?

Me estudió un momento antes de asentir con la cabeza. —Sí, bueno, vamos.

Le ofrecí mi mano y salimos por una de las puertas traseras para ir al ascensor. Presioné el botón del último piso y las puertas se cerraron, estábamos Julieta y yo por dentro, sólo nosotros dos.

Su perfume floral inundó mi nariz mientras ella estaba a mi lado, mirando tranquilamente hacia adelante.

Quería mirarla, pero no me atrevía. Me atraparía y se preguntaría qué demonios estaba tratando de hacer. Miré fijamente hacia adelante y me di cuenta cada vez más de su respiración, del rojo brillante en sus dedos de los pies y del latido de mi propio corazón en mi pecho.

Las puertas se abrieron, y nos bajamos, emergiendo en el vestíbulo de Anex. Julieta parpadeó. —Esto no es lo que esperaba.

—¿Cómo pensaste que sería? —Le pregunté. —No lo sé. ¿Más como en una oficina?

Me reí. —Este no es un lugar común, Julieta. Hacemos negocios de manera diferente. Somos una familia aquí, y esta oficina es un hogar lejos de casa para la mayoría de la gente que trabaja en Anex. No estoy tratando de ganar nada diciendo esto, pero realmente creo que estarías contenta con este equipo. Trabajando aquí. —Conmigo, quería decir.

CAPÍTULO 20

JULIETA

La planta superior de la torre de oficinas, estaban muy bien decoradas con elegantes arañas de cristal y relajantes paredes de color topo. La moldura de la corona le dio al espacio una sensación sofisticada y acogedora, mientras que los pisos de madera oscura eran un contraste agudo, pero se veía bien.

La oficina parecía que pertenecía a una revista. O mejor dicho, como si no fuera una oficina. Sentí como si hubiera entrado en un club de alto nivel, sólo para miembros.

Roman puso su mano en la parte baja de mi espalda y me guio suavemente hacia adelante. Pasamos por una zona de asientos con sofás de felpa de color verde oscuro y mesas de madera oscura. Había una zona que era como una cocina común con electrodomésticos nuevos de acero inoxidable. No había platos en el fregadero y olía a limón. Qué agradable.

Fuera de la cocina había un largo y estrecho pasillo. Las luces estaban apagadas, pero no las necesitábamos para ver. La pared a nuestra derecha estaba llena de ventanas de piso a techo, y estaba iluminado por el resplandor de las luces de la ciudad. Azul, rojo y verde.

Fue calmante y casi romántico. Quería expulsar la idea tan pronto como se me ocurrió. —A tu derecha al final —dijo Roman.

Me detuve en la puerta. Su nombre estaba grabado en letras doradas en una placa en la puerta. Lo golpeé con el nudillo de mi dedo índice. —Muy profesional —dije.

—Todo es una ilusión. —Roman me rodeó y abrió la puerta, que me sorprendió ver que estaba sin llave. Luego entramos en su oficina y miré a mi alrededor con asombro por su espacio de trabajo personal.

Era moderno y sencillo, sin desorden ni citas innecesarias. La chimenea parecía un poco fuera de lugar, como si hubiera estado allí mucho más tiempo que todo lo demás, incluyendo su escritorio minimalista y su carrito de licor.

—Esto es muy bonito —le dije.

—Gracias. Necesitaba mucho espacio cuando me hice cargo. El último tipo tenía un gusto bastante chillón

—Es muy tuyo” Ni siquiera sabía lo que quería decir con esas palabras,

pero él sonrió.

—¿Es mejor aquí arriba que en la fiesta?

Asentí con la cabeza. —Mucho mejor. Esa no era realmente mi escena, ¿sabes? No hago fiestas de lujo. y no uso vestidos como este. —Me hice un gesto a mí misma.

Roman no se molestó en ocultar la forma en que sus ojos recorrían mi cuerpo, desde la punta de los dedos de los pies hasta la parte superior de mi cabeza. Su mirada se inclinó hacia abajo y se detuvo en mis labios, y yo aspiré en un suspiro. El aire entre nosotros vibraba repentinamente con algo que se sentía vivo, y me desafiaba a acercarme a él.

—El vestido se ve increíble —dijo, dando tres pasos lentos hacia mí y cerrando la brecha entre nosotros. Si quisiera, podría estirar la mano y tocar el nudo de su corbata en su garganta. Pero no lo hice. Me guardé las manos para mí misma. —Pero admito que los vaqueros son igual de sexys.

Me lo tragué. —No

—¿No qué?

—Hazlo —le dije.

—No estoy haciendo nada.

—Dices cosas para hacerme enojar.

El rabillo de su boca tembló, y me miró durante un momento antes de encogerse de hombros por su chaqueta. Maldito sea. Se veía muy bien con sus botones blancos y su delgada corbata negra. Los músculos de sus hombros se ondulaban debajo de la delgada tela mientras tiraba del nudo de su garganta y luego abría con el pulgar uno de los botones superiores de su camisa.

—No tengo motivos ocultos, Julieta. A menos, por supuesto, que quieras que lo haga.

No se me ocurrió nada que decir. Principalmente porque me distrajo que abriera otro botón.

—¿Quieres que lo haga, Julieta?

Sí. Oh Dios, sí.

Mi boca se inundó repentinamente de saliva. Las espinas se esparcen por cada centímetro de mi piel, casi como la sensación cuando tu pie está dormido. —Deberíamos volver abajo. —Dije.

—¿Deberíamos?

Ese lugar debajo de mi vientre se contrajo en un nudo apretado. Ojalá no estuviera tan cerca de mí. Mi corazón latía tan fuerte, y mi sangre corría por mis oídos. Me preguntaba si podría oírlo. ¿Podría decir lo excitada que

estaba? Mi respiración era corta, y mis labios se separaron.

No tenía la capacidad de decirle que deberíamos volver a bajar. Quería quedarme aquí. Que me pusiera en su escritorio y me cogiera como si no fuera a complicar las cosas. Y fingir que no sería un error.

Roman cerró el último pie de espacio entre nosotros con otro paso. Me miró y yo levanté la barbilla para mirarlo fijamente. El afilado ángulo de su mandíbula proyectó su garganta hacia la sombra. Estaba oscuro aquí, excepto por la pálida luz que entraba por su ventana desde las calles de la ciudad. Sus ojos se veían negros, y no podía distinguir sus pupilas, pero no necesitaba hacerlo para saber que me estaba mirando a los ojos. Podía sentirlo.

Puso su mano en mi cintura. Su toque disparó pequeñas chispas a través de mis venas que fueron directamente al calor entre mis piernas.

Y yo ya no aguantaba más.

Sonrió, se inclinó hacia abajo, y rozó mi mejilla con los nudillos de su otra mano en un momento tierno y dulce. —Tienes que decírmelo ahora mismo si quieres volver abajo —dijo bruscamente. De repente se hizo evidente que él estaba luchando tanto como yo para mantener la calma. —Dime

Digo que mi cerebro gritó, pero mi cuerpo y mi corazón me sostuvieron en el lugar como a un ancla. Esto estaba sucediendo. Ahora.

Agarré su corbata y la usé para atraerlo hacia mí con un fuerte tirón. Sus labios se rizaron con una sonrisa antes de que se separaran y se encontraran con los míos.

Sabía a ron. Ron con especias. Envolviéndome con sus brazos, Roman me obligó a caminar hacia atrás mientras su lengua se clavaba en mi boca y exploraba. Mis manos se enroscaron en puños en la parte delantera de su camisa, y le solté una risita en la boca cuando me levantó como si no pesara nada y me colocó exactamente donde quería estar: en su escritorio.

—¿Dónde está la cremallera de esta cosa? —gruñó mientras revolvía la parte de atrás de mi vestido, empeñado en quitármelo.

—El costado —respiré, levantando el brazo y bajando la cremallera dorada. Me miró con hambre hasta que fue bajada hasta mi cadera desnuda. El vestido estaba ajustado, así que había usado bragas de tela muy delgadas.

—Maldición —susurró.

—No estaba planeando esto —dije apresuradamente.

Tiró de las mangas de mis hombros y bajó el vestido, dejando que se sentara alrededor de mi cintura mientras se empapaba al verme con mi sostén negro. Luego se inclinó, besó mi escote, y se abrió camino por el lado de mi

cuello, de vuelta a mis labios.

Mientras nos besábamos, me metió el dobladillo del vestido por los muslos. Sus palmas estaban calientes sobre mi piel desnuda, y yo me acerqué más al borde del escritorio para colgar mis brazos alrededor de su cuello. Esas grandes y fuertes manos tuyas empujaron mi vestido hacia arriba el resto del camino, y me agarró de las caderas, dándome masajes mientras dejaba que el vestido se quedara dónde estaba alrededor de mi cintura.

Abrí mis piernas y dejé que mis brazos se desprendieran de sus hombros para poder desabrocharle el cinturón. Era un trabajo difícil cuando su lengua estaba en mi boca y mi nariz estaba inundada con su olor: pino y algo almizclado. Algo sexy.

Me las arreglé para quitarle el cinturón, y luego me puse a trabajar desabrochándole la cremallera de los pantalones. La tiré frenéticamente hacia abajo, y él se rio en nuestro beso. El sonido era puro sexo, y no tenía ni idea de lo que me estaba haciendo.

Le acaricié la cintura de sus calzoncillos negros del estómago, luego bajé los pantalones y los calzoncillos por los muslos, que estaban llenos de músculo. Los pantalones se atascaron. Estaba demasiado cansada para molestarlos más y muy distraída por el tamaño de su pene.

Parecía estar creciendo a cada segundo. Lo tomé en mis manos y lo golpeé suavemente.

Roman pasó su mano desde el interior de mi rodilla, a lo largo de mi muslo, hasta mi vagina. Sus dedos se deslizaban arriba y abajo de mi humedad, rastreando mis jugos por todas partes, prestando especial atención a mi clítoris hinchado.

Se separó de nuestro beso. —¿Has estado pensando en esto toda la noche como yo? —Era difícil respirar, y mucho menos hablar. Entonces, asentí con la cabeza.

—Estás tan mojada —dijo, su voz retumbando en su pecho.

Me quejé. Dios, era débil. No podía mantener la calma cuando me tocaba así. Abrí las piernas más aún. Aceptó la invitación y se acercó, usando su otra mano para tomar la parte de atrás de mi cuello y acercar mi cara a la suya para poder asfixiarme con más besos.

Tuve que darle crédito a quien se lo merecía. Era un besador excepcional, también con sus manos.

Roman deslizó un dedo dentro de mí y presionó su pulgar contra mi clítoris. Pequeñas estrellas explotaron detrás de mis párpados mientras cerraba los

ojos y acariciaba su pene.

Su mano cayó de la nuca y se metió en su bolsillo. Sacó un condón. Había venido preparado. Lo puso en mi mano libre. —Pónmelo —gruñó.

Tropecé con el envoltorio mientras él deslizaba otro dedo dentro de mí.

Me quedé sin aliento. Sonrió y la forma era diabólica y observó como yo intentaba con todas mis fuerzas abrir el condón. Me di por vencida y usé mis dientes, lo que me permitió hacer el trabajo. Tiré el envoltorio a un lado, agarré la base de su mango y enrollé el condón a lo largo de su miembro considerable.

Movió sus dedos dentro de mí, y yo agarré el borde de su escritorio mientras mi cuerpo palpitaba de placer. El estrecho nudo que se había formado se hizo de alguna manera más estrecho. Fue casi demasiado.

Cuando presionó con fuerza mi clítoris y curvó sus dedos hacia arriba, no pude contener mi grito de placer. Los dedos de mis pies se rizaron, y yo jadeaba desesperadamente cuando llegué. Él me miraba todo el tiempo, sus dedos aún me daban placer.

Después de que el orgasmo desapareció, se metió entre mis piernas, tomó su flecha y soltó la punta de su mano, su pene directo dentro de mí. Era espeso. Me quejé. Y él también.

—Sí —respiré, mirando hacia abajo y viéndolo entrar en mí. Mi cuerpo estaba listo para él. Tomé cada centímetro, para mi sorpresa, y una vez que me llenó, me ahuecó la cara con una mano y me besó. Su otra mano se quedó entre mis piernas y frotó mi dolorido clítoris.

Ninguno de los dos iba a poder durar mucho tiempo. Esto había tardado demasiado en llegar, y era mejor de lo que había sido en mis sueños.

Me empujó sobre mi espalda y sacó papeles sueltos de su escritorio. Me sostuve sobre mis codos, y él se inclinó sobre mí, follándome fuerte y rápido, sus caderas golpeando bruscamente contra mi piel desnuda.

Puso una mano en la base de mi garganta para mantenerme en su lugar. Me quejé y mojé mis labios. Todos los pensamientos de si deberíamos o no estar haciendo esto desaparecieron.

Me acosté en el suelo. Roman empujó mis piernas hacia atrás para entrar más profundamente.

Cerré los ojos mientras cada parte de mi cuerpo se esforzaba de placer. Estaba llegando. No sería capaz de mantenerlo a raya mucho más tiempo. Él gimió por encima de mí. También se estaba acercando al borde.

Abrí los ojos y me encontré con su mirada oscura. —Más fuerte —susurré.

Sus ojos se oscurecieron, y apretó su mandíbula. Sus empujes se aceleraron y profundizaron, golpeándome justo como lo necesitaba. Mi espalda se arqueó ante la sensación. Me deslizó un brazo por debajo y me sostuvo así, bañando mi escote y mi pecho con besos húmedos y mordiscos suaves hasta que mi orgasmo me conmovió.

Él acabó al mismo tiempo. Ambos temblamos de placer y jadeamos para respirar mientras su ritmo se ralentizaba y finalmente se detenía. Me besó suavemente y se sostuvo sobre mí con una mano a cada lado de mi cabeza.

—Esto fue mejor que la fiesta —dijo roncamente. Sonreí y solté una risita.

Me dio palmaditas en la cadera y me apretó el culo. —Jake y Wilma se preguntarán adónde nos hemos ido

—¿Estás bromeando? Estarán mirándose a los ojos, deseando haber ido a hacer lo mismo.

Roman se rio y besó la punta de mi nariz. —Tienes razón.

—Pero probablemente deberíamos volver a bajar —le dije.

—¿Después de un trago? —preguntó, inclinando la cabeza hacia su bar de cócteles.

Su pene se movió dentro de mí para salir, y me estremecí. La sonrisa que me dio fue un problema. Levanté mi dedo índice. —Un trago.

CAPÍTULO 21

ROMAN

Encontramos a Wilma y Jake sentados exactamente en el mismo lugar donde los vi por última vez.

Wilma tenía una pierna cruzada sobre la otra. Su vestido azul real con su escote hundido parecía dolorosamente tentador para Jake, pero él estaba haciendo un buen trabajo manteniendo el contacto visual, en lugar de dejar que su mirada descansara únicamente en el escote de ella. Tendría que alabarlo por eso. Wilma había sido la kriptonita del pobre tipo durante mucho, mucho tiempo.

Julieta caminó a mi alrededor, sus talones haciendo clic en el piso de madera, y tomó el asiento abierto al lado de Wilma, quien estaba demasiado enamorada de su conversación con Jake como para notar el rosa en las mejillas de su hermana. Saqué la silla al lado de él, la giré y me senté en ella hacia atrás, colocando mis brazos sobre el respaldo.

Mi amigo me miró. —¿Adónde te fuiste?

—Tuve que tomar una llamada —dije con indiferencia. —¿Quieren salir de aquí?

La frente de Jake se arrugó, y miró a Wilma, que se encogió de hombros. —¿Qué tienes en mente? —preguntó.

—Hay un bar al final de la calle. Buenas bebidas especiales y música. Y los mejores nachos de la ciudad

—No digas más —dijo Wilma, poniéndose de pie suavemente. Tomó su vaso de vino en tres grandes golondrinas. Jake la miró con fascinación, y yo le di un codazo en el pie con el mío.

Se puso de pie, y yo también. Al aclararse la garganta, dijo. —Adelante, Roman.

Me enderecé la chaqueta y compartí una mirada con Julieta mientras estaba de pie, también. Su cabello estaba un poco desordenado, y parecía un tanto nerviosa mientras bajaba las manos por sus muslos, pero me sonrió.

Cuando nos fuimos, me pararon varios compañeros de trabajo que me preguntaron adónde me iba tan temprano. La noche apenas había comenzado. Usé a Max como excusa, y siempre funcionó a la perfección.

—Eso es bajo —dijo Jake. —Necesito un niño para poder salir de lo aburrido que son estas celebraciones.

—Definitivamente es útil —dije mientras salíamos por las puertas y por el vestíbulo del edificio. Cruzamos la baldosa, que resonaba en voz alta con cada paso que daba nuestro grupo. Cuando salimos a la fría y oscura noche, Julieta se puso su chaqueta de cuero. Ella y Wilma caminaron delante de Jake y de mí hasta el bar.

Cuando llegamos, el lugar zumbaba con buena energía. Estaba tenuemente iluminado y la pista de baile, que estaba situada justo en el centro del lugar, estaba repleta. Una pista de luces estroboscópicas montadas en el techo por encima de la pista, parpadea con luces rojas, azules, verdes y amarillas en el suelo, iluminando brevemente a los bailarines.

Alrededor de la pista de baile habían mesas altas. La mayoría estaban ocupadas. Algunas de las otras mesas a lo largo de las paredes del bar aún estaban vacías. Las velas brillaban en las mesitas mientras la gente se sentaba en grupos muy unidos, sorbiendo sus bebidas.

La música pasaba por las suelas de mis zapatos mientras nos poníamos en fila detrás de un gran grupo de jóvenes que tomaban tragos en el bar.

Jake me miró con una sonrisa en los labios. —¿Disparos?

Wilma nos miró por encima del hombro. —Nada de disparos. No quiero ser un zombi mañana

—Disparos —dijo Jake, frotándose las manos.

Me froté la nuca. —No me opongo a un par de disparos. Ha pasado mucho tiempo.

El grupo que teníamos delante se deslizó hacia un lado, la camarera, una mujer joven con cabello rubio largo y brazaletes de oro que se movían de la muñeca al antebrazo, nos hizo señas para que nos acercáramos al bar. —¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó.

Julieta dio un paso adelante. —Cuatro tragos de tequila, por favor.

—Oh, diablos” Jake se rio. —¡Esta noche se va a poner salvaje!. —Le agité la cabeza, al igual que las dos mujeres de nuestra compañía, y agarré mi inyección cuando el camarero llenó un vaso de chupito. Julieta repartió cuñas de lima, y nos hicimos a un lado para que otras personas pudieran pedir sus bebidas.

—¿A una explosión del pasado? —preguntó Julieta, levantando su tiro en el aire entre nosotros. —Me gusta cómo suena eso —dijo Jake, siguiendo el ejemplo.

Los ojos de Wilma estaban puestos en mi amigo, y ella sonreía, a pesar de su resistencia inicial a tomar chupitos. —Qué demonios. Vamos a divertirnos un poco.

Todos me miraban expectantes. No he dicho nada. En vez de eso, levanté mi vaso brevemente antes de tirarme el tequila a la boca y tragarlo. Hice una mueca de dolor cuando mordí la cal, arrastrando el dorso de mi mano a través de mi boca mientras los demás seguían mi ejemplo.

Golpearon sus vasos vacíos en el bar.

Julieta chupó su cuña de lima. Era imposible mirar a otro lugar que no fueran sus labios. Pensé en lo que esos labios habían hecho ni media hora antes. Mi pene se movió en mis pantalones, y quedé obligado a mirar hacia otro lado.

—¿Deberíamos conseguir una mesa? —preguntó Wilma. Tuvo que levantar la voz por encima de la música alta. Jake asintió. Y lo seguimos a través de la multitud más allá de la pista de baile hasta una cabina. Él se deslizó primero, y Wilma entró después de él, moviéndose hasta el final para presionar su muslo contra el suyo. Mi amigo y yo nos miramos a los ojos brevemente, y traté de no reírme de la sonrisa infantil que tenía en la cara. Estaba viviendo su mejor vida. Todas sus fantasías sobre Wilma estaban colisionando, y él estaba literalmente más cerca de ella de lo que nunca había estado.

Julieta y yo nos sentamos frente a ellos. Una camarera apareció junto a nuestra mesa y nos preguntó si podía traernos algo de beber. Tenía un piercing en el labio y el cabello negro deslizado hacia atrás en una alta cola de caballo que iba por su espalda mientras miraba hacia adelante y hacia atrás entre nosotros.

—Una ronda de ron y coca cola para la mesa, por favor —dije. —Ponlo todo en mi cuenta esta noche. —La camarera asintió con la cabeza y se apresuró a cumplir nuestra orden.

—No necesitas comprar nuestras bebidas —dijo Julieta. —Quiero hacerlo.

Ella encogió de hombros dentro de su chaqueta de cuero. Se la quité y la colgué en el gancho del costado de nuestra cabina. Me dio las gracias con una dulce sonrisa que me hizo querer besarla de nuevo. Diablos, si no hubiera gente alrededor, probablemente lo habría hecho. Haría más que besarla. La tumbaría de nuevo, adorando y lamiendo su cuerpo perfecto, con besos y caricias, luego la haría gritar mi nombre como lo habíamos hecho cuarenta y cinco minutos antes.

Agité la cabeza. Tuve que dejar de torturarme así.

Jake me distrajo de mis pensamientos cuando empezó a hacerle preguntas a Wilma. —Entonces, ¿estás trabajando como técnico veterinario ahora?

Ella asintió con la cabeza y apoyó la mejilla en una mano para mirarlo. — Sí. Desde hace cuatro años en realidad

—¿Y te gusta?. —Preguntó mi amigo.

—Me encanta —dijo ella—. Tengo que estar rodeada de animales todo el día

—Y la noche —añadió Julieta. —Le gustan los gatos.

—Me gustan los gatos —dijo Jake.

Le parpade. —¿En serio?

Él asintió sincerament. —Claro.

Me reí y escondí mi cara mientras Wilma le sonreía. Se volteó el cabello por encima de un hombro. —Tengo dos gatos

—Y cría gatitos cuando puede —dijo Julieta.

Wilma parecía que estaba a punto de decir algo rápido, pero se quedó cortada cuando la camarera regresó con una bandeja con nuestras bebidas. Puso ron y coca frente a cada uno de nosotros, y también una servilleta. — ¿Puedo traerles algo más?

—No, gracias —dije. —Tal vez en un momento.

Ella sonrió antes de dejarnos solos otra vez. Cogí mi bebida y tomé un sorbo. Era fuerte como el infierno, justo como me gustaba. Julieta, por otro lado, no parecía ser una gran fan. Tomó un sorbo y se estremeció antes de dejarlo sobre su servilleta.

—¿Demasiado fuerte? —Le pregunté.

Ella me miró mientras usaba su pajita para remover el cóctel. —Un poco más de lo que esperaba. Sí. —Tomó otro sorbo y asintió. —Así está mejor. Creo que todo el ron estaba en el fondo.

—Puedo pedir que te hagan otro —dije. —Uno menos potente

—No, está bien. —Ella sonrió. —Ahora está bien. Gracias, de todos modos.

Una vez más, no podía dejar de mirar sus labios mientras los sellaba sobre su pajita y bebía.

Wilma y Jake reanudaron su conversación. Esta vez, ella le preguntaba sobre su trabajo en Anex.

—Soy un contador del departamento de ventas —dijo.

—¿Y te gusta trabajar allí? con este tipo? —Enganchó un pulgar en mi dirección. Jake se rio. —Sí. Me consiguió el trabajo.

—¿Si? —preguntó Wilma.

Asentí con la cabeza. —Necesitábamos reemplazar al tipo que teníamos. Apeataba en su trabajo, y frotaba a todo el mundo de la manera equivocada. Especialmente a las mujeres, si sabes a lo que me refiero. Tomó algún tiempo empujarlo hacia afuera, pero lo logramos, y me aseguré de que llenáramos su lugar antes de que se las arreglara para volver a entrar. Así es como nos quedamos atrapados con este tipo.

Jake sonrió. —A Roman le encanta trabajar conmigo en secreto. No dejes que su mala actitud te engañe. Estoy muy a gusto trabajando con él.

—Ah, sí —dije sarcásticamente. Jake me hizo girar el pájaro, y yo me reí. —Sólo estoy bromeando. A mi amigo es bueno tenerlo en la oficina. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuatro años más o menos? Más o menos el mismo tiempo que Wilma ha estado trabajando como técnica.

—Suena bien. —Él asintió.

—¿También trabajas con los autores? —preguntó Julieta con curiosidad.

Jake agitó la cabeza. —En realidad no. Principalmente hago cálculos una vez que el departamento de ventas ha sacado los libros. De todos modos, soy más del tipo de la entrada de datos. No soy un gran fan de todo el asunto de los cara a cara en los negocios. —Wilma sonrió. —Por eso trabajo con animales

—Y yo por eso trabajo sola —dijo Julieta. —Escribiendo.

Todos me miraron. Me reí y me incliné hacia atrás en la cabina, levantando mis manos y mostrándoles mis palmas en sumisión. —Lo sé, lo sé. Yo soy el que está fuera. Demándame, pero me encanta trabajar con gente. Bueno, con la mayoría de la gente. —Menos con mi padre.

—Siempre fuiste una persona sociable —dijo Julieta antes de volver a fruncir los labios sobre la pajita. Drenó el resto de su vaso y miró a Wilma. —Tengo que ir al tocador. —Wilma asintió. —Yo también.

Jake y yo intercambiamos una mirada mientras las chicas se deslizaban fuera de la cabina sin decir nada más y caminaban, con las caderas balanceándose, hacia el baño.

Jake arqueó una ceja. —¿Por qué las chicas insisten en ir al baño juntas? —Me encogí de hombros. —Para que puedan hablar de nosotros. —Parpadeó. —¿De verdad?

—Por supuesto —dije, buscando mi bebida. —Bueno, entonces, podemos hablar de ellas mientras no están

—Suena justo —reflexioné.

—Bien. Entonces respóndeme esto. ¿Adónde fueron Julieta y tú durante la

fiesta? Y no me digas que tuviste que tomar una llamada. Tú y yo sabemos que eso es mentira.

Pulí mi bebida. —Muy bien. Bien. Fuimos a la oficina para poder mostrarle el lugar

—¿Y le enseñaste la oficina o tu pene?

Me rasguñé la mandíbula. Jake soltó una risa victoriosa y me señaló con un dedo acusador. —Perro astuto. No puedo creer que hayan ido a eso.

—Tampoco puedo ser deshonesto. Creo... creo que cometí un gran error, Jake.

—¿Qué? ¿Al acostarte con ella? Hombre, has estado envuelto con esta chica durante la última semana. Julieta es adulta. Podría haber dicho que no.

Agité la cabeza. —No. No es que me haya acostado con ella. —Suspiré. —Mi error fue dejarla todos estos años. Nunca debí dejarla ir, hombre. Diablos.

CAPÍTULO 22

JULIETA

Empujé a través de la puerta giratoria hacia el baño y entré en el primer puesto abierto. Wilma entró al que estaba a mi lado. Ambas hicimos nuestro trabajo y salimos a lavarnos las manos. Estaba con mi mente tambaleándose.

Las cosas se habían intensificado rápidamente entre Roman y yo en la oficina. No podía entender mis sentimientos. Estaba confundida, terriblemente confundida. No tenía el propósito de acostarme con él. Fue literalmente lo último que hubiera esperado hacer esta noche. Pero sucedió a pesar de mis intenciones, y ahora no podía retractarme. Lo que era aún más molesto, no estaba segura de que lo haría, aunque pudiera.

Se había sentido tan bien, todo lo que hicimos.

—¿Estás bien, Julieta? —La voz de mi hermana cortó mis pensamientos. Cerré el grifo y cogí una toalla de papel. —Sí.

El silencio de Wilma me dijo que no se lo creía. Se paró junto a su fregadero, con una mano en la cadera, mirándome. —¿Estás segura?

Tiré la toalla de papel a la basura y la miré a los ojos. —Creo que sí

—¿Qué está pasando?. —Me mojé los labios y sentí que el calor subía por mis mejillas.

—Oh —dijo mi hermana, sus ojos abriéndose de par en par con sorpresa. —¿Ustedes dos..., lo hicieron? —Ella formó un círculo con sus dedos pulgar e índice, y empujó su otro dedo índice a través del círculo, hacia adentro y hacia afuera.

—Wilma —dije bruscamente, bajando las manos. Ella soltó una risita y se puso la mano sobre la boca. —Lo siento. No pude evitarlo. ¿Pero de verdad? ¿Lo hicieron?

Me quejé y me apoyé en el fregadero, dejando que mi cabeza colgara y mi cabello se deslizara por encima de mis hombros. —Sí

—Dios mío —respiró. Luego se quedó callada un rato. No dije ni una palabra mientras procesaba esta información. Me quedé allí esperando a que ella me regañara, para decirme todas las razones por las que no debería haber hecho lo que acabo de hacer, razones que ya conocía. —¿Cómo estuvo?

Levanté la cabeza. —¿Qué?

—Ya sabes. El sexo. ¿Qué tal estuvo? Apuesto a que hacía un calor infernal y...

—Wilma. ¿En serio?

—¿Qué?

Miré hacia el techo del baño como si hubiera algo ahí arriba que se apiadara de mí y me evitara esta situación. No había nada. —Fue más que bueno.

—Lo sabía —dijo Wilma.

—Pero no debería haberlo hecho. Se supone que tenemos que hacer negocios juntos, y eso complica las cosas. Mucho.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

La pregunta de mi hermana me tomó desprevenida. Fue increíblemente sencilla. ¿Por qué lo hice? ¿Por qué tener sexo con él? Sabía todas las razones por las que no debería haberlo hecho. Sabía que estaba tomando un riesgo y lanzando una llave inglesa en la mezcla.

Pero lo había hecho de todos modos.

—Porque ahora es una persona diferente —le dije. Wilma asintió. —Yo también lo creo.

—No lo sé —le dije—. Es difícil de explicar. Era como si todos esos viejos sentimientos que solía tener por él volvieran de repente. Y me gustó. Esta vez, sé que no se está metiendo con otras chicas también. Confío en él.

Wilma cambió su peso a su otro pie. —Entonces no veo por qué hay un problema.

—No lo hay. No lo creo. Tal vez lo haya, pero... No sé. —Enterré mi cara en mis manos. —No lo sé. ¿Por qué tiene que ser tan confuso? No puedo poner en peligro este libro, Wilma. Mamá y papá necesitan el dinero y...

—Te lo he dicho —dijo, adelantándose y agarrando mis hombros. —Deja de priorizarlos. Tienes que hacer lo que te haga feliz, Julieta. Por favor. Eres importante para todos nosotros. Queremos lo mejor para ti. Con o sin dinero.

—Pero...

—No, no quiero oír más de esto. Mamá y papá llegarán a fin de mes. Siempre lo hacen. No es tu responsabilidad intervenir. O la mía. Le ayudaremos en lo que podamos, por supuesto, pero no dejes que su situación afecte sus decisiones. Si te preocupas por Roman, como realmente te interesas por él, entonces el resto no debería importar.

Me lo tragué. —No sé cómo me siento.

—Está bien. No necesitas saberlo ahora.

Quería gritar y dejar salir toda la frustración que se acumulaba dentro de mí. —¿Dijiste que era bueno?

—Era mejor que bueno —le dije—. Fue apasionado. Y feroz, todo lo que he soñado que sería. —Literalmente. Wilma casi se desmaya. —Necesito encontrar a un hombre así a quien darle mi virginidad. Alguien que me haga perder la cabeza.

Suspiré. —Bueno, eso es lo que yo también estaba buscando. Yo le di la mía a Roman, y él me pisoteó el corazón. No es lo que se debe hacer, Wilma.

—Pero tal vez lo debas hacer ahora —insistió. —¿Qué quieres decir?

—Mírate en este momento. Ustedes dos han vuelto juntos. Es casi como si fuera el destino

—Basta.

—Hablo en serio —dijo ella—. Yo también.

Wilma frunció el ceño y puso ambas manos en sus caderas. —Ahora sólo estás siendo difícil.

—Creo que necesito ir a casa.

—Oh —dijo mi hermana, frunciendo el ceño. —Um. Está bien. ¿Podemos despedirnos de los chicos primero?

—Por supuesto. No estaba sugiriendo que nos escapáramos por detrás o algo así. Sólo necesito ir a casa y recoger mis pensamientos. Poner un poco de espacio entre Roman y yo. Me temo que si me quedo más tiempo, voy a saltar sobre sus brazos de nuevo, y entonces todo se volverá aún más confuso.

—O las cosas se aclararán. —Agité la cabeza. —No.

—Muy bien —dijo Wilma. Su tono sonaba decepcionado.

—Lo siento. Puedes quedarte. Te prometo que no me importa. Sé que te estás divirtiendo con Jake.

Ella agitó la cabeza. —Está todo bien. Mañana tengo que madrugar. Estoy cubriendo a una de las otras chicas de la clínica. Habrá mucho tiempo para mí para pasar con Jake en el futuro. Espero.

—Gracias, Wilma.

Ella me dio una sonrisa tranquilizadora antes de ponerme un brazo sobre los hombros. —Te tengo, hermanita.

—No me lames así.

Se rio. —Vamos. No seas un gatito amargado.

Salimos del baño y volvimos con los chicos, esperándonos en la mesa. Por suerte, Roman no nos había pedido otra ronda de bebidas. Me habría sentido mal al irme si lo hubiera hecho.

—¿Todo bien? —preguntó, inclinando la cabeza hacia un lado mientras me estudiaba. Asentí con la cabeza. —Sí, sólo que tenemos que irnos a casa. Siento que sea antes, pero debemos madrugar mañana.

Roman se deslizó fuera de la cabina y puso una mano en mi muñeca. —¿Puedo hablar contigo un minuto antes de que te vayas?

Miré a Wilma. —Adelante —dijo ella antes de volver a sentarse junto a Jake. Probablemente estaba agradecido por el par de minutos extra para despedirme de él.

Él y yo fuimos a un rincón tranquilo en el bar cerca del pasillo que conducía a los baños. Su amplio marco y su altura bloqueaban el resto de la barra de la vista mientras yo ponía mi espalda contra la pared y miraba hacia él. Podía oler su perfume.

Pensé en su cuerpo debajo de su ropa. Los músculos. La piel tensa. Los músculos otra vez. —¿Hice algo malo? —preguntó.

Agité la cabeza apresuradamente. —No. No, en absoluto. Yo sólo... esto fue mucho para mí. Lo siento.

—No lo sientas.

Masticaba el interior de mi mejilla mientras miraba sus ojos marrones oscuros y cálidos. —Te enviaré un email mañana con mi decisión.

Me miró inexpresivamente. —Sobre el trabajo —aclaré. —Oh. Claro. Sí. Suena bien.

¿Se había olvidado de la oferta de trabajo sobre la mesa? Tal vez el sexo también le había hecho perder el sentido. Me gustaba la idea de Roman Sanders, el hombre más sexy del mundo, con la mente confundida por haber tenido sexo conmigo. Casi me sentí orgullosa. Me ardían las mejillas.

—¿Cómo vas a llegar a casa? —preguntó. —Wilma y yo compartiremos un taxi.

—De acuerdo. Gracias por venir esta noche. Se los agradezco. Sé que no era tu escena. —Sonreí. —La fiesta no lo fue, pero el resto de la noche no fue un desperdicio total.

Se rio. Oh, cómo me gustaba ese sonido profundo y alegre. —Me alegra oír eso —dijo mientras se frotaba la nuca. Parecía casi tan tímido como yo. Era adorable.

—Gracias por invitarme —le dije.

—No sé si lo consideraría una invitación. Era más bien una demanda, supongo. —Me encogí de hombros. —Aun así. No todo fue malo. Hablaremos más tarde.

Asintió con la cabeza y me dejó deslizarme a su alrededor. Inhalé profundamente, saboreando el aroma del pino antes de captar la atención de mi hermana. Ella le dio a Jake un último saludo, y las dos salimos del bar hacia el frío aire de la noche.

Respiré profundamente y cerré los ojos mientras Wilma hacía señas a un taxi. Lo oí detenerse y ella hablando con el conductor. Dijo mi nombre y abrí los ojos. Nos sentamos en el asiento trasero, y yo miré por la ventana hacia el bar, donde Roman aún estaba sentado en la cabina, viéndonos salir.

Mientras el taxi se alejaba, la camarera regresó a la mesa, y él le sonrió mientras ella colocaba cuatro rones y coca colas más sobre la mesa.

CAPÍTULO 23

ROMAN

Los domingos por la mañana eran una de mis partes favoritas de la semana. Hoy se sintió especialmente significativo porque era el día en que me enteraría si Julieta y yo íbamos a trabajar juntos en Anex.

Era la primera vez que me sentía realmente nervioso en mucho tiempo.

Tal vez desde el día en que nació Max. Ese había sido un nivel de nervios en una liga propia, pero esperar la decisión de Julieta me llenó de mucha ansiedad. El hecho de que mi estómago estuviera revoloteando de mariposas confirmó una cosa en mi mente: Estaba empezando a cuidar de esta chica de nuevo. Tal vez incluso enamorarse de ella.

Quizás nunca lo había superado en primer lugar.

Nuestro retozo sexual en mi oficina la noche anterior, se repitió una y otra vez en mi mente como si fuera un rollo de lo más destacado. Julieta desabrochándose el vestido, una pulgada a la vez, revelando una piel lisa y una cadera desnuda. Sin bragas. Mi tipo de chica.

Los labios de Julieta se abren en un gemido antes de que la silencie con un beso.

Pensé en la forma en que me vio entrar y salir de ella, en cómo se aferró a mí cuando acabó, en cómo sus párpados se volvieron pesados después y lo rosadas que estaban sus mejillas y cómo... Una campanita sonó en mi portátil, que estaba abierto frente a mí en la mesa de la cocina. Las mariposas de mi estómago volaron. Este podría ser el mensaje que estaba esperando de ella.

El sonido de pequeños pasos que bajaban por el pasillo me impidió abrir mi bandeja de entrada. Max se acercó a la esquina, frotándose los ojos para despertar y sofocando un bostezo. Llevaba puesto su pijama de cuadros azules y negros, su cabello oscuro era un desastre salvaje sobre su cabeza. Me parpadeó lentamente y me dio una sonrisa soñolienta.

—Buenos días, muchacho.

—Buenos días —dijo, bostezando de nuevo. Esta vez, no se detuvo. Dejó que el bostezo lo venciera mientras se acurrucaba sobre la mesa y se sentaba a mi lado.

—¿Cómo has dormido? —Le pregunté. —Bien. ¿El abuelo ya se fue a casa?

Asentí con la cabeza. Mi padre había pasado la noche cuidando a Max mientras yo estaba en la fiesta de Acción de Gracias anoche. Se había ido temprano esta mañana, justo después de que me levanté y preparé una taza de café. —Sí, tenía que hacer algo de trabajo hoy.

El niño asintió con la cabeza y cruzó los brazos sobre la mesa. Se inclinó hacia delante para apoyar la barbilla en sus manos. —¿Qué estás haciendo?

—Estaba a punto de revisar mi nuevo mensaje.

—¿Un nuevo mensaje?

Asentí con la cabeza. —Hoy descubro si una de mis amigas va a trabajar conmigo o no.

—¿Es Julieta? —preguntó, sentándose derecho otra vez. —Espero que sea ella. Me gusta, papá. Es agradable. Y divertida.

Sonreí. —Es Julieta.

—Bueno, revisa ya el mensaje.

Me reí. —¿Estás seguro? ¿No te decepcionarás si ella dice que no?

Agitó la cabeza, y su desordenado cabello cruzó su frente. —No. No hay problema. Ábrelo.

Sintiendo que mi hijo de cinco años me daba órdenes, hice clic en mi bandeja de entrada y abrí el nuevo correo electrónico de Julieta:

Roman, Después de considerarlo mucho, me complace informarle que estoy dispuesta a aceptar una oferta realista y apropiada. Gracias por su tiempo estos últimos días. Me ayudó a tomar mi decisión. Espero tener noticias tuyas cuando le convenga.

Sinceramente,

Julieta Jenskins.

Sonreí y resistí el impulso de lanzar mi puño al aire como un jugador de fútbol de la escuela secundaria después de anotar un touchdown.

—¿Qué dijo ella? —preguntó mi hijo con entusiasmo, moviéndose hasta las rodillas en la silla y apoyándose en los codos.

—Dijo que está abierta a una oferta.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Significa que sólo tenemos que tener una conversación más, antes de que ella decida si se une o no al equipo. Y tengo el presentimiento de que las cosas irán bien, y ella trabajará conmigo en una semana más.

Me miró. —Pareces feliz.

—Soy feliz —dije.

Max sonrió. —Yo también.

Cerré mi laptop y me froté las manos. —Bueno, creo que esto merece un desayuno de celebración, ¿no crees?

Max me gritó. —¿Panqueques? —Asentí con la cabeza. —Panqueques.

Caminé hasta el armario para recoger la harina, el azúcar y luego me incliné para sacar un tazón grande de uno de los cajones. —Ven aquí, muchacho. Échame una mano.

Mi hijo se deslizó de su silla y vino a pararse a mi lado en el mostrador de la cocina. Paré el taburete, que él usaba todo el tiempo para ayudarme a preparar almuerzos y todo tipo de comidas. Subió al escalón superior y empezamos a mezclar todos los ingredientes en el bol para hacer los panqueques.

—¿Qué hay del tocino? —preguntó Max.

Juguetonamente me palmeé la frente. —¡Rayos! ¿Cómo podría haberlo olvidado? Sí. Necesitamos tocino. Creo que tenemos algo en el congelador.

De hecho, teníamos un poco en el congelador. Lo dejo reposar y descongelar mientras mezclamos la masa de panqueques y precalenté el horno. Luego, cuando las piezas se descongelaron lo suficiente como para separarlas, las puse en la sartén y de allí al horno.

Encendí la estufa para los panqueques y engrasé la sartén mientras Max miraba. Todavía no me sentía cómodo dejando que me ayudara con los elementos calientes. Me puso demasiado nervioso. Jake dijo que yo era un padre de crianza helicóptero. Lo justifiqué diciendo que sólo era cauteloso. Mi hijo no necesitaba quemaduras en sus manos debido a mi imprudencia como padre.

Cuando la sartén estaba lo suficientemente caliente, vertimos la masa, y luego Max trajo una bolsa de trocitos de chocolate para espolvorear en sus panqueques. Creó rostros felices en su plato, bueno intentó hacerlo. No era el mejor artista de las chispas de chocolate. Se convirtieron en rostros torcidos y demoníacos, pero él los amaba, y yo también.

Mientras los panqueques se cocinaban, mi niño se lavó las manos y yo preparé café. Le serví un vaso de jugo de naranja, que él llevó a la mesa dejándolo frente a su espacio habitual. Luego arrastró su taburete hasta la nevera, lo usó para alcanzar el jarabe de arce, que también dejó en la mesa, junto con el recipiente de mantequilla. Por último, sacó los cubiertos y me miró. —¿Es todo lo que necesitamos?

—Creo que sí. Gracias, amigo. Eres un buen ayudante

—De nada —dijo educadamente.

Los panqueques terminaron al mismo tiempo que el tocino. Coloqué las tiras de tocino en una toalla de papel y les di unas palmaditas de mantequilla. Luego me llevé todo a la mesa. Nos sentamos y nos atrincheramos.

Él ahogó sus panqueques en jarabe. Siempre lo hacía. Era su parte favorita. Como hoy era sólo un domingo, y no cualquier día, no me importaba que se pasara un poco de la raya. Sus otros desayunos durante la semana eran saludables, y este fue nuestro regalo especial.

—¿Vas a responder el correo electrónico de Julieta? —preguntó Max con la boca llena de panqueques y chocolate.

Asentí con la cabeza. —Tan pronto como termine de lavar los platos después del desayuno.

—¿Qué vas a decir?

—Aún no lo sé —dije.

—Deberías decirle que estás feliz.

Le sonreí a mi hijo. Las cosas a través del ojo de un niño eran mucho más simples. —Quizás lo haga

—Y tal vez podrías decirle lo que piensas de ella.

Le entrecerré los ojos. —¿Qué quieres decir? —Max parpadeó inocentemente.

Me reí y meneé la cabeza ante él. Mi hijo era demasiado listo para su edad. Estaba empezando a alcanzarme, y sólo tenía cinco años. Estaría condenado cuando se convirtiera en un adolescente.

—Así que, es la semana de Acción de Gracias —le dije—. No tienes que ir a la escuela. Estaba pensando que podría trabajar desde casa, y que podríamos pasar más tiempo juntos en vez de tener que llevarte a casa del abuelo todos los días. ¿Qué piensas de eso?

La cara del niño se iluminó. —¿De verdad? —Asentí con la cabeza. —De verdad.

—¿Podemos ir al lago? ¿Ver películas? ¿O al parque? Y ese nuevo lugar de juegos. ¿Cómo se llama?

—¿La sala de juegos?

—¡Sí! ¡Ese lugar!

Sonreí y recogí nuestros platos, ahora vacíos, y los llevé al fregadero, donde empecé a enjuagarlos antes de cargarlos en el lavaplatos. —Suena como una buena manera de pasar nuestros días. Pero no olvides que tengo que hacer algo de trabajo.

—Está bien —dijo antes de terminar el resto de su jugo de naranja. Se

levantó de la silla y trajo su vaso para ponerlo en la parte superior del lavavajillas.

—Corre arriba y date una ducha. Lávate los dientes. Voy a terminar de lavar esto y le responderé a Julieta.

—De acuerdo. Salúdala de mi parte. —Sonreí. —Claro, muchacho.

Él salió acolchado de la cocina, y yo escuché sus pies descalzos golpeando los pisos de madera mientras subía las escaleras. Una vez que todos los platos estaban limpios y secos con una toalla de cocina, me senté de nuevo frente a mi computadora. La abrí, volví a leer el correo electrónico de Julieta y empecé a escribir con una sonrisa en los labios.

Julieta,

Me alegra saber que has decidido hablar de negocios con Anex. Programaré una conferencia telefónica entre nosotros y mi jefe y les enviaré los detalles. Espero que estés teniendo un buen fin de semana.

PD. Me alegro de que nuestro tiempo juntos, haya hecho que quieras quedarte, en lugar de correr en la dirección opuesta.

Saludos,

Roman

Estaba sonriendo cuando presion. —enviar. —Puede que ella no piense que mi pequeña broma era divertida, pero yo sí, y valía la pena arriesgarse si había una posibilidad de que la hiciera sonreír.

CAPÍTULO 24

JULIETA

—Mierda —siseé mientras el agua brotaba de la olla y se derramaba por toda la estufa. Me apresuré y bajé la temperatura del elemento. Las burbujas desaparecieron, y cogí un tenedor del mostrador y lo puse en la mesa, los fideos de espagueti se estaban ablandando. Lo removí y encontré los fideos más que firmes. Entonces, revolví la salsa hirviendo a fuego lento en otra olla y luego la cubrí con la tapa otra vez.

Estaba pasando una noche agradable para relajarme y recoger mis pensamientos antes de mi entrevista telefónica con Roman y su jefe. Tenía una figura en mi mente de lo que iba a pedir y otra que no bajaría más. Esperaba desesperadamente que saltaran a mi primera petición, pero también sabía que en Anex sabían negociar a su favor. No tomarían decisiones imprudentes, y contratar a un nuevo escritor sin experiencia en el mundo de los negocios, era un riesgo.

Pero si Roman tenía razón, yo valía cada centavo. Por supuesto, podría tener algún sesgo, como el hecho de que él y yo acabábamos de tener sexo la noche anterior. —Deberías haber esperado hasta después de firmar un acuerdo —me dije. Fue la regañina que debería haber recibido antes de Wilma, pero no sucedió así. —Por fuera, probablemente parece que te acostaste con él para conseguir el trabajo.

Suspiré y agité la cabeza. No había podido dejar de pensar en lo que pasó en la oficina de él anoche. Y realmente no quería parar. Me había sentido tan bien, que pude reprimir toda la ansiedad que se había acumulado dentro de mí en las últimas dos horas.

Ahora me picaba con nervios que probablemente no desaparecerían hasta después de mi llamada, y no había forma de saber cuánto tiempo tendría que esperar para que eso ocurriera. Con Roman al mando, sospeché que ocurriría más pronto que tarde.

Dejé salir un grito de sorpresa cuando el timbre de la puerta principal se disparó. Crucé la cocina y mantuve apretado el botón que conectaba el altavoz de afuera del edificio. —¿Quién es?

Hubo un pequeño retraso. —Es Roman. Y Max. Estábamos en el vecindario.

¿Podemos subir?

Parpadeé en el intercomunicador. ¿Qué demonios estaba haciendo en mi casa. —Uh. Sí. Claro. Espera un segundo.

Miré salvajemente alrededor de mi apartamento. Afortunadamente, había doblado mi cama y la había convertido en un sofá porque planeaba sentarme en él toda la noche mientras bebía vino y probablemente pensaba en mi aventura sexual con Roman. Incluso se me había ocurrido la idea de llevar mi vibrador a la fiesta, aunque todavía estaba escondido en su cajón. Gracias a Dios.

Pero esos planos se fueron por la ventana en cuanto oí la voz de Roman. Antes de abrirlo, tomé nota, en mi mente, de todas las cosas que necesitaba limpiar rápidamente antes de que llegara a mi puerta. Los mostradores necesitaban ser limpiados, el piso necesitaba un barrido rápido, y, si tenía tiempo, podía doblar la manta que estaba desparramada en mi sofá.

Sostuve el timbre para abrir la puerta. La luz se puso verde y supe que tenía un minuto y treinta segundos para limpiar.

Corrí como un pollo con la cabeza cortada. Limpié los mostradores después de rociarlos con un limpiador de limón. Luego barrí las áreas del piso de la cocina que estaban más infestadas de migajas. Después de meter la escoba de nuevo en el armario de la ropa blanca, doblé la manta y milagrosamente conseguí encender dos velas perfumadas con calabaza antes de que llegaran a la puerta.

Me alisé y me arreglé el cabello con las manos. Había olvidado que llevaba leggings y un jersey gris suelto con un agujero en la axila y el puño de mi manga derecha roto. No importaba. Era demasiado tarde para arreglar eso. Le di a mi apartamento una última mirada. Sabiendo muy bien que no podía ser mejor que esto, fui a la puerta, abrí el cerrojo, saqué la cadena y la abrí.

Roman estaba allí con una mano en el hombro de Max. —Hola —dije un poco sin aliento. —¿Les gustaría entrar?

Ambos asintieron con la cabeza, él dejó que Max entrara primero. El niño miró a su alrededor antes de inhalar una respiración profunda. —Huele bien aquí.

Roman asintió. —Así es.

Señalé la olla de salsa de espagueti. —Estoy cocinando. Y las velas podrían estar ayudando también. —Mordí mi labio inferior. Me sentí totalmente fuera de mi mundo. No estaba acostumbrada a tener a nadie en mi apartamento, aparte de Wilma, e incluso entonces, estaba un poco insegura

sobre lo pequeño que era mi espacio. —Emm. ¿Les gustaría quedarse a cenar? Tengo más que suficiente para los tres.

Max miró salvajemente a su padre, que le sonrió. —¿Podemos, papá?

—No quiero molestarte, Julieta —dijo Roman.

Agité la cabeza. —No me están molestando en absoluto. Por favor, quédense. Los espaguetis son una de esas cosas difíciles de hacer para una persona, así que siempre hago demasiado. Sinceramente, me encantaría la compañía.

Él asintió. —Entonces nos quedaremos. Gracias.

Junté mis manos. —Genial. Umm. Cierto. No tengo mesa de cocina, así que podemos comer en el sofá o en el mostrador. El sofá es más cómodo. Y espero que no les importe tener su pasta en un tazón porque yo sólo tengo tazones.

—¿Un tazón? —preguntó Max.

Asentí con la cabeza. Me di cuenta de que esto era un marcado contraste con su realidad en una casa de lujo con todo lo que podía necesitar a cualquier hora del día. —Sí. Vivo sola, así que no necesito más cosas o platos.

—¿No tienes gente en casa? —preguntó Max.

Roman se rio nerviosamente y le arruinó el cabello a Max. —Deja de hacer preguntas, chico. Está bien.

—Max, ¿crees que podrías ayudarme a terminar la salsa para la pasta? —Le pregunté. Asintió alegremente.

—Genial —dije, haciendo un gesto para que me siguiera hasta la estufa. —Ahora está en las etapas finales. Todo lo que necesita es una buena revuelta. Toma, usa esta cuchara. —Le di una cuchara de madera y lo levanté para ponerlo sobre el mostrador. —No te acerques demasiado. La estufa está caliente.

—Se supone que no debo estar en el mostrador —dijo Max.

Miré por encima de mi hombro a Roman, quien se apoyaba en la isla de mi cocina con su barbilla en una mano. Me guiñó un ojo.

Le sonreí al niño. —No te preocupes. Mi casa. Mis reglas. Puedes ir al mostrador si yo digo que está bien. ¿Trato hecho?

Max miró a su padre, que asintió. Luego me miró y sonrió. —Trato hecho.

—Bien. Empiece a moverse, señor. Espero que tengas brazos fuertes. Tienes que mantenerlo en marcha durante tres minutos mientras los fideos terminan de cocinarse.

—Puedo hacerlo —dijo con confianza.

—Perfecto. Eres un buen ayudante

—Gracias.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —preguntó Roman. Agité la cabeza y luego lo pensé mejor. —En realidad, sí. Hay una botella de vino tinto en la esquina del mostrador. En ese cajón —señalé al cajón a la derecha de Roman. —Hay un sacacorchos. ¿Te importaría abrir la botella? Las copas de vino están en ese armario. —Una vez más, le señalé hacia donde tenía que ir.

Roman cumplió con su tarea. Abrió el armario donde estaban las copas de vino y sonrió con suficiencia. —¿Qué? —Le pregunté.

Dio una sonrisa astuta. —Sólo unos tazones. —Se detuvo y contó las copas de vino. —Pero siete copas de vino. Me gusta tu estilo, Jenkins.

Me sonrojé y sonreí. —Bueno, se necesitan copas para diferentes vinos.

—Naturalmente —dijo mientras retorció el sacacorchos luchando por abrir la botella de vino. Una vez que ya la sacó y sirvió una copa a cada uno, le dio un vaso jugo a Max. Luego me trajo el mío mientras le daba a los fideos una última sacudida. —Para la dama.

—Gracias —le dije, quitándoselo. Tocó su copa a un lado de la mía, y ambos tomamos un sorbo. Fue entonces cuando me di cuenta de que esta podría haber sido la botella de vino más barata que había probado. De repente, horrorizada, me miré los pies.

Roman unió sus labios. —Esto es bueno. Me gusta. —Me encogí de hombros. —Es barato.

—Los vinos baratos siguen siendo buenos. De hecho, pueden ser mejores que las cosas caras. Mucho de esto es sólo una marca. Y la gente piensa que son importantes porque compran una botella de cien dólares, en vez de una de treinta.

—Estos eran de quince dólares —dije tímidamente. Lo sorbió de manera ansiosa. —No sabe como eso.

—Después de impuestos. —Me reí.

Max se acercó desde donde se estaba moviendo. —¿Han pasado tres minutos? —Me asomé a la salsa. —¿Te empieza a doler el brazo?

—No —dijo a la defensiva.

—Bien, todavía te quedan unos cuarenta segundos. —No gemía, pero parecía que quería hacerlo.

Sonreí. —Estás haciendo un gran trabajo. Es ese toque especial que lo hará saber aún mejor. Confía en mí.

El niño continuó agitándose, y cuando me encontré con la mirada de Roman, él me estaba observando. —¿Qué? —Le pregunté en forma rápida y brusca. Se

encogió de hombros. —Nada.

Tuve que concentrarme en preparar la comida durante los últimos dos minutos. Saqué un colador y tiré los fideos en él. Luego puse un poco de queso parmesano, así como sal y pimienta. Ayudé a Max a bajar de la encimera, puse los fideos en dos platos y en un tazón antes de cubrirlo con salsa. Todos querían parmesano, así que lo rocié y le di el tazón a Max.

—Ve a elegir dónde quieres sentarte en el sofá —le dije. Se llevó su tazón y se sentó justo en el medio. Adorable.

Roman y yo lo seguimos y nos sentamos. Me bajé del sofá para sentarme en el suelo y usar la mesa de café para poner el plato y el vino.

—Esto es tan bueno —dijo Roman. Tenía una bola de salsa marinara en la mejilla, lo que hizo que Max estallara en un ataque de risas. —¿Qué?

Max señaló la salsa, y él la limpió con su pulgar. Estaba avergonzada de mí misma mientras mis pensamientos deambulaban por lugares sucios de nuevo. Si el pequeño no hubiera estado allí, probablemente le habría quitado la salsa de espaguetis de la cara con mi lengua antes de besarlo. Y luego bajando, bajando, hasta su cinturón, y luego aún más.... —¿De dónde sacaste esta receta? —preguntó Roman. —En realidad es de Wilma.

—¿De verdad?

Asentí con la cabeza. —Ella siempre ha sido la cocinera de la familia, y esta es una de las pocas recetas que puedo duplicar sin equivocarme. No soy muy buena cocinera.

—Bueno, me has convencido de lo contrario —dijo—. Gracias.

Max intervino. —Está tan bueno. Gracias por la cena, Julieta.

—De nada —le dije. Sus modales estaban en el punto. Roman estaba haciendo un buen trabajo criándolo.

Después de que nuestros platos y un solo tazón fueron prácticamente limpiados, los recogí todos y los llevé a la cocina. Escuché que Roman encendió mi TV y le dijo a Max que mirara sus caricaturas mientras hablaba conmigo. Luego se me unió en la cocina, llevando las dos copas de vino. Me dio la mía.

—Así que,” dij. —He arreglado la reunión telefónica para mañana a las diez de la mañana

—Oh, eso es pronto.

Asintió con la cabeza. —¿Está todo bien?

—Claro. Sólo estoy un poco nerviosa. Eso es todo. Nunca he hecho algo así antes.

—No te pongas nerviosa. Todo saldrá bien. Confía en mí. Te llamaré, y todo lo que tienes que hacer es responder a algunas preguntas. Al final, debes proponer tu tarifa.

—Cierto —dije, tratando de sonar confiada.

Vio a través de mí. Extendió la mano libre para tocarme el codo. —Todo saldrá bien. Lo juro.

—Gracias.

—Pero...,” dijo, la aprensión tiñendo su tono. —Hay algo que deberías saber sobre mi jefe.

—Oh, genial. Déjame adivinar. Es un idiota egoísta que odia a las mujeres?

—Roman resopló. —¿De dónde sacaste eso?

Me encogí de hombros. —Me imaginé mi peor pesadilla, y me salieron las palabras

—Bueno, no estabas tan lejos.

Me lo tragué. —¿Qué?

—Es mi padre, Julieta. Anex sigue siendo su compañía. Yo me hice cargo de su oficina, pero él sigue tomando la mayor parte de las decisiones de contratación, especialmente cuando se trata de nuestros escritores. Debería habértelo dicho antes, pero sabía que te asustaría, y tienes demasiado talento para dejar pasar una oportunidad como esta. Lo siento.

—¿Tu padre?. —Respiré.

—Él no sabe que tú eres la nueva escritora.

—¿Por eso programé una entrevista telefónica en vez de una en persona? —Asintió con la cabeza.

—¿Estás loco?

Mastiqué el interior de mi mejilla, luego, después de un momento de deliberación, agité la cabeza. —No. Creo que tomaste la decisión correcta en no decirme. No habría aceptado nada desde el principio si hubiera sabido que era él.

Sus hombros se desinflaron un poco como si hubiera estado cargando mucho peso sobre ellos al ocultarme esta información. —Me alegro que no te hayas enfadado

—¿Puedo preguntarte algo, Roman? Y por favor, dime la verdad. —Su mirada se endureció. —Cualquier cosa.

—¿Por qué me ayudas tanto? Sé que así no es como tratarías a ninguno de tus otros escritores.

—No, no lo haría —admitió. Tomó un sorbo de vino. Vi su nuez de Adán

mientras tragaba. —Suena poco convincente, pero sólo quiero lo mejor para ti y tu familia. Quiero hacer las paces.

—¿Rectificar?

—Para quien yo era en la secundaria. Y cómo te traté. Lo siento por todo, Julieta. De verdad. —Puse mi mano en su pecho. —Lo sé. Gracias.

Las palabra. —Te perdono” estaban en la punta de mi lengua, pero no me atrevía a pronunciarlas. Al menos todavía no.

CAPÍTULO 25

ROMAN

Lo primero en lo que pensé el lunes por la mañana después de abrir los ojos fue en Julieta. Era fácil imaginarla sentada en el rincón de su sofá, moviendo los pulgares mientras me esperaba ansiosamente que la llamara para la conferencia telefónica de esta mañana. ¿Habría dormido algo? Probablemente no. Me senté y rastrillé mis manos a través de mi cabello un par de veces, deslizando hacia atrás las hebras sueltas que colgaban sobre mi frente. Luego me deslicé hasta el borde de la cama, levanté mis brazos sobre mi cabeza en un estiramiento largo y crujiente, y me puse de pie.

El piso de madera estaba fresco bajo mis pies descalzos mientras acolchaba el baño y encendía el agua caliente para ducharme. Bostecé mientras el lugar se llenaba de vapor. Yo tampoco había dormido mucho.

Mi mente había estado totalmente consumida por pensamientos sobre esta conferencia telefónica. Todavía había una posibilidad de que las cosas no salieran bien. Mi padre, aunque era un brillante hombre de negocios, tenía una tendencia a ser más que un poco impredecible. Si Julieta dijera algo incorrecto en la llamada o lo interpretaba de manera errónea, todo este duro trabajo podría ser en vano. Y lo que es peor, la esperanza que le había implantado a ella podría romperse.

Y luego estaba la pegajosa situación de que mi padre no sabía que Julieta era la escritora. En retrospectiva, habría sido una mejor estrategia decírselo desde el principio. Al menos entonces, podría haber evitado esta tensión de morderme las uñas.

Me quité los calzoncillos y me metí en la ducha, cerrando la puerta de vidrio detrás de mí.

Las gotas de agua caliente se esparcieron por mis hombros, y levanté mi cara para quitarme el sueño.

No. Decirle a mi padre que Julieta era la escritora antes de la llamada sería una mala idea. Él la descartaría, y Anex estaría peor por ello, sólo por sus razones personales de disgusto hacia ella. Razones por las que aún no estaba seguro de haber entendido.

Claro, mi padre creía que era mala para mí, pero no tenía una base sólida

para señalar y explicar por qué él pensaba así. Supuse que nunca me lo diría tampoco. Había sido más fácil encogerse de hombros y estar de acuerdo.

Ese era el tipo de hijo que yo era.

Me enjaboné el cabello con champú y la ducha estaba llena de olor a pino.

El lado positivo de crecer con mi padre era que yo conocía el tipo de papá que no quería ser para Max. No quería decirle qué hacer sin explicarle por qué debía ser así. Tampoco quería que se sintiera como si yo estuviera administrando toda su vida. Deseaba que mi hijo se sintiera capacitado para tomar sus propias decisiones, y poder darle las herramientas que necesitaría en la vida para tomarlas.

Él ya era un chico más listo de lo que yo nunca fui. Tenía su ingenio trabajando a su favor. Era sólo cuestión de tiempo antes de que las cosas cambiaran, y yo esperaba que él me enseñara sus métodos.

Eso era algo que siempre había pensado que pasaría entre mi padre y yo, especialmente cuando me hice cargo de su oficina en Anex. Pensé, un tanto ingenuamente, que si demostraba mi competencia día tras día, la actitud despectiva de mi padre hacia mí desaparecería y sería reemplazada por el orgullo. Todo lo que quería para él era dar un paso atrás y sentir que había hecho un buen trabajo. Su hijo estaba finalmente donde se suponía que debía estar. Tomando buenas decisiones, dirigiendo el negocio familiar, y criando un feliz, saludable y respetuoso hijo.

Pero nada de eso sucedió. Allí estaba yo, todavía tan decepcionado con él como lo había estado desde que fui concebido.

No tenía sentido agonizar por ello. En el fondo, sabía que nada cambiaría. Y también sabía que me amaba a su manera. Era incapaz de manifestarlo. Era demasiado duro y quebradizo para demostrar que le importaba.

Podría vivir con eso. Mientras Max supiera que su papá lo amaba, yo podría vivir con ello.

Cuando quedé limpio y con un olor fresco, salí de la ducha, me sequé y dejé mi cabello mojado mientras me vestía con un jeans y una camiseta blanca. Bajé las escaleras, donde abrí las persianas y dejé que el sol de la mañana entrara e iluminara la sala de estar y la cocina. El café me lo preparé poco después, y cuando tomé mi primer sorbo, una pequeña voz dijo. —Buenos días papá.

Le sonreí a Max, que me miraba desde la entrada de la cocina. Como todas las mañanas, su cabello era un desastre.

—Buenos días, muchacho —dijo.

Max me dio una sonrisa somnolienta y fue a buscar un vaso de jugo de naranja.

—Tengo que hacer una llamada de negocios en unos diez minutos. No tardará mucho, tal vez media hora más o menos. ¿Te parece bien ver unos dibujos animados y luego puedo hacer el desayuno? o podríamos salir?

Mi hijo deslizó el taburete de la cocina hacia su esquina después de servirse su jugo. —De acuerdo. ¿Pero puedo tomar un bocadillo? Tengo hambre.

—Por supuesto. ¿Tostadas? ¿Cereal? Podría cortar algunas fresas si quieres

—Brindis. Con mantequilla, por favor.

—Bien. Ve a sentarte en la sala de estar. Te lo llevaré.

Mi niño bostezó y entró en la sala de estar. Cuando puse el pan en la tostadora, oí que la televisión se encendía, y él empezó a hojear los canales hasta que aparecieron las voces agudas y familiares de uno de sus programas favoritos.

Me sonreí. Aunque mi padre y yo tuvimos una relación difícil, sabía que no sería lo mismo con Max. No cometería los mismos errores que cometió mi padre.

Le llevé su tostada con mantequilla y luego le besé la parte superior de la cabeza. —Estaré en mi oficina para la llamada si me necesitas, ¿de acuerdo?

Max nunca apartó los ojos de la televisión cuando dio su primer mordisco y asintió. —De acuerdo.

Fui hacia el lugar, sonriendo para mí mismo, y luego saqué mi teléfono para comprobar la hora. Cinco minutos para la llamada. Le envié un mensaje a Julieta y le dije que la llamaría en cinco minutos. Ella contestó enseguida con u. —Okay” y un emoji sonriente con una gota de sudor que goteaba de su frente. Eso me hizo sonreír. Estaba nerviosa, como esperaba, pero todavía tenía la capacidad de mantener las cosas ligeras.

Llamé a mi padre. Respondió en el primer timbre. —Roman —dijo saludando. —Buenos días, papá. ¿Cómo estás?

—Bien. Estoy deseando hablar con esa escritora de Darlyn. ¿Está lista?

—Acabo de darle un aviso de que la llamaríamos en cinco minutos.

—Llámalala ahora.

—No, papá. Dije que le daría cinco minutos. Así que, le daremos cinco. —Hablé con asertividad, como un hombre de negocios hablaría con otro hombre de negocios. Era la única manera de tener una conversación razonable con mi padre.

—Muy bien.

Hubo un espeso momento de silencio entre nosotros. No se me ocurrió nada que valiera la pena decir, así que mezclé algunos papeles sueltos en mi escritorio, esperando que oyera el crujido y asumiera que yo estaba haciendo algo importante.

—¿Max y tú vendrán a cenar el jueves? —preguntó mi padre. —Es Acción de Gracias. Por supuesto que sí. Max ha estado emocionado toda la semana.

Mi padre hizo un sonido satisfecho en la parte posterior de su garganta. —Bien. Iba a pedirle a Maura que preparara roast beef y Yorkshires, pero me convenció de que me quedara con el pavo.

—¿Maura? —Le pregunté.

—La nueva ama de llaves. Aún no la has conocido.

—¿Y te convenció de que cambiaras de opinión sobre algo? —Si ese fuera el caso, podría aprender un par de cosas de ella.

Podía visualizar a mi padre encogiéndose de hombros. —Ella hizo un buen punto. Max estaría esperando un pavo. Y el roast beef es una decepción en comparación con el pavo, especialmente en un día festivo. Así que, ella está cocinando eso para nosotros. También dijo que tiene algunas recetas familiares que le gustaría usar. Aparentemente, mi recomendación de guisantes, patatas y brotes de Bruselas como nuestro único lado no le satisface.

No podía controlar la forma en que mis cejas se elevaban hacia la línea del cabello. —Maldita sea, papá. Suena como si se estuviera apoderando del lugar.

—No —dijo simplemente.

Me reí. —Está bien.

—Llama a la escritora. Si no está preparada para atender una llamada dos minutos antes, no está preparada para trabajar para Anex.

—Como quieras, papá —dije, y luego llamé a Julieta.

Ella contestó de inmediato. Su voz era alegre, pero no demasiado, y su tono sugería que era una mujer que estaba en control y segura de sí misma. Lo que era buen comienzo. Ella no sabía eso de sí misma. —Buenos días.

—Buenos días —dije. Estaba a punto de preguntarle cómo estaba, pero mi padre interrumpió.

—Hola, soy Owen Sanders. He oído muchas cosas buenas de ti. Me gustaría hablar de eso personalmente cuando tengamos tiempo. Tengo un día ocupado por delante, y supongo que tú también.

—Agradecida por sus palabras —dijo Julieta.

Buena respuesta.

Mi padre se lanzó a su primera pregunta. —¿Ha trabajado directa o indirectamente con otras agencias editoriales de cualquier tipo?

—Lo hice hace mucho tiempo, pero con obras viejas. El proyecto en el que estoy trabajando ahora que Darlyn quiere que publique, con su compañía, nunca ha sido visto por otro par de ojos, además de los míos y de los de ella.

—Julieta era inteligente. Ella iba directo al grano y respondía a la pregunta real que él le había hecho, no a la vaga y blanqueada a la que parecía. Me recosté en mi silla y sonreí.

—Muy bien —dijo mi padre. —¿Y qué tipo de cosas te gustaría mantener en control? ¿Qué tan cómoda te sientes con la idea de que haya cambios que necesite hacer al manuscrito? ¿O a su enfoque con el público y el marketing? ¿Estás abierta a una gira de libros?

—Estoy abierta a cualquier cosa que me ayude a vender más copias —dijo.

—¿Incluso si crees que comprometa la historia que intentas contar? —preguntó mi padre. Su tiempo en este negocio le había dado una idea de la psiquis del escritor. Era difícil para un escritor cambiar mucho dentro de su manuscrito. De repente, esta labor de amor por la que habían estado trabajando como esclavos ya no era el mismo libro que estaban tratando de escribir en primer lugar. Esta fue una pregunta muy importante en el proceso de la entrevista, y casi siempre fue la respuesta. —hazlo o no hazlo.

Julieta aclaró su garganta. —Me doy cuenta de que esto puede sonar un poco arrogante, pero no me preocupa tener que cambiar mucho mi manuscrito. Confío en mi capacidad y en la historia que estoy contando. No se solicitarán cambios importantes, Sr. Sanders. Estoy segura de ello. Querrá vender este libro tal y como está.

Maldita sea. Si ella hubiera estado sentada en la habitación conmigo, habría saltado sobre el escritorio y la habría besado como si nunca nos hubiéramos vuelto a ver. Esa respuesta fue feroz como el infierno. Mi padre se rio. —Me gusta la arrogancia. Siempre y cuando cumplas lo que prometes

—Lo haré.

La entrevista duró otros veinte minutos. Mi padre la perforó con todas las preguntas difíciles, y Julieta las contestó con facilidad. Ella mantuvo sus respuestas concisas, pero pensativas. Siempre le daba en el clavo, y antes de que mi padre lo reconociera, supe que quería que firmara con nosotros.

—Bueno...,” dijo mi padre al final de la llamada. —Mi hijo me dijo que no

me arrepentiría de esto. Y tenía razón. Me gustaría hacerte una oferta. ¿Tienes una cifra en mente de lo que aceptarías?

Hubo una breve pausa en la línea. Esta sería la parte difícil para ella. Esperaba que le pidiera lo suficiente y que recordara lo que le había dicho sobre no aceptar nada que fuera menos de ochenta mil.

Julieta respiró con firmeza, lo que reveló algunos de sus nervios. Probablemente me di cuenta porque la conocía. Con suerte, pasó por encima de la cabeza de mi padre porque su parto estaba en línea con la confianza que mantuvo durante toda la llamada. —Sí, no haré el trabajo por menos de noventa mil dólares. Sé que valgo cada centavo.

De nuevo, quería besarla. Y luego hacer otras cosas con ella.

Mi padre dudó, pero luego, después de sólo un par de segundos, dijo. —Eso es razonable. Roman se encargará de todo desde aquí. Confío en que estés en buenas manos con él. Fue un placer hablar contigo. Espero ver cuán fiel a tu palabra eres realmente.

—Gracias por tomarse el tiempo para hablar conmigo, Sr. Sanders —dijo Julieta. —Que tenga un buen día.

—Le enviaré los papeles de contratación esta tarde —le dije antes de que colgara el teléfono. —Si tiene alguna pregunta, envíeme un correo electrónico y le responderé de inmediato. Bienvenida a Anex.

Podía oír la sonrisa de Julieta en su voz. —Gracias, Roman. Hablaremos pronto.

Ella colgó el teléfono. Mi padre y yo nos quedamos en la línea, y él fue el primero en hablar. —Más vale que valga la pena, Roman. Esto depende de ti.

—No te preocupes por ella. No te decepcionará.

CAPÍTULO 26

JULIETA

Noventa mil dólares. Así de fácil. Mi corazón revoloteaba y saltaba en mi pecho de la misma manera que lo hacía en los días de hablar en público en la escuela secundaria. Esa abrumadora sensación de pánico, miedo y excitación se agitó a través de mí, haciendo que me sudaran las palmas de las manos y me temblaran los labios. —Mierda —dije. Me senté en mi propia incredulidad durante unos minutos. Mi mente estaba tambaleándose. Cómo me las había arreglado para lograrlo y ganar el favor del no tan amigable padre de Roman, no tenía ni idea. Pero ahí estaba yo, después de la conferencia telefónica con una oferta. Una oferta aceptada.

Lamiéndome los labios, miré alrededor de mi pequeño estudio, en mi cama sin hacer y con las velas a medio quemar. Esta había sido mi vida durante mucho tiempo y, por primera vez, me di cuenta de que podría no ser mi situación permanente. Podría haber más que esto y mucho más para mi mamá y mi papá.

No había dejado que mi optimismo sobre este trabajo o sobre la obtención de dinero me permeara todo el camino. Quería esperar hasta que fuera real. Hasta que se hizo esta llamada. Y ahora que todo estaba en su lugar, no estaba segura de qué hacer conmigo misma. Así que llamé a mi hermana.

—Hola —contestó Wilma en el cuarto timbre. Sonaba un poco distraída. Conociéndola, probablemente estaba cocinando. —¿Qué pasa?

—¿Qué estás haciendo ahora mismo?

—Estoy probando una nueva receta de postre para el Día de Acción de Gracias de mamá y papá. ¿Qué estás haciendo tú ahora?

—Iba a ver si podía pasar por allá —le dije—. Sí. Ven por aquí. ¿Hazme un favor?

—Claro —dije mientras iba a coger mi chaqueta del gancho detrás de mi puerta.

—¿Podrías parar y coger un poco de extracto de vainilla? ¿Sabes dónde está? Es la botella con la pequeña tapa blanca y roja a cuadros

—Sí, lo recuerdo. Yo lo llevaré. Nos vemos en media hora

—¡De acuerdo, gracias!

Colgué el teléfono, me puse la chaqueta y las botas de combate, que dejé sueltas y que nunca me molesté en apretar después de deslizarlas.

Llegué a la casa de Wilma justo antes de las once y estaba feliz de entrar en ella donde hacía calor. Cerré con llave la puerta principal y entré en la cocina, donde pude oír a Wilma golpeando ollas y sartenes mientras, sin duda, estaba cocinando una tormenta.

Uno de sus gatos me disparó en el pasillo. La segunda fue rápida de seguir.

—Bueno, hola a ti también —dije mientras corrían a la vuelta de la esquina y subían las escaleras. Allí era una buena oportunidad de que se escondieran bajo la cama de Wilma durante veinte o treinta minutos antes de tener el valor de bajar a verme.

Golpeteé al marco de la puerta de la cocina para llamar la atención de mi hermana.

Ella estaba doblada sobre el horno, deslizando una sartén oscura. Había bollos sobre papel encerado que desaparecieron de la vista cuando ella cerró la puerta del horno y se alisó, metiendo su cabello detrás de las orejas mientras me daba una sonrisa. —Buenos días. ¿Tienes la vainilla?

—Por supuesto que sí —dije, sacando la botellita de mi bolsillo. —¿Para qué lo necesitas?

—Estoy haciendo un soufflé de boniato para la cena del jueves. ¿Recuerdas la que hacía mamá? ya sabes, antes de que no pudiéramos permitirnos hacer la cena de pavo?

—Umm, vagamente. ¿Qué hay dentro?

Wilma sacó sus guantes de lunares y los dejó caer sobre el mostrador. — Son batatas machacadas, y luego las horneas en una sartén con nueces desmenuzadas y azúcar morena por encima

—Es realmente bueno. Y no lo hemos tenido en, no sé, más de una década. Es hora de tratar de empezar a traer algunas tradiciones antiguas donde podamos deleitarnos con exquisiteces. ¿No crees?

Asentí con la cabeza. Wilma debe haber sentido mi excitante disposición porque arqueó una ceja mientras apoyaba una cadera en el mostrador.

—¿Qué está pasando? —preguntó con curiosidad. —¿Qué quieres decir?

—Algo pasa contigo. Estás diferente.

—Tal vez —dije astutamente, haciéndola trabajar por ello.

Sus ojos se abrieron de par en par. —Espera. Tuviste esa entrevista telefónica con Anex esta mañana, ¿no? —Sonreí, mostrándole todos mis dientes. —Puedes apostar tu culo que sí.

Mi hermana corrió hacia mí mientras me deslizaba en uno de los taburetes de la isla de su cocina. Ella se paró frente a mí y se inclinó, poniendo su peso sobre sus antebrazos encima del mostrador. —¿Y? ¿Cómo te fue? ¿Aceptaste una oferta?

De repente todo se sintió muy real ahora que estaba compartiendo las noticias con otra persona. Se formó un bulto en mi garganta y me aferré a él. Esto no era nada por lo que debía llorar. —Lo hice. Es mucho dinero, Wilma. Todos vamos a estar bien. Creo que... creo que por fin estamos a salvo.

Wilma agitó la cabeza una vez y luego se apresuró alrededor del mostrador para darme un abrazo. —Oh, Julieta. Estoy tan orgullosa de ti. ¡Esto es increíble! —Ella se alejó y me sostuvo a la distancia de los hombros. —¿Eres feliz?

Asentí con la cabeza. —Realmente feliz.

Me abrazó de nuevo. Su cabello olía a coco y naranjas, como siempre. —¿Se lo has dicho a mamá y papá?

Agité la cabeza. —No. Aún no. Quiero asegurarme de que nada se interponga en el camino antes de decírselo. No es que piense que algo lo hará. Pero por si acaso. —Hacer que se ilusionen podría ser peligroso con el estado de salud actual de mi padre. Si me quitaran la alfombra y las cosas no funcionaban con Anex por alguna razón, no quería tener que decirles a mis padres que, desafortunadamente, ya no podíamos pagar la medicación de mi padre. Fue más inteligente jugar a lo seguro por ahora.

—Probablemente sea lo mejor. Pero estarán muy orgullosos de ti, Julieta. Tú hiciste esto. Sólo tú. Nadie más. Y en tu escritura y talento, nada menos. Esto es lo que has estado soñando desde que eras una niña. Y aquí está. Es real. Está sucediendo.

La emoción que había estado tratando de mantener a raya de repente se me subió por la garganta y se me escapó en forma de un sollozo que también era una risa.

Wilma parpadeó. —¿Estás bien?

Asentí y me enjuagué en las esquinas de los ojos mientras las lágrimas empezaban a salir por mis mejillas. —Lo estoy. Te lo prometo. Yo sólo... no creí que esto fuera posible. ¿Sabes?

Ella puso su mano sobre la mía y me sonrió. —Lo sé. Pero sabía que era posible. No tenía ninguna duda de que esto te pasaría a ti algún día. Y estoy tan feliz de que fuera hoy. Te lo mereces, hermanita.

—Todos estaremos muy contentos. Es nuestra gran oportunidad. —Su

sonrisa se entristeció un poco. —¿Qué pasa? —Le pregunté.

Agitó la cabeza y suspiró. —Ojalá no tuvieras que regalar tanto. Desearía que eso pudiera ser tuyo. Sólo tuyo. Como debe ser.

—No te preocupes, Wilma. Esto está más que bien. Quiero compartir. Quiero ayudar a mamá y papá. Yo también quiero ayudarte.

—No necesito dinero. —Me encogí de hombros. —Lo sé.

Sonrió de nuevo. —No podría pedir una hermana mejor.

—Yo tampoco podría.

El temporizador que había puesto en su teléfono sonó. Wilma soltó un grito de sorpresa y se apresuró a cruzar la cocina para volver a ponerse sus guantes. Ella volvió a abrir el horno, y noté que había más que sólo los bollos que había puesto. Sacó la bandeja de arriba que era, para mi deleite, panecillos.

—Esos se ven bien —dije, mirando por encima de su hombro mientras dejaba las bandejas de panecillos. —Manzana y canela con un poco de chai y nuez moscada.

—Muy apropiado para el otoño —dije, respirando profundamente el rico aroma de los panecillos. La parte superior era de color marrón oscuro y de aspecto desmenuzable. Sospechaba que era azúcar morena y canela. —¿Son para el jueves?

Wilma agitó la cabeza. —No. Eran sólo por diversión. Una vez que se enfrían, puedes comer todos los que quieras. Considéralos panecillos de celebración.

Me reí. —Excelente

—¿Quieres un trago?

—Claro. ¿Té?

Mi hermana se dedicó a hervir el agua para el té. Cuando la tetera empezó a silbar, vertió el agua en su tetera de lunares que combinaba con sus guantes de cocina. —Entonces. ¿Cómo estuvo Roman en la llamada? Tenía curiosidad por saber cómo iría contigo por un lado y con su padre por el otro.

Cuando le dije a Wilma que Owen aún dirigía a Anex, estaba preocupada. Pero le aseguré que Roman me cubría las espaldas. Y hoy demostró que decía la verdad.

—Roman estaba bien. No hablaba mucho. Su padre dirigió la entrevista

—¿Y cómo salió todo?

Me encogí de hombros. —Bien, supongo. No creo que sepa que fue a mí a quien le ofreció una tonelada de dinero.

—¿Qué quieres decir?

Me mordí el labio inferior. —No creo que Roman se lo dijera. Nunca me llamó por mi nombre. Y estoy bastante segura de que ni siquiera habría hecho una llamada conmigo si hubiera sabido que era yo. Me odia a muerte. Siempre lo ha hecho.

—Sí, sin ninguna razón.

—Bueno, no puedo controlar eso. Y ya no me importa. Cuando era adolescente, me molestaba porque no podía entenderlo. ¿Pero ahora? Que se joda. Es sólo un viejo gruñón

—Es el padre de Roman.

—¿Y qué?

Wilma frunció los labios y me la devolvió mientras nos servía una taza de té verde a cada una. —Nada. —¿"Wilma"?

Ella agitó la cabeza mientras traía mi taza de té. —En serio. No es nada. Pero he estado pensando.

—¿Sobre qué? —pregunté con escepticismo.

—Sobre Roman y su hijo. Y lo que ha hecho por ti. Tal vez sería bueno invitarlos a nuestra cena de Acción de Gracias el jueves. Él se llevaba muy bien con mamá y papá. Y también les gustaba. Sería bueno tenerlos a todos juntos de nuevo.

Puse mis manos alrededor de la taza de té que ella había puesto delante de mí. Era de color amarillo pastel con un chip en la parte inferior del mango. Había estado allí desde que tengo memoria. —Creo que es una buena idea. Le preguntaré a él.

Wilma sopló su té para enfriarlo. —Suena bien.

CAPÍTULO 27

ROMAN

Mi padre llamó a mi puerta y entró a las seis en punto. Max y yo estábamos sentados en el suelo en la sala de estar, jugando a un juego de mesa cuando él entró y se sentó en el borde de un sofá.

—Hola abuelo —dijo mi hijo, poniéndose de pie y dando un abrazo a mi padre.

Y él le devolvió el abrazo cariñosamente, luego asintió en el juego. —¿A qué están jugando?

—Trampa para ratones —dijo Max, sentándose y cruzando las piernas por debajo de sí mismo. —Papá dice que este solía ser su juego. Por eso es tan viejo.

—Cuidado cuando dices 'tan viejo', chico —dije, riendo mientras me inclinaba hacia atrás y estiraba las piernas delante de mí. Tal vez. —tan viejo” era correcto. Apenas podía sentarme en el suelo durante más de veinte minutos en estos días sin que me dieran calambres o se me entumecieran las extremidades.

Mi padre miró a mi hijo cuando terminamos el juego. Estuvo cerca, pero gané, y me alegré por ello porque pude pegárselo a Max y decirle que fue porque me llamó viejo. Él agitó la cabeza y me dijo que yo era tonto cuando se puso de pie y fue a la cocina a buscar un vaso de agua.

—Gracias por venir, papá. No tardaré mucho. Sólo tengo que ir a dejar el papeleo para la escritora. Una hora como máximo.

Mi padre asintió con la cabeza. —No hay problema. Una noche con mi nieto es una noche bien pasada. ¿Has hablado con ella desde la llamada de ayer?

—En realidad no. Un par de mensajes de vez en cuando para que yo me encargue del papeleo.

—Muy bien. ¿Le dijiste que la verías a las seis y media?

Asentí con la cabeza.

—Entonces será mejor que te vayas ahora. Llegar tarde causa una mala impresión. —Suspiré mientras me ponía de pie. —Sí. Por supuesto.

Max regresó a la sala de estar cuando yo me iba. Me abrazó alrededor de las piernas y me dijo adiós. Luego levantó la cabeza y sonrió. —Salúdala de

mi parte.

—Lo haré, muchacho —dije, peinando su cabello y agradeciendo a mis estrellas de la suerte que Max no hubiera dicho el nombre de Julieta frente a mi padre. Podría hacerlo después de que me fuera. Diablos, lo preferiría. Entonces no tendría que tener la conversación, y los papeles ya estarían firmados. Sería demasiado tarde para que mi padre le quitara el contrato a ella.

Fui a la puerta principal y me fui después de despedirme por última vez por el pasillo. Tanto mi padre como Max se despidieron, y me fui, cerrando con llave detrás de mí antes de ir a mi auto.

Aparqué en la acera fuera del edificio de Julieta quince minutos después. Cuando llegué a su apartamento, llamé a la puerta.

La abrió, y la pequeña brisa causada por la puerta que se jalaba hacia adentro, le quitó mechones de cabello de la cara. —Hola —dijo ella. Su voz era alegre, sus ojos brillantes y su sonrisa más dulce que la miel.

—Hola

—Adelante —dijo ella.

La seguí hasta entrar. Estaba un poco mejor que la última vez que vine. Era bastante ordenado y olía como una variedad de limpiadores: abrillantador de madera, blanqueador, limón.

—Estaba a punto de servirte algo de beber. ¿Puedo ofrecerte una copa de vino? —Me volví hacia ella. —Claro.

—Si tienes que volver con Max, lo entiendo. Pensé que podríamos celebrarlo. —Asentí con la cabeza. —Me gusta esa idea.

Sirvió a cada uno una copa de vino tinto, y brindamos juntos por nuestra buena fortuna en los negocios. Luego saqué los papeles del interior de mi chaqueta y los puse en el suelo sobre la encimera de su cocina. Los desplegué en fila para que ella pudiera verlos a todos a la vez, y señalé las pequeñas X rojas para indicar dónde iba a poner sus iniciales y firmar.

Julieta tragó. —Esto es algo muy importante.

—Claro que sí, lo es. Y te lo ganaste. —Saqué un bolígrafo de mi bolsillo y se lo sostuve.

Ella no lo tomó. Se colgaba entre nosotros mientras escaneaba cada línea del contrato. Esperé pacientemente y puse el bolígrafo a su lado. Cuando terminó, asintió con la cabeza y se levantó un poco más derecha. Después de un largo sorbo de vino, exhaló. —¿Por qué estoy tan nerviosa por esto?

—Es un gran paso. Creo que cualquiera estaría nervioso, especialmente un

escritor

—¿Qué significa eso? —me preguntó, mirándome mal.

—Nada malo. Sólo que tienes que proteger tu trabajo. Y tu marca. Estás poniendo mucha confianza en Anex. Y en mí.

Su expresión se suavizó ante esas palabras, y se inclinó, cogió el bolígrafo y firmó en todas las pequeñas X rojas. Cuando terminó, apiló las páginas ordenadamente y las deslizó hacia mí. —Ahí. No hay vuelta atrás ahora.

—¿Querías hacerlo?

Me miró a los ojos y agitó la cabeza. —No. Ni siquiera un poquito.

Levanté mi vino y volvimos a brindar. —Eso es lo que me gusta oír

—Me sorprende que tu padre haya ido por mi precio.

Me encogí de hombros. —Es un buen hombre de negocios. No se arriesgaría. —Ella me guiñó el ojo.

—Digo que eres una apuesta segura. Tienes mi apoyo y el de Darlyn. Sabe que las probabilidades están a su favor al contratarte.

—Oh.

—Eso es algo bueno.

—Lo sé —dijo ella—. Pero aún no sabe que soy yo. ¿Cómo va a ser todo eso? No podemos mantenerlo en secreto para siempre. Quiero decir, lo va a averiguar en algún momento, aunque sea cuando el libro esté publicado y en sus manos y tenga mi nombre en él.

Me reí. —Mierda. Me encantaría que así fuera como se enterara.

Me entrecerró los ojos, pero tenía una sonrisa tímida en los labios. —¿Es malo que a mí también me guste eso?

—Ni siquiera un poquito.

La sonrisa de Julieta se hizo aún más juguetona antes de tomar un sorbo de su vino. —¿Sueles hacer visitas a domicilio para tus escritores así, Roman?

Me sonreí. Podía ver a través de mí, aparentemente. —Ni siquiera una vez. —Sus ojos color avellana parpadeaban. —¿Has cenado?

Agité la cabeza.

—Iba a pedir comida. ¿Quieres unirme a mí?

No había ningún motivo oculto aquí. El papeleo estaba firmado. El trato estaba hecho. Ella estaba dentro, e íbamos a hacer un bestseller juntos. Y aun así ella quería que me quedara por aquí. Me envió un sentimiento muy cálido.

¿"Griego"? Le pregunté. Ella había sido una gran fan de la taberna griega local cuando corríamos juntos en la escuela secundaria.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rio. —No, paso. Creo que comí

demasiada comida griega cuando era joven, y desarrollé una intolerancia hacia ella.

—¿No te dije que algo así pasaría?

Todavía se estaba riendo. —Sí, sí. Tenías razón. ¿Qué es lo que quieres, entonces? ¿Tailandesa?

—Claro.

Julieta llamó al restaurante local de comida tailandesa mientras yo daba una vuelta por su apartamento. Era bastante pequeño, así como del tamaño de las habitaciones de Max y la mía juntas. Pero la forma en que lo tenía todo preparado hizo que el espacio funcionara. Su sofá era claramente una cama, pero para una persona era acogedor. El apartamento también estaba bastante limpio, excepto por los pedazos de papel, bolígrafos y cuadernos que había por todas partes.

Era claramente la casa de un escritor.

En el tiempo que tardó en llegar la comida tailandesa, Julieta y yo conseguimos beber otra copa de vino por nuestra cuenta. Cuando llamaron a la puerta, me apresuré para abrirla y poder pagar. Me regañó, y la forma en que me abofeteó el hombro fue juguetona y divertida.

Le di propina al repartidor, que estaba claramente enamorado de lo hermosa que era Julieta. No podía culparlo. Su risa alegre, permanente y sus curvas sexys fueron suficientes para hacer que la voluntad de cualquier hombre se doble un tanto. Pero se sintió bien cerrarle la puerta.

Nos sentamos en el suelo, como la última vez que fuimos a su casa a cenar. Ella y yo comíamos de los contenedores de comida para llevar del otro, sacando lo mejor de ambos mundos, tal como lo hacíamos cuando éramos niños.

Mientras masticaba un bocado de curry rojo y arroz, se tapó la boca. Julieta tragó. —¿Puedo preguntarte algo?

—Dispara —dije, metiéndome un rollo de primavera en la boca.

Sus labios se endurecieron en una línea firme, y miró hacia la mesa. —¿Murió la madre de Max cuando él nació?

Mis cejas se juntaron en un fruncir el ceño.

—Lo siento —dijo apresuradamente, bajando el tenedor y frotándose los labios con una servilleta. —No debería haber preguntado. Me dijiste que era algo de lo que no querías hablar. No sé por qué no puedo dejarlo en paz.

—Está bien —le dije.

—No. No lo está. Estoy siendo muy insensible, Roman. Lo siento.

Agité la cabeza. —No lo eres. Es una pregunta justa. Creo que hemos pasado suficiente tiempo juntos esta última semana como para ser honesto contigo.

Se lo tragó. —Sólo si quieres serlo.

—Sí, quiero.

Ella esperó.

Respiré profundamente. Nunca hablé de ella. Nunca. La culpa a veces se levantaba, demasiado poderosa para que yo pudiera escapar, y se quedaba conmigo durante días y semanas hasta que me las arreglaba para enterrarla en algún lugar profundo dentro de mí. —Sí. Murió por complicaciones después de que Max naciera.

Julieta miró su regazo. —Eso debe haber sido muy difícil para ti. Un nuevo padre de repente solo. Con un bebé. Dios. Ni siquiera puedo imaginarlo.

—No fue fácil.

—¿Cómo era ella?

Me mojé los labios. —Ella era... era organizada. —¿"Organizada"?

Asentí con la cabeza. —Tengo que admitir que no nos conocíamos tan bien. —Julieta parecía confundida. —¿Qué? Estabas casado con ella.

—Sí. Según el acuerdo de nuestros padres, que nos querían juntos para unir a nuestras familias y traerles nietos.

—¿Ninguno de los dos querían estar juntos? —preguntó.

Me encogí de hombros. —Era una buena amiga. Y espero que ella haya sentido lo mismo por mí. Pero nunca hubo ese fuego entre nosotros. Sin pasión. No hay amor verdadero. ¿Entiendes lo que quiero decir? Era como si estuviéramos haciendo las cosas a la perfección. Y una de esas mociones era tener un bebé para apaciguar a nuestros padres. Y eso la mató.

Julieta se arrastró por el piso de madera dura hasta que sus rodillas se presionaron contra mi muslo derecho. —No digas eso.

—He llegado a un acuerdo con lo que pasó, Julieta. No te preocupes. No necesitas consolarme

—No te estoy consolando. Estoy tratando de ayudarte a ver que no tuviste nada que ver con su muerte.

Sus palabras eran erróneas. No había nada que me hiciera creer que no era responsable de cómo había muerto. Pero yo dije. —Lo sé.

Ella puso sus manos sobre las mías. —Debe estar feliz de ver cómo estás criando a Max.

CAPÍTULO 28

JULIETA

La forma en que me miraba me hacía querer llorar, pero no me atrevía. Me aterrorizaba la idea de darle la vuelta a la tortilla y ser la única que necesitaba consuelo. Yo no era la que perdió a una esposa y el mismo día que nació un hijo, para colmo.

Era la definición de tragedia, y sin embargo, allí estaba él, todavía de una pieza, con la barbilla en alto a pesar de todo. A pesar de su culpa.

Desearía que hubiera algo que pudiera decir para hacerle creer que nada de esto había sido culpa suya. Supuse que si estaba en su lugar, me sentiría de la misma manera.

Roman me ofreció una sonrisa que borró las líneas de tristeza en su rostro. Luego puso una mano sobre su rodilla y se puso de pie antes de inclinarse para recoger todos los platos y paquetes de mi mesa de café.

Llevó todo a la cocina y comenzó a lavar los platos. Entré corriendo detrás de él. —No necesitas hacer esto.

—Quiero hacerlo.

—Pagaste por la cena. —Se encogió de hombros. —¿Y qué?

—Así que sigues haciendo todas estas cosas por mí. Te lo agradezco, pero no necesito que me cuides, Roman. Puedo cuidar de mí misma.

Se rio. No sabía qué le parecía tan gracioso, y no importaba. La cocina se inundó con el olor de mi jabón para vajilla con aroma a lavanda mientras las burbujas se espumaban en el plato que estaba fregando. Las venas de sus antebrazos empezaron a subir, y me encontré mirando a lo largo de su brazo hacia sus bíceps, que por una vez, estaban en exhibición bajo la manga corta de su camiseta.

Me mastiqué el interior de la mejilla. Un hombre de pie en la cocina fregando platos era probablemente una excitación para cada mujer, pero tener a Roman Sanders fregando platos en su cocina era un juego de pelota totalmente diferente.

Esos ojos. Esa mandíbula. La forma en que su risa retumbaba en su pecho. Me moví detrás de él mientras colocaba la placa, ahora limpia, sobre la estera de secado junto al fregadero. Cogió un vaso y empezó a lavar. Deslicé mis

manos por el interior de la parte de atrás de su camisa, trazando la línea de su columna vertebral con mi dedo índice mientras me arrastraba hacia arriba.

Dejó de lavar. Los músculos que se habían estado moviendo debajo de mis palmas se tensaron.

Roman apagó el fregadero. Le puse la camisa sobre los hoyuelos de la parte baja de la espalda y los costados. Besé su carne caliente, saboreando su calor contra mis labios.

Se volvió y me miró de frente. Sus ojos ardían tan fieramente como su piel, y me ahuecó la cara con ambas manos, sosteniéndome en su lugar mientras sellaba sus labios sobre los míos.

Abrí la boca. Su lengua se deslizó entre mis dientes. De repente, abrumado por la necesidad apremiante de él, enganché mi pierna derecha alrededor de su izquierda, sosteniéndome mientras me apresuraba a ponerle la camisa sobre la cabeza. Nuestros labios se rompieron al pasar la tela entre nosotros, y luego volvimos, explorando las bocas del otro con hambre mientras tiraba su camisa sobre mi hombro.

Roman me envolvió con sus brazos alrededor de mi cintura y me abrazó. Me sentí tan estupidamente bien de que me abrazaran así. Era como si nunca lo hubiera dejado ir, sin importar lo que pasó. Me deleité en esa sensación de seguridad, de tener a un hombre fuerte aferrándose a mí tan ferozmente. Quería que no terminara. Y no lo hizo. Al menos no de inmediato.

Roman mantuvo sus brazos a mi alrededor a medida que nuestro beso se profundizaba y nuestra respiración se aceleraba. Me sostuvo mientras yo empezaba a toquetear con el botón y el cinturón de sus vaqueros.

—¿Tienes que estar en casa pronto? —Me rajé cuando dejamos de besarnos para recuperar el aliento.

—No. Bueno. Esta noche no. —Sus palabras eran cortas, como si cada uno se esforzara en decirlas.

—¿Es una mala idea? —pregunté mientras lograba deshacer su bragueta. — No se siente mal.

Tenía razón, por supuesto. Sentíamos que estábamos haciendo exactamente lo que se suponía que debíamos hacer.

Lo que todo había estado construyéndose. —Bésame de nuevo —susurré.

Él lo agradeció.

Mi pierna aún estaba enganchada a la suya mientras le bajaba los pantalones y los calzoncillos. Su pene saltó libre de los confines de la materia y descansó contra mi cadera, recordándome que él estaba allí. ¿Cómo podría olvidarlo?

Rompí nuestro beso y desenganché mi pierna para poder bajarme lentamente, usando su cuerpo para estabilizarme, hasta que me puse en cuclillas frente a él y a la altura de los ojos de su verga. Me mojé los labios con la lengua, los froté y luego me lo metí en la boca.

—Diablos —gruñó, inclinándose un poco hacia delante para apoyarse en el mostrador de mi espalda. Lo miré, con su miembro todavía en mi boca, presionando la parte posterior de mi garganta, y sostuve su mirada. Sabía que le gustaba eso. Siempre le había gustado.

Mi vista desde el suelo era espectacular. Si yo hubiera pensado que sus músculos eran impresionantes cuando lavaba los platos, ahora eran aún más impresionantes cuando se esforzaba contra el placer de que le chuparan el pene. Le di una paliza, despacio al principio, disfrutando de la forma en que su mirada se endureció y su mandíbula se flexionó. Se veía tan bien que me lo podía comer.

Roman gimió mientras yo lo alcanzaba y le ahuecaba las pelotas, haciéndolas rodar suavemente en la palma de mi mano. Moví la cabeza hacia adelante y hacia atrás, y él se agachó para pasar sus dedos por mi cabello. Esperé a que su puño se apretara, pero no lo hizo. Me acarició suavemente y me miró, con la mirada encapuchada mientras inclinaba la cabeza y cerraba los ojos.

Unos segundos más tarde, sus ojos se abrieron y él retrocedió. Me limpié la boca con el dorso de la mano y me puse de pie, esperando instrucciones. Me lo dio agarrándome de la muñeca y tirándome al sofá.

Roman me empujó hacia él y luego hacia atrás, así que estaba sentado en el brazo del sofá. Después me puso la camiseta sobre la cabeza. Se puso sobre mi piel desnuda con sus labios, dejando marcas calientes en su estela mientras besaba mi pecho, escote y hombros. Mientras lo hacía, empezó a desabrocharme los pantalones. Los bajó por mis caderas, una vez que estuvieron alrededor de mis tobillos, salí de ellos.

Me quitó los calzones y luego me alcanzó a la espalda para desabrocharme el sostén.

Ahora toda mi ropa yacía en el suelo. También estaba desnudo. Y el espacio entre nosotros era insoportablemente pequeño. Lo alcancé, y él vino a mí, envolviéndose a sí mismo y envolviéndome con su calidez.

A pesar de que estaba caliente, se me puso la piel de gallina. Roman puso su rodilla entre mis piernas empujándola hacia arriba, acarició mis pechos haciendo rodar la suave carne de sus palmas contra ellos. Me estaba

derritiendo en sus manos.

Trabajó hacia abajo, pasando sus dedos suavemente por mis costados y caderas antes de asentarse entre mis piernas. Me vi obligada a equilibrarme precariamente en el brazo del sofá cuando me separó más las piernas y besó la parte interior de mi muslo hasta que llegó a mi vagina.

Agarré el borde del sofá y colgué mi cabeza hacia atrás cuando su lengua se movió sobre mi clítoris hinchado. El gemido más suave se me escapó, dejando mis labios como un suspiro roto y flotando en el espacio entre nosotros. Roman enrolló su lengua y luego se movió hacia arriba y hacia abajo, rastreando mi apertura y desafiándome a llegar a mi clímax, faltaba poco.

No iba a llevar mucho tiempo.

Mi cuerpo ya se estaba preparando para el orgasmo. Mis músculos se tensaban en cada lamida y movimiento con el que me malcriaba. Contuve la respiración y los dedos de los pies enroscados, y apreté los ojos cerrados. Se formó una presión y se endureció debajo de mi vientre, y cuando Roman selló sus labios sobre mi clítoris y chupó, metiéndoselo en la boca y haciendo rodar su lengua sobre mi sensible nódulo, toda la tensión se desbarató. Mis entrañas se contrajeron y relajaron, y el placer rodaba a través de mí.

—¡Sí! —Grité.

Roman gimió en mi vagina y deslizó un dedo dentro de mí. Despertado por mi nueva humedad y por la forma en que temblaban mis piernas, miró hacia arriba a lo largo de mi cuerpo y sostuvo mi mirada. Su dedo se movió lentamente dentro y fuera de mí mientras su lengua bañaba mi clítoris con atención.

—Por favor —susurré. —¿Por favor qué, nena?

—Es demasiado.

—No existe tal cosa —gruñó Roman.

Volvió a dibujar mi clítoris entre sus labios. Lo pellizqué suavemente. Golpeó su lengua. Me cogió con el dedo. Luego dos dedos.

Y vine de nuevo. Esta vez, grité su nombre, y él se puso de pie, me agarró por las caderas y me dio la vuelta.

Planté mis pies en el suelo y presioné mis rodillas contra el brazo lateral del sofá para estabilizarme. Mis piernas temblaban y mis rodillas estaban débiles.

Roman ya no estaba detrás de mí. Miré por encima de mi hombro mientras él iba y sacó sus jeans del piso de mi cocina. Hurgó en su bolsillo delantero, sacó un condón y regresó para pararse por detrás de mí mientras rompía el

envoltorio con los dientes y lo enrollaba.

Pensé que iba a burlarse, o a hacerme esperar, o a tomarse su tiempo. Estaba equivocada.

Él se paró entre mis piernas, frotó la cabeza de su pene arriba y abajo de mi abertura, y luego se empujó a sí mismo profundamente dentro de mí con su primer empuje firme.

Lloriqué y me incliné más sobre el reposabrazos para plantar ambas manos en el cojín del asiento. Puso su mano en la base de mi cuello y me sujetó mientras se clavaba profundamente dentro de mí, una y otra vez.

Cuando no pudo conseguir el ángulo que quería, me soltó el cuello, pero me dijo bruscamente que me quedara donde estaba. Obedecí, y él agarró mis caderas, tirando bruscamente de mí contra él con cada empuje.

Agarré uno de los cojines del sofá y enterré mi cara en él mientras gritaba de nuevo. El placer me atravesaba completa. Roman gruñó muy cerca por detrás de mí. Su agarre sobre mis caderas se apretó, y sus dedos presionaron contra mi suave carne.

Mordí el cojín. Gruñó con el poder de su propio clímax. Sus caderas se ralentizaron a un ritmo más estable, y descendimos juntos, ambos respirando roncamente mientras me guiaba suavemente hacia atrás desde el sofá. Me rodeó y se sentó donde acababa de tener mi cabeza enterrada. Con un tirón, me jaló hasta su regazo y me besó la mejilla.

Me acurruqué contra su grueso y desnudo pecho. Qué maravilloso lugar para estar. Olía como siempre, como el pino y el almizcle.

Lo miré y me acarició el cabello de la frente. Me incliné y le besé el cuello. —¿Tienes planes para la cena de Acción de Gracias?

—Cena en casa de mi padre a las ocho.

—Eso parece tarde —le dije. Mi voz era delgada en mis propios oídos, probablemente por los gritos. Mis pobres vecinos.

—Mi padre cree que es de clase baja comer antes.

—Típico de Owen Sanders —dije, una sonrisa tirando de las esquinas de mi boca. Roman se rio y besó la punta de mi nariz. —Al menos es consistente.

Metí mi cabeza bajo su barbilla y presioné mi mejilla contra su pecho. Su piel estaba caliente. Sus latidos eran constantes. —Ceno en casa de mis padres a las cinco. Estaba pensando que sería bueno que tú y Max estuvieran allí.

Me acarició el hombro. —¿Oh?

Levanté la cabeza y miré sus ojos marrones oscuros. —¿Vendrás? —Roman me tocó la mejilla. —Me encantaría. ¿Qué puedo llevar?

CAPÍTULO 29

ROMAN

Desperté con la presión de dos rodillas pequeñas que me presionaban en la parte baja de la espalda.

Me quejé. Me dolía la columna vertebral y me arrastré hasta el borde de la cama antes de dar vueltas para encontrar a Max detrás de mí. Tenía mis mantas cubriéndole la cara. Todo lo que podía ver de él eran sus ojos cerrados, sus cejas y su cabello desordenado. Estaba acurrucado en una bola, de frente a mí.

Me masajeeé el punto de mi espalda donde sus rodillas probablemente habían estado cavando durante horas antes de que fuera suficiente para despertarme. Esta es la paternidad, pensé.

Me levanté de la cama y me acolché en silencio para ir al baño, donde hice mi trabajo y tomé una ducha. Bajo el agua caliente, mi mente vagaba por la noche anterior y por el tiempo que pasé con Julieta.

Si lo pensaba lo suficiente, casi podía sentir la suave y sedosa piel bajo mis palmas. Metí el cabello bajo el agua y me di un masaje con champú en el cuero cabelludo.

Dejar el apartamento de Julieta anoche había sido más que difícil. Estaba claro que ambos queríamos pasar más tiempo juntos. Pero Max y su abuelo estaban en casa esperándome. No podía aprovecharme así de él para que lo cuidara. Y le dije a mi hijo que no tardaría mucho. A diferencia de mi padre, yo era el tipo de papá que cumplía su palabra.

Así que, después de sentarme en su sofá durante quince minutos, me había aseado, vestido y luego me había ido. Fue agradable tener el Día de Acción de Gracias para esperar ahora. Max estaba encantado de ir a cenar a la casa de Jenkins, mientras que yo estaba un poco nervioso e intimidado por la idea de sentarme al otro lado de la mesa con su madre y su padre, que nos conocían a mí y a mi padre desde la escuela secundaria y sabía más que nadie el daño que le había causado a su hija. También sabían de dónde venía el dinero. Eso hizo las cosas un poco incómodas, dada la crisis financiera del Sr. Jenkins en ese tiempo.

No tiene nada que ver conmigo, por supuesto. Había trabajado para un tipo sospechoso durante demasiados años, y cuando llegó el momento de tomar

decisiones, eligió renunciar. Le salió el tiro por la culata, y lo dejó a él y a su familia sin nada.

Ahora que ya era un hombre adulto, a menudo pensaba en lo que haría en esa situación. ¿Era lo correcto y lo moral la elección que yo hubiera hecho si significara renunciar a todo? ¿Habría puesto en peligro la calidad de vida de Max al tratar de acabar con un empresario corrupto?

Probablemente no.

Por esa razón, admiré al padre de Julieta por su elección. Fue una decisión difícil de tomar, y una que sabía que no sería lo suficientemente fuerte para tomar. No si le costara a Max la pérdida a lo que estaba acostumbrado.

Apagué la ducha y me sequé con una toalla. Abrí la puerta del baño para ver si mi hijo estaba despierto. No lo estaba, así que me afeité y me peiné el cabello.

No había forma de saber cómo sería la cena. Pero tenía la esperanza de que todo saldría bien. Me gustaban los padres de Julieta y siempre había sido así. Cuando ella y yo salíamos, los admiraba más que a mi propio padre. Me confundió. Mucho. Pero era innegable.

Mi peor pesadilla sería saber que Max respetaba a otro hombre más de lo que me respetaba a mí.

Me preguntaba si a mi padre le importaban esas cosas. Tal vez ni siquiera pensó en ello. —¿Papá? —oí desde afuera del baño.

Metí la cabeza por la puerta mientras Max se sentaba. Como todas las mañanas, su cabello era un desastre, y sus ojos estaban hinchados por el sueño. Me parpadeó dormido.

—Buenos días, hijo.

—Buenos días” contestó

Volví al dormitorio y me senté a su lado en mi cama. —¿Tuviste una pesadilla anoche? —Max no venía a menudo a dormir a mi cama por la noche. La única vez que lo hizo fue cuando tuvo una pesadilla o si no podía dormir.

Mi niño asintió. —¿Estás bien? —Volvió a asentir con la cabeza.

—¿Cuál era tu pesadilla?

—Creo que era sobre mamá. —Parpadeé. Esa era una nueva y una respuesta a la que no estaba seguro de cómo responder. —Oh. ¿Cómo lo sabes? —Él no conocía a su madre. Había visto las fotos que tenía, pero nunca la conoció. Hablábamos de ella a menudo porque pensaba que era importante que él entendiera el tipo de mujer que era, y que su madre lo deseaba más que a cualquier otra cosa en este mundo. Ella lo amó tan pronto como él llegó a la

existencia, y aún lo ama ahora.

—Estábamos en el hospital. Y tú te fuiste conmigo, pero mamá se quedó atrás.

Buen señor. Me tragué y miré mis sábanas. —A veces, nuestros sueños revelan lo que nuestro subconsciente está pensando. ¿La echas de menos?. —Asintió.

Me acerqué y lo empujé a mi regazo para que me diera un abrazo. Apoyé mi mentón en su cabeza y alisé su cabello salvaje. —Lo sé, muchacho. Yo también la extraño. Todo el tiempo. Pero sé que está aquí con nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ella nunca te dejaría, Max.

Me envolvió con sus brazos alrededor de la cintura. —Te amo

—Yo también te amo.

—Te amo más.

Mi hijo me miró y sonrió. Sus ojos estaban vidriosos, pero no mojados. Las lágrimas habían permanecido a raya con mi tranquilidad. Tenía su cara en mis manos. —¿Qué quieres hacer hoy, amiguito? Lo que sea que quieras, lo haremos. Sólo dímelo.

Max sonrió, y sus mejillas se hincharon bajo mis manos. —¿Podemos ir al lago?

—El lago, ¿eh?

Asintió con la cabeza. —¿Y podemos invitar a Julieta?

Mi hijo, el casamentero. Me reí. —Claro

—¿Crees que le gusta pescar?

Me encogí de hombros. —Sólo hay una forma de averiguarlo. Ve a ducharte. Yo la llamaré. ¿Suena bien?

Max se levantó de la cama y corrió por el pasillo hasta el baño al lado de su habitación. Escuché que el agua se encendía mientras me inclinaba sobre la cama y tomaba el cargador de mi teléfono. Ya conectado, la llamé. Eran las ocho de la mañana. No es demasiado pronto para llamarla, seguramente.

Ella contestó al tercer timbre, y su voz era más dulce que la miel. —Buenos días

—Buenos días. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Iba a tomar una obscena cantidad de café y a trabajar en mi manuscrito.

—Es una lástima.

Se rio suavemente. —¿Por qué? ¿Tenías grandes planes para llevarme en otro yate o algo así?

Me reí. —Lamentablemente, no. Max y yo vamos a ir al lago. Quiere ir a pescar. También preguntó si te podría invitar para que fueras con nosotros.

—Así que es él el que quiere que vaya, no tú?

—No creo que eso fue lo que dije.

Se detuvo en el otro extremo, y de alguna manera, pude sentir su sonrisa. — Me encantaría ir.

—Genial. —Sonreí, de pie. —Te recogeré en una hora. Nos detendremos y tomaremos un café en el camino. Espero que te guste ver un pez de cinco años. Es agotador.

Ella se rio en el otro extremo. —Max no es un niño promedio de cinco años. No puedo esperar.

Después de recoger a Julieta justo después de las nueve, pasamos por un paseo y tomamos café con leche para nosotros y un chocolate caliente con crema batida extra para Max. Se sentó en su asiento de seguridad en la parte de atrás, charlando sobre lo emocionado que estaba por el Día de Acción de Gracias y, más específicamente, sobre el pastel de calabaza.

Ella me miró y arqueó una ceja. —Bueno, puede que te den dos pasteles de calabaza este año

—¿De verdad? —preguntó Max extasiado.

Asentí con la cabeza. —Eres tan malcriado.

Estacioné en el lote de grava en el lago, y todos salimos. Julieta conversó con Max y sostuvo mi café con leche mientras yo sacaba todo de la parte trasera del auto. Tres sillas plegables, una bolsa de bocadillos y la caja de caña de pescar y aparejos de Max. Caminamos a través del lote, luego el pasto, después por la arena, hasta que llegamos al muelle que se extendía a lo largo de los primeros veinticinco pies del lago.

La madera crujió bajo nuestros pies mientras colocaba las tres sillas al final del muelle. No había nadie más en el lago. Esa fue la mejor parte de venir aquí en otoño. Todo el mundo preferiría quedarse en casa, donde hace calor y es acogedor.

Julieta sacó un par de mantas de la bolsa que había empacado y cubrió con una de ellas el regazo de Max mientras éste se situaba con su caña de pescar. Lo arrojó al agua. Pequeñas ondas se abrieron desde el punto de entrada cuando apretó el palo entre sus rodillas y ajustó la manta. —Gracias —le dijo

mientras ella se sentaba en mi otro lado.

—De nada

Julieta sorbió su café con leche mientras miraba a través de las aguas tranquilas, enmarcadas por árboles de color amarillo brillante, naranja y rojo crujiente. Como la última vez, la superficie era un espejo, y si me inclinaba hacia adelante y miraba hacia abajo, podía verme claro como un día en el oscuro reflejo.

—Necesito venir aquí más a menudo para escribir —dijo ella—. Es perfecto. Tan tranquilo.

—Es bonito, igual que tú, Julieta —dijo Max, inclinándose hacia adelante para mirarla a través de mí.

Ella se sonrojó. —Gracias, Max. Eso fue dulce.

Me reí y señalé al agua. —Cuidado con la línea, hijo. —Luego miré a Julieta. —Mi hijo tiene mejor juego que yo.

Ella se rio. Resonó a través del agua y me calentó de adentro hacia afuera. Me acerqué y puse mi mano hacia arriba sobre su muslo. Sacó la mano de debajo de la manta y entrelazó sus dedos con los míos.

Nos sentamos cómodamente y vimos a Max tambalearse en su línea y reformularla. En su cuarto lance, algo mordisqueó, pero cuando lo enrolló, el pez se las arregló para escapar. Le ayudé a poner más cebo en el anzuelo, y pasamos el resto de la tarde relajándonos mientras mi niño nos hablaba a medias sobre el Día de Acción de Gracias y todo lo que estaba esperando.

—¿Sabes cuál es la mejor parte de Acción de Gracias, Julieta? —Max preguntó después de dejar de pescar y poner la caña a sus pies. —¿Qué es lo mejor? —preguntó.

Sonrió. —Tan pronto como termine, será Navidad donde quiera que vayas. Y eso significa que Santa va a venir.

Ella se inclinó sobre mi regazo. Su voz era un susurro travieso y alegre. —Lo sé. ¿Puedo contarte un secreto?. —Max asintió con entusiasmo.

—Espero todo el año que llegue la Navidad. Es mi fiesta favorita. Y Santa Claus...,” Julieta se enderezó y alisó la manta en su regazo. —Bueno, digamos que él y yo tenemos la mejor relación.

—¿Lo has conocido? —preguntó Max, sus ojos casi tan abiertos como su boca. Necesité todo mi autocontrol para no reírme.

—Oh, sí. —Ella asintió. —Lo vi una vez cuando era pequeña. Más o menos de tu edad. Fue un accidente. Estaba sonámbula en medio de la noche en Nochebuena. Y bajé donde Santa estaba comiendo las galletas que habíamos

dejado para él. Me llevó de vuelta a la cama para que mis padres pudieran descansar.

Max jadeó. —¿De verdad?

Julieta asintió. —De verdad. Fue la mejor Navidad de mi vida.

Sonreí mientras la veía a ella y Max hablar. Esto debe ser lo que habría hecho mi esposa si no hubiera muerto cuando él nació. Así era una familia si no estaba rota.

CAPÍTULO 30

JULIETA

—¿Seguro que no quieres intentarlo una vez más? —le preguntó Roman a Max, poniendo su mano en su espalda.

El niño suspiró. Me di cuenta de que estaba un poco descontento. Llevaba toda la tarde intentando pescar un pez sin éxito. —No, está bien.

Saqué el teléfono de mi bolso y comprobé la hora. —Sólo es mediodía. Tenemos mucho tiempo. Personalmente, me gustaría intentarlo una vez más. —Max me miró. —¿De verdad?

Asentí con la cabeza. —Seguro. Nunca he pescado un pez antes. Quizás podríamos intentarlo juntos. Suerte de principiante, ¿verdad?

—¿Suerte de principiante? —preguntó el pequeño, ladeando la cabeza.

Roman asintió y respondió por mí. —Sí. A veces las personas que son nuevas en algo tienen la mejor suerte para lograrlo. Como si ganaran un juego de cartas en la primera vez que lo juegan.

—¿Como cuando te gané en Mousetrap la primera vez que jugamos? —Max le preguntó a su padre. Me reí y me tapé la boca.

Roman me hizo una mirada cruzada. —¿Qué es tan gracioso?

—Nada —dije rápidamente.

Él entrecerró los ojos. —Umm. Claro. Crees que es gracioso que me ganara un niño de cinco años en Mousetrap, ¿no?

Fruncimos los labios. —No creo que no sea gracioso.

Roman sonrió y me sacudió la cabeza. Luego miró al niño. —Creo que me ganaste justamente en ese juego, Max. Pero creo que Julieta tiene la idea correcta. Vamos a intentarlo una vez más. Vamos. Agarra tu palo.

El muchachito suspiró y saltó de su silla. Cogió su palo y abrió su caja de aparejos. Me quedé cómoda debajo de la manta y observé cómo Roman le ayudaba a reemplazar el viejo cebo con algo nuevo y viscoso de la caja de señuelos.

—Vuelve allí —dijo Roman. —Mandalo tan lejos como puedas.

Max fue al final del muelle para poder lanzarlo más lejos y a una distancia segura de Roman y de mí. Miré, con una sonrisa en mis labios mientras enviaba la línea hacia el lago. Se balanceó en la superficie. Me levanté de mi

silla y me acerqué al niño. —Entonces, ¿puedes explicarme algo de esto? — Le pregunté.

—¿Algo de qué?

Asentí a la caña de pescar de Max. —¿Qué hace esto? —Apunté al carrete.

Él entró en una explicación sobre su palo. Llamé la atención de Roman mientras escuchaba. Nos sonreía y tenía la barbilla descansando en una mano. Se veía perfectamente a gusto aquí en el lago. De alguna manera, él miraba en su elemento aquí en la naturaleza y de regreso a la oficina. Le quedaba tan bien un traje como unos vaqueros y una camiseta.

—¿Cuántos peces crees que hay en el lago? —Le pregunté a Max cuando terminó de explicar todas las partes móviles de su caña de pescar.

Max se encogió de hombros. —No lo sé. ¿Un millón tal vez?

—Guau, ¿un millón? Son muchos peces para un lago como este. —Si había un millón de peces en este lago y aún no había capturado uno, era el peor pescador del mundo.

Roman se puso de pie y metió las manos en los bolsillos mientras caminaba y se unió a nosotros al final del muelle. —No creo que hayan muchos peces aquí, amigo. Tal vez unos cuantos miles más o menos.

Max se encogió de hombros. —Bastante cerca.

Roman y yo intercambiamos una mirada, y ambos sonreímos. Asentí con la cabeza. —Sí. Cerca.

De repente, el poste del niño se sumergió y el agua se onduló. Él soltó un grito excitado y llamó a su padre. Pero Roman me pidió que le ayudara.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Todo esto era nuevo para mí. — Nunca he hecho esto antes —dije. —Te guiaré a través de él —me contestó.

Me paré detrás de Max, y él empezó a enrollar. Le ayudé a sostener la caña, según las instrucciones de Roman, y mientras enrollábamos, la caña se movió de un lado a otro mientras el pez intentaba escapar.

—Denle un buen tirón —nos dijo.

Hicimos lo que él nos indicó, y el agua salpicó cuando la línea subió. Colgando del borde había un pez plateado, no más grande que el largo de mi mano desde la punta de mi dedo medio hasta la base de la palma de mi mano.

Max saltó arriba y abajo en el lugar con emoción. Bajó la caña cuando Roman cogió el sedal y levantó el pez. Llamó a su hijo. —Aquí. Te enseñaré cómo sacar el anzuelo para que podamos liberarlo.

Sonreí y miré por encima del hombro de Roman. Me gustó que fueran a liberar a los peces. Él observó con total fascinación cómo su papá tiraba

suavemente del gancho rizado. Lo sentí por el pobre pececito, que ahora tendría una herida en la boca, pero pensé que la lección era buena para que un padre le enseñara a su hijo. La forma en que él manejó el pescado fue con cuidadosa facilidad y respeto.

—Extiende tus manos, Max —dijo Roman. —Es resbaladizo, así que agárrenlo bien. No querrás que se libere y caiga en el muelle. Son frágiles.

El niño levantó las palmas. Roman puso el pez en las manos extendidas de su hijo, y cerró los dedos sobre la retorcida y babosa criatura. Roman lo llevó hasta el borde del muelle y sostuvo la parte trasera de su chaqueta mientras Max se inclinaba para devolver el pescado.

Liberó al pez cuando estaba a sólo una pulgada sobre la superficie. El pez desapareció con un plop, y el agua se onduló mientras su cola trabajaba para propulsarlo lejos de nosotros.

—Buen trabajo, amigo —dijo, soltando la camisa de Max después de que se paró derecho en el muelle. —Muy bien hecho. Ahora puede volver nadando a su familia y vivir el resto de su vida.

—¿Se curará su boca? —preguntó Max.

Roman asintió. —Absolutamente. ¿Quieres intentarlo de nuevo?

Max frunció el ceño y agitó la cabeza. —No, tengo frío. Pero, ¿podemos irnos pronto? —Roman asintió. —Por supuesto.

Los tres empezamos a recoger nuestras cosas. Me metí la silla bajo el brazo y Roman trató de quitármela, pero agité la cabeza. Tenía las manos ocupadas con nuestras otras bolsas y el equipo de pesca. Bajamos por el muelle hasta el auto en el estacionamiento.

Después de abrochar a Max, Roman cargó el maletero. —Espero que te hayas divertido —dijo.

Asentí mientras le daba mi silla, que metió a lo largo del maletero. —Si, me divertí mucho. Gracias por invitarme. Me alegro de que Max pescara un pez. Eso estuvo muy bien.

Roman sonrió y puso su mano en la parte superior de mi espalda. —Max la pasó bien. Está contento de que hayas venido

—¿Y tú te alegras de que haya venido?

—Por supuesto que sí.

Le envolví un brazo alrededor de la cintura y me apoyé en su costado. Me besó la cabeza y me frotó el hombro antes de soltarme. Lo dejé para que terminara de empacar el baúl y me subí en el asiento del copiloto del auto.

Me giré para mirar a Max, cuya mejilla ya estaba descansando sobre su

hombro. Tenía los ojos cerrados. Me sonreí a mí misma. El niño era un buen chico. Un gran chico en realidad. Y yo sabía que todo era por su padre. Roman había hecho un trabajo excepcional criando a su hijo por su cuenta, algo que no cualquier padre estaba dispuesto a hacer. No sólo eso, sino que se las había arreglado para mantener un equilibrio saludable entre el trabajo y la vida familiar.

Roman era un hombre increíble. Si alguien me hubiera dicho en la secundaria que él se convertiría en esto, nunca les habría creído. Tampoco hubiera creído que él y yo terminaríamos trabajando juntos. Y pensar que casi le dije que se largara.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Roman mientras se deslizaba en el asiento del conductor y encendía el auto. Bajé mis manos por los muslos y luego las sostuve frente a las rejillas de ventilación cuando el aire caliente comenzó a soplar. —Nada.

—Mentirosa.

Sonreí y agité la cabeza. —Estaba pensando en lo loco que es todo esto. Cómo estoy, donde nunca pensé que estaría.

—¿Con tu carrera de escritora?

—Contigo —dije en voz baja.

Roman puso su mano en mi rodilla y me apretó. —Loco es bueno, ¿sí? —Asentí con la cabeza.

Sonrió y puso el auto en reversa. Mientras nos alejábamos del lago, admiré la vista por última vez. Pronto, los colores se desvanecerían, y todas las hojas caerían. Todo estaría cubierto de nieve. El cielo estaría oscuro, el suelo congelado y los colores más brillantes serían los de las luces navideñas de la ciudad.

Me preguntaba cómo me irían unas vacaciones. Tantas cosas habían cambiado en tan poco tiempo. ¿Qué podría traer el próximo mes y medio?

Roman me llevó a casa. Cuando estacionó afuera de mi edificio, me quité el cinturón de seguridad, el niño se movió en el asiento trasero.

—Justo a tiempo, chico —dijo Roman. —Julieta estaba a punto de ir a su apartamento. —Max se frotó los ojos. —¿Tienes que irte a casa?

—Debería terminar de trabajar —dije con tristeza. —Pero nos volveremos a ver pronto, estoy segura. ¿Verdad, Roman?

Sonrió con suficiencia. —Absolutamente.

—¿Puede Julieta venir a cenar? —preguntó Max, inclinándose hacia los lados para poder mirar a su padre desde el asiento delantero.

Los ojos de Roman se dirigieron al espejo retrovisor. Luego me miró. — Sólo si ella quiere

—Por favor, ven a cenar —suplicó el pequeño. —¿Por favor?

Me mordí el labio inferior y miré a Roman. —No puedo decirte que no, Max. —Roman sonrió y apoyó la cabeza contra el reposacabezas. —No tienes que venir si no quieres. Entenderemos si tienes que trabajar. Ya te hemos mantenido alejada de ello todo el día.

Me volví para mirar por el parabrisas. —Max me invitó a mí, no a ti. Vámonos de aquí. Estoy empezando a tener hambre.

Aunque no lo miré, sabía que Roman estaba sonriendo cuando puso el auto en marcha. El niño lanzó un grito de victoria en el asiento trasero y luego empezó a lanzar ideas de lo que podríamos cenar.

CAPÍTULO 31

ROMAN

Max y yo estábamos cocinando una tormenta para Julieta, mientras ella se sentaba en la mesa de la cocina, viéndonos trabajar. Se había ofrecido a ayudar, pero yo me había negado rotundamente. Me había hecho la cena la otra noche. Quería devolverle el favor. Además, a Max y a mí nos gustaba cocinar. Especialmente para una bonita compañía.

Mi hijo empujó su pequeño taburete alrededor de la cocina para alcanzar cosas que de otra manera estarían fuera de su alcance. Era bastante independiente, y confiaba en que él conseguiría las cosas por su cuenta. Y guardarlos después.

Cuando metí una cacerola en el horno, miré a Julieta y a la copa de vino blanco que tenía frente a ella sobre la mesa. —¿Necesitas que te sirva vino?

Miró a su bebida. —En un momento. ¿Todavía no puedo saber qué están cocinando?

Mi pequeño me sonrió y yo asentí. Max fue y se subió a una de las sillas al lado de Julieta. —Estamos haciendo una cosa de penne al horno.

—Guau —musitó. —Eso suena elegante. Penne al horno.

Me reí y me apoyé en el mostrador. —Es Penne Alfredo con brócoli y parmesano

—Sí —dijo Max, y luego intentó pronunciar parmesano. Fracasó miserablemente. Salió a la luz sonando más com. —pamesarn. —Agitó la cabeza y apoyó la barbilla en sus manos. —¿Cuánta gente va a tu cena de Acción de Gracias, Julieta?

—No muchos. Normalmente sólo mi hermana Wilma, nuestros padres y yo

—¿Y nosotros?

—Y ustedes este año. Si

—¿Haces pastel después?

Julieta agitó la cabeza. —No, mi hermana siempre hace el postre. Normalmente una tarta de calabaza y luego otra cosa.

—¿Algo más? —preguntó con curiosidad.

Fui a la nevera y rematé mi copa de vino con más pinot grigio. Llamé la atención de Julieta y ella asintió, aceptando la oferta de más vino después de

todo. Cuando llené su vaso, ella contestó a Max.

—A mi hermana le encanta hornear. Así que, cada año, trae la buena y vieja tarta de calabaza, luego algo nuevo. Como una magdalena o un panecillo o una galleta. De esa manera, si resulta que no es bueno, todavía hay pastel, y todo el mundo está contento.

—Tu hermana suena sabia —le dije.

Julieta asintió. —Ella aprendió por las malas. No trajo el pastel un año, y nuestro padre estaba muy decepcionado. Es su parte favorita de toda la comida.

—El mío también. —Max sonrió.

Ella se frotó el estómago. —¿Cuánto falta para que comamos? Toda esta charla sobre la cena de Acción de Gracias me está dando hambre. Y esa pasta huele muy bien.

—Quince minutos —le dije.

Quince minutos fue la cantidad perfecta de tiempo para que pudiéramos hacer algo de daño en nuestras segundas copas de vino y poner la mesa del comedor. Julieta encendió un par de velas que encontró en uno de los cajones de la cocina. Max le preguntó por qué estaba haciendo eso, y ella le dijo que su familia siempre tenía una vela en la cena cuando ella estaba creciendo. Le dijo que también habría algo en Acción de Gracias.

Cuando nos sentamos a cenar, toda la casa olía a queso y a Alfredo. Vi a Julieta prepararse para su primer mordisco. Se cubrió la boca mientras masticaba y cerraba los ojos. —Oh, Dios mío —dijo ella, asintiendo. —Esto es tan bueno. —Señaló su plato con su tenedor mientras seguía asintiendo. Se lo tragó y lo lavó con un poco de vino. —Vaya. Debería tener esta receta. Puede que tenga la oportunidad de hacerlo la mitad de bien.

—Es fácil —dijo Max.

—¿Lo es? —preguntó ella, y luego me buscó para que la confirmara. Asentí con la cabeza. —No es difícil.

Los tres disfrutamos de la comida. Mi hijo continuó haciendo más preguntas sobre la cena de Acción de Gracias, y ella las contestó todas para él. Cuando nuestros platos estaban prácticamente limpios, Max se deslizó de su silla y recogió los platos para llevarlos al fregadero.

Julieta sonrió mientras lo veía guardar los saleros y pimenteros. Luego agarró nuestras servilletas de tela y las puso al final del mostrador de la cocina para que yo las tomara arriba y las pusiera en el cesto de la ropa sucia. Me miró a los ojos mientras tomaba otro sorbo de vino.

Después de que la cena fue despejada, los tres nos mudamos a la sala de estar. Max se puso cómodo al lado de Julieta, y después de hablar durante media hora, pude ver que estaba empezando a adormecerse. Se inclinó de lado hasta que cerró los ojos y usó el muslo de Julieta como almohada. No estaba seguro de si estaba consciente de ello o no, pero ella estaba descansando su mano sobre su espalda, y de vez en cuando, ella lo frotaba en círculos lentos.

Mi pequeño se acurrucó junto a ella, y nosotros seguimos hablando un poco más, antes de que me pusiera de pie. —Voy a acostarlo. Ha tenido un largo día.

Ella asintió con la cabeza y miró cómo recogía a Max en mis brazos. No se movió. Lo llevé arriba y le puse las mantas en su cama antes de acostarlo. Instantáneamente se puso de costado, mirando hacia otro lado, y yo levanté las mantas, metiéndolas debajo de su barbilla.

Descansé mi mano sobre su hombro. —Que duermas bien, muchacho. Gracias por ser un buen compañero hoy. Tu padre necesitaba ayuda extra.

Después de pasarle los dedos por el cabello y comprobar que sus mantas estaban bien colocadas a su alrededor, me escabullí de su habitación y volví a bajar.

Julieta estaba exactamente donde la había dejado. Sentada con las piernas dobladas debajo de sí misma en el rincón del sofá. Su copa de vino estaba vacía y cerca de la mesa lateral a su lado mientras recogía un hilo suelto en el dobladillo de su suéter azul real.

Recogí mi vaso de vino de donde lo dejé en la mesa de café. —¿Qué dices? ¿Deberíamos terminar la botella?

—No se me ocurre una buena razón para no hacerlo.

—Entonces está decidido. —Tomé su vaso vacío y fui a la cocina, donde vertí el resto del pinot grigio a partes iguales entre nuestros vasos. Los llevé de vuelta a la sala de estar y me senté en la esquina opuesta del sofá de ella.

Tamborileó suavemente con los dedos a lo largo de la copa. —¿Roman?

—¿Mm?

—¿Sabe tu padre que soy la escritora que tú y Darlyn reclutaron?

Agité la cabeza. —No lo sabe.

—¿Se lo vas a decir pronto?

—Se lo diré cuando sea el momento adecuado

—¿Y cuándo crees que será ese día?

Fruncí el ceño. —Puedo decírselo antes si quieres. Es sólo que no quiero que, ya sabes, haga de Sanders. —Julieta inclinó la cabeza hacia un lado. —

¿Actué como un Sanders?

—Sí, estás familiarizada con ello. Es cuando los hombres Sanders actuamos como idiotas y abandonamos a alguien que es bueno para nosotros.

Julieta se volvió de un color rojo brillante y miró hacia otro lado. —Oh.

—Mi padre nunca superó ese lado de sí mismo, el lado que está consumido por la auto preservación y el éxito. Todo lo que mi padre sabe hacer es ser mejor. Trabaja más duro. Cortar el peso muerto. No importa quién o cuál sea ese peso.

Julieta se mojó los labios. —¿Es por eso que me dejaste hace tantos años? ¿Porque era un peso muerto?

—No. Claro que no. —Me deslicé más cerca de ella, cerrando el espacio entre nosotros en el sofá, y puse mi mano en su muslo. —Julieta, fui un idiota. Puedo decirlo sin ninguna duda. Cometí un gran error al alejarme de ti cuando éramos jóvenes. Enorme.

—¿Qué pasó?

Suspiré. —En ese momento, creo que me sentí atrapado, como si no pudiera respirar. Como si todas las paredes se estuvieran cerrando sobre mí y todos en mi vida estuvieran tomando todas mis decisiones por mí. Mi padre. Tú. Mis profesores. Mis entrenadores. Todo el mundo. Necesitaba encontrar una manera de respirar de nuevo, y pensé erróneamente. Tenía que averiguar lo que realmente quería. Quién era yo, pero no salió como yo pensaba que saldría.

—¿Qué quieres decir?

Me rasguñé la mandíbula. —No me gustaba quien era cuando no estaba contigo. —Parpadeó y se puso aún más roja. —Y dejarte no me ayudó a entenderlo —le dije—. Terminé siguiendo el camino que mi padre me había trazado. No me arrepiento, pero se, porque estoy contento con el lugar donde terminé, mas no siempre sentí que las cosas iban a salir bien. Durante mucho tiempo, pensé que mi vida ya no iba a ser mía. Pensé que lo viviría todo al servicio de él. Por eso me casé con ella.

—¿Cómo se llamaba?

No había dicho el nombre de mi esposa en voz alta en mucho, mucho tiempo. Probablemente años. —Claudia. —Julieta asintió. —¿Crees que ella sentía lo mismo que tú? ¿Atrapada?

—Sé que se sentía igual. Me lo dijo después de saber que estaba embarazada.

—Es una triste forma de sentirte después de saber que vas a ser padre.

Asentí con la cabeza. —Fue duro. Y en ese momento, pensé que ella y yo estábamos condenados a estar juntos, pero nunca enamorados. Creía que mejores cosas estaban fuera de mi alcance porque ahora, toda mi existencia iba a estar dedicada a este humano que ni siquiera existía todavía. Poco sabía que sería lo mejor que me había pasado. —Drené el resto de mi copa de vino. —Y lo peor que le pasó a Claudia.

Julieta cerró los ojos. —Siento por lo que has pasado, Roman. De verdad, lo siento.

—Gracias.

—Y hay algo que deberías saber sobre todo lo demás —dijo lentamente. — Sobre la secundaria, nosotros. Y cómo terminó todo.

—¿Sí? —Le pregunté.

Me miró a los ojos. —Te perdono.

Un peso que desconocía por completo había estado descansando sobre mis hombros, pero tan pronto como esas palabras salieron de sus labios, me sentí de repente más ligero. —¿Estás segura? —Susurré.

Julieta sonrió, levantó la mano y me acarició la mejilla. —Positivo. Tú me conoces. No lo diría si no fuera en serio. Y no lo diría en serio si no me hubieras dado una buena razón para confiar en ti. Para ver el verdadero tú.

Cerré mi mano sobre la suya. —No me lo merezco.

—Sí, lo sabes —dijo ella—. Lo prometo.

CAPÍTULO 32

JULIETA

La barba en la mejilla y la mandíbula de Roman me hizo cosquillas en la palma de la mano. Volteó su cara y me la besó. —Me alegro de que Darlyn me trajera de vuelta a ti —susurró.

—Agente de día, casamentera de noche.

Se rio y soltó mi mano. Dejé que cayera al sofá entre nosotros mientras él se acercaba y me daba un dulce beso, seguido de otro, y otro.

—Debería irme a casa —susurré.

Esto se sentía demasiado íntimo. Claro, ya lo habíamos hecho, pero aquí en su casa, me sentía fuera de lugar. Como si estuviéramos cruzando una línea que nunca podríamos descifrar. Mucha de esa sensación de presentimiento probablemente tuvo que ver con que Max estuviera durmiendo arriba.

—Quédate —dijo Roman. —Pero Max podría...

Agitó la cabeza. —Mi hijo dormirá toda la noche.

Eso no alivió mi preocupación. Max había pasado por mucho en sus cinco años. Había perdido a su madre y nunca tuvo la suerte de conocerla. No tenía ni idea del daño que eso le había hecho. —¿Qué pensará si descubre que somos más que socios de negocios?

—Estaría contento.

Fruncí el ceño. —¿En serio? ¿Por qué?

—Porque le gustas, Julieta —dijo él, como si estuviera señalando la cosa más obvia del mundo. —Está perfectamente a gusto contigo. Eso es raro. Confía en ti.

Me mordí el labio inferior. —Todavía siento que es pedir demasiado de él.

Roman me puso un dedo bajo la barbilla y me levantó la cara. —No sometería a mi hijo a algo que piense que le haría daño, Julieta. No estoy haciendo una mala elección aquí.

Asentí con la cabeza. —Tienes razón. Lo siento mucho. Estaba haciendo suposiciones.

—Estabas cuidando a mi hijo —dijo—. Te lo agradezco. Demonios, hace que me gustes más. —Me reí, y él puso su dedo verticalmente sobre mis labios. —Silencio ahora. Vamos arriba.

Roman se levantó lentamente del sofá y me ofreció su mano. La tomé, y entrelazó sus dedos con los míos mientras me arrastraba detrás de él a través del piso de la sala de estar y subía las escaleras. Uno de ellos crujió bajo mis pies, y me detuve, esperando que no despertara a Max.

Él se rio y agitó la cabeza hacia mí. —Eso no lo va a despertar. No te preocupes. El niño podría dormir durante un terremoto.

Llegamos a la cima de las escaleras y entramos en su dormitorio. Cerró la puerta detrás de nosotros y se volvió hacia mí mientras yo cruzaba el frío piso de madera dura y me paré en medio de la habitación.

Era mucho más elegante de lo que esperaba. —Tu habitación es bonita — dije mientras miraba a mi alrededor.

Era la clase de habitación en la que me gustaría mucho sentarme y escribir. Las paredes eran de un gris pálido y frío, cortinas blancas enmarcaban el enorme ventanal en la pared más lejana. Roman se dirigió hacia la ventana y cerró las persianas, sumergiendo la habitación en la oscuridad. Apenas podía distinguir su silueta cuando se dirigía a su mesita de noche y encendía una pequeña lámpara, que daba un resplandor naranja alrededor del lugar.

Su ropa de cama era blanca con fundas de almohada azul claro. En el extremo opuesto de la habitación, donde estaba la cama había un armario de pared donde sospechaba que todos sus trajes estaban guardados. Los cajones pequeños probablemente albergaban una colección de relojes de lujo. Había notado los que llevaba puestos y cuántos tenía. Diferentes durante todos los días, como cuando fuimos al lago, en comparación con la llamativa que llevaba puesta en la fiesta de Acción de Gracias de Anex.

En el rincón más alejado había una silla gris oscuro metida al lado de una estantería y una lámpara que colgaba sobre el asiento por detrás. Un bonito rincón de lectura. Era mucho más sofisticado de lo que creía.

—No esperaba esto —dije. —Nunca me iría si...

Fui cortada por Roman envolviendo un brazo alrededor de mi cintura y ahuecando la parte de atrás de mi cuello con la otra mano mientras él me besaba. Nuestros labios se estrellaron, y su lengua se metió en mi boca. Temblé por un momento en sus brazos, presionando mis manos contra su pecho mientras él se apoyaba en mí, arqueando mi columna vertebral, pero sosteniéndome erguido con una mano.

Su fuerza me excitó. También lo hizo la ferocidad de su beso. Todo era fuego y necesidad. Nada de eso fue gentil. Y no quería que lo fuera.

Me dio la vuelta y me hizo retroceder. Fui adonde él me guiaba, y pronto, la

parte de atrás de mis rodillas estaba descansando contra el borde de su cama. Me empujó por los hombros y me caí de espaldas sobre su esponjoso edredón blanco. Me reí y estiré los brazos sobre mi cabeza mientras me bajaba los pantalones por las caderas, los muslos y los tobillos. Los tiró a un lado y me metió las palmas en las piernas. Me alegré de haberme rasurado esa mañana.

Roman sonrió mientras rompía las correas de mi tanga en mi cadera derecha. —Bonitas bragas. —Se rio. Llevaba una tanga amarilla de neón que decía. —Heels over Head” en la parte delantera. Me sonrojé. —No pensé que nadie los vería hoy

—Me gustan —ronroneó, inclinándose sobre mí para besarme el frente de algodón mientras trabajaba con las correas de encaje hacia abajo. Me quitó las bragas como si tuviera mis pantalones y me besó la vagina. —He estado pensando en esto todo el día. Sobre tu cuerpo. Sobre probarte.

Me mojé los labios mientras él se ponía de rodillas al final de la cama y me separaba las piernas. Todo mi cuerpo empezó a zumbar. El deseo entretejió mis piernas, mis brazos y chocó en mi centro, haciéndome sentir caliente y pesada, de alguna manera vacía, como si necesitara ser llenada.

Me besó entre las piernas otra vez. Luego en la parte interior de mi muslo. Después la parte inferior del estómago. —¿Me estás tomando el pelo? —Le pregunté. Mi voz temblaba. Mi respiración era desigual. Las copas de vino hicieron mi cabeza confusa y cálida. —Tal vez.

Me apoyé sobre mis codos para mirarlo mientras él seguía besando la piel suave dentro de mis muslos. —¿Cuánto tiempo piensas seguir así?

—Durante todo el tiempo que quiera —dijo, pellizcando suavemente mi piel con sus dientes.

Aspiré un fuerte aliento de sorpresa y placer y me caí sobre la cama. Su techo era un lienzo en blanco encima de mí, y traté de perderme en él, pero el que no me tocara donde yo quería, me distrajo demasiado. Lo necesitaba. Necesitaba cualquier cosa. Así que decidí dejar de esperar. Me agaché entre las piernas y me froté delante de su cara. Roman emitió un sonido profundo en la parte posterior de su garganta. Podía sentir su aliento en mi mano. Agarró mis muslos, sus dedos presionando la carne suave, y separó mis piernas más lejos.

Estaba tan mojada. Mi matriz estaba resbaladiza con los jugos mientras trazaba un dedo arriba y abajo de mi vulva, haciendo una pausa para pasar las yemas de los dedos por encima de mi clítoris.

Roman puso su mano sobre la mía. Luego, lentamente, guio uno de mis

dedos dentro de mí. Él gimió. Yo también. No recuerdo haber estado tan excitada antes. Mis labios estaban hinchados por nuestros besos, y mi vagina estaba apretada alrededor de mi dedo, desesperado.

Él miraba con ojos hambrientos mientras me señalaba con el dedo. Me froté el clítoris con el pulgar y me sentí a punto de alcanzar un orgasmo.

Cuando Roman deslizó un dedo dentro de mí junto al mío, me quedé boquiabierta. Presionó hacia abajo, abriéndome, y trabajó su dedo hacia adentro y hacia afuera en ritmo con el mío. —Eres tan estupendamente sexy, nena —dijo bruscamente. —Oh, demonios.

Y luego me quitó el pulgar del camino y selló sus labios sobre mi clítoris. Agarré el edredón con mi mano libre. Pequeñas estrellas explotaron detrás de mis párpados cuando cerré los ojos y arqueé mi espalda, su nombre dejando mis labios en un grito eufórico mientras el calor rodaba por mi cuerpo y la humedad fresca florecía entre mis piernas.

Él lo subió, me sacó el dedo y me quitó la mano del medio. Su lengua se arremolinaba, lamía, rodaba, y yo temblaba debajo de él. Estaba sin aliento y delirando de placer cuando me agaché, anudé mis dedos en su cabello, y lo sostuve en su lugar mientras rodaba mis caderas contra su boca. Me agarró de la cintura y me chupó el clítoris.

—¡Sí! —Respiré. Quería gritar, pero no me atrevía.

Después de mi segundo orgasmo, Roman se enderezó sobre mí. —Quítate la blusa.

Me senté. Mi cuerpo estaba débil, especialmente mis piernas. Mientras me sacaba la blusa sobre la cabeza y me quitaba el sostén, él fue a su mesita de noche y agarró un condón. Mientras él lo hacía rodar, yo me senté de nuevo en la cama y dejé que mis rodillas se desbarataran. Me froté mientras lo esperaba.

Él me miraba. Sus ojos eran oscuros, incluso en la cálida luz que proyectaba la lámpara. —No tienes idea de lo que me haces, mujer.

—Tengo una pequeña idea —susurré.

Sonrió y se inclinó sobre mí, poniendo sus manos a cada lado de mi cintura. —¿Vas a ser capaz de callarte?

Asentí con la cabeza. Max estaba en la misma casa, debía callarm. —Creo que sí.

—Voy a necesitar más seguridad que eso, nena. Si no puedes callarte, tendré que obligarte. —Me retorcí en la cama debajo de él como el deseo me atravesó. —Entonces hazme callar entonces.

Me besó el cuello, me mordisqueó la oreja y me masajeó los pechos. Me aferré a él, enganchando mis brazos sobre sus anchos hombros y levantando mi trasero de la cama para sentir la longitud de su pene descansar a través de mi estómago inferior.

Cuando no entendió la indirecta y puso su miembro sobre mí, me impacienté y me bajé de nuevo a la cama para que pudiera agacharme, agarrar su asta y aliviarla dentro de mí. Me miró mientras se deslizaba a lo largo del camino. Sostuve su mirada y me pellizqué el labio inferior entre los dientes.

Finalmente, tuve lo que quería. Se inclinó sobre mí, los músculos de sus brazos flexionándose, y me besó mientras empujaba dentro y fuera. Se tomó su tiempo para construir un impulso más rápido. Suspiré debajo de él y levanté mis piernas más alto. —Más profundo —susurré.

Roman se metió más profundamente, y yo me quejé. Luego me agarró de las manos y me inmovilizó los brazos sobre la cabeza por las muñecas. Me meneé juguetonamente, probando lo serio que era y cuánta fuerza estaba aplicando realmente. Rápidamente se hizo evidente que no sería capaz de romper el agarre que él tenía sobre mí. Estaba atrapado así. Yo lloriqueaba, y él me follaba más fuerte.

Entonces, más rápido de lo que esperaba, mi cuerpo se hizo cargo de la ola rodante de otro orgasmo.

Mis labios se separaron.

Roman lo cambió y me agarró las dos muñecas con una mano. Puso la otra mano sobre mi boca, silenciando un grito que casi se me escapa. Cerré los ojos y moví las caderas mientras mi clímax se mecía. Él colgó su cabeza, y su pelo rozó mis párpados. Él gimió sobre mí cuando vino también, y yo abrí los ojos, queriendo verle.

Cuando terminó, se acostó en la cama a mi lado con las manos apoyadas en las costillas. Giró la cabeza hacia un lado para sonreírme mientras yo me volvía hacia mi lado y me acurrucaba como una pelota.

—Sabía que no podrías quedarte callada —dijo. Todavía estaba un poco sin aliento. —Lo intenté.

—Valientemente —dijo mientras me daba palmaditas en la cadera. Luego se sentó y se levantó de la cama para ir al baño.

Mientras él se limpiaba, yo me levanté de la cama y empecé a recoger mi ropa. Salió del baño cuando estaba a punto de subirme las bragas por las piernas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó. —Probablemente debería irme.

—¿Qué? No. Quédate esta noche

—No lo sé —dije lentamente.

Roman tomó mi muñeca mientras pasaba junto a mí y me llevó de vuelta a la cama con él. Me acarició el cabello y no pude evitar sentir que la somnolencia empezaba a aparecer. Se lo debía al vino, a la buena comida y a los varios orgasmos, supongo.

—Por favor, quédate —dijo—. Podemos ir a casa de tus padres mañana juntos. Tendremos un buen día sólo nosotros tres.

Busqué en sus ojos. —Está bien. —Me besó la punta de la nariz. —Bien. — Él me puso en su contra y me abrazó. Me acurruqué con fuerza, me gustó la sensación de su cálido abrazo y su cercanía. Podía olerlo, oír su respiración y sus latidos. Podía sentirlo revolotear bajo su mandíbula mientras presionaba mi mejilla contra su cuello.

Su jadeo se niveló, y yo me quedé allí, preguntándome cómo, una vez más, Roman estaba consiguiendo lo que quería. Justo como solía hacerlo.

CAPÍTULO 33

ROMAN

Mis ojos parpadeaban. La luz del sol que corría a través de las ventanas me cegó, y protegí mis ojos contra el resplandor. Estaba a punto de darme la vuelta cuando me di cuenta de que Julieta estaba dormida en mis brazos, acurrucada contra mi pecho, su mejilla aplastada contra mi piel. Su respiración era baja y profunda, y el sol en su espalda proyectaba su frente hacia la sombra.

Ella era hermosa. No me atreví a moverme. No quería estropear el momento. Este corto, breve y perfecto momento. Cerré los ojos contra el brillo y apoyé suavemente mi barbilla sobre su cabeza. Se movió sólo un poco y aproveché la oportunidad para acercarla aún más.

Esta fue una manera maravillosa de empezar el día. Acostado en la cama, abrigado y acurrucado junto a la mujer que amaba. ¿Amaba? Volví a abrir los ojos.

¿Se me acaba de pasar por la cabeza ese pensamiento? ¿Realmente esa palabra había sido la mejor opción? ¿Acaso quise decir. Sí. Absolutamente. Estaba enamorado de esta chica. Lo he estado durante la mayor parte de mi vida, y sin embargo he malgastado años que podríamos haber pasado juntos, todo porque era incapaz de extender la mano y disculparme. Una disculpa inesperada probablemente no habría sido suficiente para arreglar las cosas entre nosotros. Me habría dicho que me largara de su vida, y estaba bien que lo hubiera hecho.

Pero por suerte para mí, no fue así como todo se vino abajo. Mi padre me obligó a un matrimonio que no quería. Tuve un hijo. Un hijo increíble. Crecí, cambié y aprendí. Y aquí estaba yo, sosteniéndola de nuevo, preguntándome cómo es que había sido tan bendecido como para tener otra oportunidad con ella.

Una parte de mí temblaba como si estuviera esperando a que se le cayera el otro zapato.

No, no tenía sentido pensar cosas negativas como esa. Estábamos aquí. Ahora en la misma página. Y si continuamos comunicándonos abiertamente, nada se interpondría entre nosotros ahora. De ninguna manera iba a dejarla

escapar de nuevo.

Julietta se agitó. La solté mientras ella arqueaba la espalda en un estiramiento. Sus ojos se abrieron y me sonrió. —Buenos días.

—Buenos días, preciosa.

—¿Cómo dormiste? —preguntó. —Como un maldito bebé. ¿Tú?

—Lo mismo. Deben haber sido todos los orgasmos.

Me reí y le besé la frente. —Debe haber sido así. ¿A qué hora tenemos que ir a casa de tus padres?

Se encogió de hombros. —No lo sé. ¿Quizás alrededor de las dos? Me gustaría parar y comprar un poco de vino. Tal vez unas flores para mi madre.

—Suenas como un plan. Si quieres, puedes elegir una botella de mi colección

—¿Tu colección? —reflexionó.

Asentí con la cabeza. —Tengo mucho vino en el sótano. —Ella se rio. —Por supuesto que sí. Debería haber esperado eso. Ningún hombre de Sanders puede tener un hogar sin una bodega.

Me reí. —No es una bodega.

—¿No? —preguntó ella, apoyándose en su codo. —Así que, ¿no voy a ir allí y encontrar una habitación dedicada específicamente al vino? ¿con más de cincuenta botellas?

—Hmm, bueno...,

—Exactamente —dijo ella—. Eso es una bodega

—¿Eso es malo?

—No.

—¿Por qué siento que es malo?. —Julietta se rio y agitó la cabeza ante mí. —Sólo estaba insistiendo en tu gusto caro, eso es todo. Aprecio la oferta, pero no puedo presentarme con una botella tan cara como las que seguro que tienes. Haría que mis padres se sintieran incómodos. Pero gracias

Me encogí de hombros. —No hay problema.

—Lástima que no hagas tu propio vino.

Esnifé. —Claro que no. Y si lo hiciera, no lo llevaría a la casa de alguien que me sirviera la cena. Eso es de mal gusto.

—¿Lo es ahora?

Asentí con la cabeza. —Sí

—¿Quién lo dice?

—Yo.

Ella puso los ojos en blanco y se levantó de la cama. —Voy a darme una

ducha. ¿Vas a quedarte aquí y pensar en el vino, o te vas a unir a mí?

—¿Es eso una pregunta? —Le pregunté mientras me deslizaba de la cama y la seguí al baño.

Resultó que no salimos de la casa hasta después de las tres de la tarde. Nos quedamos en casa y cocinamos un gran almuerzo, que los tres disfrutamos. Max estaba encantado de bajar por la mañana y encontrar a Julieta en la cocina conmigo. Él corrió hacia ella y arrojó sus brazos alrededor de la parte posterior de sus piernas, y ella lo saludó con un cálido abrazo, agachándose para apretarlo con fuerza.

Todo el día transcurría a la perfección. No podría haber pedido algo mejor. Pero cuando nos detuvimos frente a la casa de sus padres justo antes de las cinco, una oleada de nerviosismo se apoderó de mí. Julieta puso su mano sobre la mía. —¿Estás listo?

—Creo que sí. —Asentí con la cabeza y miré a Max por el espejo retrovisor. —¿Qué hay de ti, muchacho? —Mi hijo sonrió. —¡Vamos!

Salí del coche y ayudé a Max a levantarse del asiento booster. Julieta nos esperó en la acera, y cuando me acerqué, ella tomó mi mano, y los tres caminamos hacia la puerta principal de la casita.

El lugar era exactamente lo que esperaba. La casa era de dos pisos y estrecha. El revestimiento era de un color caramelo rico, pero necesitaba pintura, especialmente alrededor de la moldura marrón oscuro de las ventanas, donde se había astillado para revelar un color gris enfermizo debajo. Bajo los pies, la acera y el camino de entrada estaban agrietados.

Cuando llegamos a la puerta principal, Ella llamó y me sonrió por encima del hombro. Tuve la oportunidad de traer vino en una mano, y ella tenía el ramo de flores. Max se interpuso entre nosotros, mirando hacia atrás y hacia adelante.

Fue Wilma quien abrió la puerta. Ella y Julieta se abrazaron y luego Julieta presentó a Wilma y Max. Ella saludó a mi hijo, que se volvió tímido y se deslizó detrás de mis piernas.

Wilma le dio una sonrisa sabia mientras miraba a mi alrededor. —Está bien, Max. Entiendo. Tampoco me gusta mucho conocer gente nueva. Sólo ven a buscarme si quieres hablar más tarde. O jugar un juego.

Mi pequeño asintió tímidamente. Wilma nos invitó a entrar, y todos cruzamos el umbral. Nos quitamos los zapatos y seguimos a la hermana de Julieta por un pasillo estrecho. A la derecha había un pequeño baño con paredes de color verde oliva. Más abajo, el pasillo se abría a una cocina, que

daba paso a un comedor y una sala de estar. Las puertas del patio detrás del sofá revelaban un pequeño patio trasero vallado más allá. Era pintoresco y cómodo.

En la cocina estaban la madre y el padre de Julieta. Su padre, Sammuell, estaba cocinando sobre la estufa, mientras que su madre, Jenna, estaba preparando la mesa para la cena. Ella nos vio primero y vino a abrazar a su hija menor. Luego me miró con sus ojos de color avellana, casi idénticos a los de Julieta.

—Roman —dijo Jenna, abriendo los brazos para darme un abrazo. —Me alegro de verte. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —dije, de repente un poco incómodo. —¿Cómo está, Sra. Jenkins?

—Por favor. Jenna.

—Jenna —lo modifiqué.

—Estoy bien —dijo la madre de Julieta con una dulce sonrisa. —Sammuel, ven a saludar

—Pero la salsa...,” El padre de Julieta empezó a decir. —Se parará por treinta segundos mientras usted ejercita sus modales —dijo Jenna. Su sonrisa quedó perfectamente fijada en sus labios.

Después de que Jenna me quitó el vino y las flores de su hija, Sammuell se acercó y me dio la mano. Su agarre era tan firme como recordaba, y también lo era su bigote gris perfectamente recortado. —Me alegro de verte, Roman. Tienes buen aspecto. ¿Y quién es este amiguito que has traído contigo?

Mi pequeño todavía usaba mis piernas como escudo. —Este es mi hijo, Max. Tiene cinco años. Y es un poco tímido.

—Bueno, está bien —dijo Sammuell. —Nadie aquí va a obligarte a hacer algo que no quieras hacer, Max. Tómate tu tiempo.

Me gustó el enfoque de los padres de Julieta. Asentí con la cabeza mientras Sammuell me daba una palmada en el hombro. —Ven a echarme una mano con el ave, hijo. Y nos pondremos al día.

Max me siguió hasta la estufa, y en pocos minutos, Sammuell y yo estábamos charlando sobre el clima, el centro de música para jóvenes que el Sr. Johnson estaba abriendo, y el Día de Acción de Gracias. Lo que llevó a conversaciones sobre gratitud.

—Ha sido un largo camino —dijo Sammuell mientras verificaba la temperatura del horno. —Pero finalmente hemos llegado a un lugar donde estamos agradecidos por lo que tenemos. Ya no nos molesta lo que nos pasó.

Es extraño. Nunca pensé que llegaríamos aquí. Sin embargo, aquí estamos con menos de una fracción de lo que solíamos tener, y somos más felices que nunca.

Asentí con la cabeza. —Me alegra oír eso, Sammuel. De verdad.

Sonrió y agitó la salsa. —Te creo. Fue duro para los cuatro durante un tiempo. Fuiste una luz brillante en la vida de Julieta durante lo peor de ella. Estabas ahí cuando tuvimos que vender todas nuestras pertenencias. Recuerdo el día que volvió a casa de la escuela y su piano de cola había desaparecido. Dios, eso me rompió el corazón. No podía consolarla. Ella me odiaba por ello. Y me lo merecía. Pero fue capaz de ir hacia ti, y tú la ayudaste a superarlo. A pesar de cómo terminaron las cosas entre ustedes, me alegré de que te tuviera cuando lo necesitaba. Hizo una diferencia, ¿sabes?

Max estaba distraído, mirando la nevera y todos los imanes e imágenes que había en ella.

Me lo tragué. —Nunca quise lastimarla.

Sammuel me miró a los ojos. —Ya lo sé. Creo que siempre lo supe. No te preocupes, hijo. Eres bienvenido aquí.

—Gracias.

—No me lo agradezcas. Tráeme una tabla de cortar. En ese armario de ahí. Sí. Y un cuchillo, por favor.

CAPÍTULO 34

JULIETA

Mi madre, Wilma, y yo estábamos sentadas en la mesa del comedor, charlando sobre cómo nos había ido en la semana. Los ojos de mi madre deambulaban por la cocina, donde mi padre y Roman estaban flotando sobre la estufa, hablando entre ellos. —Esta fue ciertamente una sorpresa —dijo mi madre. Wilma asintió. —Se han estado viendo.

—¡Wilma! —Me puse nerviosa.

—¿Qué? —Se cruzó de brazos y me miró a la defensiva. —Es verdad.

—Sé que es verdad. No estaba segura de querer ir por ahí contándoselo a la gente. Todavía está fresco. Las cosas pueden cambiar. No quiero adelantarme.

—¿Adelantarte? —preguntó mi madre.

Asentí con la cabeza. —Sí. ¿Sabes? A veces las cosas van en espirales y luego te decepcionan. —Las cejas de mi madre se arquearon. —Así que realmente te gusta, ¿no?

—Claro que sí —contestó Wilma por mí.

Miré a mi hermana. —No. Sólo nos estamos conociendo el uno al otro todavía. Ver dónde estamos parados. No nos precipitamos en nada. Él tiene un hijo. Eso no sería justo.

—Tienes razón —dijo mi madre. —Tienes toda la razón. No tiene nada de malo tomarse su tiempo. Me alegro de que lo hayas invitado. Ha pasado mucho tiempo desde que lo vi.

Suspiré y miré a Roman mientras se reía de algo que mi padre acababa de decir. Fue extraño verlos a los dos haciendo el tonto en la cocina. Max se estaba uniendo a la diversión ahora, y mi padre abrió el horno para mostrarle toda la deliciosa comida que había dentro.

Wilma se puso de pie, ofreciendo una buena distracción a Roman. —Voy a abrir una botella de vino.

¿Puedo interesar a alguien con un vaso?

—Sí, por favor —dije.

Mi madre también asintió.

Me puse al día con mi madre sobre cómo le había ido en la semana mientras Wilma llenaba una copa de vino para todos. Pronto, ya estábamos sentados,

charlando, y cuando papá anunció que la cena estaba lista, nos levantamos y nos pusimos en fila en la cocina. Roman me siguió para recoger el contenido de cada olla en un plato para él y otro para Max.

Había soufflé de ñame, relleno, pavo, zanahorias y nabos, puré de papas, brotes de Bruselas, guisantes, y salsa de arándanos. Fue una fiesta absoluta.

Tomamos nuestros asientos en la mesa, y mi padre se aclaró la garganta antes de poner las manos sobre la mesa. Roman debe haber recordado la tradición de mi familia porque él entrenó a Max para que diera las gracias. Mi padre nos guio, y todos nos sentamos, mano a mano, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados, sintiendo nada más que gratitud y satisfacción en ese momento juntos.

—Amén —dijo mi padre.

—Amén —el resto de nosotros resonó al unísono. Entonces comenzó la fiesta.

La cena de Acción de Gracias era algo que esperaba con ilusión durante todo el año, y este no me defraudó. La comida estaba muy caliente y absolutamente deliciosa. Sólo había tomado unos pocos bocados, y sabía que más allá de unos cuantos más no habría sombra de duda de que iba a seguir comiendo y me arrepentiría. Pero valdría la pena.

Mi padre tomó un sorbo de vino y miró a Roman, que estaba sentado a mi lado derecho. —Así que trabajas en Anex, ¿Estás allí Roman?

Roman se tragó su bocado de comida y se limpió la boca con su servilleta. —Sí, soy el jefe de Relaciones Públicas.

—Ah, sí. La especialidad de tu padre en su apogeo en la compañía. — Roman asintió. —Sí.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Sammuel.

—Está bien, gracias —dijo Roman. Me imagino que no se le ocurrió nada más que decir aparte de eso. ¿Qué podría decir. —Oh, sí, es genial. Sigue ganando más de cuatrocientos mil al año y no tiene nada mejor en que gastarlo que en coches nuevos y paisajes sin sentido. —No, no tenía sentido. Así que, lo mantuvo simple, probablemente esperando que mi padre no le preguntara nada más sobre su propio padre.

Me acerqué para tratar de ayudar a mantener la conversación fuera de las manos de Roman. —Su padre fue quien dio el visto bueno para contratarme.

—¿Oh? —Preguntó Sammuel, su frente arrugada por la sorpresa. —Bueno, eso es bueno, ¿no? Supongo que todos hemos cambiado y dejado atrás nuestro pasado.

No dije nada, y tampoco Roman.

—Mi madre preguntó mientras empujaba puré de papas en su plato para recoger más salsa.

Roman dejó el tenedor en la mesa y apoyó la servilleta en la pierna. —No mucho. Lo mismo de siempre, supongo. Pasa mucho tiempo trabajando desde casa. Tú lo conoces. No es muy sociable, así que fue una buena solución sacarlo de la oficina y hacer que yo me encargara. Ahora hay mucho menos movimiento en Anex.

Su remate funcionó. Todos en la mesa, excepto yo, se rieron. Bueno, Max tampoco se rio, pero eso fue porque el chiste se le fue de las manos, y estaba demasiado concentrado en tratar de apuñalar un guisante singular con una punta de su tenedor.

Mi madre agitó la cabeza. —Tu padre es un hombre brillante, pero tienes razón. No tiene el más mínimo contacto con la gente. Y eso está bien. Se necesita de todo tipo de personas para hacer que este mundo gire. ¿Te está preparando para que te hagas cargo del negocio?

—Creo que sí. Para ser honesto, no es una conversación que hayamos tenido. No sé cuáles son sus intenciones con la compañía una vez que decida retirarse.

—Estoy segura de que te dejará a ti a cargo —dijo mi madre. —Owen querrá mantener a Anex en la familia. Y tienes una gran experiencia, y si no me equivoco, te ha ido bastante bien con la compañía.

Roman puso una mueca de dolor y se volvió ligeramente rosada. Me sorprendió. No era un hombre que se pusiera nervioso fácilmente. Pero tal vez esto fue demasiado, incluso para él. —Gracias —dijo.

—La compañía lo hará mejor cuando lo manejes sin su intervención de todos modos, Roman —dije mientras perforaba un arándano con mi tenedor y luego lo apilaba en un pedazo de pavo.

Él se encogió de hombros. —Ya veremos. Ambos tenemos nuestras propias fortalezas. Estoy seguro de que surgirán cosas que no tendré ni idea de cómo manejar.

Lo miré fijamente en una forma orgullosa. —Sea lo que sea, harás un mejor trabajo que él. —Los ojos de Roman se entrecerraron un poco.

—Lo siento —dije. —Pero seamos honestos. Tu padre no tiene la reputación de ser el tipo más amable. Yo, de entre todas las personas, lo sabría. Es un imbécil...

—Julieta —dijo mi madre bruscamente.

—¿Qué? —pregunté, parpadeando de sorpresa. No estaba diciendo nada que nadie en la mesa no supiera ya. Owen Sanders no era un buen hombre. Nunca lo había sido. Probablemente nunca lo será. La mayor parte de la ciudad sentía lo mismo, y cuando te lo encontrabas en público, hacías todo lo posible por evitar el contacto visual para no tener que tratar con él en absoluto.

Su aversión personal hacia mí sin una buena razón me hizo aún más inclinada a odiarlo.

Mi madre dirigió sus ojos hacia Max, que estaba sentado en el otro lado de Roman. Se inclinaba hacia adelante, mirándome.

Roman dejó sus utensilios. —Mi padre no está tan fuera de control como algunos creen. Claro, es rudo, y no pierde tiempo ni energía tratando de gustarle a la gente, pero es un brillante hombre de negocios.

—Eso no es una medida justa para determinar si alguien es o no una buena persona —dije. Toda la mesa se había quedado en silencio. Ni siquiera un tenedor golpeó un plato. Nadie ha masticado.

Roman me estaba observando. Sus ojos eran más oscuros de lo normal. Tenía la mandíbula apretada. —Puede que no lo parezca desde afuera, pero mi padre es el tipo de hombre que se levantará cuando llegue el momento.

Me encogí de hombros. —Si tú lo dices.

Las patas de la silla de Roman chirrían sobre la madera dura mientras él se levantaba. Cogió su servilleta antes de que cayera de su pierna y la colocó al lado de su plato medio vacío. Cuando habló, miró a mi madre, a mi padre y a Wilma. Nunca me miró. —Me disculpo, pero Max y yo tenemos que irnos.

—Pero papá —dijo Max, su voz adoptando el tono agudo de un lloriqueo.

Roman levantó la mano. —Ahora no, Max. Arriba, Vamos a casa de papá.

El niño me miró. Me senté ahí como un ciervo en los faros, tratando de averiguar cuando todo había salido tan mal. Todo lo que había dicho eran cosas que todos ya sabían, cosas que Roman sabía mejor que todos nosotros. ¿Por qué demonios estaba enojado conmigo por eso?

Nunca le gustó lo honesta que podía ser. Le erizaba las plumas en ese entonces. Tal vez ahora también los irritó a ellos.

Nadie intentó hacer cambiar de opinión a Roman. En vez de eso, todos le dijeron que había sido agradable verlo, y mientras se deslizaba por el pasillo con su hijo, todos se despidieron de Max, quien finalmente tuvo el coraje de saludar de vuelta.

Me senté en silencio escuchándolos ponerse los zapatos y las chaquetas.

Entonces me levanté y salí corriendo tras ellos. Roman salió al frío y me puse las botas. No pude encontrar mi chaqueta, así que tomé la de mi papá con forro polar. Olía a jabón de primavera irlandés y puros baratos.

—Roman, espera —le llamé mientras corría por la entrada. Estaba abrochando el cinturón de seguridad de su hijo en su asiento booster.

Cuando me acerqué, cerró la puerta trasera del coche, cruzó los brazos sobre su pecho y se volvió hacia mí. —¿Qué?

—No quise decir esas cosas. Sabes que no iba en serio, ¿verdad? Sé que tu padre es un buen hombre de negocios. Sé que la compañía es el éxito que es gracias a él. Todo lo que quise decir es que las cosas serán aún mejores cuando él...

—No quiero oírlo, Julieta. Guárdate tus críticas a mi padre para ti, ¿de acuerdo?

Su tono era de enfado. Impaciente. Le había hecho pruebas. —Roman. Dame un respiro. No hablaba en serio. Igual que no hablabas en serio sobre mí en la secundaria.

—¿Qué diablos tienen que ver esas dos cosas entre sí?

—Sólo estoy tratando de demostrar algo.

—Bueno, no estás haciendo un buen trabajo —ladró.

Se dio la vuelta e hizo que caminara alrededor del auto, pero yo agarré la manga de su chaqueta y lo jalé hacia atrás para señalarlo con un dedo acusador. —Me trataste de la misma manera que tu padre trata a la gente. Me trataste como si fuera reemplazable. Sólo estabas ahí cuando me necesitabas. Cuando las cosas se pusieron realmente mal para mí y no podía permitirme traer un maldito almuerzo a la escuela, te fuiste, Roman. No te gustaba ser el chico con la pobre chica. No te gustaba cómo te hacía ver. Bueno, ¿adivina qué? Que me dejaras así te hacía ver como el verdadero idiota que eras.

Roman se pellizó el puente de la nariz y colgó la cabeza. —No estoy entretenido con esto ahora. Mi hijo está en el coche y pensé que habíamos dejado eso atrás.

—Yo también.

Se frotó los ojos y no me miró cuando dejó caer la mano de su cara. —Tengo que irme, Julieta. No sé qué hice mal otra vez. Lo que sea que haya sido.... diablos. No lo sé.

Hizo un gesto con la mano con desdén antes de finalmente caminar alrededor del capó de su auto y entrar. Lo vi retroceder por la entrada y alejarse, y me quedé mirándolo con un pensamiento que retumbaba en mí

cerebro: ¿Había caído por el mismo Roman que me masticó y me escupió hace tantos años? ¿Iba a terminar tan dañada como entonces? ¿Cómo es que no había visto todas las señales de advertencia antes?

CAPÍTULO 35

ROMAN

La expresión de Max era incierta cuando abrí la puerta trasera del auto para sacarlo del asiento booster.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Estaban peleando tú y Julieta?

Suspiré mientras desabrochaba su asiento. —No, muchacho. Puede ser complicado a veces cuando dos personas que solían conocerse no se ven durante mucho tiempo. Hay muchas conversaciones que tienes que tener para que puedas saber en quiénes se han convertido en ese tiempo. ¿Entiendes?

Max salió del coche. Sus botas golpearon el pavimento liso de la entrada de la casa de mi padre. —Creo que sí.

—No tienes que preocuparte por mí y por Julieta. Sólo necesitamos hablar de algunas cosas, y todo estará bien

—¿Por qué no le gusta mi abuelo?

Esa era la pregunta que esperaba que no me hiciera y la razón por la que estaba tan molesto con la forma en que Julieta había manejado las cosas en la casa de sus padres. Me importaba un bledo que no le gustara mi padre. Siempre hubo mala sangre entre ellos. Lo que no me gustó fue que ensuciara el nombre de mi padre delante de mi hijo.

Max era la única persona en este planeta que veía a mi padre como un modelo a seguir. Como alguien amable, gentil y desinteresado. Quería que siguiera así.

—No es que no le guste —dije, eligiendo mis palabras con cuidado. —Pero tu abuelo conocía a Julieta cuando era adolescente. Y no se llevaban bien. Lo que es normal, porque no todos necesitan llevarse bien. Sólo que son personas muy diferentes

—Oh.

Le di una palmadita en la cabeza. —Te prometo que no tienes que preocuparte por eso, Max.

—De acuerdo.

Cuando llegamos a la puerta principal, me agaché frente a él y lo sostuve

por los hombros. —¿Me crees cuando te digo que todo saldrá bien?

Sus oscuros ojos se movieron de un lado a otro entre los míos mientras pensaba en su respuesta. Le enseñé a responder sólo cuando estaba seguro. No necesitaba sentir presión. Después de unos diez segundos, asintió. —Te creo papá.

La puerta principal se abrió. Mi padre estaba parado allí, mirándonos a los dos con una expresión fría en la cara. —¿Qué haces ahí abajo, Roman?

—Estábamos hablando —dije, enderezándome. —Llegas tarde. No es que me sorprenda.

Suspiré. —Lo siento, papá. Ha sido una noche un poco agitada. Nos invitaron a la casa de un amigo para una cena temprana, pero las cosas no salieron según lo planeado. Debí haber llamado y decírtelo.

—Ciertamente. Deberías haberlo hecho.

—Pero ahora estamos aquí. ¿Podemos entrar?

Mi padre se hizo a un lado y nos invitó a entrar. Max y yo nos quitamos los zapatos y las chaquetas, y luego seguimos a mi papá por el pasillo hasta el comedor formal, donde una gran cantidad de comida de Acción de Gracias fue colocada encima de un corredor de mesa rojo. En el centro de la mesa había un cuenco de bellotas y hojas secas. A ambos lados del cuenco, las velas doradas parpadeaban y se quemaban.

—La mesa se ve bien, papá —le dije.

—Maura tiene una manera de hacer este tipo de cosas —dijo mi padre mientras se sentaba a la cabecera de la mesa. Me senté en su lado derecho, y Max tomó la silla a mi lado.

Luego, segundos después, la mujer que asumí que era Maura entró. Llevaba un vestido negro de manga larga. Era hasta la rodilla, y tenía medias de nylon negras debajo. Los tacones de sus zapatos negros golpeaban el piso a cada paso mientras se dirigía a su silla, la sacaba y se sentaba para agarrar sus manos en su regazo.

Estaba sentada justo enfrente de mí. Levantó su mirada azul y me dio una dulce sonrisa. Aparecieron pliegues en las comisuras de su boca, y arrugas en sus ojos. Sus mejillas estaban sonrojadas y llenas, sus labios en forma de corazón, y su cabello un rico color marrón. —Hola. Tú debes ser Roman. He oído hablar mucho de ti.

—¿De verdad? —Le pregunté, más que un poco sorprendido. —No tenía ni idea de que mi padre hablaba de mí cuando yo no estaba cerca.

Maura miró a mi padre y sonrió. —Desde luego que sí. Y tú debes ser Max.

Sabes, eres famoso por aquí. —Max se sentó un poco más derecho. —
¿Famoso?

Maura asintió. Sus rizos marrones rebotaron justo por encima de sus
hombros. —Sí. Tu abuelo habla de ti como si fueras de la realeza. Toda esta
cena es para ti.

Max miró la mesa y toda la comida. —¿De verdad?. —Mi padre sonrió.
Parecía casi incómodo, como si estuviera fuera de su elemento. —Sí. Sólo lo
mejor para mi nieto. Ahora, a comer.

No se podía dar gracias en la casa de mi padre. También hubo poca
conversación mientras todos cavábamos en nuestra comida. Max no comía
mucho de la suya. Supongo que eso fue una mala planificación por mi parte. Se
había llenado en la casa de Jenna y Sammuel. Yo, por otro lado, todavía tenía
espacio para una cena completa de pavo.

Cuando terminamos, me desplomé hacia atrás y me acaricié las tripas. —
Eso estuvo delicioso, Maura. Gracias.

—Fue un placer —dijo, deslizándose sobre sus pies como una bailarina y
dando una vuelta alrededor de la mesa para recoger todos los platos y se los
llevó a la cocina.

Miré a Max. —¿Te importaría ayudar a Maura mientras hablo con papá
sobre el trabajo? —Mi hijo se levantó de su silla y se acolchó en la cocina.

Mi padre frunció el ceño después de eso. —Limpiar es el trabajo de Maura.
No tienes que hacer que Max trabaje. Puede relajarse. Jugar a los videojuegos.
Lo que él quiera.

—Lo sé, papá. Pero me gusta enseñarle a ayudar donde pueda. Y quería
hablar contigo

—¿Sobre qué?

—Maura —dije simplemente, asintiendo con la cabeza en dirección a la
cocina. —¿Qué pasa con ella?

—No te hagas el tonto conmigo, papá. —Mi padre cogió su vino y lo sorbió
con indiferencia. —No sé de qué estás hablando.

—Ustedes dos tienen alguna clase de relación, ¿no?

Mi padre entrecerró sus ojos marrones oscuros hacia mí. —¿Es tan
transparente?

Esnifé y me reí. —Bueno, tal vez no me hubiera dado cuenta si la mesa no
hubiera sido puesta y ella no hubiera estado frotando tu canilla con la punta de
su talón durante toda la cena.

—¿Cómo...?

—No importa. Parece agradable, papá

—Ella lo es.

—Entonces me alegro por ti.

Mi padre casi sonrío. Casi. —Ella me cuida. Y me dice cuándo me paso de la raya. Creo que necesitaba a alguien como ella desde, bueno... desde que tu madre murió, Roman.

Levanté mi copa de vino. —Para mamá

—Para ella —dijo. Bebimos.

—Así que, esa nueva escritora tuya —dijo, estudiándome con frialdad. — Su nombre es Julieta” Luché conmigo mismo para mantener la compostura. — Así es.

—Me encontré con Darlyn ayer, y ella habló de ella. Me aseguró que estaría muy contenta con el contenido que produce y su ética de trabajo. También afirmó que Julieta era muy comercializable y flexible.

—Todo es verdad.

—¿Estoy en lo correcto al asumir que es a Julieta Jenkins a quien acabamos de contratar, Roman? —Miré fijamente el vino rojo sangre en mi vaso y suspiré. —Sí, es ella. —Mi padre se sentó callado. El silencio que se extendía entre nosotros, arrastrándose mientras trataba de pensar en algo que decir. Cuando me quedé sin nada, mi padre dirigió la conversación.

—Confío en tu opinión y en la de Darlyn, Roman. Julieta parece una valiosa adición a la compañía. No dejaré que mi actitud mezquina hacia ella impacte en el negocio. Ojalá lo hubieras sabido cuando quisiste contratarla para que no me sorprendiera tanto el trato.

—No sabía cómo reaccionarías. Pensé que podrías cancelar el trato

—¿Todo porque no me gustaba cuando ustedes dos eran jóvenes? — preguntó. Me encogí de hombros. —No eres el hombre más fácil de llevar, papá.

Mi padre se acarició la barbilla. —Tenía suficientes razones para no quererla.

—No, no las tenías —dije. Cuando él no me respondió bruscamente, yo continué. —No te gustaba por lo que era su padre. No querías que enganchara mi carro a alguien que estaba arruinado. Alguien que había sido avergonzado en el ojo público y que tenía más pelotas de las que cualquiera de nosotros podría soñar.

Mi padre hacía girar su vino. —No estás equivocado

—Sé que no lo estoy.

—Entonces sospecho que ya sabes que te voy a dar un consejo, ¿quieres oírlo o no?

Sonreí. Esta fue la primera conversación abierta y honesta que mi padre y yo tuvimos en años. La última vez que hablamos con franqueza fue cuando mi esposa había muerto, y yo lo necesitaba. Lo necesitaba desesperadamente y él había estado allí. A pesar de todo.

Traer a Max a casa la primera vez. Ayudarme a comprar leche de fórmula, algo que Claudia y yo no habíamos considerado porque quería amamantar. Enseñándome cómo cambiar un pañal. Cómo hacer para sacar sus eructos, dormir cuando Max dormía, envolverlo. Cómo sacrificarse por la noche. Me enseñó todas esas cosas...me enseñó a ser padre.

—Te escucho, papá. Dímelo. —Mi padre se movió en su asiento. —No te involucres con ella. Esto son negocios ahora, Roman. Necesitas mantener las cosas profesionales y establecer algunos límites. No sólo están trabajando juntos, sino que eres técnicamente su jefe. Esas cosas nunca terminan bien. ¿Entiendes?

—Eso no es algo de lo que tengas que preocuparte. —Mi padre asintió con la cabeza. —Bien. Me alegro. —Suspiré. —Sí.

CAPÍTULO 36

JULIETA

Después de que Roman y Max se fueron, me paré frente a la puerta del garaje de mis padres mirando fijamente sus luces traseras. No estaba segura de por qué, pero una pequeña parte de mí esperaba que se detuviera, retrocediera y cambiara de opinión. Tal vez volvería a entrar, y nuestra estúpida riña sería olvidada bajo la alfombra. ¿Por qué quería tanto eso?

Mis entrañas se retorcían, y conocía muy bien el sentimiento: culpa. Sabía que lo que había pasado en la casa había sido culpa mía, pero no estaba muy segura de en qué me había equivocado. ¿Cómo es que todo se ha estropeado tan rápido?

Sabía lo que Roman sentía por su padre, al menos eso creía. Se advertía como si estuviera bajo el pulgar de su padre. Como si me hubiera odiado sin razón durante tanto tiempo. Y ahora que finalmente abrí la boca, ¿Él estaba enojado conmigo? ¿De dónde salió?

Gruñendo para mí misma, metí mis manos en los bolsillos de la chaqueta de mi papá y volví a entrar. Me quité las botas, colgué la chaqueta a cuadros y me puse de mal humor para volver a sentarme en el comedor.

Ahora iba a comer demasiada comida para tratar de sentirme menos mal por cómo había pasado la noche. Mi familia estaba tranquila y me observaba. Nadie dijo una palabra.

—¿Qué? —Les pregunté mirando a todos.

Mi madre y mi padre intercambiaron una mirada. Wilma me miraba, con las manos bien puestas en su regazo, mientras yo rellenaba mi boca con papas.

Mi padre empujó su silla. —Julieta, ¿podemos hablar en privado un momento? —Arqueé una ceja. —¿En serio?

—Ven —dijo, inclinando su cabeza hacia el estudio. —No necesito un sermón, papá

—No es un sermón. Es una discusión. Y basado en el comportamiento que acabo de ver, lo necesitas. Tu madre te mantendrá el plato caliente en el horno.

Había visto a través de mí, mi próxima objeción, que mi comida se enfriaría. Me había cortado el paso dando una solución al problema antes de que yo lo expresara. Me sentí como un adolescente otra vez. Así era como él

solía tratar a Wilma y a mí todo el tiempo cuando trataba de convencernos de que habláramos de algo que habíamos hecho mal. O que se suponía que debíamos hacer, pero nunca lo hicimos. O bien, algo que hicimos que hirió a alguien más.

Suspiré y me levanté. Mi madre y mi hermana vieron cómo mi padre y yo nos íbamos. Cerró la puerta de la guarida detrás de nosotros y encendió la luz.

Llamar a la habitación fuera de la sala de estar u. —estudio” era generoso. Era más bien un armario glorificado con espacio suficiente para un escritorio y una librería en su interior. Mi padre se apoyó contra la pared y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Sé lo que vas a decir —dije. —¿Lo sabes?

Asentí con la cabeza. —Sí. Que fui grosera. Que no era asunto mío decir esas cosas sobre el padre de otra persona. No quise... no sé, herir sus sentimientos o algo así. —Me detuve, moviendo la cabeza. Herí sus sentimientos. Eso ya lo sé. —Yo sólo...; ¡Su padre es un imbécil!

Mi padre se rio, pero me agitó la cabeza. —Eso no importa, querida

—¿Entonces de qué se trata esto?

—Dijiste esas cosas delante de Max, Julieta. Sobre su propio abuelo. Roman es un buen hombre con un buen corazón. No quiere que su hijo piense que su abuelo es un hombre egoísta. Él querría que su hijo sólo pensara en cosas buenas de su único abuelo. Y puedo entenderlo.

El calor se apoderó de mis mejillas. De repente, me sentí avergonzada.

—Y no sólo eso, sino que estás siguiendo mis pasos, y no quiero eso para ti

—¿Qué quieres decir? —Le pregunté,

—Perdí mi trabajo debido a la interrupción de la comunicación entre mi jefe y yo. Y fui por encima de él, denuncié al dueño de la compañía. Si hubiera seguido mi curso y manejado las cosas con más madurez, nos habría ahorrado todas estas pérdidas. Todo este caos. Podría haberte salvado a ti y a Wilma de sufrir en la secundaria. Hubiéramos tenido todos los fondos para la universidad para ustedes dos, mis adoradas hijas.

No podía mirar la cara de mi padre. Había demasiada emoción allí. Demasiado dolor. —Papá, yo...,

—Julieta, cariño, tienes un corazón de oro. No tenías malas intenciones. Pero tienes que arreglar las cosas

—Esto no es lo mismo que lo que te pasó a ti, papá. No me estoy poniendo en el mismo aprieto.

—No, no lo es, pero Roman ha hecho mucho por ti. Se ha jugado el cuello.

Se ha esforzado al máximo para que esto ocurra. Tienes que hacer esto bien con él.

Me mordí la lengua para evitar decir algo estúpido. Me sentí como si tuviera catorce años de nuevo, siendo criticada por decir algo grosero o sarcástico.

—No tengo que hacer nada —dije.

—Por supuesto, no tienes que hacerlo. Esta es tu elección. Pero yo te conozco. Te arrepentirás de dejar que las cosas sigan así. Vino aquí para la cena de Acción de Gracias, por el amor de Dios, Julieta. No puedes decirme que eso no significa nada.

Estaba tan confundida. Me froté las sienes. —¿Por qué importa? No necesito tanto este trabajo, papá. Si trabajar para Anex significa que nunca podré decir lo que quiero o lo que siento, entonces no vale la pena para mí. Puedo encontrar un trabajo en otro lugar. Puedo hacer que esto funcione.

—Dulce niña. —Mi padre suspiró, cogiendo mis dos manos en las suyas. Su agarre era cálido y firme. Sus manos eran tan grandes que se tragaron las mías. —Este es el trabajo de tus sueños. Es todo lo que siempre has querido. No puedes tirarlo por la borda por esto. No cuando una simple disculpa puede arreglarlo todo.

—Entonces, ¿tendré que morderme la lengua todo el tiempo?

—No entiendes el punto.

—¿Entonces cuál es el punto? —Lloré, levantando las manos. —¿Adónde quieres llegar, papá? ¡Dímelo ya!

—Él te ama, Julieta. —Esas palabras me golpearon como un rápido puñetazo en el estómago. —¿Qué? —dije.

—Esto no es ciencia espacial. Roman se preocupa por ti. Y él hizo lo más inteligente cuando empezaste a hablar mal de su padre delante de su hijo. Se fue. No discutió. No se defendió. Empaquetó a su hijo y se fue. Y ¿Sabes qué? Él te perdonará por ello. Por lo mucho que se preocupa por ti.

Mi mente estaba girando. Saqué la silla de la computadora metida bajo el escritorio y me hundí en ella. ¿Por qué dije todas esas cosas?. ¿Max olvidaría que las dije? ¿O se aferraría a ellas para siempre, recordando que fui yo quien ensució la imagen que él tenía de su abuelo?

No debí haber sido tan estúpida. Quizás había bebido una copa de vino de más. Pero no estaba borracha. Había dejado que mi ira hacia Owen Sanders se acumulara y se acumulara, luego esta noche, estalló en el momento más inapropiado.

Claro, tenía miedo de trabajar para él. La forma en que me trató en el pasado, como si fuera una leprosa tratando de usar a su hijo, me dejó un mal sabor a la boca. Pero la gente cambia. Y ninguno de nosotros era bueno o malo. Algunos de nosotros no sabíamos dónde estaba la línea, o cómo ser bueno y amable.

El padre de Roman, en mi opinión, era una de esas personas. Pero al final de todo, seguía siendo su padre. Y el abuelo de Max.

Mi propio padre había cometido muchos errores. Nos había llevado a la bancarrota. Destruyó nuestra forma de vida y nos obligó a vivir en habitaciones de moteles baratos. Por sus decisiones y su falta de acción en el momento oportuno, había perdido mi identidad y las cosas que me hacían sentir como yo. Como mi piano de cola. Suspiré y apoyé la cabeza en las manos. —No va a querer verme.

Llamaron a la puerta. Levanté la cabeza mientras Wilma la abría y miraba entre nuestro padre y yo. —¿Julieta?

—¿Sí? —Le pregunté. —¿Estás aquí para señalar lo tonta que soy yo también? —dije. Wilma agitó la cabeza. —No, sólo estoy aquí para dar mi opinión

—Genial —me quejé.

—Papá tiene razón. —Dijo mi hermana.

—Sé que la tiene —dije.

Wilma no debe haberme escuchado estar de acuerdo con ella porque siguió su declaración diciendo. —Soy tu hermana mayor. A veces, sé de lo que estoy hablando. Estabas equivocada. Le debes al menos decir que lo sientes. Y si conozco Roman, esto no afectará su relación trabajando juntos.

—Wilma, lo sé. En serio, lo entiendo.

—Entonces, ¿qué haces sentada aquí? —preguntó.

—Roman debe haber ido a casa de su padre para una segunda cena. Se suponía que estaría allí a las ocho. No voy a ir a interrumpir su noche familiar.

—No lo pospongas demasiado —advirtió mi padre. —¿Pueden darme un minuto? —Les pregunté.

Wilma y mi padre me dieron sonrisas comprensivas antes de salir del estudio. Vi cómo se cerraba la puerta.

Podía escuchar las voces apagadas de mi familia mientras hablaban en voz baja en el comedor. Después de un par de minutos, oí el estruendo de los platos apilados cuando comenzaron a limpiar la mesa.

Qué manera de pasar Acción de Gracias. No era la peor que había tenido,

por supuesto. El más horrible año fue probablemente el primer Día de Acción de Gracias después de que mi padre fue despedido y perdió todo nuestro dinero. Ni siquiera habíamos cenado. Nos comimos un montón de bocadillos de la máquina expendedora en el vestíbulo del hotel mientras veíamos repeticiones de viejas comedias en la televisión de la habitación llena de estática. En ese momento, había sido terrible. Pero ahora, mirando hacia atrás, era un recuerdo muy entrañable. Un recuerdo de que todos nosotros estábamos juntos, unidos sin distracciones. Haciendo que funcionaran las cosas. No teníamos habitaciones separadas a las que retirarnos, ni dispositivos de fantasía que nos distrajeran los unos de los otros.

Acabamos de tener la televisión, que apenas podíamos oír o ver. Y nos teníamos el uno al otro.

Roman había perdido mucho en su vida. Mi familia había perdido dinero, pero él había perdido a su madre, a su esposa. Había perdido la oportunidad de tener su propia familia.

Yo fui la afortunada entre los dos. Todavía tenía a mis dos padres, y tenía una buena relación con ambos. Una relación maravillosa. También a una hermana que consideraba una amiga.

Me mordí el labio inferior mientras me salían lágrimas de los ojos.

Tenía que hacer esto bien. Debía decir que me había equivocado. Tenía que asegurarme de que supiera cómo me sentía.

CAPÍTULO 37

ROMAN

Mi humor estaba agrio el viernes por la mañana mientras me preparaba una taza de café.

Todo en lo que podía pensar era en cómo Julieta y yo nos habíamos separado anoche, después de la cena en la casa de sus padres, había tomado un giro brusco para peor.

Estaba enfadado con ella. No pude evitarlo. Y cuanto más me sentaba y pensaba en ello, más me enojaba. Sabía qué clase de hombre era mi padre. Lo sabía mejor que nadie. Y podía decir lo que quisiera de él, pero no necesitaba que ella difamara su nombre por todas partes, especialmente no delante de mi hijo.

Y luego, para colmo, me dejó muy claro que no me había perdonado por cómo fueron las cosas entre nosotros en la escuela secundaria. Ella todavía me culpaba por ello. Seguía resentida conmigo. Después de mirarme a los ojos la otra noche y decirme que me perdonaba, no comprendía su actuar ahora.

Tal vez ella no tenía ni idea de lo que eso significaba para mí, cuánto peso se me quitó de los hombros en ese momento. ¿Cómo podía saberlo? Julieta no tenía forma de saber que yo había estado cargando conmigo la culpa de cómo la traté en la escuela secundaria todos estos años. Pero lo hice. Y después de sólo un día de alivio de esa culpa, ella fue y la escupió encima de mí.

Mientras revolvía el café, llamaron a la puerta de mi casa. Refunfuñando en voz baja por ser demasiado pronto para la compañía, aceché por el pasillo y abrí la puerta.

—Roman. —Mi padre asintió saludando. Luego me miró de arriba a abajo. Todavía estaba con mis sudaderas y una camiseta gris suelta con una mancha de pasta de dientes en el cuello. —Son las ocho en punto.

—Estoy consciente de eso.

Mi padre, a diferencia de mí, llevaba un par de pantalones azul marino, zapatos de vestir marrones y una chaqueta afilada encima de un botón blanco. Se veía elegante y bien armado, como siempre. Dudaba que tuviera un par de sudaderas. La única vez que lo vi con pantalones con cintura elástica fue en la mañana de Navidad.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ladeé la cabeza a un lado. No recuerdo la última vez que mi padre me preguntó eso. —Estoy bien, papá. Tengo muchas cosas en la cabeza ahora.

Asintió con la cabeza y luego sacó la carpeta de cuero marrón de donde la tenía metida debajo del brazo. —Esperaba que tuvieras un minuto para hacer el papeleo conmigo. Quería dejar esto en la oficina esta tarde.

—La oficina está cerrada.

—Tengo llaves. Iba a dejarlo en el escritorio de Penny para que lo archivara cuando llegara el lunes por la mañana.

Penny probablemente apreciaría eso. Entonces no tendría que tratar con mi padre en persona. Suspiré. —Sí, tengo tiempo. Pasa, entra. ¿Quieres un café?

—Claro —dijo mi padre, cruzando el umbral y cerrando la puerta principal tras él. —Déjate los zapatos puestos si quieres.

Me siguió por el pasillo hasta la cocina, donde se preparó una taza de café. Luego nos sentamos a la mesa y revisamos el papeleo. La mayoría eran cosas típicas de negocios. Algunas facturas. Algunos documentos de los empleados. Paquetes de nueva contratación, uno de los cuales era el de Julieta. Lo firmé rápidamente y me lo quité de la cabeza tan pronto como pasé al siguiente documento.

Cuando terminamos, apilé los papeles, golpeando el fondo de ellos contra la mesa. Mi padre los estaba guardando en su carpeta cuando Max apareció en la cocina. —Abuelo. —Sonrió, cruzando el suelo y abrazando a mi padre.

Mi papá le dio palmaditas en la cabeza mientras lo abrazaba. —Buenos días, muchacho

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tu abuelo y yo tuvimos que firmar unos papeles para trabajar

—Oh —dijo mi hijo. Luego sonrió. —¿Podemos desayunar? —Asentí con la cabeza. —Claro que sí, muchacho. ¿Ya has comido, abuelo?

Mi padre asintió con la cabeza. —Sí, pero hace un par de horas. Siempre puedo hacer espacio para un poco más. —Se dio una palmadita en el estómago y le guiñó un ojo a Max, que se rio.

Fui a la nevera y la abrí para echar un vistazo a lo que teníamos en términos de ingredientes. Estaba a punto de enumerar un par de opciones cuando hubo otro golpe en la puerta.

—Tienen que estar bromeando —me quejé mientras cerraba la nevera. — Ustedes dos decidan lo que quieren comer. Enseguida vuelvo.

Una vez más, marché por el pasillo y abrí la puerta. Me entró aire frío, y

también lo hizo la sorpresa. Julieta estaba allí de pie. Su cabello estaba suelto y liso, su cara estaba libre de maquillaje. Sus ojos estaban hinchados y rojos. —Oye —dijo en voz baja.

—Hola.

Se masticó el interior de la mejilla y se retorció las manos. —¿Puedo entrar? Me gustaría hablar contigo sobre lo de anoche

—¿Vienes a intentarlo de nuevo con mi padre?

Se estremeció y miró a sus pies. —No, me pasé de la raya, Roman. Vine a disculparme. —Suspiré y me rasguñé la nuca. —Bien. Entra. Está aquí, por cierto.

—Vi su coche —dijo ella, enganchando su pulgar sobre su hombro en el Range Rover de la entrada.

Asentí con la cabeza y cerré la puerta principal detrás de ella cuando entró. Entonces ella y yo caminamos por el pasillo hacia la cocina. Max estaba emocionado de verla y corrió, lanzándose hacia adelante y envolviendo sus brazos alrededor de sus piernas. Julieta sonrió y lo saludó calurosamente. Entonces ella y mi padre se miraron a los ojos.

—Hola, Sr. Sanders. —Ella sonrió. Me pareció una verdadera sonrisa. —Buenos días, Julieta. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. ¿Tuvieron un buen Día de Acción de Gracias?

—Sí, creo que aún estoy lleno —dijo. Y también sonrió. ¿Qué está pasando? Mi padre se levantó. —Roman, sé que tú y Julieta tienen que hablar. ¿Qué tal si Max y yo salimos a desayunar?

—¿Te parece bien, Max? —Le pregunté a mi hijo. Él asintió.

—Muy bien, ve a cambiarte —dije, inclinando la cabeza hacia las escaleras.

Mi hijo salió corriendo y subió las escaleras. Los tres nos quedamos de pie en la cocina, incómodos, sin saber qué decir por miedo a decir algo equivocado.

Mi padre rompió el silencio primero. —Me sorprendió saber que eras la nueva escritora. Me disculpo por no darme cuenta antes. Debería haber reconocido tu voz en la llamada. —Julieta agitó la cabeza. —Está todo bien. Estoy emocionada de hacer negocios con ustedes dos. —Mi padre asintió con la cabeza. —Estoy ansioso por leer tu libro. Darlyn habla muy bien de ti. — Julieta tragó y asintió.

La tensión en la habitación era grande, pero ambos se comportaban de la mejor manera posible. Les estaba agradecido a los dos por ello.

Tan pronto como Max bajó las escaleras, mi padre aplaudió y anunció que se estaba muriendo de hambre. Él y mi niño se despidieron, y en pocos minutos, Julieta y yo estábamos solos, parados en mi cocina, mirándonos por todas partes menos el uno al otro.

Empezó por aclararse la garganta. —Roman, cometí un error anoche. Lo que dije estuvo completamente fuera de lugar, y lo siento muchísimo. Y nunca debí haber dicho esas cosas delante de Max. Me siento absolutamente terrible.

—Tienes razón. No deberías haberlo dicho delante de mi hijo pequeño.

—¿Dijo algo al respecto? —preguntó ella. Sus ojos eran vidriosos. Agité la cabeza. —No.

Ella asintió. —Creo que yo también le debo una disculpa

—Te lo agradecería. —Fui y me senté en la mesa de la cocina. Le hice un gesto para que se sentara y junté mis manos, mirando cómo se agachaba en la silla. Parecía nerviosa. —Julieta, ¿Por qué dijiste esas cosas en primer lugar? ¿Dije algo malo?

Ella agitó la cabeza. —No, en absoluto. Creo... creo que me asusté

—¿De qué?

—De ti.

Arqué una ceja. —¿Perdón? No entiendo lo que quieres decir.

Ella suspiró y corrió su pulgar a lo largo del borde de la mesa. —Estaba aterrorizada de que me enamorara del mismo tipo con el que me enamoré en la secundaria. Me rompiste el corazón, Roman. Y de repente, me di cuenta de que estaba justo donde empecé. Tengo todos estos sentimientos y no sé qué hacer con ellos. Me asusta muchísimo. No puedo dejar de pensar en lo que pasaría si volvieras a alejarte de mí.

Me froté los ojos. —Ya no soy ese chico, Julieta. No he sido él desde hace mucho tiempo

—Ahora lo sé.

—¿Pero, entonces qué pasó anoche? ¿Hace catorce horas?

Ella agitó la cabeza. —Hace catorce horas, no me había dado cuenta de que te amaba de nuevo.

¿Me amaba? Mi corazón se hinchó en mi pecho, y el calor se extendió a través de mí. Quería decirle esas palabras a ella. Estaban justo ahí, colgando precariamente de la punta de mi lengua. Pero no pude. Todavía no. Aún había cosas que tenía que decir.

—Siento haberme ido y no haber intentado tener esta conversación anoche —le dije—. Está todo bien. Estabas molesto. —Contestó Julieta

—Estaba enfadado.

Ella asintió. —Lo sé.

—¿Pero sabes por qué?

—¿Porque hablé mal de tu padre?

Agité la cabeza. —No. Porque pensé que me habías perdonado. Y me sentí tan maravillosamente bien al creer que lo habías hecho. Pero anoche, sentí como si me estuvieras echando en cara todas esas cosas por las que me habías perdonado. Eso no es perdón.

—Lo sé, Roman —dijo ella, acercando su silla y tomando mis manos en las suyas. —Lo sé. Estaba equivocada. Mis acciones de anoche fueron impulsadas por la emoción. Yo te perdono. Lo juro. Y perdono a tu padre también. No tengo que gustarle. Lo que él piense de mí no importa. Lo que piensas de mí si me interesa. Es lo único que me importa. Lo siento.

Le miré fijamente sus hermosos ojos color avellana. —Te perdono. —Su sonrisa iluminó su rostro. —¿En serio? ¿No lo dices por decir?

Agité la cabeza. —No, y sólo para evitar futuros malentendidos, hay algo que debes saber.

Su sonrisa se desvaneció. Ella soltó mis manos y se sentó en su silla, preparándose para las malas noticias. —¿Qué pasa?

—Yo también te amo, Jenkins. Lo he hecho durante mucho, mucho tiempo.

CAPÍTULO 38

JULIETA

No había forma de detener la sonrisa que estiraban mis mejillas. —¿En serio?

—Sí, y por eso lo que pasó anoche me destrozó por dentro. —Asentí con la cabeza. —Lo sé. Esto no debería haber pasado, pero aquí estamos

—Si, aquí estamos —dijo, sonriendo cariñosamente.

Toda esa ira que se había acumulado en él parecía haberse esfumado. Yo también estaba libre de ello. Me metí en esto pensando que me iba a disculpar y él me iba a decir que me fuera a dar un paseo al mismo infierno. Me lo merecía por lo que le había hecho. Pero aceptó mis disculpas.

Y me amaba de todas formas. —¿Qué hacemos ahora? —Le pregunté.

—Se me ocurren un par de cosas —dijo, con voz grave en el pecho.

—¿Ah, sí? —Esa sonrisa todavía me tiraba de las comisuras de los labios y me empezaban a doler las mejillas.

Roman acercó su silla a la mía para que nuestras rodillas se tocaran. —Sí. —Se inclinó, descansando sus codos sobre sus rodillas. Yo también me incliné hacia adelante. Nuestras caras estaban a centímetros de distancia. Su perfume me hacía cosquillas en la nariz, yo respiraba profundamente mientras él me metía la mano por cada uno de mis muslos. Luego agarró los lados de mi silla y me acercó aún más. Sus labios rozaron los míos.

Lo agarré y le enrollé las manos en la parte delantera de su camiseta gris. Había una mancha de pasta de dientes en el cuello. Me acerqué a él mientras nuestros labios se abrían y nuestro beso se profundizaba.

Yo amaba a este hombre. Qué sentimiento tan glorioso, cálido, hermoso y aterrador.

Roman mantuvo sus manos plantadas a un lado de mi silla mientras se ponía de pie. Nuestro beso lo obligó a inclinarse, y me negué a soltar su camisa. Así que, se agachó, y le envolví mis piernas alrededor de la cintura. Luego se enderezó, levantándose de mi asiento sin esfuerzo, sacándose de la cocina.

—¿Adónde me llevas? —Le susurré en la oreja. —Arriba. —Me llevó en brazos y fuimos a su habitación. Con la casa para nosotros solos, no tuvo que cerrar la puerta. Lo rodeé con mis brazos mientras pasábamos junto a la cama.

Confundida, miré a mi alrededor mientras me llevaba al baño.

Me dejó en el suelo. —Desnúdate —dijo—. ¿Qué?

—Mujer —gruñó, cerrando el pequeño espacio entre nosotros. Agarró la parte delantera de mi camisa. —Dije que te desnudes.

Se me mojaron las bragas. Empecé a quitarme la ropa. Roman abrió la puerta de la ducha de cristal y dejó correr el agua. Luego desapareció de nuevo en el dormitorio. Cuando regresó, segundos después, traía un condón entre el pulgar y el índice. Volvió a abrir la puerta de la ducha y colocó el condón en la cornisa al lado de su champú.

—Sexo en la ducha, ¿eh? —Ronroneé.

—Quiero mojar tu hermoso cuerpo.

—Ya estoy aquí —dije con una sonrisa seductora. Me quité la camisa sobre la cabeza. Ahora sólo tenía el sujetador y las bragas puestas. Me di la vuelta y arqueé la espalda, dándole una vista de mi trasero mientras me agarraba por la espalda y me desabrochaba el sostén. Colgaba de las puntas de mis dedos, y lo puse en el mostrador del baño antes de enganchar mis pulgares en la cintura de mis bragas. Los bajé, me incliné lentamente, manteniendo mi columna vertebral arqueada dramáticamente.

Podía sentir sus ojos sobre mí. Cuando me di la vuelta, Roman se estaba quitando los pantalones. Salió de ellos y luego de sus calzoncillos. Su pene ya estaba duro. Se quitó la camisa y la dejó en el suelo fuera de la ducha.

—Ven aquí —dijo.

Fui. Tiró de la puerta de la ducha. El vapor caliente salió corriendo y nos rodeó mientras me metía en el baño de cristal y cerraba la puerta detrás de nosotros.

El agua besó mi piel mientras me empujaba bajo ella. Me empapó el cabello y me lo quitó de la cara, empujándome un paso más hacia atrás hasta que mi espalda quedó aplastada contra una de las paredes de cristal. Luego se agachó. El agua rebotó en su espalda mientras levantaba una de mis piernas y la ponía sobre su hombro. Luego me lamió.

Quería algo a lo que aferrarme, pero no encontraba nada. Así que le agarré el cabello mientras me sostenía con el otro brazo plano contra el cristal de mi espalda.

Movió la lengua hacia arriba y hacia abajo y luego la arremolinó alrededor de mi clítoris. Pequeños temblores de placer rodaban a través de mí. Le jalé el cabello.

Roman levantó la mirada para mirarme a los ojos mientras me comía.

Mantuve su mirada hasta que el placer se volvió demasiado, luego cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el cristal. Cada bocanada de su lengua me hacía suspirar con deleite, él tomaba su tiempo, haciéndome trabajar lentamente hacia el borde, burlándose de mí con la cantidad justa de presión.

—Justo ahí —me quejé cuando su lengua bailó sobre mi hinchado clítoris.

Me estremecí y me retorcí mientras escuchaba mis instrucciones. Las sacudidas de éxtasis ardiente me atravesaron, y Roman tuvo que aferrarse a mi cintura para mantenerme de pie mientras venía.

Cuando terminé, él besó su camino a lo largo de mi cuerpo hasta que llegó a mi boca. Luego nos destrozamos el uno al otro.

Me inmovilizó firmemente contra el vidrio mientras su lengua se clavaba en mi boca, y yo enganché una pierna alrededor de la suya como si de alguna manera pudiera apretarlo lo suficientemente fuerte como para que los dos nos convirtiéramos en uno solo.

Cuando nos separamos para tomar aire, me deslicé a lo largo de la ducha y me arrodillé. Tomé su pene con una mano y lo acaricié mientras sostenía su mirada. Luego sellé mis labios alrededor de su punta y lo metí profundamente en mi boca, presionando mi lengua contra su base. Lo sostuve en la parte posterior de mi garganta y tiré de sus caderas hacia mí, animándolo a follarme la boca.

Lo hizo. Se movió lentamente. Con cuidado. Suavemente. Me balanceé de arriba a abajo sobre su órgano viril. Puso sus manos sobre el vidrio que estaba encima de mí para agarrarse. El vapor se arremolinaba a nuestro alrededor, el agua seguía corriendo por mis orejas mientras se desprendía de su espalda. Su cuerpo me protegió del rocío, y yo sostuve su mirada mientras su pene se hinchaba entre mis labios.

Se empujó del cristal y retrocedió. Me puse de pie. Me agarró por las caderas y me dio la vuelta. Lo miré por encima del hombro cuando puso una mano entre mis omóplatos. Me empujó, sosteniéndome primero de frente contra el cristal.

Mis pechos estaban aplastados, y puse mi mejilla sobre la superficie caliente.

Roman se acercó, usando su cuerpo como una barricada. Me subió las manos por los costados y por la espalda antes de alcanzar mi cadera y frotar mi clítoris. Estaba resbaladizo y mojado, y no era por el agua de la ducha.

Puso su barbilla sobre mi hombro. —Debí haberte traído aquí hace mucho tiempo. Mira esa vista.

Miré a través del cristal, al vapor, a mi propio reflejo en el espejo encima del lavabo del baño.

Mi cuerpo estaba en exhibición mientras me sostenía contra el vidrio. Me ronroneó en la oreja antes de mordirme el lóbulo de la oreja. Continuó frotando mi clítoris mientras con la otra mano me ponía una ventosa en el pecho izquierdo.

Me quejé y meneé mis caderas en su entrepierna. Su miembro se deslizó entre las mejillas de mi culo.

Me reí mientras deslizaba su verga arriba y abajo. El agua hizo que todo se sintiera mejor. Continué rodando mis caderas y me estiré hasta las puntas de los dedos de los pies para obtener un mejor ángulo.

Me sostuvo en su lugar mientras se inclinaba hacia atrás y sacaba el condón de la cornisa. Le oí abrir el envoltorio con los dientes. Se echó hacia atrás para pasarlo por encima de su pene y luego volvió a cerrar el espacio entre nosotros, sujetándome al cristal con una mano entre mis omóplatos.

Su verga se metió en mi cuerpo. Me tomó el cabello con los primeros centímetros, trabajando dentro y fuera de mí con una lentitud deliberada.

—Más rápido y fuerte —dije.

Apoyó su antebrazo horizontalmente sobre mi espalda y me dio una palmada en el culo con su mano libre. Grité y empecé a reírme. Se inclinó y me besó el cuello, dejando un rastro de besos y mordiscos húmedos mientras llegaba hasta mi oreja. —Ven por mí, nena.

Me estremecí.

Metió su pene hasta el fondo mientras me abría las nalgas. Me quejé y él también. El eco de nuestras voces llenó el patio de butacas. Se deslizó hacia adentro y hacia afuera. Entrar y salir. Arquee mi espalda más dramáticamente, invitándolo a enterrarse más profundamente dentro de mí.

—Sí —ronroneé.

Roman recogió un puñado de mi cabello mojado y tiró de mi cabeza hacia atrás. Cerré los ojos contra la quemadura en el cuero cabelludo, pero me sentí increíble. La mezcla de dolor y placer era exquisita.

Sus labios estaban en mi oreja otra vez. —¿Te gusta eso, nena?

Intenté asentir con la cabeza, olvidando ya el firme agarre que tenía sobre mí. —Sí.

Movió las caderas. Suspiré y apreté mis manos contra el cristal. Con un rápido tirón, jaló de mi cabeza hacia atrás y empujó todo su largo dentro de mí. Y vine.

Grité, y él gruñó en mi oído. Sus empujes se volvieron más salvajes, y cuando llegué, mis rodillas se desplomaron.

Roman me sostuvo, con un brazo alrededor de mi cintura, mientras llegaba al clímax al mismo tiempo.

Luego me besó a lo largo de los hombros. Me arrancó la melena mojada para besarme la nuca y me di la vuelta. Roman me llevó hasta él y se metió bajo el agua. El calor me calentó de adentro hacia afuera mientras me sostenía. Lo envolví con mis brazos y apoyé mi mejilla en la hinchazón de su pecho.

—Quiero decir lo que dije antes, Julieta.

Yo lo miré. Tenía mi cara en sus manos. El agua se aferró a sus pestañas y goteaba por la punta de la nariz.

—Estoy enamorado de ti.

No sabía si podía diferenciar entre el agua de la ducha y las lágrimas en mis mejillas. —Yo también te amo, Roman.

CAPÍTULO 39

ROMAN

Un mes después.

Julietta bajó apresuradamente las escaleras mientras yo me arrodillaba junto al árbol de Navidad y comencé a hurgar entre los regalos, mirando cada etiqueta de regalo para encontrar los nombres de la familia de ella. —¿Has visto el suéter rojo que le compré a Max? —Julietta preguntó cuándo golpeó el último peldaño. Se acercó y se arrodilló a mi lado. —Pensé que lo había puesto en su armario, pero no lo encuentro.

Fruncí el ceño y me apoyé en mis talones. —No. ¿Revisaste nuestro armario? —Ella agitó la cabeza. —No, yo no lo habría puesto ahí.

—Creo recordar que dijiste que no querías que se lo pusiera demasiado pronto y lo arruinara. Así que, mientras tanto, lo pusiste en un lugar seguro.

Sus ojos se iluminaron con la realización. —Ah, sí. Creo que podrías tener razón. —Ella asintió para levantarse cuando me incliné bajo el árbol de nuevo y reanudé la lectura de las etiquetas de nombre. —¿Qué tal si vas a buscar su suéter y lo vistes, y yo sigo revisando los regalos? Los envolví. Sé cuál es para quién.

Le sonreí. —Eres mi salvavidas, nena.

Me dio un dulce beso. —No quiero que estropees lo bien que he arreglado todos los regalos.

Me reí. —Y la verdad sale a la luz.

—Lo siento, no puedo evitarlo. Quiero que todo sea perfecto para Max cuando se despierte mañana por la mañana. No tiene idea de cómo les va a los Billingslys en Navidad.

Me puse de pie y le besé la frente. —Lo será. No tiene ni idea de lo que le va a pasar.

Julietta y yo nos habíamos quedado hasta tarde las últimas noches envolviendo todos los regalos de Navidad que estaban todos etiquetado. —Para Max, de Santa Claus. —Ella había salido y compró dos docenas de rollos de papel de envolver dorado y cintas de terciopelo rojo. Había gastado una fortuna, pero insistió en que valdría la pena. Cada regalo de Santa durante los próximos años, hasta que Max dejara de creer, sería envuelto de la misma

manera. Ella también había escrito una carta, que me pareció un buen detalle, explicando cómo Santa tenía un nuevo elfo en su taller al que le encantaba envolver regalos.

Ella misma era una elfa de Navidad. Me encantaba eso de ella. Vivía para estas fiestas y se metió en todo. También había estado horneando durante semanas, y yo sabía que esperaba con ansias la cena de Nochebuena de esta noche en casa de su mamá y su papá.

Iba a ser la primera cena tradicional de Navidad que Max tendría con su familia reunida alrededor de la mesa. Entonces mi padre vendría a cenar a nuestra casa mañana por la noche. Eso también iba a ser un cambio de ritmo. Por lo general, subíamos a la finca, y él hacía que su cocinero preparara todo, mientras que Max abría los regalos y bebíamos ponche de huevo.

El ponche de huevo y los regalos seguían ocurriendo, por supuesto, pero Julieta quería preparar la cena, y yo no me iba a interponer en su camino. Ella y mi padre se llevaban bien, y él estaba deseando venir a nuestra casa a cenar. Traía a Maura con él, que ya no trabajaba como su cocinera y ama de llaves, pero aún así vivía en la casa. Pensó que nos estaba engañando, pero todos sabíamos que los dos se estaban tomando en serio el uno al otro, y yo estaba feliz por él.

Subí las escaleras y fui directo al dormitorio. Encontré el suéter rojo de mi hijo en la parte de atrás de nuestro armario con las otras piezas que Julieta había escogido para que se pusiera: vaqueros negros y una camisa de cuello blanco para poner debajo del suéter. Me llevé el atuendo, sonriendo para mí mismo por lo mucho que ella se había metido en las labores cotidianas, y encontré a Max de pie en un taburete frente al espejo del baño.

Me sonrió. —Julieta me arregló el cabello.

Su normalmente caótico cabello estaba bien peinado hacia atrás y se veía casi exactamente de la misma manera que a mí me gustaba peinarme. Sonreí. —Te ves bien, amigo. Muy serio. —Le di su ropa. —Estamos listos para partir. Hora de vestirse. —Se bajó de un salto del taburete y buscó el traje. —¿Sabes en qué orden se pone esto? —Le pregunté.

Max asintió. —Camisa blanca. Pantalones. Suéter

—Perfecto. —Fue a su habitación y yo esperé fuera de la puerta, sabiendo que tendría que entrar y ayudarlo una vez que tuviera todo puesto. Me llamó después de un par de minutos, y yo lo ayudé a abotonarse la camisa, a metérsela y a sacar el crujiente cuello blanco de abajo del suéter rojo. Le di unas palmaditas en el pecho. —Es hora de irse, chico.

Aparqué el coche en la entrada de la casa de los padres de Julieta mientras el cielo desataba las primeras ráfagas de nieve del día. Había nevado de vez en cuando durante el mes de diciembre, y se rumoreaba que íbamos a despertar a un país de las maravillas del invierno por la mañana.

Fui al maletero y saqué la cesta que Julieta tenía llena de regalos. Después de cerrar el maletero, los tres nos dirigimos a la puerta principal. Ella llamó a la puerta y entró. Max y yo la seguimos mientras mi amada gritaba un alegre saludo por el pasillo.

Olía a canela, pavo y nuez moscada. La música navideña se escuchaba desde los viejos altavoces de la sala de estar.

Wilma asomó la cabeza desde la esquina del pasillo y nos dio una sonrisa brillante. Llevaba un lápiz labial rojo que le quedaba lindo y que combinaba muy bien con su suéter navideño. En una mano había una taza de sidra caliente. Bajó y nos saludó a todos con un abrazo.

Luego se agachó frente a Max. —Feliz Navidad, amigo. —Él sonrió. —Feliz Navidad, Wilma.

Ella le sonrió y le extendió la mano. —Ven conmigo. Quiero mostrarte la sala de estar y todos los regalos bajo el árbol.

Julieta señaló a la canasta que yo estaba sosteniendo. —Toma, llévate esto contigo y ponlo bajo el árbol, Wilma. De nosotros a ustedes.

Wilma me quitó la canasta, y ella junto con Max se fueron por el pasillo a la sala de estar, mientras que yo y Julieta nos dirigimos a la cocina. El olor a pavo era aún más abrumador ahí dentro. —Huele bien —anuncié al entrar.

Sammuel levantó la vista y sonrió. Fue a un tazón de sidra sobre la mesa, sirvió algunos en dos vasos y nos los trajo. —Feliz Navidad, hijos. —Tomándome como hijo a mí también. —Feliz Navidad, papá —dijo Julieta, dándole un abrazo con un solo brazo. Yo también saludé.

Jenna bajó las escaleras. Ella terminó de hacer el cierre de sus pendientes de muñeco de nieve antes de venir y nos abrazó a mí y a su hija. —Es maravilloso verlos a los dos. ¿Dónde está Max?

—En la sala de estar —dijimos Julieta y yo al unísono. —Wilma dijo que había regalos para Max —le dije. Jenna y Sammuel asintieron.

—Ustedes no necesitaban hacer eso —les dije. —Ya está bastante malcriado. —Tampoco quería que gastaran dinero en nosotros. Sabía lo poco que se estiraban, desde el punto de vista presupuestario.

Julieta enganchó su brazo al mío. —No te preocupes, Roman. Con los cheques que recibo, es perfectamente manejable. Además, este es el comienzo

de una nueva tradición.

Fruncí el ceño. Ella agitó mi brazo suavemente. —Te lo prometo. No hay problema. ¿Verdad, mamá? ¿Papá? —Sus padres asintieron con entusiasmo.

—La Navidad es mucho más divertida cuando hay un niño alrededor —dijo su madre. —Queremos que Max la pase bien aquí este año para que esté emocionado de volver el año que viene. No seas demasiado presuntuoso.

Sonreí. —Eso no es presuntuoso en absoluto. Se lo agradezco. De verdad.

Bebí mi sidra. Estaba deliciosa y sabía a Navidad en una taza. Julieta también disfrutó de la suya mientras deambulábamos por la cocina, mirando todos los platos de comida que su madre había preparado. Vi un pan de jengibre y barras de arándanos. Las barras Nanaimo estaban en otro plato, cubiertas con un envoltorio de saran.

El dinero que Julieta estaba ganando hizo una verdadera diferencia en esta casa. Lo pude ver en las expresiones relajadas de su familia. La risa fue libre y honesta. Las cosas iban bien y me alegré de haber podido ayudar.

Nos sentamos a cenar después de las seis. Me senté frente a mi hijo, que insistió en sentarse al lado de Wilma. Ella se había convertido en una de sus personas favoritas durante el último mes, y lo trató de la manera que siempre imaginé que una tía lo haría, si él tuviera una.

Nos dimos la mano e inclinamos la cabeza para dar gracias. Sammuel nos condujo a través de una hermosa expresión de gratitud, y cuando terminó, todos dijimos. —Amén” antes de tomar nuestros cuchillos y tenedores y cavar en nuestros platos.

—Gracias por la cena —dije después de palear unos bocados en mi boca. —Es delicioso

—Sí, gracias —dijo Max, recordando sus modales.

Cuando nuestros estómagos estaban llenos, Sammuel fue y llenó nuestros vasos vacíos con más sidra, y luego nos mudamos a la sala de estar, dejando todos nuestros platos en la mesa para ser limpiados más tarde cuando estuviéramos menos llenos y menos letárgicos.

Max se sentó con las piernas cruzadas en la alfombra de la sala de estar. Sus ojos se dirigieron de mí a los regalos bajo el árbol. Podía ver su nombre escrito en un marcador permanente sobre el papel de envolver de Santa Claus con casi una docena de regalos.

Tomé mi asiento. —¿Quieres hacer de Papá Noel, Max? —Él asintió.

—Está bien —dije. —No te haremos esperar más para abrir tus regalos. Sé que te está volviendo loco. Vamos a empezar. ¿Ves los regalos ahí, a la

derecha? Sí. Reparte uno a todos, y luego toma uno para ti.

Todos esperamos pacientemente y agradecemos a mi pequeño mientras repartía un regalo para todos. La música navideña y la sidra hacían que mi alma se sintiera llena, y la cálida presión del muslo de Julieta contra el mío también me ayudaba. Puse mi mano en su pierna mientras sacaba un pañuelo rojo de una bolsa de regalo, y una bufanda de cuadros negros de sus profundidades. Estaba cortado en hilo de oro.

—Mamá, papá, esto es hermoso —dijo ella, abrazándose al pecho. — Muchas gracias.

Sus padres sonrieron y su madre dijo. —Hace meses que la tengo y no podía esperar a que la abrieras.

Max escarbó por su presente a continuación. Se le tiró papel de envolver sobre el hombro mientras hundía las uñas en ello. Cuando la caja fue expuesta, reveló una pista de carreras impresionante. —¡Genial! —Exclamó el niño, girando la caja para que yo pudiera ver la foto en el frente. —¡Mira, papá! ¡Se pone al revés!

—Muy bien —dije. Y muy caro. —Tendremos que organizarlo y jugar con él.

La familia de Julieta mimó a Max, y me di cuenta de que les encantó cada minuto. Era un niño agradecido, y cuando terminó de dar los regalos, caminó por la sala para dar un abrazo a todos y preguntarles si también les gustaban sus regalos. Recordó lo que le habíamos dado a todo el mundo y lo mencionó específicamente. Parecía que deleitaba a toda la habitación.

Mientras todos nos sentamos con nuestra sidra, Jenna sacó el postre. Nos dimos el gusto, y cuando terminamos, Sammuel y yo empezamos a limpiar la mesa. No quería que todo el mundo tuviera que despertarse en la mañana de Navidad con un desastre.

En la cocina, habíamos desarrollado un sistema de lavado de vajilla para que todo se hiciera lo más rápido posible. Yo Raspaba la comida en la basura y Sammuel enjuagaba los platos antes de ponerlos en el lavavajillas. —Me alegra que hayas vuelto a la vida de Julieta, Roman,” dijo Sammuel cuando casi habíamos terminado. Me detuve, me incliné sobre el cubo de basura y lo miré.

Se rio. —Lo sé. Lo sé. Me he ablandado. Pero ella te necesitaba. Y se siente bien como su padre no tener que preocuparse por ella. Sé que te encargarás de Julieta. Y te agradezco que nos hayas dado a mí y a Jenna esa paz mental.

—Yo también la necesitaba. —Sammuel sonrió.

EPÍLOGO

JULIETA

6 meses después

Los pájaros cantaban fuera de la ventana del dormitorio cuando abrí los ojos y estiré los brazos sobre mi cabeza. Mi espalda se rompió, y gemí, disfrutando de la forma en que mis músculos se alargaron y mi columna vertebral se enderezó. Se me escapó un bostezo cuando me di la vuelta para enfrentarme a Roman. Y encontré su lado de la cama vacío.

Levanté la cabeza para mirar a través de su lado de la cama en el reloj de su mesita de noche. Me había quedado dormida. Ya eran las ocho de la mañana.

Nunca dormí hasta tan tarde. Había estado trabajando algunas noches hasta tarde en la secuela de mi primer libro, y lo pagaba por las mañanas. Pero la noche era mi hora de escribir. Fue cuando la inspiración me llegaba y las palabras fluían más fácilmente. En sólo dos meses, me las había arreglado para escribir la mitad del libro. Esa fue una gran diferencia en comparación con los dos años que me tomó completar el primero. Admito que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo cuando escribí el primero. La segunda iba mucho mejor.

Bostecé de nuevo antes de balancear las piernas sobre el costado de la cama y levantarme. La alfombra blanca y lujosa que convencí a Roman para que comprara para el dormitorio era suave sobre mis pies mientras me acurrucaba en el vestidor y agarraba un par de pantalones grises sueltos y un tanque gris. Envolví mi bata de seda en la parte superior y fui al baño para atarme el cabello en un bollo desordenado encima de mi cabeza. Luego me cepillé los dientes, me lavé la cara, bebí un vaso de agua e hice mis asuntos femeninos.

Cuando volví al dormitorio, oí risas abajo. Max también estaba despierto.

Salí al pasillo y me paré en la parte superior de las escaleras, mirando hacia la sala de estar de abajo.

Los dos estaban sentados en el sofá, haciendo el tonto. Roman estaba haciendo cosquillas a Max, quien soltó un chillido mientras intentaba escapar. Ambos se rieron como niños.

Me encantaba despertarme en esta casa. Me mudé hace cuatro meses

después de que se hizo evidente que no tenía sentido que yo pagara el alquiler de mi propio apartamento, ya que nunca pasé una sola noche en él. Estaba vacío y frío, mientras yo me mantenía caliente en la cama de Roman.

Las mañanas eran fácilmente mi parte favorita. Me despertaba todos los días en una casa llena de risas, y la primera interacción que tuve fue con el hombre que amaba y su hijo, a quien también amaba. Max era una luz muy brillante en mi vida, y se había vuelto igual de importante para mi madre, mi padre y Wilma. Todos lo adoraban. Fue fácil de hacer. Era dulce, amable y encantador. Estaba empezando a pensar en él como un hijo.

Roman me vio en lo alto de las escaleras y me hizo señas para que bajara. Bajé las escaleras y me encontré con ellos en la sala de estar. —Buenos días —Buenos días —dijeron de inmediato.

Había una sonrisa tímida en los labios de Roman. —¿De qué te ríes? —Le pregunté. Se encogió de hombros.

Entrecerré los ojos. —Tienes un secreto. Max, ¿qué está haciendo tu padre?

Max se rio y se cubrió la cara con las manos.

—Oh, ya veo. Ambos tienen un secreto. —Puse mis manos en mis caderas. —¿Quién de ustedes va a romper primero y salir con ello? ¿Eh?

El pequeño me miró desde entre sus dedos. Cuando nos miramos a los ojos, se rio y se retiró al costado de su padre, enterrando su cara completamente. Roman lo golpeó en las costillas juguetonamente antes de mirarme a los ojos. —Tal vez deberías darte la vuelta.

Arquee una ceja.

Roman hizo girar su dedo en un círculo vago mientras se ponía de pie. —Date la vuelta, Julieta

—¡Date la vuelta! —Max gritó suave y emocionado.

Así que, me di la vuelta. Lentamente. Y con aprensión. No tenía ni idea de qué esperar. Ciertamente no era el gran piano blanco sentado en el espacio abierto entre la sala y el comedor.

—¿Qué? —Tartamudeé, absorbiendo la vista. Era un instrumento glorioso, con finos detalles dorados en forma de vides en las patas y en la tapa. Las rosas de color rosa pálido se habían pintado a mano. Fue hermoso. Y me resultaba familiar.

—Es exactamente igual a la que tenía cuando era niña —susurré mientras mi garganta se tensaba con emoción.

Roman se me acercó por detrás y me puso un brazo sobre los hombros. —Eso es porque es el que tuviste cuando crecías.

Me rompí el cuello para mirarlo. —¿Qué? ¿Cómo? No lo entiendo. Mis padres tuvieron que venderlo

—Lo sé. Tu padre y yo hemos estado rastreando esto desde Navidad. Queríamos conseguirlo de alguna manera.

—¿Dónde lo encontraste? —Salí de debajo de su brazo y me acerqué al piano. Levanté la tapa y pasé mis dedos por las teclas. Empujé a uno hacia abajo. Estaba perfectamente en sintonía. Se me puso la piel de gallina.

—En un asilo de ancianos, en realidad

—¿De verdad? —Le pregunté, mirándolo.

Max se levantó de donde estaba sentado en el sofá y se apresuró a venir. Se sentó en el banco blanco mientras yo me agachaba en un extremo.

Roman asintió con la cabeza y vino a pararse frente a mí al otro lado del piano de cola. —Sí. Después de que tus padres lo vendieron, terminó en una escuela de música y luego en manos de un estudiante. Pero ella se fue a la universidad, y sus padres se redujeron después de un par de años y no tenían espacio para ello. Así que lo donaron a la residencia de ancianos, donde ha estado durante los últimos seis años. Tu padre lo revisó y retocó en un par de lugares donde había pintura picada.

—Es hermoso —susurré mientras me salían lágrimas de los ojos. —¿Cuánto tuviste que pagar para recuperarlo?

—No importa. No pagué nada. Acabo de comprarles un piano nuevo

—¿Acabas de comprarles un piano nuevo? —pregunté incrédula.

Se rio y se frotó la nuca. —Bueno, había algunas ancianas muy lindas que eran muy firmes en que su piano favorito fuera reemplazado. Así que les compré uno nuevo. De esta manera, todo el mundo quedó feliz.

Acaricié las teclas de nuevo mientras una lágrima corría por mi mejilla. —Esto es lo más considerado que alguien ha hecho por mí. Gracias.

Max apretó una tecla y se rio. —¿Puedes tocarnos una canción?

—Estoy un poco fuera de práctica —dije.

Roman sonrió con suficiencia. —Vamos. Es como andar en bicicleta. Oigámoslo.

A decir verdad, mi alma y mis dedos me llamaban para hacer música. Puse mis manos ligeramente sobre las teclas y mi pie sobre el pedal. Me aseguré de estar centrada y a la altura de mis hombros. Había pasado mucho tiempo.

Cuando empecé a jugar, cometí un par de errores, pero ni Roman ni Max se dieron cuenta, así que no me detuve. Seguí tocando hasta que la música fluyó a mi alrededor como un ser vivo, robando mis lágrimas y reemplazándolas con

alegría, luz y paz. Sentí como si estuviera en casa.

Cuando terminé la canción, Max aplaudió, y Roman caminó para sentarse en mi otro lado. Me besó y luego limpió una lágrima de mi mejilla con su pulgar. —Tendremos que invitar a tu madre y a tu padre a cenar. Y a Wilma. Estoy seguro de que les encantaría oírte tocar de nuevo.

—Eso me haría muy feliz —susurré. —Entonces considéralo hecho.

Me limpié los ojos. —Esto es increíble. Se siente surrealista. No creí que volvería a tener un piano, mucho menos el que aprendí a tocar.

Roman sonrió. —Las sorpresas aún no acaban.

Agité la cabeza. —No creo que pueda soportarlo más.

Roman se levantó y caminó alrededor del banco. —Confía en mí. Te gustará éste también.

Max siguió a su padre por el banco hasta que ambos estaban parados en un extremo. Me retorcí para poder enfrentarme a ellos y apoyé las manos en mi regazo. Estaba a punto de preguntar qué diablos estaba pasando cuando Max tiró de la manga de su padre.

Luego Roman se arrodilló. Metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña caja de anillos.

Era morado oscuro. Apoyó una mano sobre ella, lista para abrirla.

Me tapé la boca con mis manos y agité la cabeza. ¿Esto estaba pasando de verdad?

Él sonrió. —Julieta Jenkins, han pasado muchas cosas que nos han llevado a este punto, y estoy agradecido por cada segundo de ello. Eres la persona que ha estado ahí para mí en lo peor y en lo mejor de mí, y te quiero a mi lado durante todo el resto de mi vida. Los altibajos, las aventuras y las noches tranquilas donde vemos repeticiones de programas y comemos palomitas de maíz en el microondas.

Me reí con lágrimas frescas que saltaron a la vida de mis ojos. —Roman...

—Julieta —dijo, su voz tranquila y confiada. —He estado pensando mucho en ti. Sobre nosotros. Y sé que los dos somos más fuertes juntos. Me haces el hombre que quiero ser. Me haces sentir orgulloso. Y tú me haces querer ser mejor. Quiero pasar el resto de mi vida haciéndote feliz, para agradecerte toda la felicidad que ya me has traído. Si me dejas.

Asentí con la cabeza. Las palabras estaban demasiado lejos.

—Julieta, ¿Me harás el hombre más afortunado del mundo? —Roman abrazó a Max, quien se unió a él para preguntar. —¿Quieres casarte con nosotros?

No podía controlar mis lágrimas mientras asentía con entusiasmo. —¡Sí!

—Sí” mi amado se rio. Su hijo aplaudió excitado mientras su padre abría la caja del anillo.

Dentro de la pequeña caja púrpura había un precioso y brillante anillo. La banda era de oro rosa, mi favorita, y el diamante era enorme, cortado en forma de gota de lluvia. La piedra reflejaba todos los colores a nuestro alrededor, y cuando el sol de la mañana la golpeó, fragmentos de luz bailaron en el techo de arriba.

—Bonita —dijo el niño, mirando la luz de arriba.

Roman tomó el anillo de la caja y lo deslizó en el dedo anular de mi mano izquierda. Entonces se puso de pie y me miró a los ojos. —Hermoso. —Me acercó y me besó. Emití un sollozo cuando se echó hacia atrás y me sostuvo la cara en sus manos. —Te amo

—Yo también te amo —susurré antes de abrazarlo con mis brazos para otro abrazo. Max nos abrazó las piernas, y yo me agaché para apoyar la mano en su espalda.

—Acaban de hacerme la mujer más feliz del mundo —dije. Max me sonrió. —Ahora somos una familia.

Me limpié las lágrimas. —Sí, ciertamente lo somos.

El Fin